

LA COMUNA DE PARÍS

3ª edición





LA COMUNA DE PARÍS

3ª edición



Primera edición: Febrero de 2006
Segunda edición: Diciembre de 2012
Tercera edición: Junio de 2013

Edición a cargo de: **Editorial Klinamen:**

www.editorialklinamen.org
editorialklinamen@gmail.com

Coste de producción por ejemplar: 2.50 €

Depósito Legal: SE-1279-2006 Unión Europea

· Invitamos a la reproducción total o parcial del presente texto
para su debate y/o difusión no comercial.

EDITORIAL KLINAMEN

Nuestra forma de funcionamiento es horizontal, siendo la asamblea el camino que hemos elegido para sacar este proyecto adelante.

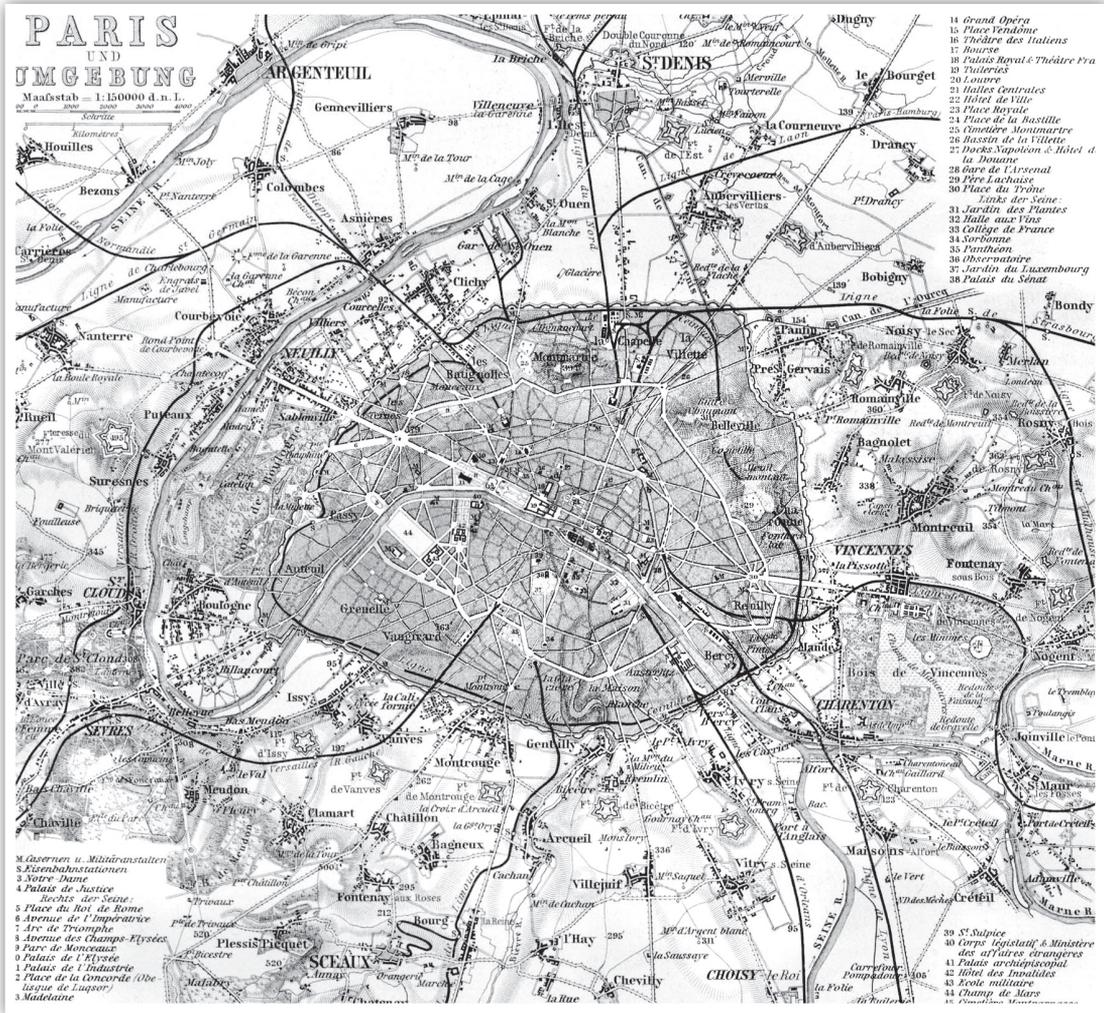
Experiencias ajenas nos han demostrado que no es posible conjugar el proyecto político y la remuneración económica: algo difícilmente puede ser negocio e instrumento de lucha a la vez. Por eso este no es un proyecto editorial comercial, sino autónomo y libertario. Cada euro conseguido es reinvertido en una nueva propuesta de edición o en apoyar otras luchas revolucionarias.

Entre nuestros objetivos están:

- Facilitar el acceso a nuestros libros con una política de precios que esté al alcance de cualquier persona que desee adquirir algunas de nuestras publicaciones. Salvo las excepciones indicadas, el precio de los libros siempre triplica el precio de producción.
- Recuperar la memoria histórica: rehacer los eslabones con nuestro pasado más cercano para aprender de los errores y aciertos de los procesos revolucionarios de los que nos sentimos herederos, y en los que muchos se han quedado en el camino.
- Intentar dar voz a mucha gente anónima que lucha a diario en diferentes lugares del mundo por la liquidación social y por lo que les pertenece: su vida en libertad.
- Dar a conocer diferentes análisis entre los movimientos revolucionarios: análisis que nos permitan golpear más fuerte y defendernos de quien desee quitarnos las fuerzas para seguir.
- Generar un pensamiento crítico abriendo la cota fuera de nuestras fronteras ideológicas, trataremos de lanzar un mensaje anticapitalista dentro y fuera del círculo de “l@s convencid@s”.

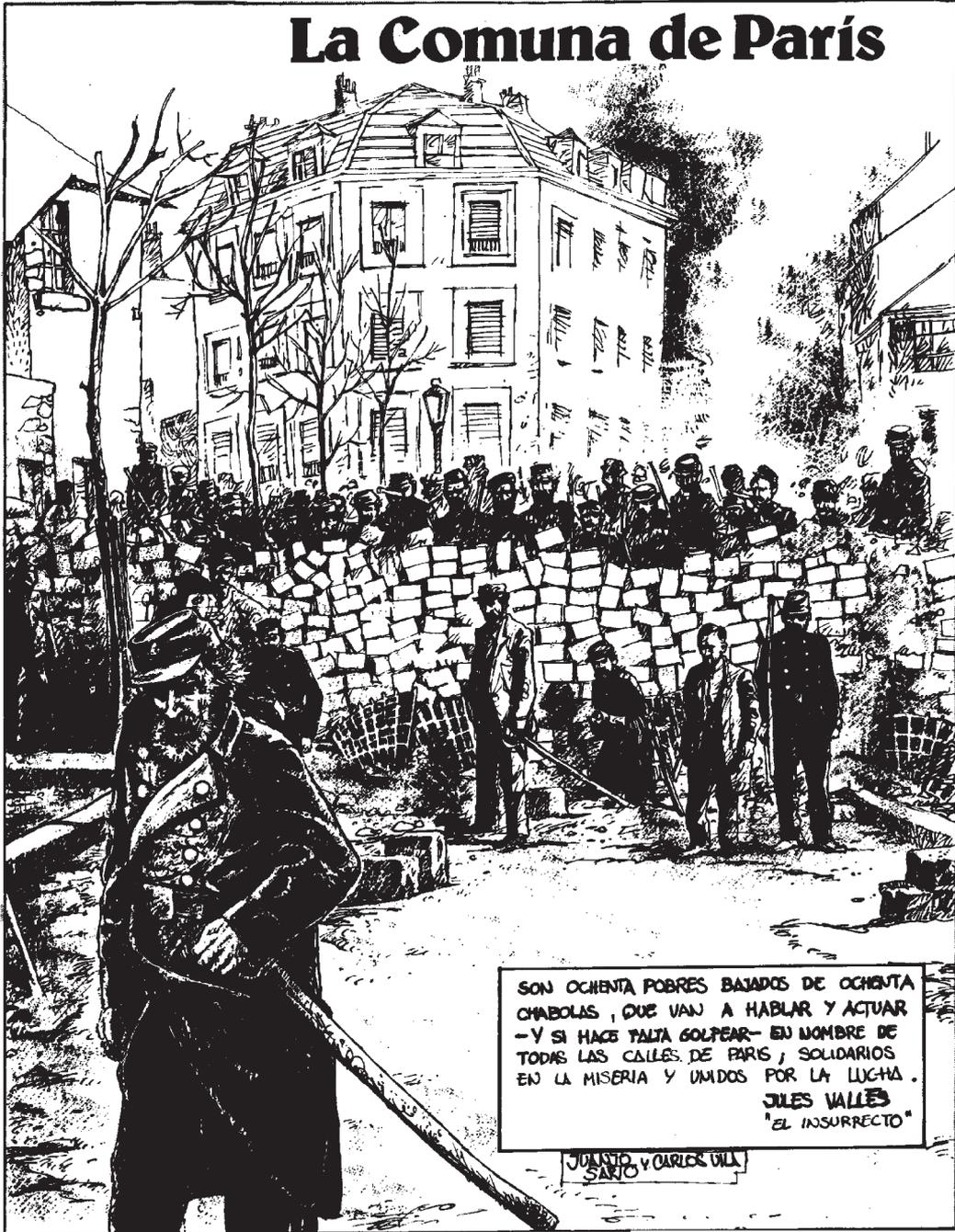


Paris, 1871



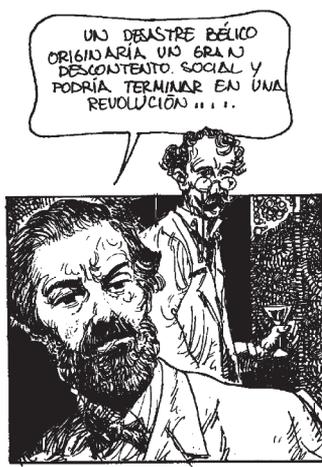


La Comuna de París





DICES QUE LA ASOCIACION INTERNACIONAL DE TRABAJADORES, EN DOS AÑOS HA PASADO DE 2.000 A 245.000 AFILIADOS



6-8-1870



ANTEAYER NOS DEBROTARON EN WISEMBURG, HOY EN FROESWILLER. DIERO QUE LES PRELIAMOS NOS HAN MATADO MÁS DE 16.000 SOLDADOS...

2-9-70



¡ES INCREÍBLE! ¡LUIS NAPOLEÓN HA SIDO HECHO PRISIONERO, EL EJÉRCITO NO SIRVE PARA NADA! PUES NOSOTROS, LA GUARDIA NACIONAL BUENA VULUNTAD SI QUE TENEMOS, PERO PREPARACIÓN Y MEDIOS...

4-9-70

EN LA ASAMBLEA DE DIPUTADOS...



¡LO QUE MENOS DE HACER ES... ¡NO! ¡ME OPONGO!

¡SEÑORES DIPUTADOS... HAY QUE...

LO MEJOR SERÍA...

¡TENEMOS CALMA! LA DIMISIÓN...

LO MÁS SENSATO SERÍA...



¡VAMOS ADELFRO!

¡NOSOTROS MISMOS GOBERNARÍAMOS MEJOR!



¡PASO AL PUEBLO!



¡YA BASTA DE TIRANÍA!

¡ACABEMOS YA CON TANTA INCONSCIENCIA!



5-9-70





... SI Y CADA UNO DE ESTOS COMITÉS ELE-
GIRÁ 4 DELEGADOS QUE A SU VEZ
FORMARÁN EL COMITÉ CENTRAL DE
LOS XX DISTRITOS
DE PARÍS

PERO ¿CÓMO GRUPOS APOYARON ESTE
MOVIMIENTO Y POSTERIORMENTE A LA
COMUNA?



JACOBINOS: POLÍTICOS BURGUESES DE
EXTREMA IZQUIERDA - PARTIDARIOS
DE REFORMAS DRÁSTICAS



PROUDHONIANOS: CONTRARIOS A
LA LUCHA POLÍTICA. PROPUGNA-
BAN LA DESAPARICIÓN DEL
PAPEL MONEDA Y ERAN
ACERRIMOS FEDERALISTAS



COLECTIVISTAS: DEFENDÍAN
LA PROPIEDAD COLECTIVA,
AUTOGESTIONADA, DE LOS
MEDIOS DE PRODUCCIÓN,
ERAN LOS MÁS DIRECTOS
REPRESENTANTES DE
LA Iª INTERNACIONAL

BIANQUISTAS: AFIRMABAN LA
EXISTENCIA DE LA LUCHA DE
CLASES Y LA NECESIDAD
DE LA DICTADURA DEL
PROLETARIADO.



MARXISTAS: ESCASOS, SUS
IDEAS LLEGABAN A LA PRÁCTICA,
EN CUANTO ERAN ASUMIDAS POR
LOS BIANQUISTAS Y LOS
COLECTIVISTAS



ANARQUISTAS: TUVIERON UNA PRESENCIA
ACTIVA Y REAL EN LA DEFENSA DE LA
COMUNA Y EN EL COMITÉ DE LOS XX.



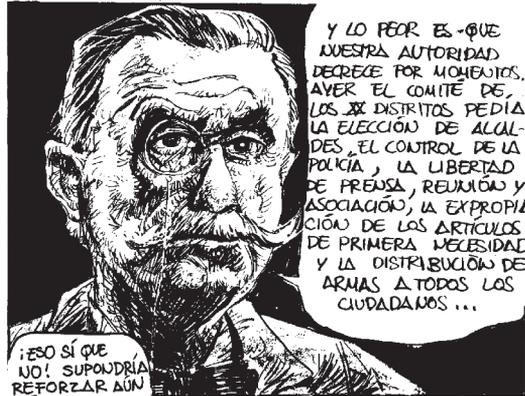
SOCIALISTAS UTOPICOS: ESCASOS, SU
IMPORTANCIA VIENE DADA PORQUE
SUS CRÍTICAS A LA SOCIEDAD BURGUESA
ERAN COMPARTIDAS POR CASI TODOS LOS
GRUPOS

18-9-70



COMPÁÑEROS DEL GOBIERNO, ME ACABAN DE COMUNICAR QUE PARÍS ESTÁ RODEADO.

¡DIOS SANTO!



Y LO PEOR ES QUE NUESTRA AUTORIDAD DECRECE POR MOMENTOS. AYER EL COMITÉ DE LOS XX DISTRITOS PEDÍA LA ELECCIÓN DE ALCALDES, EL CONTROL DE LA POLICÍA, LA LIBERTAD DE PRENSA, REUNIÓN Y ASOCIACIÓN, LA EXPROPIACIÓN DE LOS ARTICULOS DE PRIMERA NECESIDAD Y LA DISTRIBUCIÓN DE ARMAS A TODOS LOS CIUDADANOS...

¡ESO SI QUE NO! SUPONDRÍA REFORZAR AUN MÁS LA GUARDIA NACIONAL



TIENE RAZÓN DESDE QUE LOS LÍDERES MÁS DESTACADOS DEL COMITÉ DE LOS XX ESTÁN AL MANDO DE LA GUARDIA NACIONAL PARECE UN EJERCITO REVOLUCIONARIO



¿CIUDADANO FLOURENS?

YO SOY



TRAIGO UNA ORDEN DE DETENCIÓN CONTRA USTED POR SU PARTICIPACIÓN AYER EN UNA REUNIÓN, PROHIBIDA POR EL GOBIERNO, DE JEFES DE LA GUARDIA NACIONAL

¿ESTÁIS SEGUROS DE QUE SOIS BASTANTES PARA DETENERME? VOSOTROS SOIS UN EJERCITO PERO NOSOTROS SOMOS EL PUEBLO DE PARÍS EN ARMAS

8-1-71



LA ACTUACIÓN DE LA GUARDIA NACIONAL ES INTOLERABLE. EN CUANTO QUE SE HABLE DE NEGOCIAR UN ARMISTICIO, ELLOS Y LA GENTE DEL COMITÉ DE LOS XX DISTRITOS SE SOLUCIANTAN...

8-2-71



28-1-71

¿ESTÁS LOCO EL GOBIERNO! ¿FIRMAN LA CAPITULACIÓN Y CONVOCAN ELECCIONES PARA LA ASAMBLEA NACIONAL... ¿QUE VA A HACER LA ASAMBLEA?

ESTÁ CIARO. LO QUE QUIERAN LOS PRUSIANOS



17-2-71

YA TE LO DISE YO... LA ASAMBLEA HA SALIDO MONÁRQUICA. ¡VAMOS, JUSTO LO QUE NOS HACIA FALTA!

NO TE LO TOMES A GUASA, HAN NOMBRADO A THIERS, JEFE DEL PODER EJECUTIVO, Y ES UN BURGÜÉS SANGUINARIO... QUE NOSTRIENE MÁS MIEDO A NOSOTROS QUE A LOS PRUSIANOS...



10-3-71

THIERS HABÍA AL GOBIERNO, CUYA SEDE ESTÁ EN VERSAILLES...



LA SITUACIÓN ES MUY GRAVE. DESDE EL 1 DE MARZO, EN QUE LOS PRUSIANOS ENTRARON EN PARÍS, ESTÁN SIENDO AGRAVIADOS CONSTANTEMENTE POR LA POBLACIÓN. LA GUARDIA NACIONAL HA VOTADO UNOS ESTADUTOS A NIVEL NACIONAL, EN LOS QUE SE DECLARAN REPUBLICANOS; CREO QUE LA MEDIDA MÁS ACERTADA SERÍA SUPRIMIRLES LA PAGA Y ESPERAR EL MOMENTO OPORTUNO PARA DESARMIARLOS...



18-3-71



¡DICEAN QUE EL EJÉRCITO HA FRACASADO EN TODOS SUS INTENTOS

¡SÍ, LOS SOLDADOS SE HAN PUESTO DE NUESTRA PARTE

DICEAN QUE EL GENERAL LECOMTE MANDÓ TRES VECES DISPARAR Y QUE LOS SOLDADOS LE DESOBEDIERON

LOS GENERALES LECOMTE Y CLEMENT THOMAS FUERON LINCHADOS POR LA MUCHEDUMBRE, QUE LOS ACUSABA DE TRAIDORES A FRANCIA. MIENTRAS TANTO LOS COMERCIOS TOMABAN TODOS LOS PUNTOS-CLAVES DEL PARÍS, EXCEPTO EL BANCO DE FRANCIA QUE NO FUE TOCADO DURANTE TODA LA COMUNA.



LA COMUNA ACABABA DE NACER ! ! !

HE ORDENADO SALIR A TODO EL PERSONAL GOBIERNAMENTAL A PARTIR DE AHORA SERÉ INFLEXIBLE. ¡PARÍS CAERÁ A MIS PIES!

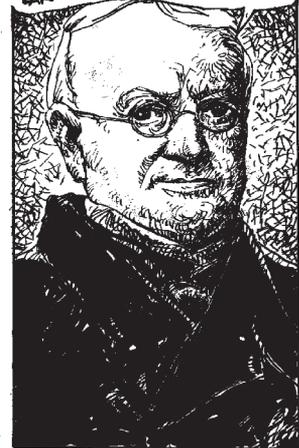
NO ESTOY TAN SEGURO... EL PUEBLO RECIBIÓ AYER CON JÚBILLO LA PROCLAMACIÓN DE LA REPÚBLICA



¡CAERÁ! TANTO A LOS PRUSIANOS COMO A NOSOTROS NO NOS INTERESA QUE ESTE "EXPERIMENTO" TRIUNFE. SERÍA DEMASIADO PELIGROSO LA AGITACIÓN OBRERA RECORRERÍA TODA EUROPA...



ADemás TIENEN UN ERROR HAY DEMASIADAS IDEOLOGÍAS Y NINGUNA PREPONDERA SOBRE LAS DEMÁS, NO TIENEN UNA DIRECCIÓN CLARA, SU PROBLEMA VA A SER RESISTIR EL HAMBRE, LOS CAÑONES, LOS ATAQUES MILITARES... NO LES DEJAREMOS TIEMPO PARA LEGISLAR.



28-4-71

LOS DELEGADOS DE LA COMUNA...

HEMOS DECRETADO QUE LOS SUELDOS MÁXIMOS SEAN DE 6.000 FRANCO ANUALES; HEMOS DECRETADO LA SEPARACIÓN DE LA IGLESIA Y EL ESTADO, LA OCUPACIÓN POR LAS SOCIEDADES OBRERAS DE LAS FÁBRICAS ABANDONADAS...

... HEMOS INSTAURADO LOS CONSEJOS DE GUERRA PARA IMPONER EL ORDEN; HEMOS PROHIBIDO EL TRABAJO NOCTURNO EN PANADERÍAS, PERO ESTO NO SIRVE DE GRAN COSA...

... LA SITUACIÓN ES MUY CRÍTICA. HAN CAÍDO NOTRE-DAME, MOULINEAUX, BELLE-ÉPINE...

Y NO SÓLO ESTO. FLOURENS, UNO DE LOS JEFE DE LA GUARDIA NACIONAL, HABÍA SIDO MUERTO POR LOS GENERALES GOBERNAMENTALES...

... DUVAL, OTRO JEFE DE LA GUARDIA NACIONAL HABÍA SIDO APRESADO Y FUSILADO.

EN BELLE-ÉPINE SE HABÍA MASACRADO A LOS COMUNEROS, MIENTRAS THIERS EN VERSAILLES DECÍA: "DEPONED LAS ARMAS Y SEDEAMOS CUERENTES".

ESTÁN DICTANDO LEYES FRANCAMENTE PROGRESISTAS: ENSEÑANZA LAICA Y GRATUITA, TOPES A LOS PRECIOS DEL PAN, DEVOLUCIÓN GRATUITA DEL MONTE DE PIEDAD, SUPRESIÓN DE LOS ALQUILERES DE LA VIVIENDA



POR ESO HEMOS DE SER INFLEXIBLES . HEMOS CONSEGUIDO ELIMINAR TODAS LAS OTRAS COMUNAS QUE HAN SURGIDO EN PROVINCIAS . PERO NO BASTA ELIMINAR LOS HECHOS FÍSICOS . . .



HAY QUE ELIMINAR EL ESPÍRITU . Y ESTO SE CONSIGUE CON EL ESCARMIENTO . HAY QUE MATAR A LOS COMUNEROS COMO SE MATA A LOS PAVOS EN NAVIDAD, SIN COMPASIÓN . Y CON REGODEO .



DURANTE MAYO , LA COMUNA FUE PERDIENDO SUS BARRIOS EN MANOS DE LAS TROPAS GOBIERNISTAS DE VERSAILLES : EL TROUADERO , LOS CAMPOS ELUSEOS , MONTMARNASSE , CICHY , BELLEVILLE . . . TODO QUEDÓ REGADO DE SANGRE COMUNERA



¡SIN PIEDAD ! ¡RECORDAD QUE ELLOS TAMBIÉN HAN MATADO REHE- NES !

EL 28-5-71 CAÍA LA COMUNA. LA REPRESIÓN SE CEBARÍA SOBRE SUS DEFENSORES.



VARUN EL HOMBRE DE LA 1ª INTERNACIONAL FUE RECONOCIDO Y APRESADO. MIENTRAS LO LLEVABAN A LAS BUTES PARA SER JUZGADO, EL POPULACHO BURGUES SE ENSAÑO CON ÉL.



TAL ERA EL ESTADO EN QUE LLEGÓ, QUE PARA FUSILARLO TUVIERON QUE HACERLE SENTAR. NO SE PODÍA MANTENER EN PIE.



UNA VEZ FUSILADO, SU CADÁVER FUE REVENTADO A CULATAZOS ENTRE LOS APLAUSOS DEL PÚBLICO.



EL GENERAL GALLIFETE SE DISTINGUIÓ POR SU HUMOR.



TODOS LOS PRISIONEROS CON OJAS EN EL PELO, QUE SALGAN

SE VA A APIADAR DE LOS VIEJOS!!!

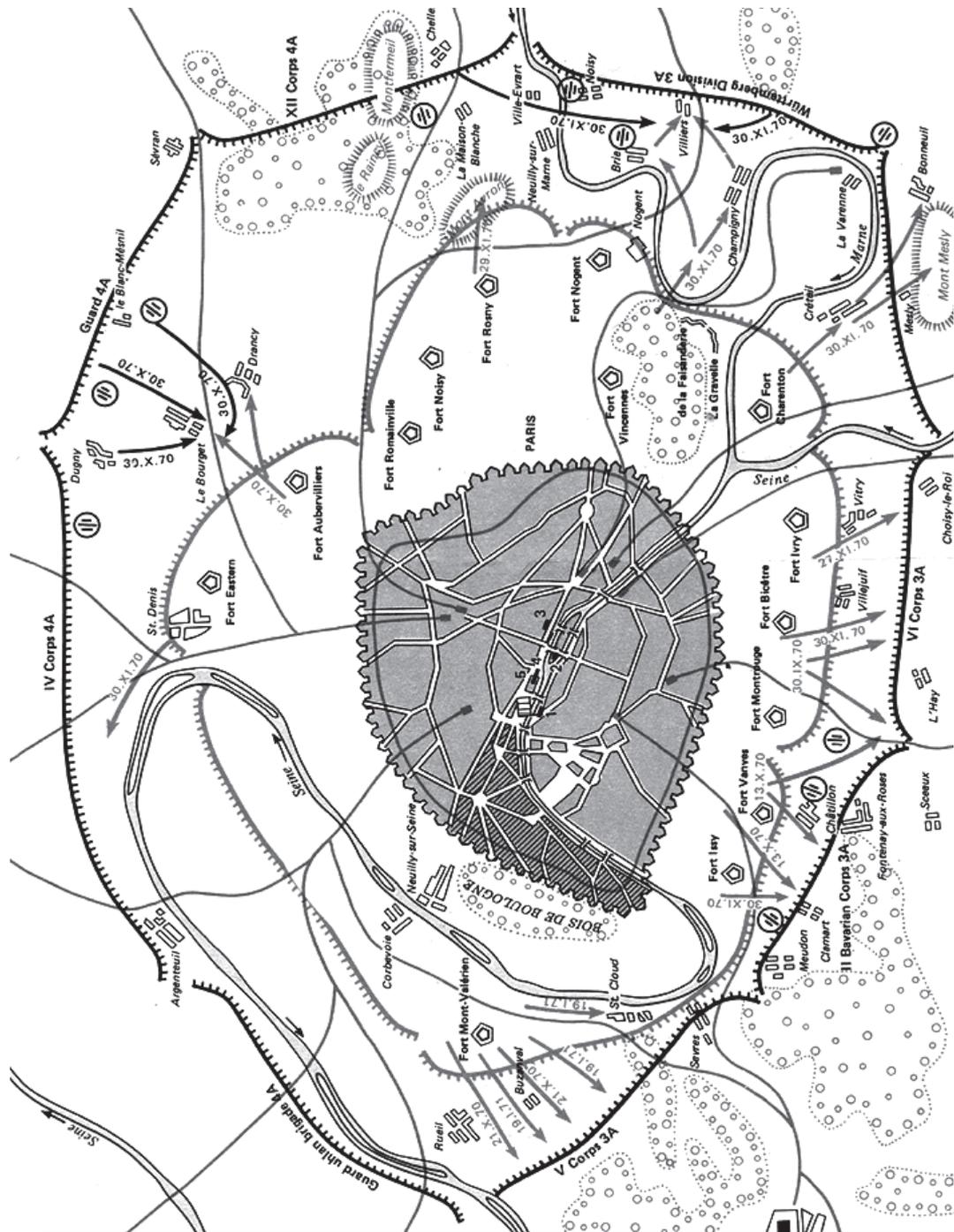


¿TÚ CREES?

A ESTOS, QUE SEGURO QUE PARTICIPARON EN LAS REVUELTAS DEL AÑO 48, QUE LOS FUSILEN PRIMERO!!!







	» Posición de las tropas prusianas		» Posición de las tropas francesas	Lugares del mapa 1. Ministerio de Guerra 2. Palacio de Justicia 3. Hôtel de Ville 4. Louvre 5. Tuileries
	» Principales tomas y fechas del movimiento de la tropa prusiana		» Principales tomas y fechas del movimiento de la tropa francesa	
	» Posición de la artillería prusiana		» Cuartel General de Ejército prusiano	
	» Cuartel General de Ejército prusiano		» Cuartel General de Ejército frances	
	» Zonas de París tomadas por las tropas prusianas			



LA COMUNA

“Qué honor, nuestro ejército vengó sus desastres con una victoria inestimable”.

Les Débats, mayo de 1871.

“Podéis contar con mi palabra, yo no falté nunca a ella... El París de la Comuna no es más que un puñado de desalmados... Si se dispararon algunos cañonazos, no fue obra del ejército de Versalles, sino de algunos insurrectos, para hacer creer que se baten, cuando no se atreven ni a asomarse... Los generales que condujeron la entrada a París son grandes militares... Yo seré despiadado; la expiación será completa y la justicia inflexible... Hemos alcanzado el objetivo. El orden, la justicia, la civilización obtuvieron al fin la victoria... El suelo está cubierto de sus cadáveres; ese espectáculo horroroso servirá de lección”.

THIERS¹, 22 de mayo de 1871.

“La Comuna gana cada día adeptos que rinden homenaje a una integridad con que pocos gobiernos engalanaron su existencia. El gobierno comunista fue un poder de una moderación y de una probidad ejemplares”.

Lucien Descaves.

1. NdE: *Louis Adolphe Thiers* (1797-1877). Historiador y político francés. Fue repetidas veces primer ministro bajo el reinado de Luis-Felipe de Francia. Después de la caída del Segundo Imperio, se convirtió en presidente provisional de la Tercera República francesa, ordenando la supresión de la Comuna de París en 1871. Desde 1871 hasta 1873 gobernó bajo el título de presidente provisional.

I

El 4 de septiembre de 1870 se proclama la República en el Ayuntamiento, sin resistencia de parte de un gobierno que, como dice Charles Seignobos, “no era más que un grupo de funcionarios superpuesto a la nación sin formar parte de ella, sin autoridad moral”. Así, el día de la crisis, “el pueblo se aparta de aquellos que había aceptado por debilidad y, privada de su sostén natural, el ejército, la institución imperial se derrumbó casi por sí misma, como un castillo de naipes bajo el papirotazo de un niño”².

Un año antes, el 5 de septiembre, en el Congreso de Basilea, al proponer que la Internacional celebrase su congreso en París, los delegados parisinos habían dicho: “En un año, el Imperio habrá dejado de existir”.

La noche del 4 de septiembre, los delegados de la Cámara Federal de las Sociedades Obreras y los delegados de las secciones de la Internacional se reúnen en la Corderie du Temple³ para redactar un llamado al pueblo alemán, publicado al día siguiente en alemán y en francés: “La Francia republicana te invita, en nombre de la justicia, a retirar tus ejércitos; si no, nos será preciso combatir hasta el último hombre y derramar ríos de tu sangre y de la nuestra. Te repetimos lo que declaramos a la Europa coligada en 1793: el pueblo francés no hace la paz con un enemigo que ocupa su territorio. Vuelve a cruzar el Rhin. Desde las dos orillas del río disputado, Alemania y Francia, tendámonos la mano. Olvidemos los crímenes militares que los déspotas nos hicieron cometer unos contra otros... con nuestra alianza, fundemos los Estados Unidos de Europa”.

Y el 5 de septiembre, el Comité Central del Partido de la Democracia Socialista, conocido con el nombre de Comité de Brunswick, publica un manifiesto que contiene frases como estas:

Es deber del pueblo alemán asegurar una paz honorable con la República francesa... Corresponde a los trabajadores alemanes declarar que, en interés de Francia y Alemania, están decididos a no tolerar una injuria hecha al pueblo francés... Juramos combatir lealmente y trabajar con nuestros hermanos obreros de todos los países por la causa común del proletariado.

2. René Arnaud, *Histoire du second Empire*, pag. 338. París, Hachette, 1929.

3. NdE: *Rue de la Corderie* es una calle en el barrio del Marais, en el III distrito de París. En el nº 14, ocupaba asiento la casa que, en 1869, acogía a la Federación Obrera animada por Eugene Varlin. Fue allí donde los miembros del Comité Central de la Comuna redactaron su primer anuncio publicado 17 de septiembre 1870 en los muros de París, y decidieron, para el día 18 de marzo 1871, la insurrección.

Pero la guerra ha destrozado ya a la Internacional. Las decepciones y los padecimientos de un largo asedio acabaron por agotar las energías y los recursos de los obreros parisinos. En vano, algunos militantes –Varlin⁴, Theisz⁵, el obrero joyero Léo Frankel⁶, Avrial⁷, Combault– se esfuerzan por reconstruir las secciones desorganizadas. En las sesiones⁸ que, de enero a marzo de 1871, celebra el Consejo Federal de la Internacional de París, aparece a menudo la confesión de su impotencia.

El 5 de enero, Varlin comprueba que la Internacional lleva sin dinero desde el 4 de septiembre: “las contribuciones de las secciones no dan más de

4. NdE: *Eugène Varlin* (1839-1871) era un socialista francés, comunero y miembro de la Primera Internacional. Fue uno de los pioneros del sindicalismo francés, siendo uno de los fundadores del sindicato de los encuadernadores adherido a la Asociación Internacional de Trabajadores. El 26 de marzo fue elegido por abrumadora mayoría en el Consejo de la Comuna de París. Se convirtió en comisionado de la Comuna de Hacienda y encargado en las relaciones laborales. Entre las diversas facciones políticas que participaron en la Comuna de París, Varlin estuvo al lado de los proudhonianos, perteneciente al ala izquierda de ese grupo. Sin embargo, su incansable energía y el idealismo lo convirtió en un personaje popular en muchas partes. El 1 de mayo Varlin puso del lado de la minoría que votó en contra de la creación de un “Comité de Salvación Pública”, inspirada en la de la Revolución Francesa. Durante la “Semana Sangrienta” trató en vano de salvar la vida de varios rehenes fusilados por los comuneros. Varlin participó activamente en los combates contra las tropas del gobierno de Versalles y estuvo a cargo de la defensa de los distritos VI y XI. Cuando la Comuna fue suprimida, Varlin fue capturado y llevado a Montmartre, donde fue torturado por una multitud y fusilado. Murió el 28 de mayo de 1871

5. NdE: *Albert Frederick Theisz Félix* (1839-1881). Trabajador del bronce y escultor, miembro de la Asociación Internacional desde 1867, lidera la huelga de bronce de París de 1867. Es miembro fundador de la Cámara Sindical Empresas de trabajo. Reorganizó las secciones de la Asociación Internacional y fue elegido para el Comité Central. El 26 de marzo, fue elegido para el Consejo de la Comuna de París, por los distritos XII y XVII, encargado en la Comisión de Trabajo e Intercambio Industrial. Firmó el manifiesto de la minoría contra el Comité de Salvación Pública. Luchó en las barricadas durante la Semana Sangrienta. Huyó a Londres, donde retomó su profesión y de sus actividades al Consejo General de la Internacional. Se aprovechó de la amnistía de 1880 para volver a París, donde murió poco después.

6. NdE: *Leo Frankel* (1844-1896) fue un comunista revolucionario húngaro y judío de origen. En París, participó en los trabajos de la Primera Internacional, en la organización de los trabajadores extranjeros alemanes, húngaros y otros dentro de la ciudad. El 26 de marzo 1871 fue elegido miembro del Consejo de la Comuna de París. También se desempeñó como miembro de la Guardia Nacional en defensa de la ciudad hasta su rendición. Tras la derrota de la Comuna, herido en su defensa, escapó de la pena de muerte inminente a Suiza.

7. NdE: *Agustín Avrial* (1840-1904). Obrero de la mecánica. Durante la Comuna fue elegido comandante del batallón 66 de la Guardia Nacional. El 18 de marzo 1871, organizó la resistencia de Montmartre contra el gobierno golpista de Adolphe Thiers que quería arrebatar las armas los comuneros. El 26 de marzo, fue elegido para el Consejo Municipal por el distrito XI. Es miembro de la Comisión de Trabajo e Intercambio, del Consejo Ejecutivo y la Guerra. Miembro de la minoría, votó en contra de la creación del Comité de Salvación Pública. Durante la represión, pudo escapar y refugiarse en Londres.

8. Actas de las reuniones formales de la Internacional en París durante la guerra y la Comuna (5 de enero al 20 de mayo de 1871). E. La-haud, 1872.

si”. El Consejo Federal quisiera un periódico “bien suyo, suyo sólo y cuya redacción estuviese en sus manos”. Léo Frankel señala que es triste ver “que la Internacional, con todas sus secciones reunidas, no puede, en su totalidad, hallar bastante fuerza para crear un órgano general”.

El 12 de enero, Varlin declara que “las corporaciones obreras no están activas[...] Los broncistas están dispersos en las compañías de guerra, no pueden cotizar, no se les puede exigir, hay una razón de fuerza mayor [...] Los ebanistas están en dispersión...”. El 19 de enero, Varlin, que acaba de visitar los centros obreros, lo confirma: “Cuando fui a provincias, vi centros enteros castrados por una miseria atroz”.

Esta miseria atroz de las poblaciones obreras y la desocupación provocada por la guerra explican la declinación de las organizaciones obreras. En vano, en esa misma sesión del 19, critica Lacord la política de la Internacional: “La Internacional comprendió mal su papel, los trabajadores debían adueñarse del poder el 4 de septiembre, hay que hacerlo hoy... Todo está desorganizado hoy y, sin embargo, la Internacional ignora su fuerza real, que es grande: el público la cree rica y unida”. A lo que Rouelle objeta: “Al criticar a la Internacional, se olvida que las secciones están arruinadas, que sus miembros están dispersos...”.

Leo Frankel, en la sesión del 19 de febrero, reconoce que “desde el 4 de septiembre los acontecimientos dispersaron a la Internacional. Es urgente reconstruir las secciones para que vuelvan a encontrar la fuerza que les es indispensable. Tenemos una fuerza moral, si no en Francia, al menos en París; carecemos de fuerza material, por falta de organización... Nos hace falta una organización fuerte, secciones disciplinadas, con su propio reglamento, que participen en nuestros trabajos por medio de sus propios delegados... En estas condiciones, estaremos prontos y poderosamente constituidos el día de la acción, por imprevista que sea su llegada”. Avrial observa que será difícil reconstruir la Internacional: “La falta de trabajo ha creado la miseria, y nos hacen falta cotizaciones fielmente pagadas para publicar periódicos y folletos e ir a los centros de provincias”. Pero Theisz propone emprender, sin embargo, esa reorganización: “Las sociedades obreras se agrupan difícilmente hoy; las secciones de la Internacional se constituyen más fácilmente; las sociedades obreras están fatalmente consagradas a la lucha cotidiana del salario: sabemos lo ruda que es esta tarea, obstruida en mil detalles, absorbente”.

En la sesión del 26 de enero, Varlin anunció que los dos periódicos en los cuales los militantes obreros podían exponer su punto de vista, *La Lutte*

àoutrance y *La République des travailleurs*, no aparecerían más, y agrega: “Al no tener periódico, podríamos reunimos con algunos grupos republicanos para publicar un folleto que diese a conocer la verdad sobre los hechos del 22 de enero. Frente a la capitulación, la Internacional cumplió con su deber”.

El 28 de enero, J. Favre firma un armisticio con Bismarck⁹ después de cinco meses de asedio soportados valerosamente. El armisticio es a los ojos de la población parisina una capitulación vergonzosa; algunos piensan en una traición. La Asamblea Nacional, reunida el 12 de febrero en Burdeos, es favorable a la concertación de la paz. Nombra a Thiers jefe del poder ejecutivo; este firma el 26 de febrero los preliminares de la paz, que son ratificados el 1 de marzo por la Asamblea Nacional. Los preliminares conceden al ejército prusiano el derecho a entrar en París; cuerpos alemanes, a partir del 3 de marzo, deben ocupar ciertos barrios. Esas condiciones exasperan a la población parisiense.

La rebelión crece en el corazón de aquellos que se hicieron ilusiones en el calor de la batalla por la defensa de París. Las clases medias y obreras sufren por la paralización de los negocios y del trabajo, que les priva de sus recursos cotidianos: pequeños comerciantes arruinados por la suspensión de las transacciones comerciales, pequeños rentistas para los cuales se plantea la cuestión de los alquileres, artesanos y obreros de todas las profesiones, reducidos a la miseria, y de los cuales muchos deben contentarse con 1,50 francos al día, concedidos solo a los guardias nacionales.

Los historiadores reconocen que la causa primera del movimiento fue ese estado de ánimo de la población: decepción y rebelión. Hasta el 15 de marzo, la población parisina está indignada por la capitulación y la actitud del Gobierno de Thiers y de la Asamblea Nacional. Ante la comisión de investigación, Jules Ferry insiste en “la cólera extra que siguió a la decepción final”: “Entre las causas secundarias y determinantes de la insurrección pondré, ante todo, un estado moral de la población parisiense que de buena gana denominaría la locura del asedio... Cinco meses de esa existencia nueva, con el trabajo interrumpido, con todos los espíritus vueltos hacia la guerra y esa lucha de cinco meses que condujo a una inmensa decepción, a una población entera que cayó desde la cima de las ilusiones más grandes que se hayan concebido jamás...”.

9. NdE: *Otto Eduard Leopold von Bismarck-Schönhausen* (1815-1898), conocido como Otto von Bismarck, fue un estadista, burócrata, militar, político y prosista alemán, considerado el fundador del Estado alemán moderno. Durante sus últimos años de vida se le apodó el «Canciller de Hierro» por su mano dura al tratar temas relacionados con su país, que incluía la creación de un sistema de alianzas internacionales que aseguraran la supremacía de Alemania, conocido como el Reich.

Y Jules Ferry insiste también en “esa voluntad expresada por los prusianos de entrar en París y de ocupar uno de sus barrios. Considero que ese es un elemento de extraordinaria importancia y que decidió la violencia de la crisis y la forma particular que revistió”.

Desde el día 15, se piensa en federar los batallones de los guardias nacionales, y se nombra una comisión compuesta de hombres desconocidos, que no se mezclaron en la política, para redactar los estatutos de la nueva organización. Esos estatutos prevén la creación de un comité central formado por delegados de las compañías y de los comandantes elegidos. La Asamblea General, que se reúne el 24 de febrero para aprobarlos, se compromete “a ir inmediatamente en armas al lugar de la reunión y a proceder luego contra el enemigo invasor a la primera señal de entrada del ejército prusiano en París”.

Los días siguientes hubo manifestaciones en las calles.

El 27 de febrero, los batallones de la guardia nacional vuelven a tomar los 227 cañones y ametralladoras pagados por París y que habían sido encerrados en los parques de Passy y de la plaza Wagram. Entre el 1 y el 3 de marzo, entran en París 30.000 hombres del ejército alemán. El Comité Central, que no existe todavía más que de hecho, impide, con su intervención moderadora, que se produzca la resistencia preconizada por la asamblea del 24. El 3 y el 4 de marzo se aprueban los estatutos; una comisión ejecutiva establece la misión que debe tener el Comité Central: “Su deber es velar por la ciudad, protegerla de las calamidades que le preparan en las sombras los partidarios de los príncipes, los generales de los golpes de Estado, los ambiciosos ávidos y desvergonzados de toda especie”.

El comité tiene su sede en la plaza de la Corderie du Temple, en el local que ocupan el Consejo Federal de la Internacional parisino y la Federación de las Cámaras Sindicales. Pero los internacionalistas de París, al comienzo, muestran alguna reserva con respecto al Comité Central y vacilan en mezclarse en su acción. El Consejo Federal se reúne el 1 de marzo; Varlin prevé los acontecimientos que van a desencadenarse y no quiere que la Internacional quede al margen. Pide que los internacionalistas hagan lo posible para hacerse nombrar delegados en su compañía y para concurrir al Comité Central. Varlin agrega: “No vayamos allí como internacionalistas, sino como guardias nacionales, y trabajemos por apoderarnos del espíritu de esa asamblea”. Pero Frankel y Pindy ven en ello el riesgo de comprometer a la Internacional.

El Consejo Federal de la Internacional está, pues, vacilante. Si decide delegar en una comisión de cuatro miembros ante el Comité Central de la Guardia Nacional, deja claro que su acción será puramente individual. Entre los internacionalistas, tan solo Varlin es miembro del Comité Central. Pero en la sesión de la noche del 23 al 24 de marzo el Consejo Federal decide manifestar su simpatía.

El 10 de marzo, nueva injuria a París: la Asamblea declara que no se reunirá en París. Thiers se instala en el Quai d'Orsay¹⁰.

Los 13.215 batallones se constituyen en federaciones, con un Comité Central de 26 miembros.

El 18 de marzo, Thiers da orden a las tropas regulares de ocupar las Buttes-Chaumont, Belleville, el Temple, la Bastilla, el Ayuntamiento, Montmartre, el Luxemburgo, los Inválidos. Las tropas reciben la orden de volver a tomar los cañones; la Guardia Nacional reacciona con energía. Estando dispersos los miembros del Comité Central, son los grupos locales, la muchedumbre, quienes obran espontáneamente. Y sin orden suya son asesinados los generales Lecomte y Clément Thomas.

Thiers da la orden de evacuar París, de evacuar los fuertes del sur entregados por los alemanes, e incluso de evacuar el Mont-Valérien¹¹. En la tarde del 18, Jules Ferry, alcalde de París, protesta contra la orden dada a las tropas de replegarse sobre Versalles; a las 7:40 de la tarde envía un despacho al jefe del ejecutivo: “¿Vamos a entregar los archivos del Ayuntamiento? Exijo una orden positiva para cometer tal deserción y semejante acto de locura”. Thiers le remite la orden positiva que pide.

Thiers parte. Cuando los alcaldes de París insisten en hacer aceptar al Gobierno un compromiso, las elecciones municipales inmediatas y el mantenimiento de la Guardia Nacional, Jules Favre¹² les responde: “No trato con asesinos”. Él obedece a las intenciones del jefe del Gobierno. Thiers quiere su batalla de París.

10. NdE: *El muelle de Orsay* (en francés: le quai d'Orsay) es un muelle parisino situado en la orilla izquierda del río Sena en el VII Distrito de la ciudad. El término designa habitualmente también al Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia, situado en el nº 37. En este caso se habla del Quai d'Orsay (en mayúscula) o simplemente le Quai.

11. NdE: *El Mont Valérien* es una colina que alcanza los 162 metros de altura, situada a varios kilómetros al oeste de París, en los municipios de Saint-Cloud, Suresnes, Nanterre y Rueil-Malmaison. Está ubicado allí un fuerte, construido a partir de 1841.

12. *Jules Favre* (1809-1880) Vicepresidente y Ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno de Defensa nacional. Tras la destitución de Trochu como Gobernador de París el 22 de enero de 1871 se haría con el control de facto del Gobierno.

Los hombres más opuestos en ideas, y entre ellos los realistas, como el conde d'Hérison, oficial de enlace de Tróchu¹³ están de acuerdo en que, al dar a sus ministros la orden de huir de París, Thiers previó, quiso, la insurrección comunista. Armand Dayot¹⁴ estima que las negociaciones (con respecto a los cañones) debían culminar felizmente en algunos días. “La incalificable agresión del 18 de marzo puso fin a todas las conversaciones”. Apelar a la fuerza en lugar de la persuasión era, en el estado de sobrecitación de los espíritus, provocar una oposición a mano armada.

Al abandonar París, Thiers tiene la intención de dejar que crezca el movimiento revolucionario. En abril de 1834, ¿no había suscitado, por medio de agentes provocadores, la sublevación en París, en el momento mismo en que era aplastada en Lyon? “Era, por otra parte, consecuente consigo mismo, dice Paul Cambon¹⁵, se lo oí contar, y lo repitió varias veces, que el 24 de febrero de 1848 había aconsejado, al rey Luis Felipe abandonar la capital con el ejército, rehacer sus tropas y volver por la fuerza. No había que asombrarse de que, en una situación peor que la de 1848, no vacilase en evacuar París”.

Thiers prefiere provocar a París con una actitud que oculta mal su voluntad firme de suscitar la violencia. ¿Qué otra intención se puede atribuir a palabras como estas: “París nos dio el derecho de preferir Francia a la capital”? De parte de un hombre fecundo en argucias y de un político tan hábil, ¿se puede hablar de equivocación? ¿No hay que reconocer que creó y deseó la situación revolucionaria que siguió al 18 de marzo?

La psicología de Thiers y su pasado son prueba de sus intenciones secretas el 18 de marzo; obedece a la tradición que mantuvo siempre en el poder: provocar el levantamiento a fin de poder reprimirlo salvajemente.

Cuatro veces repitió Thiers la misma táctica: en 1834, promovió el levantamiento de abril en París; en 1840, como presidente del Consejo, trató de descalificar las huelgas corporativas a fin de distraer a la opinión pública francesa, irritada por el fracaso diplomático que sus negociaciones secretas hicieron sufrir a Francia; en 1848, su influencia sobre la Asamblea estimuló y llevó al combate “a los que querían acabar” con la República de febrero; y el brusco despido de 110.000 obreros de los Talleres Nacionales permitió dar una lección a *esa vil muchedumbre...*

13. *Conde d'Hérison, Nouveau Journal d'un officier d'ordenance, La Comuna*, Ollendorf, 1889, págs. 68 y sigs.: Thiers, quiso la Comuna (cap. 4).

14. *La Revue*, 1º de octubre de 1901.

15. *Paul Cambon, "Souvenirs du 18 mars 1871", Revue de París*, 1º de abril de 1935.

En 1871, Thiers, que se cree un gran militar, encuentra al fin la ocasión para dirigir una campaña contra civiles, es verdad, y librar batalla contra franceses.

Lissagaray resume así el 18 de marzo: “¿Qué es el 18 de marzo, si no la respuesta instintiva de un pueblo abofeteado? ¿Dónde hay rastros de complot, de secta, de agitadores? ¿Qué otro pensamiento más que el lema *¡Viva la República!*? ¿Qué otra preocupación más que erigir una municipalidad republicana contra una asamblea realista? El reconocimiento de la República y el voto de una buena ley municipal lo habrían pacificado todo”. Esta afirmación de un comunero refleja el estado de ánimo de los parisinos que no lo eran. El autor de las *Rêveries d'un païen mystique*, Louis Ménard, escribe a un amigo: “A mi pesar, me inclino hacia los pobres, hacia los vencidos, los insurrectos, soy ante todo republicano, y creo que se está en vías de matar a la pobre República”.

La Comuna quiso defender la República que creía en peligro. Fue el acontecimiento que impidió “el escamoteo de la República que preparaban los príncipes de Orleans y su encargado de negocios, el señor Thiers”. Jules Vallès hace bien en escribir, en *L'Insurgé*¹⁶: “Hemos *afianzado* la República con nuestros fusiles de insurrectos”.

II

El 19 de marzo por la mañana, en ausencia de un gobierno que había huido a Versalles, el Comité Central se encuentra solo en París.

Los hombres oscuros que lo componen son sorprendidos por el acontecimiento, pero aceptan sencillamente la responsabilidad que eso les impone. Jules Vallès nos los describe en la mañana del 19:

No conozco a ninguno. Se me dicen sus nombres, que no oí nunca. Son delegados de los batallones populares solamente en sus barrios. Tuvieron sus éxitos de hombres de palabra y de hombres de acción en las asambleas, con frecuencia tumultuosas, de las que salió la organización federal... No son todavía más que seis o siete, en este momento, en esa gran sala en que el Imperio, en uniforme dorado y en traje de gala, danzaba no hace mucho tiempo. Hoy, una media docena de mozos de grandes zapatos, con un quepis de filetes de lana, sin

16. NdE: *Jules Vallès*, seudónimo de Jules Louis Joseph Vallez (1832-1885), fue un periodista, escritor y político francés, fundador del periódico *Le Cri du Peuple*. Escribió una trilogía literaria de carácter autobiográfico, de la que *L'Insurgé* es su tercer libro.

charreteras, sin cordones; bajo este cielo raso adornado con flores de lis, es el Gobierno¹⁷.

El primer acto del Comité Central es devolver al pueblo de París la elección de la Comuna: “Nos habéis encargado organizar la defensa de París y de vuestros derechos: somos conscientes de haber cumplido esa misión; ayudados por vuestro valor generoso, expulsamos a ese gobierno que nos traicionaba. En este momento, nuestro mandato ha expirado, y os lo devolvemos, porque no pretendemos tomar el puesto de aquellos a quienes el soplo popular acaba de derribar”.

El 21, el Comité Central declara que “París no tiene de ningún modo la intención de separarse de Francia; nada más lejos de eso. Soportó el Imperio por ella, el gobierno de la defensa nacional, todas sus traiciones y todas sus cobardías. No es ciertamente para abandonarla hoy, sino solamente para decirle, en calidad de hermana mayor: «Sostente a ti misma, como yo me sostuve; oponte a la opresión como yo me opuse».”.

El mismo día, el Comité Central suspende la venta de los objetos empeñados en el Monte de Piedad¹⁸, prorroga por un mes los vencimientos e impide a los propietarios desalojar a los inquilinos hasta nueva orden.

Al mismo tiempo que fija las elecciones comunales para el 26 de marzo, el Comité Central toma las medidas provisionales para asegurar los servicios abandonados por sus titulares.

Salvo Varlin, miembro del Comité Central, los internacionalistas parisinos mantienen una gran reserva. El 23 de marzo se efectúa una reunión mixta de la Internacional parisina y de la Cámara Federal de las Sociedades Obreras: “Frankel reclama la redacción de un manifiesto que debe, dice, reforzar el Comité Central con toda nuestra fuerza moral”.

Se nombra una comisión compuesta por Frankel, Theisz y Demay y, en la sesión de la noche (23-24 de marzo), a la que asiste Émile Aubry, el manifiesto es adoptado a la vez por los delegados de la Cámara Federal de las Sociedades Obreras y por los delegados, de las secciones parisinas de la Internacional.

En el curso de la discusión, Émile Aubry advierte que los diarios de toda Francia citan a la Internacional como si hubiera tomado el poder: “Yo creo

17. Jules Vallès, *L'Insurgé*, pág. 268.

18. NdE: *Los Montes de Piedad* (del italiano *Monte di Pietà*) también llamados en singular *montepío*, eran entidades benéfico-religiosas donde los pobres podían obtener sumas en metálico empeñando sus pertenencias.

que se coordinaría el movimiento invitando al Comité Central a adherirse a la Internacional”.

Los internacionalistas se deciden a obrar, para deslindar la responsabilidad de la Internacional parisina en los acontecimientos que acaban de producirse. Comprometen su responsabilidad personal:

Trabajadores:

Una larga sucesión de reveses, una catástrofe que parece que va a llevar a la ruina completa a nuestro país, tal es el balance de la situación creada en Francia por los gobiernos que le han dado...

¿Hemos perdido las cualidades necesarias para volvernos a levantar de esta humillación?

Los últimos acontecimientos demostraron la fuerza del pueblo de París; estamos convencidos de que un entendimiento fraternal demostrará bien pronto su prudencia.

El principio de autoridad es en lo sucesivo impotente para restablecer el orden en la calle, para hacer renacer el trabajo en el taller, y esta impotencia es su negación.

La división de los intereses creó la ruina general, engendró la guerra social. Es a la libertad, a la igualdad y a la solidaridad a las que hay que pedir que aseguren el orden sobre nuevas bases, que reorganicen el trabajo que es su condición primera.

Trabajadores:

La revolución comunal afirma sus principios, suprime toda causa de conflicto en el porvenir. ¿Vacilaréis en darle vuestra sanción definitiva?

La independencia de la Comuna es la garantía de un contrato cuyas cláusulas libremente debatidas harán cesar el antagonismo de las clases y asegurarán la igualdad social.

Hemos reivindicado la emancipación de los trabajadores y la delegación comunal es la garantía, porque debe proporcionar a cada ciudadano los medios para defender sus derechos, controlar de una manera eficaz los actos de sus mandatarios encargados de la gestión de sus intereses y determinar la aplicación progresiva de las reformas sociales.

La autonomía de cada comuna priva de todo carácter opresivo a sus reivindicaciones y afirma la República en su más alta expresión.

Hemos combatido, hemos aprendido a sufrir por nuestro principio igualitario, no podríamos retroceder cuando podemos ayudar a colocar la primera piedra del edificio social.

¿Qué hemos pedido? La organización del crédito, del cambio, de la asociación, a fin de asegurar al trabajador el valor integral de su trabajo.

La instrucción gratuita, laica e integral.

El derecho de reunión y asociación, la libertad absoluta de la prensa y la del ciudadano.

La organización desde el punto de vista municipal de los servicios de policía, de la fuerza armada, de la higiene, de la estadística, etc.

Hemos sido juguetes de nuestros gobernantes, nos hemos dejado incorporar a su juego, cuando acariciaban sucesivamente a todas las facciones cuyos antagonismos aseguraban su existencia.

Hoy, el pueblo de París es clarividente, rehúsa ese papel de niño dirigido por el preceptor, y en las elecciones municipales, producto de un movimiento del que él mismo es autor, recordó que el principio que preside la organización de un grupo, de una asociación, es el mismo que debe regir la sociedad entera, y, como rechazó todo administrador o presidente impuesto por un poder, fuera de su seno, rechazará todo alcalde, todo prefecto impuesto por un gobierno extraño a sus aspiraciones.

Un entendimiento fraternal demostrará la sabiduría de París... el principio de autoridad es en lo sucesivo impotente... El trabajo es la condición primera del orden... la independencia de la Comuna es la garantía de un contrato cuyas cláusulas, libremente debatidas, harán cesar el antagonismo de las clases y asegurarán la igualdad social... La delegación comunal es la garantía de la emancipación de los trabajadores... la garantía para el trabajador del valor integral de su trabajo... La organización del crédito, del cambio, de la instrucción.

Tales eran los principios que desarrollaba el manifiesto. Los internacionalistas tratan de dar al movimiento comunalista un programa, líneas directrices. La Internacional parisina no estuvo en modo alguno en el origen del movimiento; temió incluso comprometerse en él; pero el 23 de marzo los internacionalistas intentan inclinarlo en el sentido de sus creencias. En la medida en que el tumulto de las circunstancias se lo permite, quieren colorear con un tinte más preciso y claramente socialista los matices bastante inseguros del arcoíris que había en la diversidad de las tendencias entre los hombres de la Comuna.

¿En qué medida pudieron los internacionalistas parisinos influir sobre la actitud y los destinos de la Comuna? ¿Qué papel desempeñaron aquellos de sus elegidos el 26 de marzo? Convertidos en administradores, ¿tuvieron tiempo de aplicar el programa que esbozaron en el manifiesto del 23-24 de marzo? ¿La Comuna fue, como afirma Marx, “todo un gobierno de la clase obrera, la forma política hallada al fin, bajo la cual era posible realizar la emancipación del trabajo”?

¿Fue la derrota de la Comuna, como dijo Benoît Malón, “la tercera derrota del proletariado francés”?

III

Las elecciones se celebraron el 26 de marzo, en una atmósfera de primavera parisina: *“Este sol tibio y claro que dora la boca de los cañones, este olor de ramilletes de flores, el ondear de las banderas, el murmullo de esta revolución que pasa, tranquila y hermosa, como un río azul; esos estremecimientos, esos resplandores, esas fanfarrias de cobre, esos reflejos de bronce, esas llamaradas de esperanza, ese perfume de honor, hay con qué embriagarse de orgullo y de alegría”*¹⁹ [...] *Este París que, al adoptar la palabra misma de Comuna, vinculaba a la vez por instinto su patriotismo dolorido y su esperanza en una ciudad justa*”. (Georges Duveau).

El escrutinio de las elecciones del 26 de marzo da, el 28, los resultados siguientes²⁰:

De 80 miembros nombrados, hay 25 obreros. Los internacionalistas parisinos no son más que una minoría de un tercio a lo sumo, si se tiene en cuenta que un cierto número de los elegidos del 26 de marzo no quisieron ocupar su puesto. Entre los internacionalistas elegidos se encuentran aquellos que organizaron sólidamente el movimiento obrero entre 1868 y 1870: Varlin, Theisz, Avrial, Assi, Langevin, Champy, Duval, Chalain, Camélinat, B. Malón, Aniouroux, Pindy, Léo Frankel, Dereure, V. Clément, E. Gérardin, A. Arnaud, A. Clémence, Demay, Descamps, C. Dupont, J. Durand²¹; por sus tendencias se aproximan a ellos Beslay, Jourde, Vaillant, J. Valles, Vermorel,

19. Jules Vallés, *l'Insurgé*, pág. 273.

20. Sobre 485.569 inscritos votan 229.167 electores, una proporción un poco mayor que la que eligió los alcaldes en noviembre de 1870.

21. Después de las elecciones del 16 de abril, Johannard, uno de los militantes obreros incluidos en el tercer proceso de la Internacional, se asoció a la mayoría jacobina.

Lefrançais, Charles Longuet, Courbet y Eugène Pottier. Serán “los moderados de ese extraño gobierno”. Frente a ellos, una mayoría compuesta de hombres de tendencias muy diversas, de blanquistas puros y blanquistas disidentes²², de oradores y periodistas radicales, de elegidos por los clubes rojos, y otros individualistas de tendencias barrocas o indefinibles.

Solo los miembros de la Internacional y de las sociedades obreras parisinas tienen una doctrina económica y social definida. Valerosos, honrados y activos, inmediatamente aceptan el cargo de los servicios y de una parte del alto personal, que la fuga de los ministros había dejado desorganizados; cada uno de ellos, al cumplir su tarea a conciencia, se vio pronto absorbido por ella. Su carácter les lleva a entregarse por completo, porque saben la importancia que tiene. Sin su gestión recta, la Comuna no habría podido hacer frente durante tanto tiempo a los ataques con que Thiers, desde el comienzo de abril, hostigaría a París.

Thiers vació a París de todos sus órganos administrativos. Los militantes obreros comprenden que la tarea inmediata que se les impone es hacer funcionar normalmente los servicios de una administración desmantelada. Y se ponen animosamente a la tarea: Varlin y Jourde²³ en las finanzas, Theisz en correos, Avrial en la dirección del material de armamento, Camélinat en la moneda, Combault y Faillet en el servicio de las contribuciones directas e indirectas, Alavoine en la Imprenta Nacional, Leo Frankel, en la comisión del intercambio y del trabajo. Varlin hace frente a múltiples tareas: se le encuentra en los consejos de la Comuna tal como estuvo en las luchas del fin del Imperio: “infatigable, modesto, hablando muy poco, siempre en el momento justo, y esclareciendo con una palabra cada discusión confusa”.

Desde el 19 de marzo, Varlin es encargado de las finanzas, junto con Jourde. Cuando llegan al Ministerio se encuentran en presencia del jefe de la oficina del ordenamiento de pagos y del material, único representante del Estado y del personal. Unas 300.000 personas sin trabajo, sin recursos, esperan los 1,50 francos cotidianos de que viven desde hace siete meses. En el Ministerio

22. NdE: Se puede definir al *blanquismo* como la teoría y práctica de organización conspirativa para fomentar un levantamiento masivo. Fue propugnada por el revolucionario francés Auguste Blanqui (1805-1881), que participó en la Revolución de 1830, además de en una insurrección de 1839 y en la Revolución de 1848. Ver nota 32.

23. NdE: *François Jourde* (1843-1893), de oficio secretario de notario, fue miembro Comité Central de la Guardia Nacional (160 Batallón). En las elecciones del 26 de marzo fue elegido para el Concejo Municipal del Distrito V. Nominado para el manejo de finanzas, su escrupulosa observancia de la *Banque de France* y su actitud de “buen gerente”, despertó el resentimiento de muchos comuneros, sobre todo entre los guardias nacionales.

de Finanzas hay 4.600.000 de francos en las cajas. Los delegados piden a Rothschild la apertura de un crédito de 500.000 francos. La Banca de Francia pone un millón a disposición de Varlin y de Jourde. A las 10 de la noche la paga de los soldados es distribuida en todos los distritos.

Varlin pasa de las finanzas a los abastecimientos, de los abastecimientos a la intendencia: en todas partes su presencia asegura el orden y la disciplina del trabajo. Su autoridad se basa en la simpatía y la sencillez. Gracias a él, a Jourde y a los otros internacionalistas, la máquina administrativa de París puede funcionar con 10.000 empleados, cuando antes exigía 60.000. Varlin tiene la vista en todo, no acepta ningún derroche. Deja las finanzas en manos de alguien de quien está seguro: Jourde. Ese joven contable revela una destreza extrema; muy fino, entusiasta, conquista la amistad de Varlin: posee una serenidad tranquila y un autodomínio que concuerdan con la virtud simple y estoica de Varlin. Jourde conservará esas cualidades de autodomínio hasta en las jornadas tumultuosas y desordenadas durante las cuales París y la Comuna se debaten contra el ejército de Versalles.

Jourde hizo frente a una pesada tarea: puso en ella su lucidez tranquila de “buen contable” (G. Bourgin). Es preciso cada mañana alimentar a 300.000 personas. De 600.000 obreros que trabajaban con un patrón, solamente 114.000 están ocupados de los cuales 62.500 son mujeres²⁴. Es preciso también alimentar los diversos servicios. Versalles había dejado 4.658.000 francos en las cajas. Jourde quiere conservar intactos los 214 millones de títulos hallados en el Ministerio de Hacienda.

Jourde tiene, pues, por todo recurso, los ingresos de las administraciones: correos, teléfonos, contribuciones directas e indirectas, concesiones, aduanas, depósitos y mercados, tabacos, registro y timbres, caja municipal y ferrocarriles.

El gobierno comunalista recibe 9.400.000 francos del Banco de Francia, pertenecientes a la ciudad y un anticipo de 7.292.000 francos. Los gastos del 20 de marzo al 30 de abril suman 26 millones. Durante las tres semanas de mayo, los gastos se elevan a 20 millones. En las nueve semanas de su existencia, la Comuna gastó 46 millones de francos, de los cuales 16.694.000 fueron proporcionados por el Banco de Francia y el resto por los diversos servicios. Y durante ese período, el Banco de Francia aceptó cerca de 260 millones de letras giradas sobre él por el Gobierno de Versalles para combatir a París.

En correos, Theisz, el organizador de la Cámara Federal de las Sociedades Obreras, encontró el servicio desorganizado, las oficinas divisionarias cerradas,

24. *Audiganne, Revue des Deux Mondes*, 15 de mayo de 1871.

los sellos ocultos o desaparecidos, el material (sellos, coches) sustraídos y la caja vacía. Las indicaciones fijadas en las salas y en los patios ordenan a los empleados trasladarse a Versalles bajo pena de despido. Gracias a la ayuda de algunos empleados socialistas, Theisz reorganiza, en cuarenta y ocho horas, la recepción y distribución de las cartas para París²⁵.

Estos esfuerzos son la condición de existencia de la Comuna. Prueban la energía y el valor organizador de los militantes obreros, pero estos son absorbidos por sus funciones de administradores. Correspondió a uno de los miembros de la Internacional parisina, Léo Frankel, de origen húngaro, ocupar el único puesto que permitía hacer obra socialista: la comisión del intercambio y del trabajo. Esa comisión tenía un vasto programa: “el estudio de todas las reformas que hay que introducir en las relaciones de los trabajadores –hombres y mujeres– con sus patrones, la revisión del código de comercio, las tarifas aduaneras, la transformación de todos los impuestos directos e indirectos y el establecimiento de una estadística del trabajo”.

Una comisión de iniciativa, compuesta por trabajadores, ayuda a Léo Frankel.

El 29 de mayo, Léo Frankel, en la reunión del Consejo Federal de la Internacional parisina, declara lo siguiente: “Queremos fundar el derecho de los trabajadores, y ese derecho no se establece más que por la fuerza moral”. Miembro de la comisión del intercambio y del trabajo, después delegado único, desde el 20 de abril se esfuerza por aplicar las ideas socialistas de la Internacional parisina, y las medidas que tomará se inspiran en las ideas que dominaron al movimiento obrero desde 1866: autonomía obrera y sindicalista.

El decreto del 16 de abril trata de remediar las consecuencias de los talleres abandonados por los que los dirigían; a causa de las deserciones en muchos trabajos esenciales en la vida comunal, Léo Frankel se dirige, naturalmente, a las cámaras sindicales obreras: las encarga de realizar la estadística de los talleres abandonados y el inventario de los instrumentos de trabajo; la comisión obrera de investigación deberá también hacer propuestas prácticas con miras a poner esos talleres abandonados en funcionamiento, por la constitución de sociedades cooperativas obreras. Un jurado arbitral decidirá la indemnización que se pagará a los patrones a su regreso.

Las cámaras sindicales tienen un local a su disposición en el Ministerio de Trabajos Públicos; pero la comisión de investigación no puede celebrar más que dos sesiones, el 10 y el 18 de mayo.

25. Lissagaray, op. cit., págs. 499-503. Apéndice, nota dirigida por Theisz a Lissagaray. Benoît Laurent: *La Commune de 1871: «Les ballons et les télé-graphes»*, prefacio de Lucien Descaves, Dorbon, 1934.

Léo Frankel vuelve a la tradición de 1848 como uno de los precursores de la legislación moderna del trabajo.

En su sesión del 19 de enero, el Consejo federal discute la cuestión del trabajo nocturno de los panaderos. “El trabajo nocturno, había dicho el panadero Tabouret, nos separa de la sociedad y de la familia; durmiendo durante el día, vivimos como separados del mundo... Léo Frankel logra el 20 de abril la prohibición del trabajo nocturno de los panaderos so pena de confiscación de los panes de los patrones contraventores.

Por iniciativa de Léo Frankel la Comuna nombra en mayo una comisión superior de contabilidad, encargada de verificar las cuentas de sus diversas delegaciones. Organiza registros de informaciones en los distritos, para las ofertas y demandas de trabajo, y prepara el proyecto de liquidación del Monte de Piedad.

El 27 de abril, un decreto impide las multas y retenciones sobre sueldos y salarios en las administraciones públicas y privadas y restituye las que se hubiesen hecho desde el 18 de marzo.

En la sesión del 12 de mayo, Léo Frankel comprueba que los precios de adjudicación de provisiones militares habían tenido como consecuencia una reducción de los salarios. A propuesta de Jourde, se autoriza a la comisión del intercambio y del trabajo a revisar los negocios concertados y, para el futuro, a dar preferencia a las asociaciones obreras. Los mercados de la intendencia eran causa de reducciones injustificadas de los salarios, y las reducciones que pesaban sobre la mano de obra eran la consecuencia del sometimiento al precio que fijaban los empresarios. La comisión pide que los pliegos de condiciones indiquen el precio de la mano de obra, que esos mercados sean confiados con preferencia a las corporaciones obreras, y que los precios se fijen por un acuerdo entre la intendencia, la Cámara Sindical obrera y el delegado del trabajo.

En lo sucesivo los pliegos de condiciones deben establecerse por acuerdo de la intendencia, de las cámaras sindicales y del delegado de la comisión del trabajo, y deben imponer a los empresarios un salario mínimo por jornada o por pieza.

Ya el 3 de abril, Avrial, director del material de artillería, aprueba el reglamento de los obreros de los talleres del Louvre, que fijaba la jornada de trabajo en 10 horas.

El movimiento de las sociedades obreras, que había disminuido desde julio de 1870, reanuda su actividad durante la Comuna. La comisión del intercambio

y del trabajo comprueba la existencia de 34 cámaras sindicales, 43 asociaciones de producción, 4 grupos de la Marmite²⁶ y 7 sociedades de alimentación. Los fundidores de hierro y los fabricantes de estearina forman una cámara sindical y una asociación cooperativa. La comisión del intercambio y del trabajo confía a Elisabeth Dimitrieff²⁷ la organización del trabajo de las mujeres en París, y las obreras se reúnen para nombrar a sus delegadas, a fin de crear cámaras sindicales vinculadas por una cámara federal.

En la introducción de 1891 a *La Commune de Paris*, Engels dice que los miembros de la Comuna se dividen en una mayoría de blanquistas y una minoría de proudhonianos, miembros de la Asociación Internacional de los Trabajadores. “La responsabilidad de todos los decretos, buenos o malos, corresponde a los proudhonianos, como la responsabilidad de los actos políticos a los blanquistas”. Pero Engels comete aquí un error, porque la gran mayoría de los internacionalistas, desde 1868, eran comunistas no autoritarios, y no mutualistas²⁸.

En *La Commune de Paris*²⁹, Karl Marx, que fue tan duro con “esos asnos proudhonianos infatuados”, quiso ser más justo con los comunales, cuya obra juzga con simpatía. Y, por una vez, Karl Marx se encuentra con su viejo adversario, Mijaíl Bakunin. Uno y otro ven en la Comuna una “negación audaz, muy acentuada, del Estado³⁰”.

La Comuna, episodio trágico de la historia de Francia, es un acontecimiento histórico que señala la ruptura entre dos épocas.

26. NdE: *La Marmite*, un restaurante cooperativa fundado por Varlin en 1868, que se mantuvo en actividad hasta después de la Comuna de París.

27. NdE: *Elisabeth Dmitrieff* (1851-1910 o 1918) fue una feminista nacida en Rusia y figura importante de la Comuna de París. En 1868, viajó a Suíza, y cofundó la sección rusa de la Primera Internacional. Delegada en Londres, conoció a Karl Marx, quien la envió en marzo de 1871, a los 20 años de edad, a cubrir los eventos de la Comuna. Dmitrieff finalmente llegó a ser protagonista de esos eventos, fundando con Nathalie Lemel la Union de Mujeres el 11 de abril de 1871. Ella se dedicó especialmente a cuestiones políticas y de organización de talleres cooperativos. Elisabeth Dmitrieff participó en el periódico socialista *La Cause du peuple*. Después de haberse enfrentado a las barricadas durante la Semana Sangrienta, voló a Rusia. Allí se casó con un preso político para intentar evitar que lo condenaran a pena de muerte y decidió seguirle en su exilio a Siberia, lugar donde falleció.

28. NdE: Ver el extracto del texto al que se hace referencia en la *Introducción a la Guerra Civil en Francia*, obra de Engels, incluida en esta edición. Ver nota 56.

29. Karl Marx, *La Commune de Paris*. Trad. de Ch. Longuet, París, 1901. Marx escribió esta obra con espíritu táctico renunciando a sus planteamientos de política realista, que había sostenido al comienzo de los acontecimientos. Obra incluida en esta misma edición.

30. “Arrasada, ahogada en sangre... la Comuna no dejó, por eso, de volverse más viva, más poderosa en el alma del proletariado de Europa”. Mijaíl Bakunin, «*La Commune de Paris et la notion de l'Etat*», *Les Temps Nouveaux*, París, 1899. Obra incluida en esta misma edición.

El Consejo de la Comuna fue una asamblea compuesta de hombres opuestos por su temperamento. Los más puros fueron esos obreros socialistas que intentaron llevar a cabo la difícil tarea de ser honestos administradores y tratar de aplicar sus principios, aunque fuera de modo parcial. Su obra fragmentaria es importante.

La Comuna fue grande por el ímpetu de sus primeras horas. La represión despiadada de que fue objeto, tanto como su breve y brillante historia, crearon un mito.

La Comuna de París, en la tradición del socialismo revolucionario, aparece con un papel prefigurativo. Los revolucionarios subrayaron a menudo su papel. Y, entre ellos, Lenin.

La Comuna debió ante todo pensar en defenderse... [Y sin embargo, pese a esa necesidad y a los pocos días que le fueron acordados, los comunistas esbozaron toda una organización]. En resumen, a pesar de las condiciones tan desfavorables, a pesar de la brevedad de su existencia, la Comuna logra adoptar algunas medidas que caracterizan suficientemente su sentido verdadero y sus objetivos... El recuerdo de los combatientes de la Comuna no sólo es venerado por los obreros franceses, sino por el proletariado de todos los países... El cuadro de su vida y de su muerte... el espectáculo de la lucha heroica del proletariado y de sus sufrimientos después de la derrota, todo eso elevó la moral de millones de obreros, despertó sus esperanzas y ganó simpatías al socialismo... He ahí por qué la obra de la Comuna no ha muerto: vive todavía en cada uno de nosotros³¹.

IV

El 26 de marzo la revolución era, en palabras de Jules Vallès, “tranquila y bella como un río azul”, pero Thiers iba a colorearla.

Instalados en Versalles el Gobierno y la Asamblea, era posible encontrar una base de negociaciones, un compromiso. Se habría podido apaciguar el conflicto revisando la ley municipal, concediendo a París la independencia municipal, y a la Comuna la seguridad de que sus militantes quedasen a salvo.

Durante las semanas de abril y mayo se ofrecen negociadores que se esfuerzan por persuadir al Gobierno de Versalles para que se preste a ese compromiso. La Comuna acoge esos ofrecimientos con buena voluntad; es conciliadora, a pesar

31. Artículo de la *Gaceta obrera*, nos. 4-5, 28-15 de abril de 1911. Ver también *El Estado y la revolución* (1917). Informe al congreso panruso de los soviets (enero de 1918). Carta a los obreros de Europa y de América, artículo de *La gaceta del extranjero* (2-23 de marzo de 1908), etcétera.

de la salvaje brutalidad con que son tratados los federados presos desde los primeros combates.

El 5 de abril de 1871, Barrère, el futuro embajador de Francia en Roma, escribe a los miembros de la Comuna:

Llego de Versalles, todavía enteramente conmovido e indignado por las cosas horribles que he visto con mis propios ojos. Los prisioneros son recibidos, en Versalles, de una manera atroz. Son golpeados sin piedad. Los vi ensangrentados, con orejas arrancadas, con el rostro y el cuello destrozados como por garras de bestias feroces. Un tribunal prebostal funciona ante los ojos del gobierno. Es decir que la muerte siega a nuestros conciudadanos hechos prisioneros. Los sótanos en donde se les arroja son cuchitriles horrorosos confiados a los cuidados de los gendarmes.

Los alcaldes y los diputados de Francia envían una delegación a Versalles para tratar de arreglar el malentendido y proponer elecciones municipales inmediatas. Jules Favre les responde: “¿Los generales han sido asesinados? Entonces, señores, ¿qué venís a hacer aquí? ¿Traéis propuestas, decís? No se discute con asesinos”. Jules Favre es el portavoz de Thiers.

Las cámaras sindicales tratan de impedir el enfrentamiento definiendo en una declaración el carácter de la Comuna: “París hizo una revolución tan aceptable como muchas otras y, para mucha gente, es la más grande que se haya hecho jamás; es la afirmación de la República y la voluntad de defenderla”. (*Illustration* del 8 de abril de 1871).

Pero estas palabras no logran conmover a Thiers. Como no se ha decidido aún entre la realeza y la República, pensando en cuál será la decisión más favorable para su ambición, no tiene todavía más que una voluntad: poner la Comuna a sus pies.

Thiers trata en primer lugar de aislar a París y comprometerlo a los ojos de las provincias: “En París, telegrafía Thiers, la Comuna ya está dividida, mientras trata de sembrar en todas partes falsas noticias, y saquea las cajas públicas, se agita impotente, y los parisinos, horrorizados, esperan con impaciencia el momento de su liberación... Los internacionalistas vacían las principales casas para ponerlas en venta”.

Ahora bien, Thiers miente a conciencia, porque sabe que la Comuna no tocó el Banco de Francia: “Todas las insurrecciones comenzaron por confiscar la caja, la Comuna es la única que rehusó hacerlo, dice Lissagaray, a lo que hay que añadir: todas las insurrecciones, cualesquiera que fuesen sus colores”.

El 2 de abril, Thiers anuncia oficialmente que acaba de organizar uno de los ejércitos más hermosos que Francia haya tenido jamás: “Los buenos ciudadanos pueden estar seguros y esperar el fin de la lucha, que será dolorosa, pero breve”.

El 4 de abril, *Le Temps* sugiere la idea de que la Asamblea y la Comuna se comprometan a dimitir simultáneamente.

Dos días más tarde, el 6 de abril, la Unión Nacional de las Cámaras Sindicales se decide a intervenir en representación de 7.000 comerciantes e industriales de París. Mientras, un grupo de diputados, Corbon, Laurent, Pichat, Floquet, Lockroy y Clemenceau forman la Unión Republicana para defender los derechos de París. A su lado, los masones de París envían delegados a Versalles el 11 de abril. Unos y otros tropiezan con una negativa sistemática. El 21 de abril, los masones van a ver a Thiers y le plantean esta cuestión: “Pero al fin, ¿usted está resuelto a sacrificar a París?”. Thiers, con desenvoltura, les responde: “Habrá algunas casas agujereadas, algunos muertos, pero la ley quedará en vigor”.

El 22 de abril, la Unión Nacional de las Cámaras Sindicales, la Liga de los Derechos de París y la masonería deciden unir sus esfuerzos; paralelamente, los delegados de las ciudades anuncian su intención de reunirse en Burdeos. Pero, ante la actitud de las municipalidades provinciales, el día 23, el ministro de justicia, Dufaure, espera impedir el movimiento con una circular a los procuradores generales en la que les da la orden de perseguir a los “apóstoles de una conciliación que ponen en la misma línea la Asamblea surgida del sufragio universal y la pretendida Comuna de París”. Sin embargo, el 30 de abril la Alianza Republicana de los Departamentos trata de apoyar la obra de conciliación.

Thiers rechaza las propuestas de la Liga de los Derechos de París; hace detener, el 13, a los delegados de la Liga que se dirigen a Burdeos, impide la reunión de Lyon, a la que dieciséis departamentos enviaron delegados.

Finalmente, el 20 de mayo, Thiers se las arregla para hacer que Barthélémy Saint-Hilaire reciba a los delegados de la Unión Nacional, y les hace responder que no está disponible el domingo; el lunes partió ya para París: “Los apóstoles de la conciliación no merecen más que una negativa”.

Desde las primeras hostilidades, desde el 2 de abril, las tropas de Versalles fusilan a los federados hechos prisioneros. La Comuna se conmueve y, el 5 de abril, publica un decreto por el cual espera proteger a los soldados federados “contra los que desconocían las condiciones habituales de la guerra entre los pueblos civilizados”.

Las detenciones provocadas por este decreto tienen como consecuencia, si no detener las crueldades excesivas sufridas por los federados prisioneros, sí al menos las ejecuciones sumarias. Los rehenes quedan detenidos en Mazas y en la Roquete durante toda la Comuna, hasta el 24 de mayo. Durante esas seis semanas, París ofrece a Thiers cambiar a todos los prisioneros por Blanqui³².

En las notas confiadas por él a Edmond de Pressensé³³, maître Rousse, defensor de los rehenes, cuenta que vio en abril a Raoul Rigault, que le hizo esta confidencia: “Puesto que estamos solos, le diré que hemos comenzado negociaciones con Versalles para un cambio de prisioneros, y creo que lo lograremos”.

El canje de los rehenes, tal es la intención constante de la Comuna, que emplea todos los caminos para llegar a él. El arzobispo de París escribe una carta a Thiers y le habla del cambio de rehenes: este no responde. Flotte habla a Thiers del canje y, para decidirlo, insiste en el peligro que puede correr el arzobispo. Thiers sigue en silencio. Se decide entonces enviar a Versalles al vicario general Lagarde que remite a Thiers una carta en que el arzobispo le pide que consienta el canje... Thiers responde, no a esta segunda carta, sino a la primera: “Los hechos sobre los cuales llama mi atención son absolutamente falsos, y estoy verdaderamente sorprendido de que un prelado tan ilustrado como usted haya podido creer en ellos. Jamás fusilaron nuestros soldados a prisioneros ni trataron de ultimar a los heridos...” El abad Lagarde³⁴ se queda en Versalles. Thiers lo retiene para ganar tiempo. Espera que los acontecimientos provoquen el crimen deseado por él; cuenta con servirse de él como de una justificación. En el tumulto y la desesperación, el 24 de mayo, seis rehenes son ejecutados, pagando con su vida las matanzas salvajes a que se entregan los versalleses contra las más inocentes víctimas³⁵.

32. NdE: *Louis Auguste Blanqui* (1805-1881), fue un activista político revolucionario y socialista francés que organizó el movimiento estudiantil parisino, y luchó en primer lugar por la instauración de la república contra la monarquía y en favor del socialismo. Su entrega absoluta a los movimientos revolucionarios, su ejemplo personal, sus ideales defendidos con “las armas en la mano” y su activo liderazgo inspiraron el blanquismo, la corriente revolucionaria que fue uno de los referentes ideológicos y militantes de la Francia del siglo XIX.

33. *Edmond De Pressensé*, “Le 18 mars, París sous la Commune”, *Revue des Fleux Mondes*, 15 de junio de 1871.

34. *Conde d'Hérison*, op. cit., pág. 218 y sigs. «El abate Lagarde fue encargado por el arzobispo de ir a Versalles a negociar un cambio... Es preciso preguntarse primeramente por qué fracasó esa misión. La respuesta es simple. Fracasó porque el señor Thiers no quiso admitir siquiera la idea de negociación de ninguna clase con los insurrectos... En esa negativa estalla también la ferocidad del alma burguesa y baja que animaba al vencedor de la Comuna».

35. *Le National* dirá: “basta de ejecuciones, basta de sangre, basta de víctimas”. Maurice Garçon, *La Justice contemporaine*: “Durante toda una semana, París fue teatro de una abominable parodia de justicia que facilitó todas las cobardías y autorizó todas las crueldades”.

V

El 22 de mayo, Thiers declara en la Asamblea Nacional: “Somos gente honesta; se hará justicia por las leyes ordinarias. No recurriremos más que a la ley”.

París habría podido ser tomada en una jornada, pero el combate se prolonga en las calles durante ocho días:

[La matanza] fue ciertamente deseada por los generales bonapartistas y por Thiers... Se prolongó deliberadamente. En esa lenta invasión de París que permitió a la resistencia organizarse, se hizo ocho o diez veces más prisioneros que combatientes había, se fusiló más hombres de los que había tras las barricadas, mientras que el ejército tuvo solamente 600 muertos y 7.000 heridos. Oponer esa frialdad odiosa de las tropas versallesas a los sobresaltos de cólera de los batallones federados, ¿no es determinar de qué lado existió la premeditación³⁶?

Thiers se aseguró la complicidad del ejército prusiano, obtuvo la anulación del artículo del tratado de Francfort que impedía al gobierno francés reunir más de 40.000 hombres alrededor de París. Y durante la lucha, el ejército prusiano entregó a los versalleses los comunales que intentaban fugarse.

Las tropas versallesas –130.000 hombres– provistas de víveres, armas y material de sitio, no tienen frente a ellas más que a los batallones desorganizados de la Comuna que defienden palmo a palmo los barrios de París. He aquí a Varlin, que es el ídolo de los barrios, y ante quien todo callaba al entrar; helo allí en la encrucijada de la Croix-Rouge, a Malón y Jaclard en las Batignoles, a La Cecilia en Montmartre, a Wroblewski, que rechaza cuatro veces a los versalleses, en la Butte-aux-Cailles, oponiendo al asalto a París una resistencia desesperada. El 24 la Comuna llama “a todo el mundo a las barricadas”. París no lucha, se deshace. Un supremo esfuerzo: Varlin, Léo Frankel, Brunel, Delescluze, organizan barricadas en la Bastilla, en el boulevard Voltaire, en el faubourg del Temple (barrio del Templo). “Muy a menudo las barricadas se levantan en medio de un sombrío silencio. No se oye más que el ruido sordo de los adoquines que caen unos sobre otros y la voz grave de los federados que dicen a los transeúntes: “Una ayuda, ciudadanos, vamos a morir por vuestra libertad”.

Y he aquí la represión prometida por Thiers, en nombre de las leyes, por las leyes, con las leyes: “Nuestros valientes soldados se comportan de una manera que inspira la más alta estimación, la mayor admiración del extranjero”.

36. *Georges Bourguin*, op. cit., pág. 168.

Cuando no se los fusila en el lugar, se lleva a los federados a Versalles en un largo cortejo, bajo la mirada vigilante del general Galliffet.

Los corresponsales extranjeros de los diarios (*Daily News*, 8 de junio, *Times*, 29 y 31 de mayo de 1871) describen así las ejecuciones: “Los cautivos, ya formados en larga cadena, o ya libres como en junio de 1848, atados por cuerdas formando un solo bloque, son encaminados hacia Versalles. El que rehúsa marchar es obligado a bayonetazos y, si se resiste, se le fusila en el lugar o se le ata a la cola de un caballo.

Galliffet les esperaba en Muette (silencioso, mudo...); allí recorría las filas y con su cara de lobo flaco:

-Usted tiene aire inteligente –decía a alguno–, salga de las filas.

-Usted tiene un reloj –decía a otro–, ha debido de ser un funcionario de la Comuna –y lo ponía aparte.

“Luego de escoger el general así a un centenar de prisioneros, se formó un pelotón de ejecución. Algunos minutos después, oímos tras de nosotros descargas que duraron un cuarto de hora. Era la ejecución sumaria de los desdichados³⁷.

El domingo 28 de mayo, Galliffet dice: “Que aquellos que tengan cabello gris salgan de las filas: Habéis visto junio de 1848, sois más culpables que los otros”, y hace rodar sus cadáveres en los fosos de las fortificaciones.

Niños de 12 a 16 años, y mujeres: “He visto, dice el corresponsal de *Times* (29 de mayo), a una muchacha vestida de guardia nacional marchar con la cabeza erguida entre prisioneros que llevaban los ojos bajos. Esa mujer alta, con largos cabellos rubios sobre los hombros, desafiaba a todo el mundo con la mirada. La muchedumbre la abrumaba con sus ultrajes, pero ella no pestañeaba y hacía ruborizar a los hombres con su estoicismo”.

A la entrada de Versalles se esperaba a los prisioneros, paseados como espectáculo por las calles de la ciudad, expuestos en la plaza de armas: “Se ve, dice *Le Siècle*, del 30 de mayo, a prostitutas insultar a los prisioneros e, inclusive, golpearlos con sus sombrillas”.

¡Con qué refinamiento está organizada la ejecución de los vencidos! Thiers ha querido esa carnicería; telegrafía a los prefectos: “El suelo está cubierto con sus cadáveres, este espectáculo horroroso servirá de lección”. Y a la Asamblea: “La causa de la justicia, del orden, de la civilización ha triunfado”.

37. *Daily News*, 8 de junio de 1871, y *Times* del 31 de mayo de 1871, citados por Lissagaray, *op. cit.*, pág. 396.

399.823 denuncias y solamente 38.568 arrestos; 20.000 mujeres y niños muertos durante la batalla o después de la resistencia (en París y en provincias).

3.000 muertos en los depósitos, en pontones, en bosques, en prisiones, en Nueva Caledonia, en el destierro..

13.700 condenados a penas que, para algunos, duraron 9 años.

70.000 mujeres, niños y ancianos privados de su sostén natural o expulsados de Francia.

107.000 víctimas, he ahí el balance³⁸.

La clase obrera contribuyó ampliamente a llenar la lista de las víctimas. Una estadística aproximada del general Appert reparte así las víctimas entre las diversas profesiones: 2.901 jornaleros, 2.664 cerrajeros mecánicos, 2.293 albañiles, 1.569 carpinteros, 1.598 empleados de comercio, 1.491 zapateros, 1.065 dependientes, 863 pintores de la construcción, 819 tipógrafos, 766 picapedreros, 681 sastres, 636 ebanistas, 528 joyeros, 382 carpinteros de obra, 347 torneros, 283 tallistas, 227 hojalateros, 224 fundidores, 210 sombrereros, 206 costureros, 193 pasamaneros, 182 grabadores, 172 relojeros, 172 doradores, 159 impresores en papel pintado, 157 matriceros, 106 maestros, 106 encuadernadores y 98 fabricantes de instrumentos.

El domingo 28 de mayo, después de haber combatido en los distritos 6º, en el 3º, en el 10º, en el 11º, “cuando no queda ya ninguna barricada, Varlin abandona su vida al azar³⁹”.

Agotado, se sienta en un banco en la plaza Cadet. Un transeúnte lo reconoce, queda un momento vacilante, después lo señala a la patrulla que pasa. Los soldados lo toman a culatazos. Le tiran basura y barro. Varlin contempla con serenidad a la muchedumbre por cuya emancipación lucha.

Eugène Varlin arriesgó su vida para salvar a los rehenes y, sin embargo, la gente grita a su alrededor: “¡A Montmartre, a Montmartre, que se le fusile en el mismo lugar que a Clément Thomas!”.

El teniente Sicre conduce a Varlin, maniatado, a los montículos donde estaba el general Laveaucoupet.

Por las calles escarpadas de Montmartre, Varlin es arrastrado durante una larga hora. “Bajo la granizada de los golpes, su joven cabeza meditativa, que no había tenido jamás sino pensamientos fraternales, se convierte en un jigote de carnes, con un ojo colgando fuera de la órbita” (Lissagaray). Cuando llega a la

38. *Lissagaray, op.cit.*, pág. 486.

39. *E. Faillet, Biographie de Varlin*, pág. 61, in 8º, París; Perreux; 1885.

rue des Rosiers, no camina; lo llevan. Se lo sienta para fusilarlo. Los soldados destrozan su cadáver a culatazos. Sicre lo despoja, distribuye a los soldados el dinero hallado en sus bolsillos y retiene el pequeño reloj que le habían regalado los encuadernadores en septiembre de 1864.

Eugène Varlin, Thiers: dos hombres, dos razas y, sin embargo, de un mismo país. Pero encarnan las dos corrientes humanas que chocan a lo largo de la historia: la lucha de los vivientes contra los supervivientes.

Thiers ganó su cuarta batalla, pero no contra un ejército enemigo. General de guerra civil, comienza su apoteosis; se convierte en héroe nacional.

La sombra se extiende sobre Francia. Después... la noche. Una noche profunda que se prolonga. Pero luego llegará la luz del día.

N. B. – El autor de esta historia quiere destacar especialmente dos obras aparecidas después de la primera edición: *Trade-unionism meet syndicalisme*, por ANDRÉ PHILIP (Librairie Montaigne, 1936), y *Le mouvement syndical en France*, por GEORGES LEFRANC (librairie Syndicale, 1937). Además, *La Commune*, de GEORGES BOURGEN (Éditions Nationales, 1938), representa, por su calidad y su amplitud, la obra de una vida.



LAS MUJERES DE LA COMUNA

Apuntes biográficos

*“Todo poder encarna la maldición y la tiranía;
por eso me declaro anarquista”.*

Louis Michel, una de las grandes revolucionarias de la historia, nace en un castillo del norte de Francia en 1830, hija de una de las sirvientas y del hijo del terrateniente. A pesar de ser hija bastarda se las arregla para escribir poesía desde muy joven y dedicarse a la docencia, siendo muy innovadora en sus métodos de enseñanza.

A partir de 1856 se instala en París y comienza a comprometerse con la lucha revolucionaria. Louise, que acabará siendo una de las grandes figuras de La Comuna de París, vive en Montmartre donde ejerce como maestra y militante durante los últimos años del II Imperio de Napoleón III⁴⁰, desempeñando un papel esencial a partir de 1870, cuando se produce la caída del Imperio, tras la derrota de Francia en la guerra franco-prusiana, y el restablecimiento de la república. En los últimos meses del año, participa en diferentes manifestaciones populares, y en enero de 1871, cuando las tropas del general Trochu⁴¹ abren

40. NdE: *Carlos Luis Napoleón Bonaparte* (1808-1873), único presidente de la Segunda República Francesa en 1848 y luego el segundo emperador de los franceses en 1852, bajo el nombre de Napoleón III, siendo el último monarca que reinó sobre este país. Sobrino de Napoleón I, se convierte en el heredero legítimo de los derechos dinásticos tras las muertes sucesivas de su hermano mayor y Napoleón II. Su filosofía política es una mezcla de romanticismo, de liberalismo autoritario y de socialismo utópico, aunque en los últimos años fue insigne defensor del tradicionalismo y de la civilización católica. Quiso significar una reparación frente al anticlericalismo y el ateísmo de la Revolución francesa. Tuvo una política de expansión de la civilización clásica que creía Francia representaba, frente al surgimiento de Alemania y Estados Unidos, potencias emergentes de tipo protestante.

41. NdE: *Louis Jules Trochu* (1815-1896), militar y político francés, llegó al cargo de general del ejército francés. El 17 de agosto de 1870, durante la Guerra franco-prusiana, fue designado como gobernador de París y comandante en jefe de las fuerzas para la defensa de la capital. Durante la revolución que estalló en septiembre se convirtió en el presidente provisional del Gobierno de Defensa Nacional.

fuego contra la multitud delante de la alcaldía de París, Louise, vestida de guardia nacional, responde disparando.

Está en primera fila de los acontecimientos de marzo de 1871, que marcan el inicio de la Comuna de París: el día en que el gobierno de Versalles trata de apoderarse de los cañones de la Guardia Nacional emplazados en la colina de Montmartre. Ese día, Louise encabeza la manifestación de mujeres que logra el fracaso de las tropas de Versalles.

Durante el tiempo de vida de la Comuna es una de las promotoras del protagonismo de las mujeres en ésta. Organiza, junto con otras compañeras, los comités de mujeres, construyéndose una red bastante interconectada y expandida que, además de asumir tareas organizativas prácticas, posibilita la asociación de mujeres interesadas y comprometidas a nivel político. Además se ocupa de una ambulancia y de cuestiones de educación.

Cuando las tropas del gobierno asaltan París en abril-mayo de 1871, combate, fusil en mano, en las barricadas de Clamart, Neuilly e Issy-les-Moulineaux, y lidera un batallón femenino cuyo coraje destacará en las últimas batallas libradas por los comuneros, en el cementerio de Montmartre y en Clignancourt, donde muchas de sus compañeras pierden la vida. Louise logra escapar y consigue esconderse, pero tiene que entregarse ya que capturan a su madre y amenazan con fusilarla. Posteriormente, será condenada a diez años de destierro después de haber declarado en el juicio:

“No me quiero defender. Pertenezco por entero a la revolución social. Declaro aceptar la responsabilidad de mis actos (...) Ya que, según parece, todo corazón que lucha por la libertad sólo tiene derecho a un poco de plomo, exijo mi parte. Si me dejáis vivir, no cesaré de clamar venganza y de denunciar, en venganza de mis hermanos, a los asesinos de esta Comisión”.

Su valentía en el juicio lleva a su amigo Víctor Hugo a defenderla públicamente y escribir un poema en el que la ensalza.

Después de tres años en la cárcel es deportada a Nueva Caledonia (colonia francesa del Océano Pacífico) donde pasa siete años hasta la amnistía de 1880 que le permite regresar a Francia. Durante esos años demostró ser mucho más revolucionaria que muchos de los comuneros que la acompañaban, que se consideraban superiores a los nativos canacos. Ella, sin embargo luchó junto a ellos como una más alentando una de las rebeliones de los canacos.

Una vez en Francia continuó la lucha como militante anarquista durante el resto de su vida.

CON ARMAS EN LA MANO

El 18 de marzo de 1871, la Comuna y las asociaciones populares, renuentes a entregarse al ejército prusiano, se movilizaron y tomaron el poder en sus manos.

Los cañones adquiridos por la Guardia Nacional estaban en terrenos baldíos en medio de la zona abandonada por los prusianos. París no estaba de acuerdo con esto, así que los cañones fueron trasladados al parque Wagram. Se creía que cada batallón tendría que recuperar sus propios cañones. Un batallón de la Guardia Nacional del sexto distrito nos infundió nuestro ímpetu. Con la bandera al frente, hombres, mujeres y niños marcharon con los cañones por los bulevares y, aunque estaban cargados, no hubo ningún accidente. Montmartre, al igual que Belleville y Batignolles, tuvo sus propios cañones. Los que se habían emplazado en la Place des Vosges fueron trasladados al suburbio de Saint Antoine. Unos marineros nos propusieron adueñarnos al abordaje de las fortificaciones ocupadas por los prusianos en los alrededores de la ciudad, como si fueran buques, y la idea nos encantó.

El 18 de marzo, antes del amanecer, los reaccionarios de Versalles enviaron tropas para apoderarse de los cañones que ahora estaban en manos de la Guardia Nacional. Uno de los puntos hacia donde avanzaban era la colina de Montmartre, donde habíamos trasladado nuestros cañones. Los soldados de los reaccionarios se apoderaron de nuestra artillería por sorpresa, pero no lograron llevársela como se lo habían propuesto, porque no habían traído caballos.

Al saber que los soldados de Versalles estaban tratando de apoderarse de nuestros cañones, hombres y mujeres de Montmartre invadieron como un enjambre la colina en una maniobra sorpresiva. Estas personas que estaban subiendo la cuesta sabían que podían morir, pero estaban dispuestas a pagar ese precio.

La colina de Montmartre estaba bañada por una tenue luz matutina, a través de la cual las cosas se vislumbraban como si estuviesen ocultas tras un fino velo de agua. La multitud iba creciendo poco a poco. Otros distritos parisinos venían en nuestra ayuda al enterarse de lo que estaba sucediendo en Montmartre.

Las mujeres de París cubrieron los cañones con sus cuerpos. Cuando los oficiales dieron a los soldados la orden de disparar, estos se negaron. El mismo ejército que dos meses más tarde sería utilizado para aplastar París, ahora no quiso ser cómplice de la reacción. Los soldados desistieron de su intento por apoderarse de los cañones de la Guardia Nacional. Comprendieron que la gente, al defender las armas que los realistas y los imperialistas, de acuerdo con los

prusianos, se disponían a utilizar contra París, estaba defendiendo la República. Cuando vencimos, eché una mirada alrededor y vi a mi pobre madre, quien me había seguido a la colina de Montmartre creyendo que yo iba a morir.

Este día, el 18 de marzo, el pueblo despertó. Si no lo hubiera hecho, el triunfo habría sido de algún rey. En vez de eso, fue el triunfo del pueblo. El 18 de marzo habría podido pertenecer a los aliados de reyes, o a extranjeros, o al pueblo. Y fue del pueblo...

Tomado de: Louise Michel, *Mémoires*.

CARTA ABIERTA EN DEFENSA DE LA TOMA DE LAS ARMAS EN MONTMARTRE

Después de que Louise Michel condujera a las mujeres de Montmartre a proteger los cañones dislocados sobre la elevación que domina París, el líder de Versalles, Adolphe Thiers, declaró a los periódicos que los cañones pertenecían al Estado y no al pueblo. Louis Michel escribió una carta abierta en protesta.

Protesta de los ciudadanos de Montmartre:

¿Se nos ha de traicionar al final? ¡No, Montmartre no pidió que se lo desarmara!

Nuestros padres, hermanos y esposos se indignaron tanto como nosotras al leer todo eso en los periódicos. Pero si los hombres estuvieron a punto de entregar estos cañones dislocados sobre la colina de Montmartre para defender la República, nosotras, las mujeres ciudadanas, los hemos defendido hasta morir, al igual que defenderemos hasta el último reducto el honor violado de nuestra nación traicionada.

¡Viva la República!

Por los ciudadanos de Montmartre,

Louise Michel, la secretaria.

Tomado de Xavière Gauthier (ed), *Louis Michel, je vous écris de ma nuit*.

VIDA DURANTE LA COMUNA

En Montmartre, en el 18° Distrito, organizamos el Comité de Vigilancia de Montmartre. Quedan con vida pocos de sus miembros, pero durante el asedio el comité hizo temblar a los reaccionarios. Cada anochecer salíamos en tropel de nuestro cuartel general a las calles, a veces simplemente para hablar a favor de la revolución, ya que los tiempos de la duplicidad habían pasado. Sabíamos lo poco que el régimen reaccionario, en los estertores de su muerte, valora sus promesas y las vidas de sus ciudadanos, y había que advertir al pueblo.

En realidad, en Montmartre había dos comités de vigilancia, el de los hombres y el de las mujeres. Aunque yo presidía éste último, siempre me hallaba en el de los hombres, porque entre sus miembros había varios revolucionarios rusos.

Tengo todavía un viejo mapa de París que colgaba de la pared de nuestra sala de reuniones. Lo pude rescatar y atravesó conmigo el océano de ida y de vuelta, como un recuerdo. Tachamos con tinta el escudo de armas imperial que lo deshonra y que hubiera manchado nuestro cuartel general.

Los miembros del comité de vigilancia masculino eran personas notables. Nunca había visto individuos tan preclaros. No sé cómo este grupo se las ingeniaba para hacerlo. No había debilidades. Algo bueno y fuerte apoyaba a la gente.

Las mujeres también eran valientes, y entre ellas también había algunas mentes notables. Yo pertenecía a ambos comités, y en ambos grupos se aprendía lo mismo. Algún día, en el futuro, el comité femenino ha de narrar su propia historia. O tal vez ambas se han de mezclar, porque la gente no se preocupaba de su pertenencia a uno u otro sexo antes de cumplir con su deber. Esta estúpida cuestión ya ha dejado de existir.

Al anochecer, muchas veces tuve la oportunidad de asistir a las reuniones de ambos grupos, ya que las de las mujeres, que se reunían en el local de la justicia de paz en Rue de la Chapelle, comenzaban una hora antes que las de los hombres. Por eso, después de haber terminado la reunión de las mujeres, me era posible asistir a la segunda parte de la de los hombres, y algunas veces, tanto otras mujeres como yo, pudimos incluso estar presentes en ella durante todo el tiempo.

Los comités de vigilancia de Montmartre no dejaron a nadie sin techo y sin comida. Cualquiera podía comer en el salón de reuniones, aunque a medida que duraba el asedio las raciones se volvían cada vez más reducidas, y a veces apenas se trataba de un arenque dividido entre cinco o seis personas. Para los

que estaban realmente necesitados, no dudábamos en echar mano a nuestros propios recursos o hacer uso de requisición revolucionaria. El 18° distrito era el terror de los especuladores. Cuando los reaccionarios oían la frase “Montmartre se ocupará de usted con mano dura”, se escondían en sus agujeros. De todos modos, los perseguíamos, y huían como bestias acosadas dejando tras de sí sus madrigueras, donde acumulaban provisiones mientras París pasaba hambre.

Al final, al igual que todos los grupos revolucionarios, los comités de vigilancia fueron eliminados. Los pocos miembros que aún quedan con vida saben lo orgullosos que nos sentíamos allí y con cuánto fervor alzábamos la bandera de la revolución. Poco importaba a quienes formaban parte de ellos si caían abatidos anónimamente en un campo de batalla o si morían solos a plena luz del día. No importa cómo se mueve la piedra del molino con tal de que se haga el pan.

Debido a la debilidad del ejército francés, la milicia popular, llamada Guardia Nacional, asumió una importancia mayor en la defensa de París. Las tropas prusianas avanzaban a través de Francia hasta las puertas de la capital francesa.

El asedio prusiano continuaba; oscurecía cada vez más temprano, y los árboles perdían sus hojas. El hambre y el frío se adueñaban cada vez más de los hogares de París.

El 31 de octubre, en el Hôtel de Ville, el pueblo proclamó la Comuna. Los comités de vigilancia de todos los confines de la ciudad organizaron la manifestación, y la gente dejó de gritar “¡Viva la República!” para a gritar “¡Viva la Comuna!”

Transcurrió otro mes, y las condiciones se volvieron cada vez peores. La Guardia Nacional pudo haber salvado la ciudad, pero el Gobierno de Defensa Nacional⁴² no se atrevió a dar apoyo a la fuerza armada del pueblo.

En los comienzos de diciembre fui arrestada por segunda vez. Esto sucedió cuando varias mujeres, que tenían más coraje que previsión, quisieron proponer al Gobierno algunos medios de defensa insólitos. Su celo fue tan grande que se presentaron en el Comité de Vigilancia de mujeres de Montmartre... Accedimos a reunirnos con ellas al día siguiente en una manifestación frente al Hôtel de Ville, pero con una salvedad. Les dijimos que nosotras, como mujeres que éramos,

42. NdE: Fue el primer Gobierno establecido tras la caída del Emperador Napoleón III. Duraría del 4 de septiembre de 1870 al 13 de Febrero de 1871. Proclamó la Tercera República, y continuó el esfuerzo de guerra contra Prusia. EL 19 de septiembre empezó el asedio de París. El Gobierno de Defensa Nacional intentó negociar con Bismarck, pero al conocer sus peticiones decidieron continuar luchando.

también iríamos a compartir su riesgo; que no lo haríamos como ciudadanas porque ya no reconocíamos el Gobierno de Defensa Nacional que se había demostrado incapaz tan siquiera de permitir a París que se defendiera por sí misma.

Al día siguiente fuimos a nuestra cita frente al Hôtel de Ville y ya suponíamos lo que ocurriría. Me detuvieron por haber organizado la manifestación. Respondí a sus acusaciones diciéndoles que yo no podía haber organizado ninguna manifestación para hablar con el Gobierno ya que no reconocía más ese Gobierno. Agregué que cuando yo llegara en mi propio nombre al Hôtel de Ville, sería con una sublevación armada apoyándome. Esta explicación no les pareció satisfactoria y me encerraron.

Al día siguiente cuatro ciudadanos fueron a reclamarme “en nombre del 18º distrito”. Ante esta declaración los reaccionarios se asustaron. “Montmartre va a caer encima”, susurraron, y me liberaron.

Sólo después del 19 de enero, cuando la lucha casi había terminado, el Gobierno de Defensa Nacional accedió finalmente a permitir a la Guardia Nacional realizar una incursión para tratar de reconquistar Montretout y Buzenval. Al principio la Guardia Nacional barrió a los prusianos que hallaba a su paso, pero el fango derrotó a los valientes hijos del pueblo. Se hundían en el lodo hasta más allá de los tobillos e, incapaces de subir su artillería sobre las alturas, tuvieron que retirarse. Cientos habían quedado atrás, muertos; estos hombres de la Guardia Nacional –gente del pueblo, artistas, jóvenes– dieron sus vidas sin vacilar. La tierra absorbió la sangre de esta primera carnicería perpetrada por los prusianos; pronto bebería más.

Así y todo, París se negaba a rendirse a los prusianos. El 22 de enero el pueblo se reunió frente al Hôtel de Ville, donde el general Chaudey, que estaba al mando de los soldados, tenía ahora su cuartel general. El pueblo sentía que los miembros del Gobierno estaban mintiendo cuando declaraban que no estaban pensando en la rendición.

Preparamos una manifestación pacífica, con Razoua al mando de nuestros batallones de Montmartre. Puesto que nuestros amigos que poseían armas estaban determinados a que la manifestación fuese pacífica, se retiraron con sus armas, aun cuando las manifestaciones pacíficas siempre terminan por ser aplastadas.

Cuando sólo quedaba una multitud desarmada, los soldados abrieron fuego contra nosotros desde los edificios alrededor de la plaza. Ningún disparo fue hecho por el pueblo antes de que los Bretones Móviles hicieran sus descargas.

Podíamos ver las pálidas caras de los bretones tras las ventanas, mientras percibíamos un ruido parecido al del granizo. Sí, habéis disparado contra nosotros, salvajes celtas, pero al fin y al cabo fue vuestra fe lo que os había convertido en fanáticos de la contrarrevolución. No habéis sido comprados por los reaccionarios. Nos estabais matando, pero creíais qua estabais cumpliendo con vuestro deber, y algún día os convertiremos en nuestros ideales de libertad.

El 22 de febrero los comités de vigilancia fueron clausurados y la publicación del periódico se suspendió. Los reaccionarios de Versalles decidieron que tenían que desarmar a París. Napoleón III aún vivía, y con Montmartre desarmado, la entrada del monarca, fuese éste Bonaparte o un orleanista, favorecería al ejército, el cual debía ser un cómplice de los reaccionarios o dejarse engañar. Una vez desarmado Montmartre, el ejército prusiano, dislocado en los fuertes alrededor de París que se habían rendido mientras continuaba el armisticio, se vería protegido.

La declaración de la Comuna en marzo de 1871 condujo a la continuación del conflicto militar. Por tres meses, el pueblo de París resistió ante las fuerzas del general Thiers.

Durante todo el tiempo de la Comuna, sólo pude pasar una noche en casa de mi pobre madre. De hecho, nunca me acosté en una cama en todo este tiempo. Simplemente echaba una cabezada cuando no había nada mejor que hacer, y muchas otras personas vivían de la misma manera que yo. Todo el que deseaba liberación se entregaba por entero a la causa.

Durante la Comuna nunca fui herida, si no contamos la bala que me arañó una muñeca, aunque mi sombrero fue literalmente acribillado a balazos. Me torcí un tobillo en el que tuve un esguince durante mucho tiempo y, como por tres o cuatro días no pude caminar, hice la requisición de un carruaje...

Mientras me dirigía a Montmartre al funeral no me atrevía a detenerme en casa de mi madre, porque ella habría visto que tenía un esguince. Sin embargo, varios días antes del funeral me había topado con ella en las trincheras cerca de la estación ferroviaria de Clamart. Había ido allá para ver si todas las mentiras que yo le había escrito para tranquilizarla eran verdades. Por suerte, siempre terminaba creyéndome.

Si la reacción hubiera tenido tantos enemigos entre las mujeres como tenía entre los hombres, al gobierno de Versalles le habría costado mucho más trabajo aplastarnos. Nuestros amigos hombres son mucho más propensos a la pusilanimidad que las mujeres. Una mujer supuestamente débil sabe decir

mucho mejor que cualquier hombre: “Esto hay que hacerlo”. Puede sentirse desgarrada hasta el mismísimo útero, pero no se conmovió. Sin odio, sin ira, sin piedad por sí misma o por otros, independientemente de si su corazón sangra o no, es capaz de decir: “Esto hay que hacerlo”. Así eran las mujeres de la Comuna. Durante la Semana Sangrienta, las mujeres se irguieron y defendieron la barricada en Place Blanche, y la sostuvieron hasta caer muertas.

Siento en mi mente la suave oscuridad de una noche primaveral. Es mayo de 1871, y veo el rojo reflejo de las llamas. Es París que está ardiendo. Este fuego es un amanecer, y lo veo todavía mientras estoy aquí escribiendo. Los recuerdos se aglomeran en mi mente, y se me olvida que estoy escribiendo mis memorias.

Creo que por la noche del 22 o del 23 de mayo estábamos en el cementerio de Montmartre que intentábamos defender con muy escasos combatientes. Almenamos los muros lo mejor que pudimos; la posición no era demasiado mala si no contamos la batería de la colina de Montmartre —ahora en manos de los reaccionarios, cuyo fuego nos estaba diezmando—, los proyectiles llegaban a intervalos regulares desde un costado, donde edificios altos dominaban nuestras defensas. Los proyectiles desgarraban el aire, marcando el tiempo, como un reloj...

A pesar de los consejos de mis camaradas, varias veces intenté llegar hasta allá. Los proyectiles llegaban siempre o demasiado temprano o demasiado tarde para alcanzarme. Un proyectil que cayó tras los árboles me cubrió de ramas floridas, que dividí entre dos tumbas.

Mis camaradas me alcanzaron, y uno me ordenó no moverme. Me hicieron sentarme en un banco. Pero nada es tan obstinado como una mujer. En medio de todo esto, Jaroslav Dombrowski pasó tristemente delante de nosotros, en su camino hacia la muerte. “Esto ha terminado”, me dijo. “No, no”, le respondí, y me tendió ambas manos. Pero tenía razón...

La Comuna había sido electa por 300.000 votos. Fueron 15.000 los que se enfrentaron con el ejército durante la Semana Sangrienta.

Contamos alrededor de 35.000 personas ejecutadas, pero ¿de cuántas más no tenemos noticia alguna? De tiempo en tiempo la tierra vomita cadáveres. Si hemos de ser implacables en los combates del porvenir, ¿quién tiene la culpa?

La Comuna, completamente rodeada, sólo tenía la muerte en el horizonte. Sólo le quedaba ser valiente, y lo fue. Y con su muerte abrió una amplia puerta al futuro. Este fue su destino.

Tomado de: Louise Michel, *Mémoires*.

CARTA AL INTENDENTE DE MONTMARTRE, GEORGES CLEMENCEAU

Señor:

Nuestro Comité Republicano de Vigilancia (femenino) del 18º distrito desea desempeñar su papel en nuestra patriótica tarea.

Dada la pobreza de la gente y que ya no puede soportar la visión de niños de pecho que se están muriendo de hambre, le pido a Usted que tome las siguientes medidas:

Llevar a cabo una inmediata encuesta en cada casa del 18º distrito para determinar la cantidad de ancianos, enfermos y niños.

Requisar inmediatamente todos los edificios abandonados en el 18º distrito para dar abrigo a los ciudadanos que carecen de techo y organizar albergues donde los niños puedan ser alimentados.

Que todo el vino y el carbón en los sótanos de las casas abandonadas se ponga inmediatamente a disposición de los débiles y enfermos.

La completa abolición en el 18º distrito de todos los burdeles y casas de trabajo para muchachas jóvenes.

Que se fundan las campanas de Montmartre para hacer cañones.

Louise Michel,
Presidenta en funciones
Calle Oudot, 24, Montmartre.

SOBRE LOS DERECHOS DE LAS MUJERES

En 1870, la primera organización pro derechos de las mujeres comenzó a reunirse en la calle Thevenot. En las reuniones de este grupo, y en otras reuniones, los hombres más avanzados aplaudían la idea de la igualdad. Noté—ya lo había visto antes, y lo vería después— que los hombres, independientemente

de sus declaraciones, aunque pudiese parecer que nos apoyaban, se contentaban siempre con la mera apariencia. Esto se debía a la costumbre y a la fuerza de antiguos prejuicios, y me convenció de que nosotras las mujeres debemos simplemente ocupar nuestro lugar sin rogar por ello...

El tema de los derechos políticos está agotado. Igualdad de educación, igualdad en el trabajo, de modo que la prostitución no fuese la única profesión lucrativa disponible para las mujeres, esto es lo que era real en nuestro programa. Los revolucionarios rusos tienen razón: la evolución ha terminado y ahora hace falta la revolución o la mariposa morirá en su capullo.

Se podían hallar mujeres heroicas en todas las clases sociales. En la escuela profesional se reunían mujeres de todos los niveles sociales, y todas preferirían la muerte a la rendición. Organizaron la Sociedad de Ayuda a las Víctimas de la Guerra. Entregaban sus recursos lo mejor que podían, mientras exigían que París resistiera y siguiera resistiendo el asedio prusiano...

Más tarde, cuando me apresaron, la primera visita que recibí fue la de madame Meurice, de la Sociedad de Ayuda a las Víctimas de la Guerra. Durante mi último juicio, detrás de los espectadores cuidadosamente seleccionados, entre quienes habían logrado deslizarse dentro, divisé los ojos resplandecientes de otras dos mujeres que habían sido miembros de la sociedad.

Saludo a todas estas valientes mujeres de la vanguardia que fueron llevadas de grupo en grupo: el Comité de Vigilancia Femenino, las asociaciones femeninas, y más tarde la Liga de las Mujeres. El viejo mundo ha de temer el día en que estas mujeres decidan que ya han tenido bastante. Estas mujeres no flaquearán. La fortaleza ha encontrado su refugio en ellas. ¡Cuidado con ellas!

Cuidado con quienes hacen ondear por toda Europa la bandera de la libertad, y cuidado con la más pacífica hija de Galia que duerme hoy en la profunda resignación de los campos. Cuidado con las mujeres cuando se sienten asqueadas de todo lo que las rodea y se sublevan contra el viejo mundo. Ese día nacerá el mundo nuevo.

Tomado de: *The Red Virgin: Memoirs of Louise Michel*

Extractos de la Primera Parte, X-XIV.

LLAMAMIENTO A LAS MUJERES CIUDADANAS DE PARÍS

Mujeres Parisinas (11 de abril, 1871)

...La locura fratricida que se ha apoderado de Francia, este duelo a muerte, es el acto final en el eterno antagonismo entre el derecho y el poder, la fuerza del trabajo y la explotación, el pueblo y sus tiranos.

Las clases privilegiadas del actual orden social son nuestras enemigas; quienes han vivido de nuestro trabajo, prosperando merced a nuestra miseria.

Ellos han visto que el pueblo se alza exigiendo: “¡No más obligaciones sin derechos! ¡No más derechos sin obligaciones! Queremos trabajar, pero también deseamos el producto de nuestro trabajo. No más explotadores. No más jefes. Trabajo y seguridad para todos. El pueblo ha de gobernarse a sí mismo. Deseamos la Comuna; deseamos vivir en libertad o morir luchando por ella”...

Mujeres de París, la hora decisiva ha llegado. ¡El viejo mundo tiene que acabar! ¡Queremos ser libres! Y Francia no se ha alzado sola. Las naciones civilizadas del mundo entero tienen sus ojos puestos en París. Están esperando nuestra victoria para liberarse ellas a su vez...

Un grupo de mujeres parisinas

Nota:

Invitamos a las mujeres patrióticas a reunirse hoy, martes 11 de abril, para tomar medidas concretas sobre la creación de comités en cada distrito a fin de organizar un movimiento femenino para la defensa de París, en caso de que la reacción y sus gendarmes traten de apoderarse de la ciudad.

¡Necesitamos la colaboración activa de todas las mujeres de París que comprendan que la salvación de nuestra capital depende de los resultados de este conflicto; que sepan que el actual orden social lleva en sí el germen de la pobreza y la muerte de la libertad y la justicia; que saluden por lo tanto el advenimiento del reino de trabajo y de igualdad y estén preparadas para luchar a la hora de la verdad y morir por el triunfo de esta revolución por la que sus hermanos están sacrificando sus vidas!

Tomado de *Journal Officiel* (Comuna). 11 de abril, 1871.

INTRODUCCIÓN
A LA GUERRA CIVIL
EN FRANCIA DE KARL MARX

Ha sido algo inesperado para mí el requerimiento que me hicieron para reeditar el Manifiesto del Consejo General de la Internacional sobre *La Guerra Civil en Francia* y acompañarlo de una introducción. Por eso solo puedo tocar brevemente aquí los puntos más importantes.

Antepongo al extenso trabajo arriba citado los dos manifiestos, más cortos, del Consejo General sobre la Guerra Franco-prusiana⁴⁴. En primer

43. Engels escribió esta introducción para la tercera edición alemana (edición de jubileo) de *La Guerra Civil en Francia* de Marx, publicada en 1891 por la Editorial *Vorwärts*, de Berlín, con motivo del XX aniversario de la Comuna de París. Al tiempo que señaló el significado histórico tanto de las experiencias de la Comuna de París como de las generalizaciones teóricas que de ellas extrajo Marx en *La Guerra Civil en Francia*, Engels también hizo un número de agregados en lo que concierne a la introducción a la historia de la Comuna, incluyendo referencias a las actividades de los blanquistas y proudhonianos.

La introducción de Engels fue publicada por primera vez con su aprobación bajo el título de *Sobre la Guerra Civil en Francia* en *Die Neue Zeit*, No. 28, (Vol. II), 1890-1891. Al publicar el texto, la redacción del *Die Neue Zeit* cambió de su último párrafo las palabras “el filisteo socialdemócrata” por “los filisteos alemanes”. Por una carta de Richard Fischer a Engels, del 17 de marzo de 1891, resulta evidente que Engels no estuvo de acuerdo con este arbitrario cambio. Sin embargo, él dejó este cambio en el texto, probablemente para evitar que hubiera diferentes versiones de su obra publicadas al mismo tiempo. La presente edición restaura el texto original.

44. NdE: En la presente edición no se han incluido los dos primeros manifiestos escritos por Marx para el Consejo General de la A.I.T. sobre la Guerra Franco-prusiana, a los que hace referencia Engels en su introducción. A pesar del interés de estas dos obras para el entendimiento de los hechos históricos referidos, y para una completa comprensión de la Guerra Civil en Francia de Karl Marx, no se han incluido por consideraciones de espacio, y por valorar que el contenido de los dos primeros manifiestos excedía las pretensiones de esta edición.

Sin duda, recomendamos la lectura de estos manifiestos que pueden ser encontrados en:

www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/gcfran/manif1.htm

www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/gcfran/manif2.htm

lugar, porque en *La Guerra Civil* se hace referencia al segundo de estos dos manifiestos, que, a su vez, no puede ser completamente comprendido sin el primero. Pero además, porque estos dos manifiestos, escritos también por Marx, son, al igual que *La Guerra Civil*, destacados ejemplos de las dotes extraordinarias del autor – manifestadas por vez primera en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* – para ver claramente el carácter, el alcance y las consecuencias necesarias de grandes acontecimientos históricos en un momento en que estos se desarrollan todavía ante nuestros ojos o acaban apenas de producirse. Y, finalmente, porque en Alemania estamos aún padeciendo las consecuencias de aquellos acontecimientos, tal como Marx las había predicho.

¿No hemos padecido otros veinte años de dominación bismarckiana⁴⁵, con su Ley de Excepción y su batida antisocialista sustituyendo las persecuciones contra los demagogos⁴⁶ con las mismas arbitrariedades policíacas y la misma, literalmente la misma, interpretación indignante de las leyes?

¿Y acaso no se ha cumplido al pie de la letra la predicción de que el hecho de anexar Alsacia y Lorena “echaría a Francia en brazos de Rusia” y de que Alemania con esta anexión se convertiría abiertamente en un vasallo de Rusia o tendría que prepararse, después de una breve tregua, para una nueva guerra, que sería, además, “una guerra racial contra las razas eslavas y latinas coligadas”? ¿Acaso la anexión de las provincias francesas no ha echado a Francia en brazos de Rusia? ¿Acaso Bismarck no ha implorado en vano durante veinte años enteros los favores del zar, prestándole servicios aún más bajos que aquellos con que la pequeña Prusia, cuando todavía no era la “primera potencia de Europa”, solía postrarse a los pies de la santa Rusia? ¿Y acaso no pende constantemente sobre nuestras cabezas la espada de Damocles de una guerra que, en su primer día, convertirá en humo de pajas todas las alianzas de príncipes selladas en documentos, una guerra en la que lo único cierto es la absoluta incertidumbre de su resultado, una guerra racial que entregará a toda Europa a la obra devastadora de quince o veinte millones de hombres armados, y que si no ha

45. NdE: *Otto von Bismarck* (1815-898), considerado el fundador del Estado alemán moderno. Durante sus últimos años de vida se le apodó el «Canciller de Hierro» por su mano dura al tratar temas relacionados con su país, que incluía la creación de un sistema de alianzas internacionales que aseguraran la supremacía de Alemania, conocido como el Reich.

46. Al final de las guerras contra la Francia de Napoleón, círculos reaccionarios de Alemania utilizaron el término *demagogos* para calificar a esa gente que participaba en el movimiento contra el sistema reaccionario de los estados alemanes y que organizaron una manifestación política para exigir la unificación de Alemania. El movimiento se extendió ampliamente entre los intelectuales y estudiantes, especialmente entre las sociedades gimnásticas estudiantiles. Los “demagogos” fueron perseguidos por las autoridades reaccionarias.

comenzado todavía a hacer estragos es simplemente porque hasta el más fuerte de los grandes Estados militares tiembla ante la completa imposibilidad de prever su resultado final?

De aquí que estemos aún más obligados a poner de nuevo al alcance de los obreros alemanes estas brillantes muestras, hoy medio olvidadas, de la clarividencia de la política obrera internacional en 1870.

Y lo que decimos de estos dos manifiestos también vale para *La Guerra Civil en Francia*. El 28 de mayo los últimos luchadores de la Comuna sucumbían ante fuerzas superiores en las faldas de Belleville, y dos días después, el 30, Marx leía ya al Consejo General el trabajo en que se delineaba la significación histórica de la Comuna de París, en trazos breves y enérgicos, pero tan nítidos y sobre todo tan exactos que no han sido nunca igualados en toda la enorme masa de escritos publicada sobre este tema.

Gracias al desarrollo económico y político de Francia a partir de 1789, la situación en París desde hace cincuenta años ha sido tal que no podía estallar allí ninguna revolución que no asumiese un carácter proletario, es decir, sin que el proletariado, que había pagado la victoria con su sangre, presentase sus propias reivindicaciones después del triunfo conseguido. Estas reivindicaciones eran más o menos faltas de claridad y hasta del todo confusas, conforme al grado de desarrollo de los obreros de París en cada ocasión, pero, en último término, se reducían siempre a la eliminación del antagonismo de clase entre capitalistas y obreros. Claro está, nadie sabía cómo se podía conseguir esto. Pero la reivindicación misma, por vaga que fuese la manera de formularla, encerraba ya una amenaza al orden social existente; los obreros que la planteaban aún estaban armados; por eso, el desarme de los obreros era el primer mandamiento de los burgueses que se hallaban al timón del Estado. De aquí que después de cada revolución ganada por los obreros estalle una nueva lucha, que termina con la derrota de estos.

Así sucedió por primera vez en 1848. Los burgueses liberales de la oposición parlamentaria organizaban banquetes en los que abogaban por una reforma electoral que debía garantizar la dominación de su partido. Viéndose cada vez más obligados a apelar al pueblo en la lucha que sostenían contra el gobierno, no tenían más remedio que ceder la primacía a las capas radicales y republicanas de la burguesía y de la pequeña burguesía. Pero detrás de estos sectores estaban los obreros revolucionarios, que desde 1830 habían adquirido mucha más independencia política de lo que los burgueses e incluso los republicanos se

imaginaban. Al producirse la crisis entre el gobierno y la oposición, los obreros comenzaron la lucha en las calles. Luis Felipe desapareció y con él la reforma electoral, viniendo a ocupar su puesto la República, y una república que los mismos obreros victoriosos calificaron de República “social”. Sin embargo, nadie sabía con claridad, ni los mismos obreros, qué había que entender por la susodicha República social. Pero los obreros tenían ahora armas y eran una fuerza dentro del Estado. Por eso, tan pronto como los republicanos burgueses, que empuñaban el timón del gobierno, sintieron que pisaban terreno más o menos firme, se propusieron como primer objetivo desarmar a los obreros. Esto tuvo lugar cuando se les empujó a la Insurrección de Junio de 1848 violando manifiestamente la palabra dada, lanzándoles una burla abierta e intentando desterrar a los parados a una provincia lejana. El gobierno había cuidado de asegurarse una aplastante superioridad de fuerzas. Después de cinco días de lucha heroica, los obreros fracasaron. A esto siguió un baño de sangre entre prisioneros indefensos como jamás se había visto desde los días de las guerras civiles con las que se inició la caída de la República Romana. Era la primera vez que la burguesía mostraba a cuán desmedida crueldad de venganza es capaz de recurrir tan pronto como el proletariado se atreve a enfrentársele, como clase aparte con sus propios intereses y reivindicaciones. Y sin embargo, 1848 no fue sino un juego de niños comparado con el frenesí de la burguesía en 1871.

El castigo no se hizo esperar. Si el proletariado no era todavía capaz de gobernar a Francia, la burguesía tampoco podía seguir gobernándola. Por lo menos en aquel momento, cuando la mayor parte de ella era aún de espíritu monárquico y se hallaba dividida en tres partidos dinásticos⁴⁷, más un cuarto partido, el republicano. Sus disensiones internas permitieron al aventurero Luis Bonaparte apoderarse de todos los puestos de mando —ejército, policía, aparato administrativo— y hacer saltar, el 2 de diciembre de 1851⁴⁸, el último baluarte de la burguesía: la Asamblea Nacional. El Segundo Imperio⁴⁹ inauguró la explotación de Francia por una cuadrilla de aventureros políticos y financieros, pero al mismo tiempo también inició un desarrollo industrial como jamás hubiera podido concebirse bajo el mezquino y asustadizo sistema

47. Los monarquistas en Francia estaban a la vez divididos en tres partidos dinásticos: *los legitimistas*, adictos a la dinastía “legítima” de los Borbones. Ver nota 88; *los orleanistas*, partidarios de la dinastía de Orleans. Ver nota 73; y los *bonapartistas*, seguidores de Luis Bonaparte (Napoleón III). Ver nota 40.

48. *Coup d’Etat* [golpe de Estado] de Luis Bonaparte, Presidente de Francia a la sazón, quien disolvió la Asamblea Nacional, y un año después se proclamó Emperador de Francia.

49. *El Segundo Imperio* de Francia fue el nombre dado al periodo de gobierno de Luis Bonaparte (1852-70), para distinguirlo del Primer Imperio de Napoleón I (1804-14).

de Luis Felipe, en las condiciones de la dominación exclusiva de solo un pequeño sector de la gran burguesía. Luis Bonaparte quitó a los capitalistas el Poder político con el pretexto de defenderlos a ellos, los burgueses, de los obreros, y, por otra parte, a estos de aquellos; pero, como contrapartida, su régimen estimuló la especulación y la actividad industrial; en una palabra, el auge y el enriquecimiento de toda la burguesía en proporciones hasta entonces desconocidas. Se desarrollaron todavía en mayores proporciones, claro está, la corrupción y el robo en masa, que pulularon en torno a la Corte imperial y obtuvieron buenos dividendos de este enriquecimiento.

Pero el Segundo Imperio era la apelación al chovinismo francés, la reivindicación de las fronteras del Primer Imperio perdidas en 1814, al menos las de la Primera República. Era a la larga imposible que subsistiese un imperio francés dentro de las fronteras de la antigua monarquía y, más aún, dentro de las fronteras todavía más amputadas de 1815. Esto implicaba la necesidad de guerras ocasionales y la de ampliación de fronteras. Pero no había ampliación de fronteras que deslumbrase tanto la fantasía de los chovinistas franceses como aquella que se hiciera a expensas de la orilla izquierda alemana del Rin. Para ellos una milla cuadrada en el Rin valía más que diez en los Alpes o en cualquier otro sitio. Proclamado el Segundo Imperio la reivindicación de la orilla izquierda del Rin, fuese de una vez o por partes, era simplemente una cuestión de tiempo. Y el tiempo llegó con la Guerra Austro-prusiana de 1866⁵⁰. Defraudado en sus esperanzas de “compensaciones territoriales”, por el engaño de Bismarck y por su propia política superastuta y vacilante, Napoleón no tenía otra salida que la guerra, que estalló en 1870 y le empujó primero a Sedán y después a Wilhelmshöhe⁵¹.

La consecuencia inevitable fue la Revolución de París del 4 de Septiembre de 1870. El Imperio se derrumbó como un castillo de naipes y nuevamente

50. Prusia salió victoriosa de la guerra contra Austria, guerra que fue provocada por Bismarck. Excluyendo a Austria de la Confederación Germánica, Prusia se aseguró la hegemonía con la fundación del Imperio Alemán. Napoleón III permaneció neutral en la Guerra Austro-prusiana, y a cambio de su neutralidad él esperó, en vano, recibir parte del territorio de los estados alemanes, como se lo había prometido Bismarck.

51. NdE: *La batalla de Sedán*; El 1 y 2 de septiembre de 1870, se libró una batalla decisiva de la Guerra Franco-prusiana en los alrededores de Sedán, ciudad del Nordeste de Francia; ella terminó con una derrota completa del ejército francés. Según los términos de la capitulación firmados por el Cuartel General francés el 2 de septiembre de 1870, Napoleón III y más de 80.000 soldados, oficiales y generales franceses fueron hechos prisioneros de guerra. Desde el 5 de septiembre de 1870 hasta el 19 de marzo de 1871, Napoleón III quedó encarcelado en *Wilhelmshöhe*, un castillo de Prusia cerca de Kassel. La derrota en Sedán aceleró la caída del Segundo Imperio. A consecuencia de ello, Francia fue proclamada República el 4 de septiembre de 1870.

fue proclamada la República. Pero el enemigo estaba a las puertas. Los ejércitos del Imperio estaban sitiados en Metz sin esperanza de salvación o prisioneros en Alemania. En esta situación angustiosa, el pueblo permitió a los diputados parisinos del antiguo Cuerpo Legislativo constituirse en un “Gobierno de Defensa Nacional”. Lo que con mayor gusto lo llevó a acceder a esto fue que, para los fines de la defensa, todos los parisinos capaces de empuñar las armas se habían alistado en la Guardia Nacional y estaban armados, de modo que los obreros representaban dentro de ella una gran mayoría. Pero el antagonismo entre el gobierno, formado casi exclusivamente por burgueses, y el proletariado en armas, no tardó en estallar. El 31 de octubre, batallones obreros tomaron por asalto el Hôtel de Ville y capturaron a algunos miembros del Gobierno. Gracias a una traición, a la violación descarada por el Gobierno de su palabra y a la intervención de algunos batallones pequeñoburgueses, aquellos fueron puestos nuevamente en libertad y, para no provocar el estallido de la guerra civil dentro de una ciudad sitiada por un ejército extranjero, se permitió que el Gobierno hasta entonces en funciones siguiera actuando.

Por fin, el 28 de enero de 1871, la ciudad de París, vencida por el hambre, capituló. Pero con honores sin precedentes en la historia de las guerras. Los fuertes fueron rendidos, las murallas desarmadas, las armas de las tropas de línea y de la Guardia Móvil entregadas, y sus hombres, considerados prisioneros de guerra. Pero la Guardia Nacional conservó sus armas y sus cañones y se limitó a sellar un armisticio con los vencedores. Y estos no se atrevieron a entrar triunfalmente en París. Solo osaron ocupar un pequeño rincón de la ciudad, el cual, además, se componía parcialmente de parques públicos, y eso ¡solo por unos cuantos días! Y durante este tiempo, ellos, que habían tenido cercado a París por espacio de 131 días, estuvieron cercados por los obreros armados de la capital, que velaban la guardia celosamente para que ningún “prusiano” traspasase los estrechos límites del rincón cedido al conquistador extranjero. Tal era el respeto que los obreros de París infundían a un ejército ante el cual habían rendido sus armas todas las tropas del Imperio. Y los *junkers* prusianos, que habían venido a tomar venganza en el hogar de la revolución, ¡no tuvieron más remedio que pararse respetuosamente y saludar a esta misma revolución armada!

Durante la guerra, los obreros de París se habían limitado a exigir la enérgica continuación de la lucha. Pero ahora, sellada la paz después de la capitulación

de París⁵², Thiers, nuevo jefe del Gobierno, se vio obligado a entender que la dominación de las clases poseedoras –grandes terratenientes y capitalistas– estaba en constante peligro mientras los obreros de París tuviesen las armas en sus manos. Lo primero que hizo fue intentar desarmarlos. El 18 de marzo envió tropas de línea con orden de robar a la Guardia Nacional la artillería de su pertenencia, pues había sido construida durante el asedio de París y pagada por suscripción pública. El intento falló; París se movilizó como un solo hombre para la resistencia y se declaró la guerra entre París y el Gobierno francés, instalado en Versalles. El 26 de marzo fue elegida la Comuna de París, y proclamada dos días más tarde, el 28 del mismo mes. El Comité Central de la Guardia Nacional, que hasta entonces había ejercido el gobierno, dimitió en favor de la Comuna, después de haber decretado la abolición de la escandalosa “policía de moralidad” de París. El 30, la Comuna abolió la conscripción y el ejército permanente y declaró única fuerza armada a la Guardia Nacional, en la que debían enrolarse todos los ciudadanos capaces de empuñar las armas. Condonó los pagos de alquiler de viviendas desde octubre de 1870 hasta abril de 1871, abonando a futuros pagos de alquileres las cantidades ya pagadas, y suspendió la venta de objetos empeñados en el Monte de Piedad de la ciudad. El mismo día 30 fueron confirmados en sus cargos los extranjeros elegidos para la Comuna, pues “la bandera de la Comuna es la bandera de la República mundial”⁵³. El 1 de abril se acordó que el sueldo máximo que podría percibir un funcionario de la Comuna, y por tanto los mismos miembros de esta, no excedería de 6.000 francos (4.800 marcos). Al día siguiente, la Comuna decretó la separación de la Iglesia y el Estado y la supresión de todas las asignaciones estatales para fines religiosos, así como la transformación de todos los bienes de la Iglesia en propiedad nacional; como consecuencia de esto, el 8 de abril se ordenó que se eliminasen de las escuelas todos los símbolos religiosos, imágenes, dogmas, oraciones, en una palabra, “todo lo que pertenece a la órbita de la conciencia individual”, orden que fue aplicándose gradualmente⁵⁴. El día 5,

52. Se refiere al Tratado franco-alemán preliminar de paz firmado en Versalles el 26 de febrero de 1871 por A. Thiers y J. Favre, de un lado y Bismarck, del otro. En virtud de los términos del Tratado, Francia accedía a ceder Alsacia y la parte oriental de Lorena a Alemania y a pagar una indemnización de guerra de cinco mil millones de francos, mientras que Alemania continuaba ocupando parte del territorio francés hasta que se pagara la indemnización. El Tratado final de paz fue firmado en Francfort-Main en mayo de 1871.

53. Cita sacada del informe de la comisión electoral de la Comuna, publicado en el órgano de la Comuna, *Journal officiel de la République française*, N. f 90, 31 de marzo de 1871.

54. Engels se refiere probablemente al contenido de la orden emitida por Edouard Vaillant, delegado de educación de la Comuna de París, que fue publicada en el *Journal officiel de la République française*, N.° 132, 12 de mayo de 1871.

en vista de que las tropas de Versalles fusilaban diariamente a los combatientes de la Comuna que capturaban, se dictó un decreto ordenando la detención de rehenes, pero este nunca se puso en práctica. El día 6, el 137º Batallón de la Guardia Nacional sacó a la calle la guillotina y la quemó públicamente en medio de la aclamación popular. El 12, la Comuna acordó que la Comuna Triunfal de la plaza Vendôme, fundida con los cañones tomados por Napoleón después de la guerra de 1809, se demoliese por ser un símbolo de chovinismo e incitación al odio entre naciones. Esto fue cumplido el 16 de mayo. El 16 de abril, la Comuna ordenó un registro estadístico de las fábricas cerradas por los patronos y la elaboración de planes para ponerlas en funcionamiento con los obreros que antes trabajaban en ellas, organizándolos en sociedades cooperativas, y que se planease también la agrupación de todas estas cooperativas en una gran unión. El 20, la Comuna declaró abolido el trabajo nocturno de los panaderos y suprimió también las bolsas de empleo, que durante el Segundo Imperio eran un monopolio de ciertos sujetos designados por la policía, explotadores de primera fila de los obreros. Esas bolsas fueron transferidas a las alcaldías de los veinte *arrondissements* [distritos] de París. El 30 de abril, la Comuna ordenó el cierre de las casas de empeño, que eran una forma de explotación privada a los obreros, y estaban en contradicción con el derecho de estos a disponer de sus instrumentos de trabajo. El 5 de mayo, ordenó la demolición de la Capilla Expiatoria, que se había erigido para expiar la ejecución de Luis XVI.

Así, el carácter de clase del movimiento de París, que antes se había relegado a segundo plano por la lucha contra los invasores extranjeros, apareció desde el 18 de marzo en adelante con rasgos enérgicos y claros. Como los miembros de la Comuna eran todos, casi sin excepción, obreros o representantes reconocidos de los obreros, sus decisiones se distinguían por un carácter marcadamente proletario. Estas, o bien decretaban reformas que la burguesía republicana solo había renunciado a implantar por cobardía pero que constituían una base indispensable para la libre acción de la clase obrera, como, por ejemplo, la implantación del principio de que, *con respecto al Estado*, la religión es un asunto puramente privado; o bien la Comuna promulgaba decisiones que iban directamente en interés de la clase obrera, y en parte abrían profundas brechas en el viejo orden social. Sin embargo, en una ciudad sitiada, todo esto solo pudo, a lo sumo, comenzar a realizarse. Desde los primeros días de mayo, la lucha contra los ejércitos del Gobierno de Versalles, cada vez más nutridos, absorbió todas las energías.

El 7 de abril, los versalleses tomaron el paso del Sena en Neuilly, en el frente occidental de París; en cambio, el 11 fueron rechazados con grandes pérdidas por el general Eudes, en el frente sur. París estaba sometido a constante bombardeo, dirigido además por los mismos que habían estigmatizado como un sacrilegio el bombardeo de la capital por los prusianos. Ahora, estos mismos individuos imploraban del Gobierno prusiano que acelerase la devolución de los soldados franceses hechos prisioneros en Sedán y en Metz, para que les reconquistasen París. Desde comienzos de mayo, la llegada gradual de estas tropas dio una superioridad decisiva a las fuerzas de Versalles. Esto se puso ya de manifiesto cuando, el 23 de abril, Thiers rompió las negociaciones, que la Comuna propuso con el fin de canjear al arzobispo de París y a toda una serie de clérigos retenidos en París como rehenes, por un solo hombre, Blanqui, que en dos ocasiones había sido elegido para la Comuna, pero que estaba preso en Clairvaux. Y se evidenció más todavía en el nuevo lenguaje de Thiers, que, de reservado y ambiguo, se hizo de pronto insolente, amenazador y brutal. En el frente sur, los versalleses tomaron el 3 de mayo, el reducto de Moulin Saquet; el día 9 se apoderaron del fuerte de Issy, reducido por completo a escombros por el cañoneo; el 14 tomaron el fuerte de Vanves. En el frente occidental avanzaban paulatinamente, apoderándose de numerosas aldeas y edificios que se extendían hasta el cinturón fortificado de la ciudad llegando, por último, a los puntos principales de la defensa; el 21, gracias a una traición y al descuido de los guardias nacionales destacados allí, consiguieron abrirse paso hacia el interior de la ciudad. Los prusianos, que seguían ocupando los fuertes del Norte y del Este, permitieron a los versalleses cruzar por la parte norte de la ciudad, que era terreno vedado para ellos según los términos del armisticio, y, de este modo, avanzar atacando sobre un largo frente, que los parisinos no podían por menos de creer amparado por el armisticio y que, por esta razón, tenían débilmente guarnecido. Como resultado de ello, en la mitad occidental de París, en la propia ciudad del lujo, solo se opuso una débil resistencia, que se hacía más fuerte y más tenaz a medida que las fuerzas atacantes se acercaban al sector del Este, a los barrios propiamente obreros. Hasta después de ocho días de lucha no cayeron en las alturas de Belleville y Ménilmontant los últimos defensores de la Comuna; y entonces llegó a su apogeo aquella matanza de hombres, mujeres y niños indefensos, que había hecho estragos durante toda la semana con furia creciente. Ya los fusiles de retrocarga no mataban bastante de prisa, y entró en juego la *mitrailleuse* [ametralladora] para abatir por centenares a los vencidos. El “Muro de los Federados”⁵⁵ del cementerio de Péré Lachaise, donde

55. Ahora generalmente conocido como “El Muro de los Comuneros”.

se consumó el último asesinato en masa, queda todavía en pie, testimonio mudo pero elocuente del frenesí a que es capaz de llegar la clase dominante cuando el proletariado se atreve a reclamar sus derechos. Luego, cuando se vio que era imposible matarlos a todos, vinieron las detenciones en masa, comenzaron los fusilamientos de víctimas caprichosamente seleccionadas entre las filas de presos y el traslado de los demás a grandes campos de concentración, para esperar allí la vista de los Consejos de Guerra. Las tropas prusianas que tenían cercado el sector nordeste de París, tenían la orden de no dejar pasar a ningún fugitivo, pero los oficiales con frecuencia cerraban los ojos cuando los soldados prestaban más obediencia a los dictados de la humanidad que a las órdenes de la superioridad; mención especial merece, por su humano comportamiento, el cuerpo de ejército de Sajonia, que dejó paso libre a muchas personas cuya calidad de luchadores de la Comuna saltaba a la vista.



Si hoy, al cabo de veinte años, volvemos los ojos a las actividades y a la significación histórica de la Comuna de París de 1871, advertimos la necesidad de completar un poco la exposición que se hace en *La Guerra Civil en Francia*.

Los miembros de la Comuna estaban divididos en una mayoría integrada por los blanquistas, que habían predominado también en el Comité Central de la Guardia Nacional, y una minoría compuesta por afiliados a la Asociación Internacional de los Trabajadores, entre los que prevalecían los adeptos de la escuela socialista de Proudhon⁵⁶. En aquel tiempo, la gran mayoría de los blanquistas solo eran socialistas por instinto revolucionario y proletario, solo unos pocos habían alcanzado una mayor claridad de principios, gracias a Vaillant, que conocía el socialismo científico alemán. Así se explica que la Comuna dejase de hacer, en el terreno económico, muchas cosas que, desde nuestro punto de vista de hoy hubiera debido realizar. Lo más difícil de comprender es indudablemente el santo temor con que aquellos hombres se detuvieron respetuosamente en los umbrales del Banco de Francia. Fue este, además, un error político muy grave. El Banco de Francia en manos de la Comuna hubiera valido más que diez mil rehenes. Hubiera significado la presión de toda la burguesía francesa sobre el Gobierno de Versalles para que

56. NdE: En el primer texto de esta edición, el autor corrige esta versión de Engels. Ver nota 28.

negociase la paz con la Comuna. Pero aún es más asombroso el acierto de muchas de las cosas que se hicieron, a pesar de estar compuesta la Comuna de proudhonianos y blanquistas. Por supuesto, cabe a los proudhonianos la principal responsabilidad por los decretos económicos de la Comuna, tanto en lo que atañe a sus méritos como a sus defectos; a los blanquistas les incumbe la responsabilidad principal por las medidas y omisiones políticas. Y, en ambos casos, la ironía de la historia quiso –como acontece generalmente cuando el Poder cae en manos de doctrinarios– que tanto unos como otros hiciesen lo contrario de lo que la doctrina de su escuela respectiva prescribía.

Proudhon, el socialista de los pequeños campesinos y maestros artesanos, odiaba positivamente la asociación. Decía de ella que tenía más de malo que de bueno; que era por naturaleza estéril y aun perniciosa, como un grillete puesto a la libertad del obrero; que era un puro dogma, improductivo y gravoso, contrario por igual a la libertad del obrero y al ahorro de trabajo; que sus inconvenientes crecían más de prisa que sus ventajas; que, frente a ella, la concurrencia, la división del trabajo y la propiedad privada eran fuerzas económicas. Solo en los casos excepcionales –como los llama Proudhon– de la gran industria y las grandes empresas como los ferrocarriles, tenía razón de ser la asociación de los obreros (véase *Idée générale de la révolution*, 3er. Estudio, Proudhon, París, 1851).

Pero hacia 1871, incluso en París, centro de la artesanía artística, la gran industria había dejado ya hasta tal punto de ser un caso excepcional, que el decreto más importante de cuantos dictó la Comuna dispuso una organización para la gran industria, e incluso para la manufactura, que no se basaba solo en la asociación de los obreros dentro de cada fábrica, sino que debía también unificar a todas estas asociaciones en una gran unión; en resumen, en una organización que, como Marx dice muy bien en *La Guerra Civil*, forzosamente habría conducido finalmente al comunismo, o sea, al contrario directo de la doctrina proudhoniana. Por eso la Comuna fue la tumba de la escuela proudhoniana del socialismo. Esta escuela ha desaparecido hoy de los medios obreros franceses; en ellos, actualmente, la teoría de Marx predomina sin discusión, y no menos entre los Posibilistas⁵⁷ que entre los “marxistas”. Solo quedan proudhonianos en el campo de la burguesía “radical”.

No fue mejor la suerte que corrieron los blanquistas. Educados en la escuela de la conspiración y mantenidos en cohesión por la rígida disciplina

57. *Los posibilistas* representaban la tendencia oportunista en el movimiento laboral francés a fines del siglo XIX.

que esta escuela supone, los blanquistas partían de la idea de que un grupo relativamente pequeño de hombres decididos y bien organizados estaría en condiciones, no solo de adueñarse en un momento favorable del timón del Estado, sino que, desplegando una acción enérgica e incansable, podría mantenerse hasta lograr arrastrar a la revolución a las masas del pueblo y congregarlas en torno al pequeño grupo dirigente. Esto suponía, sobre todo, la más rígida y dictatorial centralización de todos los poderes en manos del nuevo gobierno revolucionario. ¿Y qué hizo la Comuna, compuesta en su mayoría precisamente por blanquistas? En todas las proclamas dirigidas a los franceses de las provincias, la Comuna los invitó a formar una federación libre de todas las comunas de Francia con París, una organización nacional que, por vez primera, iba a ser creada realmente por la nación misma. Precisamente el poder opresor del antiguo gobierno centralizado —el ejército, la policía política y la burocracia—, creado por Napoleón en 1798 y que desde entonces había sido heredado por todos los nuevos gobiernos como un instrumento grato y utilizado por ellos contra sus enemigos, era precisamente este poder el que debía ser derrumbado en toda Francia, como había sido derrumbado ya en París.

La Comuna tuvo que reconocer desde el primer momento que la clase obrera, al llegar al Poder, no puede seguir gobernando con la vieja máquina del Estado; que, para no perder de nuevo su dominación recién conquistada, la clase obrera tiene, de una parte, que barrer toda la vieja máquina represiva utilizada hasta entonces contra ella, y, de otra parte, precaverse contra sus propios diputados y funcionarios, declarándolos a todos, sin excepción, revocables en cualquier momento. ¿Cuáles habían sido las características del Estado hasta entonces? En un principio, por medio de la simple división del trabajo, la sociedad se creó los órganos especiales destinados a velar por sus intereses comunes. Pero, a la larga, estos órganos, a cuya cabeza estaba el Poder estatal persiguiendo sus propios intereses específicos, se convirtieron de servidores de la sociedad en señores de ella. Esto puede verse, por ejemplo, no solo en las monarquías hereditarias, sino también en las repúblicas democráticas. No hay ningún país en que los “políticos” formen un sector más poderoso y más separado de la nación que en los EE.UU. Aquí cada uno de los dos grandes partidos que se alternan en el Poder está a su vez gobernado por gentes que hacen de la política un negocio, que especulan con los escaños de las asambleas legislativas de la Unión y de los distintos Estados Federados, o que viven de la agitación en favor de su partido y son retribuidos con cargos cuando este triunfa. Es

sabido que los estadounidenses llevan treinta años esforzándose por sacudir este yugo, que ha llegado a ser insoportable, y que, a pesar de todo, se hunden cada vez más en este pantano de corrupción. Y es precisamente en los EE.UU. donde podemos ver mejor cómo progresa esta independización del Estado frente a la sociedad, de la que originariamente estaba destinado a ser un simple instrumento. Allí no hay dinastía, ni nobleza, ni ejército permanente –fuera del puñado de hombres que montan la guardia contra los indios–, ni burocracia con cargos permanentes y derecho a jubilación. Y, sin embargo, en los EE.UU. nos encontramos con dos grandes cuadrillas de especuladores políticos que alternativamente se posesionan del Poder estatal y lo explotan por los medios más corruptos y para los fines más corruptos; y la nación es impotente frente a estos dos grandes consorcios de políticos, pretendidos servidores suyos, pero que, en realidad, la dominan y la saquean.

Contra esta transformación, inevitable en todos los Estados anteriores, del aparato estatal y sus órganos, de servidores de la sociedad en amos de ella, la Comuna empleó dos remedios infalibles. En primer lugar, cubrió todos los cargos administrativos, judiciales y educacionales por elección, mediante sufragio universal, concediendo a los electores el derecho a revocar en todo momento a sus elegidos. En segundo lugar, pagaba a todos los funcionarios, altos y bajos, el mismo salario que a los demás trabajadores. El sueldo máximo asignado por la Comuna era de 6.000 francos. Con este sistema se ponía una barrera eficaz al arribismo y a la caza de cargos, y esto sin contar con los mandatos imperativos que, por añadidura, introdujo la Comuna para los diputados a los cuerpos representativos.

Esta labor de destrucción del viejo Poder estatal y de su reemplazo por otro nuevo y verdaderamente democrático es descrita con todo detalle en el capítulo tercero de *La Guerra Civil*. Sin embargo, era necesario detenerse a examinar aquí brevemente algunos de los rasgos de este reemplazo por ser precisamente en Alemania donde la fe supersticiosa en el Estado se ha trasladado del campo filosófico a la conciencia general de la burguesía e incluso a la de muchos obreros. Según la concepción filosófica, el Estado es la “realización de la idea” o, traducido al lenguaje filosófico, el reino de Dios en la tierra, el campo en que se hacen o deben hacerse realidad la verdad y la justicia eternas. De aquí nace una veneración supersticiosa hacia el Estado y hacia todo lo que con él se relaciona, veneración que va arraigando más fácilmente en la medida en que la gente se acostumbra desde la infancia a pensar que los asuntos e intereses comunes a toda la sociedad no pueden ser mirados de manera distinta a como han sido mirados

hasta aquí, es decir, a través del Estado y de sus bien retribuidos funcionarios. Y la gente cree haber dado un paso enormemente audaz con librarse de la fe en la monarquía hereditaria y jurar por la República democrática. En realidad, el Estado no es más que una máquina para la opresión de una clase por otra, lo mismo en la República democrática que bajo la monarquía; y en el mejor de los casos, un mal que el proletariado hereda luego que triunfa en su lucha por la dominación de clase. El proletariado victorioso, tal como hizo la Comuna, no podrá por menos de amputar inmediatamente los peores lados de este mal, hasta que una generación futura, educada en condiciones sociales nuevas y libres, pueda deshacerse de todo ese trasto viejo del Estado.

Últimamente las palabras “dictadura del proletariado” han vuelto a sumir en santo terror al filisteo socialdemócrata. Pues bien, caballeros, ¿queréis saber qué faz presenta esta dictadura? Mirad a la Comuna de París: ¡he ahí la dictadura del proletariado!

F. Engels

Londres, en el vigésimo aniversario de la Comuna de París,

18 de marzo de 1891.

LA GUERRA CIVIL EN FRANCIA

A todos los miembros de la Asociación en Europa y los Estados Unidos

I

El 4 de septiembre de 1870⁵⁸, cuando los obreros de París proclamaron la República, casi instantáneamente aclamada de un extremo a otro de Francia sin una sola voz disidente, una cuadrilla de abogados arribistas, con Thiers como estadista y Trochu como general, se adueñaron del *Hôtel de Ville*⁵⁹. Por aquel entonces estaban imbuidos de una fe tan fanática en la misión de París para representar a Francia en todas las épocas de crisis históricas que, para legitimar sus títulos usurpados de gobernantes de Francia, consideraron suficiente exhibir sus credenciales vencidas de diputados por París. En nuestro segundo manifiesto sobre la pasada guerra, cinco días después del encumbramiento de estos hombres, os dijimos ya quiénes eran. Sin embargo, en la confusión provocada por la sorpresa, con los verdaderos jefes de la clase obrera encerrados todavía en las prisiones bonapartistas y los prusianos avanzando a toda marcha sobre París, la capital toleró que asumieran el poder bajo la expresa condición de que su solo objetivo sería la defensa nacional. Ahora bien, París no podía ser defendido sin armar a su clase obrera, organizándola como una fuerza efectiva y adiestrando a sus hombres en la guerra misma. Pero París en armas era la revolución en armas. El triunfo de París sobre el agresor prusiano habría sido el triunfo del obrero francés sobre el capitalista francés y sus parásitos dentro del Estado. En este conflicto entre el deber nacional y el interés de clase, el Gobierno de Defensa Nacional no vaciló un instante en convertirse en un gobierno de traición nacional.

58. El 4 de septiembre de 1870, tras la captura de Napoleón III en la batalla del Sedán, es proclamada la III república francesa (1870-1940). Se establece el Gobierno de de Defensa Nacional que se compromete a seguir con el esfuerzo de guerra contra Prusia.

59. NdT: Ayuntamiento.

Su primer paso consistió en enviar a Thiers a deambular por todas las Cortes de Europa para implorar su mediación, ofreciendo el trueque de la República por un rey. A los cuatros meses de comenzar el asedio de la capital, cuando se creyó llegado el momento oportuno para empezar a hablar de capitulación, Trochu, en presencia de Jules Favre⁶⁰ y de otros colegas de ministerio, habló en los siguientes términos a los alcaldes de París reunidos:

«La primera cuestión que mis colegas me plantearon, la misma noche del 4 de septiembre, fue esta: ¿Puede París resistir con alguna probabilidad de éxito un asedio de las tropas prusianas? No vacilé en contestar negativamente. Algunos de mis colegas, aquí presentes, ratificarán la verdad de mis palabras y la persistencia de mi opinión. Les dije –en estos mismos términos– que, con el actual estado de cosas, el intento de París de afrontar un asedio del ejército prusiano sería una locura. Una locura heroica –añadía–, sin duda alguna; pero nada más... Los hechos (dirigidos por él mismo) no han dado un mentís a mis previsiones».

Este precioso y breve discurso de Trochu fue publicado más tarde por M. Corbon, uno de los alcaldes allí presentes.

Así pues, la misma noche en que fue proclamada la República, los colegas de Trochu sabían ya que su «plan» era la capitulación de París. Si la defensa nacional hubiera sido algo más que un pretexto para el gobierno personal de Thiers, Favre y *cía.*, los advenedizos del 4 de septiembre habrían abdicado el 5, habrían puesto al corriente al pueblo de París sobre el «plan» de Trochu y le habrían invitado a rendirse sin más o a tomar su destino en sus propias manos. En vez de hacerlo así, esos infames impostores optaron por curar la locura heroica de París con un tratamiento de hambre y de cabezas rotas, y por engañarle mientras tanto con manifiestos grandilocuentes, en los que se decía, por ejemplo, que Trochu, «el gobernador de París, jamás capitulará» y que Jules Favre, ministro de Asuntos Exteriores, «no cederá ni una pulgada de nuestro territorio ni una piedra de nuestras fortalezas». En una carta a Gambetta⁶¹, este mismo Jules Favre confesó que contra lo que ellos se «defendían» no eran los soldados prusianos, sino los obreros de París. Durante todo el sitio, los matones

60. *Jules Favre* (1809-1880) Vicepresidente y Ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno de Defensa nacional. Tras la destitución de Trochu como Gobernador de París el 22 de enero de 1871 se haría con el control *de facto* del Gobierno.

61. *Leon Gambetta* (1838-1882) fue el ministro de Interior del Gobierno de Defensa nacional. Uno de sus primeros consejos fue el de abandonar París y establecer el gobierno en alguna ciudad de provincias.

bonapartistas a quienes Trochu, muy previsoramente, había confiado el mando del ejército de París, no cesaban de hacer chistes desvergonzados, en sus cartas íntimas, sobre la bien conocida burla de la defensa (véase, por ejemplo, la correspondencia de Alphonse Simon Guidod, comandante en jefe de la artillería del ejército de París y Gran Cruz de la Legión de Honor, con Suzanne, general de división de artillería, correspondencia publicada en el *Journal Officiel* de la Comuna)⁶². Por fin, el 28 de enero de 1871⁶³, los impostores se quitaron la careta. Con el verdadero heroísmo de la máxima abyección, el Gobierno de Defensa Nacional, al capitular, se convirtió en el Gobierno de Francia integrado por prisioneros de Bismarck, papel tan bajo, que el propio Luis Bonaparte, en Sedán, se arrojó ante él. Después de los acontecimientos del 18 de marzo, en su precipitada huida a Versalles, los *capitulards*⁶⁴ [capituladores] dejaron en las manos de París las pruebas documentales de su traición, para destruir las cuales, como dice la Comuna en su Proclama a las provincias, «esos hombres no vacilarían en convertir a París en un montón de escombros bañado por un mar de sangre»⁶⁵.

Además, algunos de los dirigentes del Gobierno de Defensa tenían razones personales especialísimas para buscar ardientemente este desenlace.

Poco tiempo después de sellado el armisticio, M. Milliere, uno de los diputados por París a la Asamblea Nacional, fusilado más tarde por orden

62. La correspondencia de Alphonse Simon Guidod con Louis Suzanne apareció en el *Journal Officiel*, Nº 115, el 25 de abril de 1871.

Journal Officiel es una abreviación de *Journal officiel de la République française*, órgano oficial de la Comuna de París. Apareció del 20 de marzo al 24 de mayo de 1871. El periódico adoptó el nombre de boletín oficial de la República Francesa, nombre con el que salió en París a partir del 5 de septiembre de 1870. (Durante el período de la Comuna, el órgano del gobierno de Thiers en Versalles se publicó bajo el mismo nombre.) Solo el número del 30 de marzo apareció con el nombre de *Journal officiel de la Commune de Paris*.

63. El 28 de enero de 1871 Bismarck y Jules Favre, como representante del Gobierno de Defensa Nacional, firmaron el “Acuerdo de Armisticio y de Capitulación de París”. En este trato, Favre aceptó los humillantes términos reclamados por los prusianos, entre otros el pago de 200 millones de francos como indemnización en 15 días de un total de 5 mil millones. Rendir la mayor parte de los fuertes de París y entregar la artillería de campaña del ejército de París al ejército Prusiano. Thiers negoció con el ejército prusiano la convocatoria de elecciones a la Asamblea Nacional.

64. Los *capitulards*, nombre despectivo con el que se calificaba a aquellos que abogaban por la capitulación de París durante el asedio (1870-1871). Luego, este término se hizo extensivo en Francia a todos los capitulacionistas.

65. Véase *Le Vengeur*, N.f 30, el 28 de abril de 1871. *Le Vengeur*, periódico republicano de izquierda, fue fundado en París el 3 de febrero de 1871. Fue clausurado por Vinoy, gobernador de París, el 11 de marzo, y reapareció el 30 de marzo, prolongando su vida hasta el 24 de mayo de 1871, durante el período de la Comuna de París. Este periódico apoyó a la Comuna, publicó sus documentos e informó sobre sus sesiones.

expresa de Jules Favre, publicó una serie de documentos judiciales auténticos demostrando que Favre, que vivía en concubinato con la mujer de un borracho residente en Argel, había logrado, por medio de las más descaradas falsificaciones cometidas a lo largo de muchos años, atrapar en nombre de los hijos de su adulterio una cuantiosa herencia, con la que se hizo rico; y que en un pleito entablado por los legítimos herederos, solo pudo conseguir salvarse del escándalo gracias a la connivencia de los tribunales bonapartistas. Como estos escuetos documentos judiciales no podían descartarse fácilmente, por mucha energía retórica que se desplegara, Jules Favre, por primera vez en su vida, contuvo la lengua y aguardó en silencio a que estallase la guerra civil, para entonces denunciar frenéticamente al pueblo de París como a una banda de criminales evadidos y amotinados abiertamente contra la familia, la religión, el orden y la propiedad. Y este mismo falsario, inmediatamente después del 4 de septiembre, apenas llegado al poder, puso en libertad, por simpatía, a Pic y Taillefer, condenados por estafa bajo el propio Imperio, en el escandaloso asunto del periódico *Etendard*⁶⁶. Uno de estos caballeros, Taillefer, que tuvo la osadía de volver a París durante la Comuna, fue reintegrado inmediatamente a la prisión. Y entonces Jules Favre, desde la tribuna de la Asamblea Nacional, exclamó que París estaba poniendo en libertad a todos los presidiarios.

Ernesto Picard⁶⁷, el Joe Miller⁶⁸ del Gobierno de Defensa Nacional, que se nombró a sí mismo ministro de Hacienda de la República después de haberse esforzado en vano por ser ministro del Interior del Imperio, es hermano de un tal Arturo Picard, individuo expulsado de la Bolsa de París por tramposo (véase el informe de la Prefectura de Policía del 31 de julio de 1867) y convicto y confeso de un robo de 300.000 francos, cometido cuando era gerente de una de las sucursales de la *Société Générale*⁶⁹, rue Palestro número 5 (véase el informe de la Prefectura de Policía del 11 de diciembre de 1868). Este Arturo Picard

66. *L'Etendard*, periódico bonapartista francés, publicado en París de 1866 a 1868. Tuvo que suspender su publicación como consecuencia de una denuncia de los fraudulentos medios utilizados por el periódico para obtener apoyo financiero.

67. NdE: *Ernest Picard* fue ministro de finanzas del gobierno de Defensa Nacional formado el 4 de Septiembre de 1870. En febrero de 1871 se convirtió en ministro de gobierno de Thiers.

68. NdE: *Joe Miller* fue un conocido actor cómico inglés del siglo XVII.

69. Se refiere a la *Société Générale du Crédit Mobilier*, gran banco francés de accionistas fundado en 1852. Su fuente principal de ingresos provenía de la especulación con los seguros de las sociedades anónimas que él mismo había establecido. El banco tenía estrechas relaciones con el Gobierno del Segundo Imperio. Entró en bancarota en 1867 y se cerró en 1871. En muchos de sus artículos publicados en el *New York Daily Tribune*, Marx puso al descubierto el verdadero carácter de dicho banco.

fue nombrado por Ernesto Picard redactor jefe de su periódico *l'Electeurlibre*⁷⁰. Mientras los especuladores vulgares eran despistados por las mentiras oficiales de esta hoja financiera ministerial, Arturo Picard andaba en un constante ir y venir del Ministerio de Hacienda a la Bolsa, para negociar en esta con los desastres del ejército francés. Toda la correspondencia financiera cruzada entre este par de nunca bien ponderados hermanitos cayó en manos de la Comuna.

Jules Ferry⁷¹, quien antes del 4 de septiembre era un abogado sin pleitos, consiguió, como alcalde de París durante el sitio, hacer una fortuna amasada a costa del hambre colectiva. El día en que tenga que dar cuenta de sus malversaciones, será también el día de su sentencia. Como se ve, estos hombres solo podían encontrar *tickets of leave*⁷² entre las ruinas de París. Hombres así eran precisamente los que Bismarck necesitaba. Hubo un barajar de naipes y Thiers, hasta entonces inspirador secreto del gobierno, apareció ahora como su presidente, teniendo por ministros a *ticket-of-leavemen*.

Thiers, ese enano monstruoso, tuvo fascinada durante casi medio siglo a la burguesía francesa por ser él la expresión intelectual más acabada de su propia corrupción como clase. Ya antes de hacerse estadista había revelado su talento para la mentira como historiador. La crónica de su vida pública es la historia de las desdichas de Francia. Unido a los republicanos hasta 1830, cazó una cartera bajo Luis Felipe⁷³, traicionando a Laffitte, su protector. Se congració con el rey a fuerza de atizar motines del populacho contra el clero –durante los cuales fueron saqueados la iglesia de *Saint Germain-l'Auxerrois* y el palacio del arzobispo– y actuando de espía ministerial y luego de partero carcelario

70. *L'Electeur Libre*, órgano de los republicanos del ala derecha. Al comienzo fue semanario y se convirtió en diario luego del estallido de la Guerra Franco-prusiana. Se publicó en París de 1868 a 1871. En 1870 y 1871 tuvo estrechos vínculos con la Oficina Financiera del Gobierno de Defensa Nacional.

71. El 6 de Septiembre, el Gobierno de Defensa Nacional nombró a Jules Ferry alcalde de París. Abandonó París el primer día de la Comuna.

72. En Inglaterra, suele darse a los delincuentes comunes, después de cumplir la mayor parte de su condena, unas licencias con las que se les pone en libertad pero bajo la vigilancia de la policía. Estas licencias se llaman tickets-of-leave, y a sus portadores se les conoce con el nombre de *ticket-of-leavemen*.

73. *Luis Felipe I*, de la Casa de Orleans, fue rey de Francia entre 1830 y 1848. Tras la caída de Napoleón en 1814, los aliados restauraron la monarquía Borbónica derrocada por la Revolución Francesa, en la persona de Luis XVIII. Su sucesor fue *Carlos X*, más conservador aún que su predecesor. Entre 1827 y 1830 se gesta una crisis económica y política que dará como resultado la revolución de Julio de 1830, en la que la monarquía borbónica es sustituida por una monarquía constitucional con *Luis Felipe* de Orleans a la cabeza. *Adolphe Thiers*, por aquel entonces periodista, fue uno de los instigadores de dicha revolución y partidario de *Luis Felipe*.

de la duquesa de Berry⁷⁴. La matanza de republicanos en la *rue Transnonain* y las leyes infames de septiembre contra la prensa y el derecho de asociación que la siguieron, fueron obra suya⁷⁵. Al reaparecer como jefe del Gobierno en marzo de 1840, asombró a Francia con su plan de fortificar a París⁷⁶. A los republicanos, que denunciaron este plan como un complot siniestro contra la libertad de París, les replicó desde la tribuna de la Cámara de Diputados:

Cuando el rey Bomba⁷⁷, en enero de 1848, probó sus fuerzas contra Palermo, Thiers, que entonces llevaba largo tiempo sin cartera, volvió a levantarse en la Cámara de Diputados: «Todos vosotros sabéis, señores diputados, lo que está pasando en Palermo. Todos vosotros os estremecéis de horror (en el sentido parlamentario de la palabra) al oír que una gran ciudad ha sido bombardeada durante cuarenta y ocho horas. ¿Y por quién? ¿Acaso por un enemigo exterior que pone en práctica los derechos de la guerra? No, señores diputados, por su

74. Referencia a las acciones contra los legitimistas y la iglesia que ocurrieron en París el 14 y 15 de febrero de 1831 y que hallaron respuesta en las provincias. Para protestar contra la manifestación de los legitimistas en el funeral del duque de Berry, las masas destruyeron la iglesia de Saint-Germain-l'Auxerrois y el palacio del Arzobispo Quélen, quien era conocido como simpatizante de los legitimistas. Como el gobierno orleanista intentaba golpear a los legitimistas hostiles, no tomó ninguna medida para refrenar a las masas. Thiers, entonces ministro del Interior, que estaba presente cuando fueron destruidos la iglesia y el palacio del Arzobispo, persuadió a la Guardia Nacional de que no interviniera. Thiers ordenó en 1832 el arresto de la duquesa de Berry, madre del conde de Chambord, pretendiente legitimista al trono, la puso bajo estricta vigilancia y la hizo someter a un humillante examen físico a fin de hacer público el matrimonio que había contraído en secreto, y comprometerla así políticamente.

75. Marx se refiere al infame papel desempeñado por Thiers al reprimir el levantamiento del 13 y 14 de abril de 1834 contra el Gobierno de la Monarquía de Julio. El levantamiento de los obreros de París, y de la capa pequeño-burguesa que se les unió, fue dirigido por una organización secreta republicana, la Sociedad por los Derechos del Hombre. Al aplastar la insurrección, incontables atrocidades fueron perpetradas por los militaristas, incluyendo el asesinato de todos los habitantes de una casa situada en la calle Transnonain. Thiers fue el principal instigador de la brutal represión de los demócratas tanto durante el levantamiento como después de que este fue aplastado.

Aplicando las disposiciones de las reaccionarias *Leyes de Septiembre*, dictadas en septiembre de 1835, el Gobierno francés restringió las actividades del jurado y adoptó serias medidas contra la prensa, tales como elevar la cuantía de la caución que los periódicos tenían que depositar. Estas leyes también amenazaban con encarcelamiento y gravosas multas al que hablara en contra de la propiedad privada y el sistema estatal vigente.

76. En enero de 1841 Thiers sometió un plan a la aprobación de la Cámara de Diputados sobre la construcción de fortificaciones, baluartes y fuertes alrededor de París. Los demócratas revolucionarios consideraron este paso como una medida preparatoria para la represión de los levantamientos populares. Se señaló que era exactamente con este propósito que el plan de Thiers contemplaba la construcción, en el Este y el Nordeste de París, de un gran número de baluartes particularmente potentes cerca de los barrios obreros.

77. En enero de 1848 el ejército de Fernando II, Rey de Nápoles, bombardeó la ciudad de Palermo en un intento por aplastar allí el levantamiento popular. Este levantamiento fue una señal para la revolución burguesa en los Estados italianos entre 1848 y 1849. En el otoño de 1848, Fernando II bombardeó de nuevo indiscriminadamente a Messina, y así se ganó el apodo de Rey Bomba.

propio gobierno. ¿Y por qué? Porque esta ciudad infortunada exigía sus derechos. Y por exigir sus derechos, ha sufrido cuarenta y ocho horas de bombardeo... Permitidme apelar a la opinión pública de Europa. Levantarse aquí y hacer resonar, desde la que tal vez es la tribuna más alta de Europa, algunas palabras (sí, cierto, palabras) de indignación contra actos tales, es prestar un servicio a la humanidad... Cuando el regente Espartero⁷⁸, que había prestado servicios a su país (lo que nunca hizo el señor Thiers), intentó bombardear Barcelona para sofocar su insurrección, de todas partes del mundo se levantó un clamor general de indignación».

Dieciocho meses más tarde, el señor Thiers se contaba entre los más furibundos defensores del bombardeo de Roma por un ejército francés⁷⁹. La falta del rey Bomba debió consistir, por lo visto, en no haber hecho durar el bombardeo más que cuarenta y ocho horas.

Pocos días antes de la Revolución de Febrero⁸⁰, irritado por el largo destierro de cargos y pitanza a que le había condenado Guizot⁸¹, y venteando la inminencia de una conmoción popular, Thiers, en aquel estilo pseudoheroico que le ha valido el apodo de *Mirabeau-mouche*⁸², declaraba ante el parlamento: «Pertenezco al partido de la revolución, no solo en Francia, sino en Europa. Yo desearía que el Gobierno de la revolución permaneciese en las manos de hombres moderados..., pero aunque el Gobierno caiga en manos de espíritus

78. NdE: Espartero fue un general español, jefe de las tropas isabelinas durante la primera Guerra Carlista, que actuó como regente durante parte de la minoría de edad de Isabel II, entre 1841 y 1843. En Diciembre de 1842 ordenó bombardear Barcelona, causando numerosas víctimas, tras la revuelta de la ciudad contra la política fiscal de Espartero.

79. En abril de 1849 el Gobierno burgués de Francia, en alianza con Austria y Nápoles, intervino en la República Romana a fin de derribarla y restaurar el Poder seglar del Papa. A causa de la intervención armada y del asedio de Roma que fue despiadadamente bombardeada por el ejército francés, la República Romana fue derribada a pesar de la heroica resistencia y Roma fue ocupada por el ejército francés.

80. NdE: La Revolución de febrero de 1948 supuso la caída de Luis Felipe I de Francia, y la instauración de la Segunda República Francesa (25 de febrero de 1848). A esta, inicialmente radical, se impuso un régimen moderado: el de Luis Napoleón Bonaparte, primero como presidente (10 de diciembre de 1848) y luego como Emperador de los franceses, en el Segundo Imperio francés (1852).

81. NdE: *François Guizot* fue uno de los políticos más importantes del reinado de Luis Felipe de Orleans (1830-1848) siendo el presidente del último gobierno de dicha monarquía, que cayó en 1848 durante la Revolución de Febrero, tras lo cual se exilió en Inglaterra.

82. NdT: Literalmente, Mirabeau-mosca; Mirabeau, zona de la Provenza francesa que da nombre al Conde de Mirabeau, Honoré Gabriel Riquetti (1749/ 1791), quien fue un revolucionario francés, escritor, diplomático, francmasón, periodista y político. Perteneciente al ala moderada de los Jacobinos, destacó por su oratoria. Figura ya polémica en su tiempo, su paso por la cárcel y los numerosos escándalos que protagonizó no le impidieron ser diputado en el Parlamento. Se le conoció por sobrenombres como “el orador del pueblo” y “la antorcha de Provenza”.

exaltados, incluso en las de los radicales, no por ello abandonaré mi causa. Pertenezeré siempre al partido de la revolución». Vino la Revolución de Febrero. Pero, en vez de desplazar al ministerio Guizot para poner en su lugar un ministerio Thiers, como este hombrecillo había soñado, la revolución sustituyó a Luis Felipe con la República. En el primer día del triunfo popular se mantuvo cuidadosamente oculto, sin darse cuenta de que el desprecio de los obreros le resguardaba de su odio. Sin embargo, con su proverbial valor, permaneció alejado de la escena pública, hasta que las matanzas de junio⁸³ le dejaron el camino expedito para su peculiar actuación. Entonces, Thiers se convirtió en la mente inspiradora del Partido del Orden⁸⁴ y de su República Parlamentaria, ese interregno anónimo en que todas las facciones rivales de la clase dominante conspiraban juntas para aplastar al pueblo, y también conspiraban las unas contra las otras en el empeño de restaurar cada cual su propia monarquía. Entonces, como ahora, Thiers denunció a los republicanos como el único obstáculo para la consolidación de la República; entonces, como ahora, habló a la República como el verdugo a Don Carlos: «Tengo que asesinarte, pero es por tu bien». Ahora, como entonces, tendrá que exclamar al día siguiente de su triunfo: *L'Empireestfait* [el Imperio está hecho]. Pese a sus prédicas hipócritas sobre las libertades necesarias y a su rencor personal contra Luis Bonaparte, que se había servido de él como instrumento, y había dado una patada al parlamentarismo (fuera de cuya atmósfera artificial nuestro hombrecillo queda, como él sabe muy bien, reducido a la nada), encontramos su mano en todas las infamias del Segundo Imperio: desde la ocupación de Roma por las tropas francesas hasta la guerra con Prusia, que él atizó arremetiendo ferozmente contra la unidad alemana, no por considerarla como un disfraz del despotismo prusiano, sino como una usurpación contra el derecho arrogado por Francia de mantener desunida a Alemania. Aficionado a blandir a la faz de Europa, con sus brazos enanos, la espada de Napoleón I, del que era un limpiabotas histórico, su política exterior culminó siempre en las mayores humillaciones de

83. Se refiere a la cruel represión del levantamiento del proletariado de París entre el 23 y el 26 de junio de 1848 por parte del Gobierno republicano burgués. Con la represión de la insurrección las fuerzas contrarrevolucionarias crecieron en su desenfreno y la posición de los monárquicos conservadores se consolidó todavía más.

84. *Partido del Orden*, fundado en 1848, era el Partido de la gran burguesía conservadora de Francia, era la coalición de las dos facciones monarquistas: los legitimistas y los orleanistas. Este Partido desempeñó el papel dirigente en la Asamblea legislativa de la Segunda República desde 1849 hasta el *coup d'Etat* del 2 de diciembre de 1851. La bancarrora de su política antipopular fue utilizada por la camarilla de Luis Bonaparte para erigir el régimen del Segundo Imperio.

Francia, desde el Tratado de Londres de 1840⁸⁵ hasta la capitulación de París en 1871 y la actual guerra civil, en la que lanza contra París, con permiso especial de Bismarck, a los prisioneros de Sedány Metz⁸⁶. A pesar de la versatilidad de su talento y de la variabilidad de sus propósitos, este hombre ha estado toda su vida encadenado a la rutina más fósil. Se comprende que las corrientes subterráneas más profundas de la sociedad moderna permanecieran siempre ocultas para él; pero hasta los cambios más palpables operados en su superficie repugnaban a aquel cerebro, cuya energía había ido a concentrarse toda en la lengua. Por eso, no se cansó nunca de denunciar como un sacrilegio toda desviación del viejo sistema proteccionista francés. Siendo ministro de Luis Felipe, se mofaba de los ferrocarriles como de una loca quimera; y desde la oposición, bajo Luis Bonaparte, estigmatizaba como una profanación todo intento de reformar el podrido sistema militar de Francia. Jamás en su larga carrera política, se le halló responsable de una sola medida de carácter práctico por más insignificante que fuera. Thiers solo era consecuente en su codicia de riqueza y en su odio contra los hombres que la producen. Cogió su primera cartera, bajo Luis Felipe, pobre como una rata y cuando la dejó era millonario. Su último ministerio, bajo el mismo rey (el 1 de marzo de 1840), le acarrió en la Cámara de Diputados una acusación pública de malversación a la que se limitó a replicar con lágrimas, mercancía que maneja con tanta prodigalidad como Jules Favre u otro cocodrilo cualquiera. En Burdeos, su primera medida para salvar a Francia de la catástrofe financiera que la amenazaba fue asignarse a sí mismo un sueldo de tres millones al año, primera y última palabra de aquella «república ahorrativa», cuyas perspectivas había pintado a sus electores de París en 1869. El señor Beslay, uno de sus antiguos colegas de la Cámara de Diputados de 1830, que, a pesar de ser un capitalista, fue un miembro abnegado de la Comuna de

85. El 15 de julio de 1840, Inglaterra, Rusia, Prusia, Austria y Turquía suscribieron en Londres, sin la participación de Francia, un tratado de ayuda al Sultán Turco contra el gobernante egipcio Mohammed Ali, al que apoyaba Francia. La firma de este tratado creó un peligro de guerra entre Francia y la coalición de las potencias europeas. Sin embargo, el rey Luis Felipe no se atrevió a emprenderla y en cambio, retiró su ayuda a Mohammed Ali.

86. Esforzándose por fortalecer las tropas versallesas para la represión del París revolucionario, Thiers pidió a Bismarck que le permitiera ampliar el número de sus tropas, las cuales, de acuerdo con los términos del tratado preliminar de la paz de Versalles firmado el 26 de febrero de 1871, no debían exceder los 40.000 hombres. El gobierno de Thiers aseguró a Bismarck que las tropas solamente serían utilizadas para reprimir la insurrección de París. Por lo tanto, mediante el acuerdo de Ruán del 28 de marzo de 1871, obtuvo el permiso de aumentar los efectivos de su ejército a 80.000 hombres y luego a 100.000. En virtud de este acuerdo el Cuartel General alemán repatrió rápidamente los prisioneros de guerra franceses, principalmente los que habían sido capturados en Sedán y Metz. Ellos fueron entonces instalados en campos cerrados cerca de Versalles y adoctrinados en el odio a la Comuna de París.

París, se dirigió últimamente a Thiers en un cartel mural: “La esclavización del trabajo por el capital ha sido siempre la piedra angular de su política y, desde el día en que vio la República del Trabajo instalada en el *Hôtel de Ville*, usted no ha cesado un momento de gritar a Francia: «¡Esos son unos criminales!» Maestro en pequeñas granujadas gubernamentales, virtuoso del perjurio y de la traición, ducho en todas esas mezquinas estratagemas, maniobras arteras y bajas perfidias de la guerra parlamentaria de partidos; siempre sin escrúpulos para atizar una revolución cuando no está en el poder y para ahogarla en sangre cuando empuña el timón del Gobierno; lleno de prejuicios de clase en lugar de ideas y de vanidad en lugar de corazón; con una vida privada tan infame como odiosa es su vida pública, incluso hoy, en que representa el papel de un Sila⁸⁷ francés, no puede por menos de subrayar lo abominable de sus actos con lo ridículo de su jactancia”.

La capitulación de París, que se hizo entregando a Prusia no solo París sino toda Francia, vino a cerrar la larga cadena de intrigas traidoras con el enemigo que los usurpadores del 4 de septiembre habían empezado aquel mismo día, según dice el propio Trochu. De otra parte, esta capitulación inició la guerra civil, que ahora tenían que librar con la ayuda de Prusia, contra la República y contra París. Ya en los mismos términos de la capitulación estaba contenida la encerrona. En aquel momento, más de una tercera parte del territorio estaba en manos del enemigo; la capital se hallaba aislada de las provincias y todas las comunicaciones estaban desorganizadas. En estas circunstancias era imposible elegir una representación auténtica de Francia, a menos que se dispusiera de mucho tiempo para preparar las elecciones. He aquí por qué el pacto de capitulación estipulaba que habría de elegirse una Asamblea Nacional en el término de 8 días; así fue como la noticia de las elecciones que iban a celebrarse no llegó a muchos sitios de Francia hasta la víspera de estas. Además, según una cláusula expresa del pacto de capitulación, esta Asamblea había de elegirse con el único objeto de votar la paz o la guerra, y para concluir en caso de necesidad un tratado de paz. La población no podía dejar de sentir que los términos del armisticio hacían imposible la continuación de la guerra y de que,

87. NdE: Hace referencia a *Lucio Cornelio Sila Félix*, quien fue uno de los más notables políticos y militares romanos de la era tardorrepública. Los intentos de sus opositores por arrebatárle el control del ejército le llevaron a marchar sobre Roma y restaurar el statu-quo anterior por la fuerza de las armas, siendo la primera vez que un ejército romano expugnó la propia Urbe. Su victoria fue seguida por su dictadura indefinida, en la que además de perseguir sistemáticamente a sus enemigos, realizó una ambiciosa obra legislativa para tratar de restaurar el funcionamiento de las instituciones republicanas.

para sancionar la paz impuesta por Bismarck, los peores hombres de Francia eran los mejores. Pero, no contento con estas precauciones, Thiers, ya antes de que el secreto del armisticio fuera comunicado a los parisinos, se puso en camino para una gira electoral por las provincias, con el objeto de galvanizar y resucitar el Partido Legitimista⁸⁸, que ahora, unido a los orleanistas⁸⁹, habría de ocupar la vacante de los bonapartistas, inaceptables por el momento. Thiers no tenía miedo a los legitimistas. Imposibilitados para gobernar a la moderna Francia y, por tanto, desdeñables como rivales, ¿qué partido podía servir mejor como instrumento de la contrarrevolución que aquel partido cuya actuación, para decirlo con palabras del mismo Thiers (Cámara de Diputados, 5 de enero de 1833), «había estado siempre circunscrita a los tres recursos de invasión extranjera, guerra civil y anarquía»? Ellos, por su parte, creían firmemente en el advenimiento de su reino milenario retrospectivo, por tanto tiempo anhelado. Ahí estaban las botas de la invasión extranjera pisoteando a Francia; ahí estaban un Imperio caído y un Bonaparte prisionero; y ahí estaban los legitimistas otra vez. Evidentemente, la rueda de la historia había marchado hacia atrás, hasta detenerse en la *Chambre introuvable* de 1816⁹⁰. En las asambleas de la República de 1848 a 1851, estos elementos habían estado representados por sus cultos y expertos campeones parlamentarios; ahora irrumpían en escena los soldados de filas del partido, todos los *Pourceaugnac*⁹¹ de Francia.

En cuanto esta Asamblea de los «rurales»⁹² se congregó en Burdeos, Thiers expuso con claridad a sus componentes que había que aprobar inmediatamente los preliminares de paz, sin concederles siquiera los honores de un debate parlamentario, única condición bajo la cual Prusia les permitiría

88. *El Partido Legitimista* era el partido de los sostenedores de la dinastía de los Borbones derribada en 1792. Representaba los intereses de la gran aristocracia terrateniente y del alto clero. Este Partido se formó en 1830, luego de que los Borbones fueron derribados por segunda vez. Durante el Segundo Imperio, los legitimistas, incapaces de obtener el menor apoyo del pueblo, se contentaron con adoptar una táctica de expectativa y con publicar algunos folletos críticos. Ellos no se hicieron activos sino en 1871, después de que se unieron a la campaña de las fuerzas contrarrevolucionarias contra la Comuna de París.

89. Partidarios de Luis Felipe de Orleans, ver nota 73.

90. *Chambre introuvable*, nombre dado a la Cámara de Diputados francesa de 1815 a 1816 que, compuesta de ultrarreaccionarios, fue elegida en el primer período de la restauración.

91. *Pourceaugnac*, personaje de una comedia de Moliere, que caracteriza a esa pequeña aristocracia terrateniente, estúpida y de estrechez mental

92. NdE: En Burdeos se estableció la llamada "*Asamblea de los Rurales*", nombre despectivo que se le dio a la Asamblea Nacional Francesa de 1871, la cual se componía en su mayor parte de monárquicos reaccionarios: terratenientes de provincia, funcionarios, rentistas y comerciantes elegidos por los distritos rurales. De los 630 diputados, 430 eran monárquicos.

iniciar la guerra contra la República y contra París, su baluarte. En realidad, la contrarrevolución no tenía tiempo que perder. El Segundo Imperio había elevado a más del doble la deuda nacional y había sumido a todas las ciudades importantes en deudas municipales gravosísimas. La guerra había aumentado espantosamente las cargas de la nación y había devastado en forma implacable sus recursos. Y para completar la ruina, allí estaba el Shylock⁹³ prusiano, con su factura por el sustento de medio millón de soldados suyos en suelo francés y con su indemnización de cinco mil millones, más el 5 por ciento de interés por los pagos aplazados⁹⁴. ¿Quién iba a pagar esta cuenta? Solo derribando violentamente la República podían los monopolizadores de la riqueza confiar en echar sobre los hombros de sus productores las costas de una guerra que ellos, los monopolizadores, habían desencadenado. Y así, la incalculable ruina de Francia estimulaba a estos patrióticos representantes de la tierra y del capital a empalmar, ante los mismos ojos del invasor y bajo su alta tutela, la guerra exterior con una guerra civil, con una rebelión de los esclavistas.

En el camino de esta conspiración se alzaba un gran obstáculo: París. El desarme de París era la primera condición para el éxito. Por eso, Thiers le conminó a que entregase las armas. París estaba, además, exasperado por las frenéticas manifestaciones antirrepublicanas de la Asamblea «rural» y por las declaraciones equívocas del propio Thiers sobre el estatus legal de la República; por la amenaza de decapitar y descapitalizar a París; por el nombramiento de embajadores orleanistas; por las leyes de Dufaure sobre los pagarés y alquileres vencidos, que suponían la ruina para el comercio y la industria de París⁹⁵; por el impuesto de dos céntimos creado por Pouyer-Quertier sobre cada ejemplar de todas las publicaciones imaginables; por las sentencias de muerte contra Blanqui

93. NdE: *Shylock* es un personaje central en la obra de Shakespeare “*El mercader de Venecia*”, el cual hizo la famosa demanda de “una libra de carne” que debía serle entregada del propio Antonio, el personaje al que se refiere el título de la obra, en el caso en que éste no cumpliera con los términos de la devolución de un préstamo. Es el estereotipo antisemita de un avaricioso prestamista judío. El nombre del personaje se ha incorporado al idioma inglés como sinónimo de usurero, y como verbo: *shylock* equivale a prestar dinero con interés exorbitante.

94. Se trata de la exigencia de pago de una indemnización de guerra planteada por Bismarck como una de las cláusulas del tratado preliminar de paz concluido entre Francia y Alemania en Versalles el 26 de febrero de 1871.

95. El 10 de marzo de 1871 la Asamblea Nacional aprobó la *Ley sobre Moratoria del Pago de Obligaciones Crediticias*, por la cual se establecía que las deudas contraídas entre el 13 de agosto y el 12 de noviembre de 1870 debían ser pagadas en un término de siete meses a partir del día en que habían sido adquiridas; en cuanto a las deudas contraídas después del 12 de noviembre su pago no podía ser diferido. Así, la Ley no acordaba en realidad moratoria de pago para la mayor parte de los deudores; esto asestaba un duro golpe a los obreros y a las capas más pobres de la población y hundía en la bancarrota a muchos de los pequeños fabricantes y comerciantes.

y Flourens⁹⁶; por la clausura de los periódicos republicanos; por el traslado de la Asamblea Nacional a Versalles; por la prórroga del estado de sitio proclamado por Palikao⁹⁷ y levantado el 4 de septiembre; por el nombramiento de Vinoy, el *décembriseur*⁹⁸ [decembrista], como gobernador de París, de Valentin, el gendarme bonapartista, como prefecto de policía y de d'Aurelle de Paladines, el general jesuita, como Comandante en Jefe de la Guardia Nacional parisina.

Y ahora vamos a hacer una pregunta al señor Thiers y a los caballeros de la defensa nacional, recaderos suyos. Es sabido que, por mediación del señor Pouyer-Quertier, su ministro de Hacienda, Thiers contrató un empréstito de dos mil millones. Ahora bien, ¿es verdad o no:

1. Que el negocio se estipuló asegurando una comisión de varios cientos de millones para los bolsillos particulares de Thiers, Jules Favre, Ernest Picard, Pouyer-Quertier y Jules Simon, y...
2. Que no debía hacerse ningún pago hasta después de la «pacificación» de París?⁹⁹

En todo caso, debía de haber algo muy urgente en el asunto, pues Thiers y Jules Favre pidieron sin el menor pudor, en nombre de la mayoría de la Asamblea de Burdeos, la inmediata ocupación de París por las tropas prusianas. Pero esto no encajaba en el juego de Bismarck, como lo declaró este, irónicamente y sin tapujos, ante los asombrados filisteos de Fráncfort¹⁰⁰ a su regreso a Alemania.

96. NdE: *Gustave Flourens* (1838-1871) fue un escritor y revolucionario francés, hijo del fisiólogo Jean Pierre Flourens el fundador de la ciencia experimental del cerebro y un pionero en anestesia. Escribió artículos para el periódico republicano *La Marseillaise*. A la caída de Napoleón, se colocó a la cabeza de un cuerpo de 500 francotiradores, siendo uno de los organizadores del 31 de octubre 1870, motín contra la política moderada del gobierno provisional. Hecho prisionero por ello, fue puesto en libertad por sus hombres en la noche del 21-22 de enero. El 18 de marzo se incorporó al levantamiento de la población, fue elegido miembro de la Comuna por el distrito XX, y nombrado general.

97. Se refiere a *Charles Cousin-Montauban*, general francés que estaba al mando de las fuerzas agresoras conjuntas de Francia e Inglaterra que invadieron a China en 1860. Napoleón III le otorgó el título de conde de Palikao como premio a su victoria sobre el ejército de la dinastía Ching (1644-1911) en Palichiao, aldea al Este de Pekín.

98. *Décembriseur*, nombre que se da a 108 que eran partidarios o participaron en el *coup d'Etat* de Luis Bonaparte ocurrido el 2 de diciembre de 1851. Vinoy tomó parte directa en el *coup d'Etat* y reprimió mediante la fuerza armada el levantamiento de los republicanos en una de las provincias.

99. De acuerdo con informes de prensa, Thiers y otros funcionarios del gobierno debían obtener una "comisión" de más de 300 millones de francos sobre el empréstito interno autorizado por el gobierno. Thiers reconoció después que los representantes de los círculos financieros con quienes él había entrado en negociaciones para un préstamo, habían exigido la rápida represión de la revolución en París. La Ley que autorizaba el empréstito interno fue aprobada el 20 de junio de 1871, luego de que las tropas de Versalles habían aplastado la Comuna de París.

100. El 10 de mayo de 1871 se firmó en Fráncfort, Alemania, el tratado que selló el fin de la guerra franco-prusiana.

II

París armado era el único obstáculo serio que se alzaba en el camino de la conspiración contrarrevolucionaria. Por eso había que desarmarlo. En este punto, la Asamblea de Burdeos era la sinceridad misma. Si los bramidos frenéticos de sus «rurales» no hubiesen sido suficientemente audibles, habría disipado la última sombra de duda la entrega de París por Thiers en las tiernas manos del triunvirato de Vinoy, el *décembriseur*, Valentin, el gendarme bonapartista y d'Aurelle de Paladines, el general jesuita. Pero, al mismo tiempo que exhibían de un modo insultante su verdadero propósito de desarmar París, los conspiradores le pedían que entregase las armas con un pretexto que era la más evidente, la más descarada de las mentiras. Thiers alegaba que la artillería de la Guardia Nacional de París pertenecía al Estado y debía serle devuelta. La verdad era esta: desde el día mismo de la capitulación, en que los prisioneros de Bismarck firmaron la entrega de Francia, pero reservándose una nutrida *guardia de corps* con la intención manifiesta de intimidar a París, este se puso en guardia. La Guardia Nacional se reorganizó y confió su dirección suprema a un Comité Central elegido por todos sus efectivos, con la sola excepción de algunos remanentes de las viejas formaciones bonapartistas. La víspera del día en que entraron los prusianos en París, el Comité Central tomó medidas para trasladar a Montmartre, Belleville y La Villette los cañones y las *mitrailleuses* traidoramente abandonados por los *capitulards* en los mismos barrios que los prusianos habían de ocupar o en sus inmediaciones. Estos cañones habían sido adquiridos por suscripción abierta entre la Guardia Nacional. Se habían reconocido oficialmente como propiedad privada suya en el pacto de capitulación del 28 de enero y, precisamente por esto, habían sido exceptuados de la entrega general de armas del gobierno a los conquistadores. ¡Tan carente se hallaba Thiers hasta del más tenue pretexto para abrir las hostilidades contra París, que tuvo que recurrir a la mentira descarada de que la artillería de la Guardia Nacional pertenecía al Estado!

La confiscación de sus cañones estaba destinada, evidentemente, a ser el prelude del desarme general de París y, por tanto, del desarme de la Revolución del 4 de Septiembre. Pero esta revolución era ahora la forma legal del Estado francés. La República, su obra, fue reconocida por los conquistadores en las cláusulas del pacto de capitulación. Después de la capitulación, fue reconocida también por todas las potencias extranjeras, y la Asamblea Nacional fue convocada en su nombre. La Revolución obrera de París del 4 de Septiembre

era el único título legal de la Asamblea Nacional congregada en Burdeos y de su poder Ejecutivo. Sin el 4 de Septiembre, la Asamblea Nacional habría tenido que dar un paso inmediatamente al *Corps Législatif*, elegido en 1869 por sufragio universal bajo el Gobierno de Francia y no de Prusia, y disuelto a la fuerza por la revolución. Thiers y sus exconvictos habrían tenido que rebajarse a pedir un salvoconducto firmado por Luis Bonaparte para librarse de un viaje a Cayena¹⁰¹. La Asamblea Nacional, con sus plenos poderes para fijar las condiciones de la paz con Prusia, no era más que un episodio de aquella revolución, cuya verdadera encarnación seguía siendo el París en armas que la había iniciado, que por ella había sufrido un asedio de cinco meses, con todos los horrores del hambre, y que con su resistencia sostenida a pesar del plan de Trochu había sentado las bases para una tenaz guerra de defensa en las provincias. Y París solo tenía ahora dos caminos: o rendir las armas, siguiendo las órdenes humillantes de los esclavistas amotinados de Burdeos y reconociendo que su Revolución del 4 de Septiembre no significaba más que un simple traspaso de poderes de Luis Bonaparte a sus rivales monárquicos; o seguir luchando como el campeón abnegado de Francia, cuya salvación de la ruina y cuya regeneración eran imposibles si no se derribaban revolucionariamente las condiciones políticas y sociales que habían engendrado el Segundo Imperio y que, bajo la égida protectora de este, maduraron hasta la total putrefacción. París, extenuado por cinco meses de hambre, no vaciló ni un instante. Heroicamente, decidió correr todos los riesgos de una resistencia contra los conspiradores franceses, aun con los cañones prusianos amenazándole desde sus propios fuertes. Sin embargo, en su aversión a la guerra civil a la que París había de ser empujado, el Comité Central persistía aún en una actitud meramente defensiva, pese a las provocaciones de la Asamblea, a las usurpaciones del poder Ejecutivo y a la amenazadora concentración de tropas en París y sus alrededores.

Fue Thiers, pues, quien abrió la guerra civil al enviar a Vinoy, al frente de una multitud de *sergents de ville* y de algunos regimientos de línea, en expedición nocturna contra Montmartre para apoderarse por sorpresa de los cañones de la Guardia Nacional. Sabido es que este intento fracasó ante la resistencia de la Guardia Nacional y la confraternización de las tropas de línea con el pueblo. D'Aurelle de Paladines había mandado imprimir de antemano su boletín cantando la victoria, y Thiers tenía ya preparados los carteles anunciando sus medidas de *coup d'Etat*. Ahora todo esto hubo de ser sustituido por los

101. Cayena, isla de la Guayana Francesa, en América del Sur; ex presidio y lugar de deportación para los prisioneros políticos.

llamamientos en que Thiers comunicaba su magnánima decisión de dejar a la Guardia Nacional en posesión de sus armas, con lo cual estaba seguro –decía– de que esta se uniría al Gobierno contra los rebeldes. De los 300.000 guardias nacionales, solamente 300 respondieron a esta invitación a pasarse al lado del pequeño Thiers en contra de ellos mismos. La gloriosa Revolución obrera del 18 de Marzo se adueñó indiscutiblemente de París. El Comité Central era su gobierno provisional. Y su sensacional actuación política y militar pareció hacer dudar un momento a Europa de si lo que veía era una realidad o solo sueños de un pasado remoto.

Desde el 18 de marzo hasta la entrada de las tropas versallesas en París, la revolución proletaria estuvo tan exenta de esos actos de violencia que tanto abundan en las revoluciones, y más todavía las contrarrevoluciones de las «clases superiores», que sus adversarios no tuvieron más hechos en torno a los cuales hacer ruido que la ejecución de los generales Lecomte y Clément Thomas y lo ocurrido en la plaza Vendôme.

Uno de los militares bonapartistas que tomaron parte en la intentona nocturna contra Montmartre, el general Lecomte, ordenó por cuatro veces al 81º Regimiento de línea que hiciese fuego sobre una muchedumbre inerme en la plaza Pigalle y, como las tropas se negaron, las insultó furiosamente. En vez de disparar sobre las mujeres y los niños, sus hombres dispararon sobre él. Naturalmente, las costumbres inveteradas adquiridas por los soldados bajo la educación militar que les imponen los enemigos de la clase obrera no cambian en el preciso momento en que estos soldados se pasan al campo de los trabajadores. Esta misma gente fue la que ejecutó a Clément Thomas.

El «general» Clément Thomas, un antiguo sargento de caballería descontento, se había enrolado, en los últimos tiempos del reinado de Luis Felipe, en la redacción del periódico republicano *Le National*¹⁰², para prestar allí sus servicios con la doble personalidad de hombre de paja [*gérant responsable*] y de espadachín de tan belicoso periódico. Después de la Revolución de Febrero, entronizados en el poder, los señores de *Le National* convirtieron a este exsargento de caballería en general, en vísperas de la matanza de junio, de la que él, como Jules Favre, fue uno de los siniestros maquinadores, para convertirse después en uno de los más viles verdugos de los sublevados. Después, desaparecieron él y su

102. *Le National*, diario francés, órgano de los republicanos burgueses moderados, que se publicó en París entre 1830 y 1851.

generalato por largo tiempo, para salir de nuevo a la superficie el 1 de noviembre de 1870. El día anterior, el Gobierno de Defensa, cogido en el *Hôtel de Ville*, había prometido solemnemente a Blanqui, Flourens y otros representantes de la clase obrera, dejar el Poder usurpado en manos de una Comuna que fuera libremente elegida por París¹⁰³. En vez de hacer honor a su palabra, lanzó sobre París a los bretones de Trochu que venían a sustituir a los corsos de Bonaparte¹⁰⁴. Únicamente el general Tamisier se negó a manchar su nombre con aquella violación de la palabra dada y dimitió de su puesto de comandante en jefe de la Guardia Nacional. Clément Thomas le substituyó volviendo otra vez a ser general. Durante todo el tiempo de su mando, no guerreó contra los prusianos, sino contra la Guardia Nacional de París. Impidió que esta se armase de un modo completo, azuzó a los batallones burgueses contra los batallones obreros, eliminó a los oficiales contrarios al «plan» de Trochu y disolvió, acusando de cobardes, a aquellos mismos batallones proletarios cuyo heroísmo acaba de llenar de asombro a sus más encarnizados enemigos. Clément Thomas se sentía orgulloso de haber reconquistado su preeminencia de junio como enemigo personal de la clase obrera de París. Pocos días antes del 18 de marzo, había sometido a Le Flo, ministro de la Guerra, un plan de su invención, para «acabar con la *fine fleur de la canaille* de París».

Después de la derrota de Vinoy, no pudo menos que salir a la palestra como espía aficionado. El Comité Central y los obreros de París son tan responsables de la muerte de Clément Thomas y de Lecomte como la princesa de Gales de la suerte que corrieron las personas que perecieron aplastadas entre la muchedumbre el día de su entrada en Londres.

103. El 31 de octubre de 1870, los obreros, junto con la parte revolucionaria de la Guardia Nacional de París desencadenaron una insurrección luego de recibir la noticia de que Metz había capitulado, Le Bourget estaba perdido, y Thiers había comenzado, por orden del Gobierno de Defensa Nacional, negociaciones con los prusianos. Los insurgentes ocuparon el Hôtel de Ville y establecieron un órgano revolucionario de Poder político, el Comité de Seguridad Pública, encabezado por Blanqui. Bajo la presión de los obreros, el Gobierno de Defensa Nacional prometió renunciar y organizar las elecciones a la Comuna para el 1º de noviembre. Sin embargo, sacando ventaja de la insuficiente organización de las fuerzas revolucionarias de París y de las divergencias entre los sectores dirigentes de la Insurrección –los *blanquistas* por un lado y los *jacobinos*, demócratas pequeño-burgueses por otro, el Gobierno traicionó a sus palabras y, con la ayuda de los pocos batallones de la Guardia Nacional que permanecían de su lado, ocupó de nuevo el Hôtel de Ville y retomó el Poder.

104. Los *bretones*, guardia móvil de Bretaña que Trochu utilizó como tropas de gendarmería para reprimir el movimiento revolucionario de París.

Los *corsos* constituían una parte importante de la gendarmería durante el Segundo Imperio.

La supuesta matanza de ciudadanos inermes en la plaza Vendôme¹⁰⁵ es un mito que el señor Thiers y los «rurales» silenciaron obstinadamente en la Asamblea, confiando su difusión exclusivamente a la turba de criados del periodismo europeo. «Las gentes del Orden», los reaccionarios de París, temblaron ante el triunfo del 18 de Marzo. Para ellos, era la señal del castigo popular, que por fin llegaba. Ante sus ojos se alzaron los espectros de las víctimas asesinadas por ellos desde las jornadas de junio de 1848 hasta el 22 de enero de 1871¹⁰⁶. Pero el pánico fue su único castigo. Hasta los *sergents de ville*¹⁰⁷, en vez de ser desarmados y encerrados, como procedía, tuvieron las puertas de París abiertas de par en par para huir a Versalles y ponerse a salvo. No solo no se molestó a las gentes del Orden, sino que incluso se les permitió reunirse y apoderarse tranquilamente de más de un reducto en el mismo centro de París. Esta indulgencia del Comité Central, esta magnanimidad de los obreros armados que contrastaba tan abiertamente con los hábitos del «Partido del Orden», fue falsamente interpretada por este como la simple manifestación de un sentimiento de debilidad. De aquí su necio plan de intentar, bajo el manto de una manifestación pacífica, lo que Vinoy no había podido lograr con sus cañones y sus ametralladoras. El 22 de marzo se puso en marcha desde los barrios de los ricos un tropel exaltado de personas distinguidas, llevando en sus filas a todos los elegantes petimetres y a su cabeza a los contertulios más conocidos del Imperio: los Heeckeren, Coëtlogon, Henri de Pene, etc. Bajo la capa cobarde de una manifestación pacífica, estas bandas, pertrechadas secretamente con armas de matones, se pusieron en orden de marcha, maltrataron y desarmaron a las patrullas y a los puestos de la Guardia Nacional que encontraban a su paso y, al desembocar desde la rue de la Paix en la plaza Vendôme, a los gritos de «¡Abajo el Comité Central! ¡Abajo los asesinos! ¡Viva la Asamblea Nacional!», intentaron romper el cordón de puestos de guardia y tomar por sorpresa el cuartel general de la Guardia Nacional. Como contestación a sus tiros de pistola, fueron dadas

105. NdE: Plaza parisina en cuyo centro se encuentra la Columna de Vendôme, erigida por orden de Napoleón Bonaparte, para celebrar su victoria en la batalla de Austerlitz. Durante de Comuna, la columna fue derribada como gesto a la solidaridad internacional, debido a que se la consideró un monumento a la barbarie y al militarismo.

106. El 22 de enero de 1871, a iniciativa de los blanquistas, el proletariado de París y la Guardia Nacional realizaron una manifestación revolucionaria para exigir la disolución del Gobierno y el establecimiento de la Comuna. El Gobierno de Defensa Nacional ordenó, a sus guardias bretones que custodiaban el Hôtel de Ville, disparar contra las masas. Arrestó a muchos manifestantes y decretó el cierre de todos los clubs de París, prohibió las concentraciones de masas y proscribió muchos periódicos. Luego de reprimir el movimiento revolucionario a sangre fría, el Gobierno empezó a preparar la rendición de París.

107. Los *sergents de ville* fueron la primera policía uniformada francesa, creada en 1829.

las *sommations regulares* (equivalente francés del *Riot Act*¹⁰⁸ inglés) y, como resultaron inútiles, el general de la Guardia Nacional dio la orden de fuego. Bastó una descarga para poner en fuga precipitada a aquellos estúpidos mequetrefes que esperaban que la simple exhibición de su «respetabilidad» ejercería sobre la Revolución de París el mismo efecto que los trompetazos de Josué sobre las murallas de Jericó. Al huir, dejaron tras ellos dos guardias nacionales muertos, nueve gravemente heridos (entre ellos un miembro del Comité Central) y todo el escenario de su hazaña sembrado de revólveres, puñales y bastones de estoque, como evidencias del carácter «inerte» de su manifestación «pacífica». Cuando el 13 de junio de 1849, la Guardia Nacional de París organizó una manifestación realmente pacífica para protestar contra el traidor asalto de Roma por las tropas francesas, Changarnier¹⁰⁹, a la sazón general del Partido del Orden fue aclamado por la Asamblea Nacional, y señaladamente por el señor Thiers, como salvador de la sociedad por haber lanzado a sus tropas desde los cuatro costados contra aquellos hombres inermes, por haberlos derribado a tiros y a sablazos y por haberlos pisoteado con sus caballos. Se decretó entonces en París el estado de sitio. Dufaure hizo que la Asamblea aprobase a toda prisa nuevas leyes de represión. Nuevas detenciones, nuevos destierros; comenzó una nueva era de terror. Pero las clases inferiores hacen esto de otro modo. El Comité Central de 1871 no se ocupó de los héroes de la «manifestación pacífica»; y así, dos días después, podían ya pasar revista ante el almirante Saisset para aquella otra manifestación, ya armada, que terminó con la famosa huida a Versalles. En su repugnancia a aceptar la guerra civil iniciada por el asalto nocturno que Thiers realizó contra Montmartre, el Comité Central se hizo responsable esta vez de un error decisivo: no marchar inmediatamente sobre Versalles, entonces completamente indefenso, para acabar con los manejos conspirativos de Thiers

108. Las *Sommations* eran una forma de advertencia que daban las autoridades francesas para ordenar la dispersión de manifestaciones, mítines, etc. De acuerdo a la Ley de 1831, el Gobierno tenía derecho a hacer uso de la fuerza una vez que esta advertencia había sido repetida tres veces en forma de redoble de tambor o de toque de trompetas.

El *Riot Act*, que fue puesto en práctica en Inglaterra en 1715, prohibía cualquier “reunión tumultuosa” de más de doce personas. En tales ocasiones, las autoridades tenían el derecho de utilizar la fuerza luego de hacer una advertencia especial, en caso de que los participantes en el mitin no se dispersaran en el plazo de una hora.

109. NdE: *Nicolas Anne Changarnier Teódulo* (1793-1877), general francés, en 1871 fue elegido miembro de la Asamblea Nacional. Con anterioridad a esto, tuvo un papel relevante en la represión de los movimientos de 1848, por lo que recibió el mando de la Guardia Nacional de París. Ocupó un lugar relevante y ejerció gran influencia en la complicada política de los siguientes años. Para conocer más sobre las actividades de Changarnier durante este tiempo recomendamos leer “Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte”, Karl Marx.

y de sus «rurales». En vez de hacer esto, volvió a permitirse que el Partido del Orden probase sus fuerzas en las urnas el 26 de marzo, día en que se celebraron las elecciones a la Comuna. Aquel día, en las *mairies* de París, ellos cruzaron blandas palabras de conciliación con sus demasiado generosos vencedores, mientras en su fuero interior hacían el voto solemne de exterminarlos en el momento oportuno.

Veamos ahora el reverso de la medalla. Thiers abrió su segunda campaña contra París a comienzos de abril. La primera remesa de prisioneros parisinos conducidos a Versalles hubo de sufrir indignantes crueldades, mientras Ernest Picard, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, se paseaba por delante de ellos escarneciéndolos, y Mesdames Thiers y Favre, acompañados de sus damas de honor, aplaudían desde los balcones los ultrajes al populacho versallés. Los soldados de los regimientos de línea hechos prisioneros fueron asesinados a sangre fría; nuestro valiente amigo el general Duval, el fundidor, fue fusilado sin la menor apariencia de proceso. Gallifet, ese chulo de su propia mujer, que se hizo tan famosa por las desvergonzadas exhibiciones que hacía de su cuerpo en las orgías del Segundo Imperio, se jactaba en una proclama de haber mandado asesinar a un puñado de guardias nacionales con su capitán y su teniente, que habían sido sorprendidos y desarmados por sus cazadores. Vinoy, el fugitivo, fue premiado por Thiers con la Gran Cruz de la Legión de Honor por su orden de fusilar a todos los soldados de línea cogidos en las filas de los federales. Desmarests, el gendarme, fue condecorado por haber descuartizado a traición, como un carnicero, al magnánimo y caballeroso Flourens, que el 31 de octubre de 1870 había salvado las cabezas de los miembros del Gobierno de Defensa¹¹⁰. Thiers, con manifiesta satisfacción, se extendió en la Asamblea Nacional sobre los «alentadores detalles» de este asesinato. Con la inflada vanidad de un pulgarcito parlamentario a quien se permite representar el papel de un Tamerlán¹¹¹, negaba a los que se rebelaban contra su poquedad todo derecho de beligerantes civilizados, hasta el derecho de la neutralidad para sus hospitales de sangre. Nada más horrible que este mono, ya presentido por Voltaire¹¹², a quien le fue permitido durante algún tiempo dar rienda suelta a sus instintos de tigre.

110. Cuando se presentaron los acontecimientos del 31 de octubre de 1870, miembros del Gobierno de Defensa Nacional fueron detenidos en el *Hôtel de Ville*. Uno de los insurgentes pidió que fueran ejecutados, pero su propuesta fue rechazada por Gustave Flourens.

111. NdE: *Tamerlán* fue un conquistador, líder militar y político turco-mongol, el último de los grandes conquistadores nómadas del Asia Central.

112. Véase *Cándido*, Voltaire, cap. 22

Después del decreto emitido por la Comuna el 7 de abril, ordenando represalias y declarando que tal era su deber «para proteger a París contra las hazañas canibalescas de los bandidos de Versalles, exigiendo ojo por ojo y diente por diente»¹¹³, Thiers siguió dando a los prisioneros el mismo trato salvaje, e insultándolos además en sus boletines del modo siguiente: «Jamás la mirada angustiada de hombres honrados ha tenido que posarse sobre semblantes tan degradados de una degradada democracia». Los hombres honrados eran Thiers y sus *ticket-of-leavemen* como ministros. No obstante, los fusilamientos de prisioneros cesaron por algún tiempo. Pero, tan pronto como Thiers y sus generales decembristas se convencieron de que aquel decreto de la Comuna sobre las represalias no era más que una amenaza inocua, de que se respetaba la vida hasta a sus gendarmes espías detenidos en París con el disfraz de guardias nacionales, y hasta a los *sergents de ville* cogidos con granadas incendiarias, entonces los fusilamientos en masa de prisioneros se reanudaron y prosiguieron sin interrupción hasta el final. Las casas en que se habían refugiado guardias nacionales eran rodeadas por gendarmes, rociadas con petróleo (lo que ocurre por primera vez en esta guerra) y luego incendiadas; los cuerpos carbonizados eran sacados en la ambulancia de la Prensa de *Les Termes*. Cuatro guardias nacionales que se rindieron a un destacamento de cazadores montados, el 25 de abril, en Belle Epine, fueron fusilados, uno tras otro, por un capitán, digno discípulo de Gallifet. Scheffer, una de estas cuatro víctimas, a quien se había dejado por creérsele muerto, llegó arrastrándose hasta las avanzadillas de París y relató este hecho ante una comisión de la Comuna. Cuando Tolain interpelló al ministro de la Guerra acerca del informe de esta comisión, los «rurales» ahogaron su voz y no permitieron que Le Flô contestara. Habría sido un insulto para su «glorioso» ejército hablar de sus hazañas. El tono impertinente con que los boletines de Thiers anunciaron la matanza a bayonetazos de los guardias nacionales sorprendidos durmiendo en Moulin Saquet¹¹⁴ y los fusilamientos

113. Cita del decreto sobre rehenes promulgado por la Comuna de París el 5 de abril de 1871 y publicado en el *Journal officiel de la République française*, en su número 96 del 6 de abril de 1871. (La fecha indicada por Marx es la fecha de su publicación en periódicos ingleses). Este decreto establecía que cualquiera que fuera acusado y encontrado culpable de colusión con Versalles sería detenido como rehén. Con esta medida la Comuna intentó evitar que las tropas de Versalles mataran a los comuneros.

114. NdE : La noche del 3 al 4 de mayo de 1871 las tropas de Versalles toman por sorpresa el campamento de Moulin-Saquet. Después de capturar a los centinelas, asesinan a unos 50 soldados federados que dormían en sus tiendas. También se apoderan de cinco cañones y de unos doscientos prisioneros. Se cree que el asalto fue posible por un error del Comité de Salvación Pública, y de la traición de un comandante. Para más información recomendamos la obra *Histoire de La Commune de 1871*, Prosper-Olivier Lissagaray.

en masa en Clamart alteraron los nervios hasta del Times de Londres, que fue precisamente muy sensible. Pero sería ridículo, hoy, empeñarse en enumerar las simples atrocidades preliminares perpetradas por los que bombardearon a París y fomentaron una rebelión esclavista protegida por la invasión extranjera. En medio de todos estos horrores, Thiers, olvidándose de sus lamentaciones parlamentarias sobre la espantosa responsabilidad que pesa sobre sus hombros de enano, se jacta en sus boletines de que *L'Assemblée esiege paisiblement* [la Asamblea delibera plácidamente], y con sus jolgorios inacabables, unas veces con los generales decembristas y otras con los príncipes alemanes, prueba que su digestión no se ha alterado en lo más mínimo, ni siquiera por los espectros de Lecomte y Clément Thomas.

III

En la alborada del 18 de marzo de 1871, París despertó entre un clamor de gritos de «*Vive la Commune!*» ¿Qué es la Comuna, esa esfinge que tanto atormenta los espíritus burgueses?

«Los proletarios de París —decía el Comité Central en su manifiesto del 18 de marzo—, en medio de los fracasos y las traiciones de las clases dominantes, se han dado cuenta de que ha llegado la hora de salvar la situación tomando en sus manos la dirección de los asuntos públicos... Han comprendido que es su deber imperioso y su derecho indiscutible hacerse dueños de sus propios destinos, tomando el Poder.»¹¹⁵ Pero la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal como está, y a servirse de ella para sus propios fines.

El poder estatal centralizado, con sus órganos omnipresentes: el ejército permanente, la policía, la burocracia, el clero y la magistratura —órganos creados con arreglo a un plan de división sistemática y jerárquica del trabajo—, procede de los tiempos de la monarquía absoluta y sirvió a la naciente sociedad burguesa como un arma poderosa en sus luchas contra el feudalismo. Sin embargo, su desarrollo se veía entorpecido por toda la basura medieval: derechos señoriales, privilegios locales, monopolios municipales y gremiales, códigos provinciales. La escoba gigantesca de la Revolución Francesa del siglo XVIII barrió todas estas reliquias de tiempos pasados, limpiando así, al mismo tiempo, el suelo de la sociedad de los últimos obstáculos que se alzaban ante la superestructura del

115. *Journal officiel de la République française*, N. f 80 del 21 de marzo de 1871.

edificio del Estado moderno, erigido en tiempos del Primer Imperio¹¹⁶, que, a su vez, era el fruto de las guerras de coalición¹¹⁷ de la vieja Europa semifeudal contra la Francia moderna. Durante los regímenes siguientes, el Gobierno, colocado bajo el control del parlamento –es decir, bajo el control directo de las clases poseedoras–, no solo se convirtió en un vivero de enormes deudas nacionales y de impuestos agobiantes, sino que, con la seducción irresistible de sus cargos, prebendas y empleos, acabó siendo la manzana de la discordia entre las facciones rivales y los aventureros de las clases dominantes; por otra parte, su carácter político cambiaba simultáneamente con los cambios económicos operados en la sociedad. Al paso que los progresos de la moderna industria desarrollaban, ensanchaban y profundizaban el antagonismo de clase entre el capital y el trabajo, el poder estatal fue adquiriendo cada vez más el carácter de poder nacional del capital sobre el trabajo, de fuerza pública organizada para la esclavización social, de máquina del despotismo de clase. Después de cada revolución, que marca un paso adelante en la lucha de clases, se acusa con rasgos cada vez más destacados el carácter puramente represivo del poder del Estado. La Revolución de 1830¹¹⁸, al dar como resultado el paso del Gobierno de manos de los terratenientes a manos de los capitalistas, lo que hizo fue transferirlo de los enemigos más remotos a los enemigos más directos de la clase obrera. Los republicanos burgueses, que se adueñaron del poder del Estado en nombre de la Revolución de Febrero, lo usaron para provocar las matanzas de junio, para probar a la clase obrera que la República «social» era la República que aseguraba su sumisión social y para convencer a la masa monárquica de los burgueses y terratenientes de que podían dejar sin peligro los cuidados y los gajes del gobierno a los «republicanos» burgueses. Sin embargo, después de su única hazaña heroica de junio, no les quedó a los republicanos burgueses otra cosa que pasar de la cabeza a la cola del Partido del Orden, coalición formada por

116. NdE: El Primer Imperio francés, conocido comúnmente como el Imperio Napoleónico, cubre el periodo desde la coronación de su emperador, Napoleón Bonaparte, tras el golpe de estado del 18 de noviembre de 1799 (18 de brumario del año VIII, según el calendario revolucionario de Francia) hasta su abdicación, en 1815.

117. Se trata de las guerras libradas por Inglaterra, Rusia, Prusia, Austria, España y otros Estados contra la Francia revolucionaria y más tarde contra el Imperio de Napoleón I.

118. NdE: La Revolución de 1830 es un proceso revolucionario que comienza en Francia con la denominada Revolución de Julio o las Tres Gloriosas (Trois Glorieuses) jornadas revolucionarias de París, que llevaron al trono a Luis Felipe I de Francia y abrieron el periodo conocido como Monarquía de Julio. Se extendió por buena parte del continente europeo. Se considera como una de las llamadas Revoluciones burguesas o liberales, de lo que supone un ciclo revolucionario, continuación de la Revolución de 1820 (originada en España), y que será a su vez continuado por la citada Revolución de 1848 (también iniciada en Francia).

todas las facciones y facciones rivales de la clase apropiadora, en su antagonismo, ahora abiertamente declarado, contra las clases productoras. La forma más adecuada para este gobierno de capital asociado era la República Parlamentaria, con Luis Bonaparte como presidente. Fue este un régimen de franco terrorismo de clase y de insulto deliberado contra la *vile multitude* [vil muchedumbre]. Si la República Parlamentaria, como decía el señor Thiers, era «la que menos los dividía» (a las diversas facciones de la clase dominante), en cambio abría un abismo entre esta clase y el conjunto de la sociedad situado fuera de sus escasas filas. Su unión venía a eliminar las restricciones que sus discordias imponían al poder del Estado bajo regímenes anteriores, y, ante el amenazante alzamiento del proletariado, se sirvieron del poder estatal, sin piedad y con ostentación, como de una máquina nacional de guerra del capital contra el trabajo. Pero esta cruzada ininterrumpida contra las masas productoras les obligaba, no solo a revestir al poder Ejecutivo de facultades de represión cada vez mayores, sino, al mismo tiempo, a despojar a su propio baluarte parlamentario —la Asamblea Nacional—, de todos sus medios de defensa contra el poder Ejecutivo, uno por uno, hasta que este, en la persona de Luis Bonaparte, les dio un puntapié. El fruto natural de la República del Partido del Orden fue el Segundo Imperio.

El Imperio, con el *coup d'Etat* por fe de bautismo, el sufragio universal por sanción y la espada por cetro, declaraba apoyarse en los campesinos, amplia masa de productores no envuelta directamente en la lucha entre el capital y el trabajo. Decía que salvaba a la clase obrera destruyendo el parlamentarismo y, con él, la descarada sumisión del Gobierno a las clases poseedoras. Decía que salvaba a las clases poseedoras manteniendo en pie su supremacía económica sobre la clase obrera, y, finalmente, pretendía unir a todas las clases, al resucitar para todos la quimera de la gloria nacional. En realidad, era la única forma de gobierno posible, en un momento en que la burguesía había perdido ya la facultad de gobernar la nación y la clase obrera no la había adquirido aún. El Imperio fue aclamado de un extremo a otro del mundo como el salvador de la sociedad. Bajo su égida, la sociedad burguesa, libre de preocupaciones políticas, alcanzó un desarrollo que ni ella misma esperaba. Su industria y su comercio cobraron proporciones gigantescas; la especulación financiera celebró orgías cosmopolitas; la miseria de las masas contrastaba con la ostentación desvergonzada de un lujo suntuoso, falso y envilecido. El poder del Estado, que aparentemente flotaba por encima de la sociedad, era, en realidad, su mayor escándalo y el auténtico vivero de todas sus corrupciones. Su podredumbre y la podredumbre de la sociedad a la que había salvado quedaron al desnudo por

la bayoneta de Prusia, que ardía a su vez en deseos de trasladar la sede suprema de este régimen de París a Berlín. El imperialismo era la forma más prostituida y al mismo tiempo la forma última de aquel poder estatal que la sociedad burguesa naciente había comenzado a crear como medio para emanciparse del feudalismo y que la sociedad burguesa adulta acabó transformando en un medio para la esclavización del trabajo por el capital.

La antítesis directa del Imperio era la Comuna. El grito de «República social» con que la Revolución de Febrero fue anunciada por el proletariado de París no expresaba más que el vago anhelo de una República que no acabase solo con la forma monárquica de la dominación de clase, sino con la propia dominación de clase. La Comuna era la forma positiva de esta República.

París, sede central del viejo poder gubernamental y, al mismo tiempo, baluarte social de la clase obrera de Francia, se había levantado en armas contra el intento de Thiers y los «rurales» de restaurar y perpetuar aquel viejo poder que les había sido legado por el Imperio. Y si París pudo resistir fue únicamente porque, a consecuencia del asedio, se había deshecho del ejército, sustituyéndolo por una Guardia Nacional cuyo principal contingente lo formaban los obreros. Ahora se trataba de convertir este hecho en una institución duradera. Por eso, el primer decreto de la Comuna fue para suprimir el ejército permanente y sustituirlo por el pueblo armado.

La Comuna estaba formada por los consejeros municipales elegidos por sufragio universal en los diversos distritos de la ciudad. Eran responsables y revocables en todo momento. La mayoría de sus miembros eran, naturalmente, obreros o representantes reconocidos de la clase obrera. La Comuna no había de ser un organismo parlamentario, sino una corporación de trabajo, ejecutiva y legislativa al mismo tiempo. En vez de continuar siendo un instrumento del Gobierno central, la policía fue despojada inmediatamente de sus atributos políticos y convertida en instrumento de la Comuna, responsable ante ella y revocable en todo momento. Lo mismo se hizo con los funcionarios de las demás ramas de la administración. Desde los miembros de la Comuna para abajo, todos los servidores públicos debían devengar salarios de obreros. Los intereses creados y los gastos de representación de los altos dignatarios del Estado desaparecieron con los propios altos dignatarios. Los cargos públicos dejaron de ser propiedad privada de los testaferros del Gobierno central. En manos de la Comuna se pusieron no solamente la administración municipal, sino toda la iniciativa ejercida hasta entonces por el Estado.

Una vez suprimidos el ejército permanente y la policía, que eran los elementos de la fuerza física del antiguo Gobierno, la Comuna tomó medidas inmediatamente para destruir la fuerza espiritual de represión, el «poder de los curas», decretando la separación de la Iglesia y el Estado y la expropiación de todas las iglesias como corporaciones poseedoras. Los curas fueron devueltos al retiro de la vida privada, a vivir de las limosnas de los fieles, como sus antecesores, los apóstoles. Se abrieron al pueblo de manera gratuita todas las instituciones de enseñanza y al mismo tiempo se las emancipó de toda intromisión de la Iglesia y del Estado. Así, no solo se ponía la enseñanza al alcance de todos, sino que la propia ciencia se redimía de las trabas a que la tenían sujeta los prejuicios de clase y el poder del Gobierno.

Los funcionarios judiciales debían perder aquella fingida independencia que solo había servido para disfrazar su abyecta sumisión a los sucesivos gobiernos, ante los cuales iban prestando y violando, sucesivamente, el juramento de fidelidad. Igual que los demás funcionarios públicos, los magistrados y los jueces habían de ser funcionarios electivos, responsables y revocables.

Como es lógico, la Comuna de París había de servir de modelo a todos los grandes centros industriales de Francia. Una vez establecido en París y en los centros secundarios el régimen comunal, el antiguo Gobierno centralizado tendría que dejar paso también en las provincias a la autoadministración de los productores. En el breve esbozo de organización nacional que la Comuna no tuvo tiempo de desarrollar, se dice claramente que la Comuna habría de ser la forma política que revistiese hasta la aldea más pequeña del país y que en los distritos rurales el ejército permanente habría de ser reemplazado por una milicia popular, con un período de servicio extraordinariamente corto. Las comunas rurales de cada distrito administrarían sus asuntos colectivos por medio de una asamblea de delegados en la capital del distrito correspondiente y estas asambleas, a su vez, enviarían diputados a la Asamblea Nacional de Delegados de París, entendiéndose que todos los delegados serían revocables en todo momento y se hallarían obligados por el *mandat impératif* [instrucciones formales] de sus electores. Las pocas pero importantes funciones que aún quedarían para un gobierno central no se suprimirían, como se ha dicho, falseando intencionadamente la verdad, sino que serían desempeñadas por agentes comunales que, gracias a esta condición, serían estrictamente responsables. No se trataba de destruir la unidad de la nación sino, por el contrario, de organizarla mediante un régimen comunal, convirtiéndola en una realidad al destruir el poder del Estado, que

pretendía ser la encarnación de aquella unidad, independiente y situado por encima de la nación misma, de la cual no era más que una excrescencia parasitaria. Mientras que los órganos puramente represivos del viejo poder estatal habían de ser amputados, sus funciones legítimas serían arrancadas a una autoridad que usurpaba una posición preeminente sobre la sociedad misma, para restituir las a los servidores responsables de esta sociedad. En vez de decidir una vez cada tres o seis años qué miembros de la clase dominante habían de «representar» al pueblo en el parlamento, el sufragio universal habría de servir al pueblo organizado en comunas, como el sufragio individual sirve a los patronos que buscan obreros y administradores para sus negocios. Y es bien sabido que lo mismo las compañías que los particulares, cuando se trata de negocios saben generalmente colocar a cada hombre en el puesto que le corresponde y, si alguna vez se equivocan, reparan su error con presteza. Por otra parte, nada podía ser más ajeno al espíritu de la Comuna que sustituir el sufragio universal por una investidura jerárquica¹¹⁹.

Generalmente, las creaciones históricas completamente nuevas están destinadas a que se las tome por una reproducción de formas viejas e incluso difuntas de la vida social, con las cuales pueden presentar cierta semejanza. Así, esta nueva Comuna, que quiebra el poder estatal moderno, ha sido confundida con una reproducción de las comunas medievales, que, habiendo precedido a ese Estado, le sirvieron luego de base. Al régimen comunal se le ha tomado erróneamente por un intento de fraccionar, como lo soñaban Montesquieu¹²⁰ y los girondinos¹²¹, esa unidad de las grandes naciones en una federación de pequeños Estados, unidad que, aunque instaurada en sus orígenes por la violencia política, se ha convertido hoy en un poderoso factor de la producción social. El antagonismo entre la Comuna y el poder estatal se ha presentado equivocadamente como una forma exagerada de la vieja lucha contra el excesivo

119. *Investiture* en la Edad Media significaba el acto por el cual un señor feudal otorgaba a sus vasallos un feudo, beneficio, empleo, etc. Este sistema se caracterizaba por el completo control que ejercían los estratos superiores de la jerarquía eclesiástica y seglar sobre los estratos inferiores.

120. NdE: *Charles Louis de Secondat, Señor de la Brède y Barón de Montesquieu* (1689-1755), fue un cronista y pensador político francés que vivió en la llamada Ilustración. Es uno de los filósofos y ensayistas ilustrados más relevantes en especial por la articulación de la teoría de la separación de poderes, que ha sido implementada en muchas constituciones a lo largo del mundo.

121. *Los girondinos* eran los sostenedores del Partido de la Gironda que se formó durante la revolución burguesa de Francia y que representaba los intereses tanto de la gran burguesía comercial e industrial como los intereses de la burguesía terrateniente que surgió durante la revolución. Se les llamaba girondinos porque muchos de sus dirigentes representaban a la provincia de Gironda en la Asamblea Legislativa y en la Asamblea Nacional. Cubriéndose con la bandera de proteger el derecho de las provincias a la autonomía y a la federación, los girondinos se opusieron al Gobierno jacobino y a las masas revolucionarias que lo apoyaban.

centralismo. Circunstancias históricas peculiares pueden en otros países haber impedido el desarrollo clásico de la forma burguesa de gobierno, tal como se dio en Francia, y haber permitido, como en Inglaterra, completar en las ciudades los grandes órganos centrales del Estado con asambleas parroquiales [*vestries*] corrompidas, concejales concusionarios y feroces administradores de la beneficencia, y, en el campo, con jueces virtualmente hereditarios. El régimen comunal habría devuelto al organismo social todas las fuerzas que hasta entonces venía absorbiendo el Estado parásito, que se nutre a expensas de la sociedad y entorpece su libre movimiento. Con este solo hecho habría iniciado la regeneración de Francia. La burguesía de las ciudades de provincia francesas veía en la Comuna un intento de restaurar el predominio que ella había ejercido sobre el campo bajo Luis Felipe y que, bajo Luis Napoleón, había sido suplantado por el supuesto predominio del campo sobre la ciudad. En realidad, el régimen comunal colocaba a los productores del campo bajo la dirección intelectual de las cabeceras de sus distritos, ofreciéndoles aquí, en las personas de los obreros, a los representantes naturales de sus intereses. La sola existencia de la Comuna implicaba, evidentemente, la autonomía municipal, pero ya no como contrapeso a un poder estatal que ahora era superfluo. Solo en la cabeza de un Bismarck, que, cuando no está metido en sus intrigas de sangre y hierro, gusta de volver a su antigua ocupación, que tan bien cuadra a su calibre mental, de colaborador del *Kladderadatsch* [el *Punch* de Berlín]¹²², solo en una cabeza como esa podía caber el achacar a la Comuna de París la aspiración de reproducir aquella caricatura de la organización municipal francesa de 1791 que es la organización municipal de Prusia, donde la administración de las ciudades queda rebajada al papel de simple rueda secundaria de la maquinaria policíaca del Estado prusiano. Ese tópico de todas las revoluciones burguesas, «un gobierno barato», la Comuna lo convirtió en realidad al destruir las dos grandes fuentes de gastos: el ejército permanente y la burocracia del Estado. Su sola existencia presuponía la inexistencia de la monarquía que, en Europa al menos, es el lastre normal y el disfraz indispensable de la dominación de clase. La Comuna dotó a la República de una base de instituciones realmente democráticas. Pero, ni el gobierno barato, ni la «verdadera República» constituían su meta final; no eran más que fenómenos concomitantes.

122. *Kladderadatsch*, semanario humorístico ilustrado que comenzó a aparecer en Berlín en 1848. *Punch*, nombre abreviado de *Punch or The London Charivari*, semanario humorístico de los liberales burgueses ingleses que apareció por primera vez en Londres en 1841.

La variedad de interpretaciones a que ha sido sometida la Comuna y la variedad de intereses que la han interpretado a su favor, demuestran que era una forma política perfectamente flexible, a diferencia de las formas anteriores de gobierno que habían sido todas fundamentalmente represivas. He aquí su verdadero secreto: la Comuna era, esencialmente, un gobierno de la clase obrera, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta que permitía realizar la emancipación económica del trabajo.

Sin esta última condición, el régimen comunal habría sido una imposibilidad y una impostura. La dominación política de los productores es incompatible con la perpetuación de su esclavitud social. Por tanto, la Comuna había de servir de palanca para extirpar los cimientos económicos sobre los que descansa la existencia de las clases y, por consiguiente, la dominación de clase, emancipando el trabajo de cada hombre.

Es un hecho extraño. A pesar de todo lo que se ha hablado y escrito con tanta profusión durante los últimos sesenta años acerca de la emancipación del trabajo, apenas en algún sitio los obreros toman resueltamente la cosa en sus manos, vuelve a resonar de pronto toda la fraseología apologética de los portavoces de la sociedad actual, con sus dos polos de capital y esclavitud asalariada (hoy, el propietario de tierras no es más que el socio sumiso del capitalista), como si la sociedad capitalista se hallase todavía en su estado más puro de inocencia virginal, con sus antagonismos todavía en germen, con sus engaños todavía encubiertos, con sus substituidas realidades todavía sin desnudar. ¡La Comuna, exclaman, pretende abolir la propiedad, base de toda civilización! Sí, caballeros, la Comuna pretendía abolir esa propiedad de clase que convierte el trabajo de muchos en la riqueza de unos pocos. La Comuna aspiraba a la expropiación de los expropiadores. Quería convertir la propiedad individual en una realidad, transformando los medios de producción –la tierra y el capital– que hoy son fundamentalmente medios de esclavización y de explotación del trabajo, en simples instrumentos de trabajo libre y asociado. ¡Pero eso es el comunismo, el «irrealizable» comunismo! Sin embargo, los individuos de las clases dominantes que son lo bastante inteligentes para darse cuenta de la imposibilidad de que el actual sistema continúe –y no son pocos– se han erigido en los apóstoles molestos y chillones de la producción cooperativa. Ahora bien, si la producción cooperativa ha de ser algo más que una impostura y un engaño; si ha de sustituir al sistema capitalista; si las sociedades cooperativas unidas han de regular

la producción nacional con arreglo a un plan común, tomándola bajo su control y poniendo fin a la constante anarquía y a las convulsiones periódicas, consecuencias inevitables de la producción capitalista, ¿qué será eso entonces, caballeros, sino comunismo, comunismo «realizable»?

La clase obrera no esperaba de la Comuna ningún milagro. Los obreros no tienen ninguna utopía lista para implantar *par decret du peuple* [por decreto del pueblo]. Saben que para conseguir su propia emancipación, y con ella esa forma superior de vida hacia la que tiende irresistiblemente la sociedad actual por su propio desarrollo económico, tendrán que pasar por largas luchas, por toda una serie de procesos históricos, que transformarán las circunstancias y los hombres. Ellos no tienen que realizar ningún ideal, sino simplemente liberar los elementos de la nueva sociedad que la vieja sociedad burguesa agonizante lleva en su seno. Plenamente consciente de su misión histórica y heroicamente resuelta a obrar con arreglo a ella, la clase obrera puede mofarse de las burdas inventivas de los lacayos de la pluma y de la protección profesoral de los doctrinarios burgueses bien intencionados, que vierten sus perogrulladas de ignorantes y sus sectarias fantasías con un tono sibilino de infalibilidad científica.

Cuando la Comuna de París tomó en sus propias manos la dirección de la revolución; cuando, por primera vez en la historia, simples obreros se atrevieron a violar el privilegio gubernamental de sus «superiores naturales» y, en circunstancias de una dificultad sin precedentes, realizaron su labor de un modo modesto, concienzudo y eficaz, con sueldos el más alto de los cuales apenas representaba una quinta parte de la suma que, según una alta autoridad científica, es el sueldo mínimo del secretario de un consejo de instrucción pública de Londres, el viejo mundo se retorció en convulsiones de rabia ante el espectáculo de la Bandera Roja, símbolo de la República del Trabajo, ondeando sobre el *Hôtel de Ville*.

Y, sin embargo, fue esta la primera revolución en que la clase obrera fue abiertamente reconocida como la única clase capaz de iniciativa social incluso por la gran masa de la clase media parisina –tenderos, artesanos, comerciantes–, con la sola excepción de los capitalistas ricos. La Comuna los salvó, mediante una sagaz solución de la constante fuente de discordias dentro de la misma clase media: el conflicto entre acreedores y deudores¹²³. Estos mismos elementos

123. El 16 de abril de 1871, la Comuna promulgó un decreto aplazando el pago de todas las deudas por tres años y cancelando los intereses. Este decreto vino a aliviar la situación económica de la pequeña burguesía y fue desfavorable para los acreedores de la gran burguesía.

de la clase media, después de haber colaborado en el aplastamiento de la Insurrección Obrera de Junio de 1848, habían sido sacrificados sin miramiento a sus acreedores por la Asamblea Constituyente de entonces¹²⁴. Pero no fue este el único motivo que les llevó a apretar sus filas en torno a la clase obrera. Sentían que había que escoger entre la Comuna y el Imperio, cualquiera que fuese el rótulo bajo el que este resucitase. El Imperio los había arruinado económicamente con su dilapidación de la riqueza pública, con las grandes estafas financieras que fomentó y con el apoyo prestado a la concentración artificialmente acelerada del capital, que suponía la expropiación de muchos de sus componentes. Los había oprimido políticamente y los había irritado moralmente con sus orgías; había herido su volterianismo¹²⁵ al confiar la educación de sus hijos a los *frèresignorantins*¹²⁶, y había sublevado su sentimiento nacional de franceses al lanzarlos precipitadamente a una guerra que solo ofreció una compensación para todos los desastres que había causado: la caída del Imperio. En efecto, tan pronto huyó de París la alta *bohème* bonapartista y capitalista, el auténtico Partido del Orden de la clase media surgió bajo la forma de «Unión Republicana»¹²⁷, se colocó bajo la bandera de la Comuna y se puso a defenderla contra las malévolas desfiguraciones de Thiers. El tiempo dirá si la gratitud de esta gran masa de la clase media va a resistir las duras pruebas de estos momentos.

124. Se refiere al rechazo del proyecto de ley sobre los “concordatos amistosos” por parte de la Asamblea Constituyente el 22 de agosto de 1848. Dicho proyecto establecía el aplazamiento del pago de deudas para cualquier deudor que pudiera probar que había entrado en bancarota debido a la parálisis de los negocios causada por la revolución. A consecuencia del antedicho rechazo, un considerable número de pequeñoburgueses quedaron completamente arruinados y fueron dejados a merced de los acreedores de la gran burguesía.

125. NdE: Corriente derivada del pensamiento de François Marie Arouet, más conocido como *Voltaire* (1694-1778) quien fue un escritor, historiador, filósofo y abogado francés que figura como uno de los principales representantes de la Ilustración. Voltaire defendía la tolerancia religiosa, pero en su filosofía práctica prescindía de Dios. No era ateo, sin embargo, no creía en la intervención divina en los asuntos humanos. Fue un ferviente opositor de la Iglesia católica, símbolo según él de la intolerancia y de la injusticia. Voltaire se convierte en un modelo para la burguesía liberal y anticlerical.

126. *Frèresignorantins*, sobrenombre con que se llamaba a la orden religiosa que apareció en Reims en 1680. Sus miembros se dedicaban a la educación de niños pobres. En las escuelas fundadas por la Orden los alumnos recibían principalmente educación religiosa y muy poco en otros campos del saber. Marx utilizó esta expresión para aludir al bajo nivel y al carácter clerical de la educación elemental en la Francia burguesa.

127. La “Unión Republicana” (Alianza republicana de los departamentos), organización política de los elementos pequeñoburgueses que venían de diferentes provincias y vivían en París. Hizo un llamado a las provincias para que apoyaran a la Comuna y lucharan contra el Gobierno de Versalles y contra la Asamblea Nacional monárquica.

La Comuna tenía toda la razón cuando decía a los campesinos: «Nuestro triunfo es vuestra única esperanza»¹²⁸. De todas las mentiras incubadas en Versalles y difundidas por los ilustres mercenarios de la prensa europea, una de las más tremendas era la de que los «rurales» representaban al campesinado francés. ¡Figuraos el amor que sentirían los campesinos de Francia por los hombres a quienes después de 1815 se les obligó a pagar mil millones de indemnización¹²⁹! A los ojos del campesino francés, la sola existencia de grandes propietarios de tierras es ya una usurpación de sus conquistas de 1789. En 1848, la burguesía gravó su parcela de tierra con el impuesto adicional de 45 céntimos por franco, pero entonces lo hizo en nombre de la revolución; ahora, en cambio, fomentaba una guerra civil en contra de la revolución, para echar sobre las espaldas de los campesinos la carga principal de los cinco mil millones de indemnización que había que pagar a los prusianos. La Comuna, por el contrario, declaraba en una de sus primeras proclamas que los costos de la guerra tenían que ser pagados por sus verdaderos causantes. La Comuna habría redimido al campesino de la contribución de sangre, le habría dado un gobierno barato, habría convertido a los que hoy son sus vampiros –el notario, el abogado, el agente ejecutivo y otros chupasangres de juzgados en empleados comunales asalariados, elegidos por él y responsables ante él mismo–. Le habría librado de la tiranía del alguacil rural, el gendarme y el prefecto; la ilustración en manos del maestro de escuela habría ocupado el lugar del embrutecimiento por parte del cura. Y el campesino francés es, ante todo y sobre todo, un hombre calculador. Le habría parecido extremadamente razonable que la paga del cura, en vez de serle arrancada a él por el recaudador de contribuciones, dependiese de la espontánea manifestación de los sentimientos religiosos de los feligreses. Tales eran los grandes beneficios que el régimen de la Comuna –y solo él– brindaba como cosa inmediata a los campesinos franceses. Huelga, por tanto, detenerse a examinar los problemas más complicados, pero vitales, que solo la Comuna era capaz de resolver –y que al mismo tiempo estaba obligada a resolver–, en favor de los campesinos, a saber: la deuda hipotecaria, que pesaba como una pesadilla sobre su parcela; el *prolétariatfoncier*¹³⁰, que crecía

128. Probablemente viene del llamamiento de la Comuna de París “A los trabajadores del campo”, que fue publicada en abril y a comienzos de mayo de 1871 en los periódicos de la Comuna y también en hojas sueltas.

129. El 27 de abril de 1825 el reaccionario gobierno de Carlos X dictó una ley por la cual recompensaba a los antiguos emigrados por la pérdida de sus bienes que habían sido confiscados durante los años de la Revolución Burguesa en Francia. La mayor parte de la indemnización, que totalizaba mil millones de francos y que fue pagada por el gobierno en la forma de valores con un interés del tres por ciento, fue a parar a las manos de los principales aristócratas de la corte y de los grandes terratenientes franceses.

130. NdT: el proletariado rural

constantemente, y el proceso de su expropiación de dicha parcela, proceso cada vez más acelerado en virtud del desarrollo de la agricultura moderna y la competencia de la producción agrícola capitalista.

El campesino francés había elegido a Luis Bonaparte presidente de la República, pero fue el Partido del Orden el que creó el Segundo Imperio. Lo que el campesino francés quiere realmente, comenzó a demostrarlo él mismo en 1849 y 1850, al oponer su *maire* al prefecto del gobierno, su maestro de escuela al cura del gobierno y su propia persona al gendarme del gobierno. Todas las leyes promulgadas por el Partido del Orden en enero y febrero de 1850¹³¹ fueron medidas descaradas de represión contra el campesino. El campesino era bonapartista porque la gran revolución, con todos los beneficios que le había conquistado, se personificaba para él en Napoleón.

Pero esta ilusión, que se esfumó rápidamente bajo el Segundo Imperio (y que era, por naturaleza, contraria a los «rurales»), este prejuicio del pasado, ¿cómo habría podido hacer frente a la apelación de la Comuna a los intereses vitales y necesidades más apremiantes de los campesinos?

Los «rurales» –tal era, en realidad, su principal temor– sabían que tres meses de libre contacto del París de la Comuna con las provincias bastarían para desencadenar una sublevación general de campesinos, y de ahí su prisa por establecer el bloqueo policiaco de París para impedir que la epidemia se propagase.

La Comuna era, pues, la verdadera representación de todos los elementos sanos de la sociedad francesa y, por consiguiente, el auténtico gobierno nacional, pero, al mismo tiempo, como gobierno obrero y como campeón intrépido de la emancipación del trabajo, era un gobierno internacional en el pleno sentido de la palabra. A los ojos del ejército prusiano, que había anexionado a Alemania dos provincias francesas, la Comuna anexionaba a Francia a los obreros del mundo entero.

El Segundo Imperio había sido el jubileo de la estafa cosmopolita; los estafadores de todos los países habían acudido corriendo a su llamada para participar en sus orgías y en el saqueo del pueblo francés. Y todavía hoy la mano derecha de Thiers es Ganesco, el crápula valaco, y su mano izquierda Markovski, el espía ruso. La Comuna concedió a todos los extranjeros el honor de morir por

131. Se refiere a las leyes por las cuales se dividió a Francia en distritos militares y se entregó a los comandantes amplios poderes sobre 105 asuntos administrativos locales, se garantizó al Presidente de la República el derecho de nombrar y destituir burgomaestres, se colocó a los maestros rurales bajo el control de los prefectos, y se hizo extensiva la influencia del clero a la educación nacional. Marx señaló el carácter de estas leyes en su obra *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850*.

una causa inmortal. Entre la guerra exterior, perdida por su traición, y la guerra civil, fomentada por su conspiración con el invasor extranjero, la burguesía encontraba tiempo para dar pruebas de patriotismo, organizando batidas policíacas contra los alemanes residentes en Francia. La Comuna nombró a un obrero alemán su ministro del Trabajo. Thiers, la burguesía, el Segundo Imperio, habían engañado constantemente a Polonia con ostentosas manifestaciones de simpatía, mientras en realidad la traicionaban por los intereses de Rusia, a la que prestaban los más sucios servicios. La Comuna honró a los heroicos hijos de Polonia, colocándolos a la cabeza de los defensores de París. Y, para marcar nítidamente la nueva era histórica que conscientemente inauguraba, la Comuna, ante los ojos de los vencedores prusianos, de una parte, y del ejército bonapartista mandado por generales bonapartistas de otra, echó abajo aquel símbolo gigantesco de la gloria guerrera que era la Columna de Vendôme¹³².

La gran medida social de la Comuna fue su propia existencia, su labor. Sus medidas concretas no podían menos de expresar la línea de conducta de un gobierno del pueblo por el pueblo. Entre ellas se cuentan la abolición del trabajo nocturno para los obreros panaderos y la prohibición, bajo penas, de la práctica corriente entre los patronos de mermar los salarios imponiendo a sus obreros multas bajo los más diversos pretextos, proceso este en el que el patrono se adjudica las funciones de legislador, juez y agente ejecutivo y, además, se embolsa el dinero. Otra medida de este género fue la entrega a las asociaciones obreras, bajo reserva de indemnización, de todos los talleres y fábricas cerrados, lo mismo si sus respectivos patronos habían huido que si habían optado por parar el trabajo.

Las medidas financieras de la Comuna, notables por su sagacidad y moderación, hubieron de limitarse necesariamente a lo que era compatible con la situación de una ciudad sitiada. Teniendo en cuenta el latrocinio gigantesco desencadenado sobre la ciudad de París por las grandes empresas financieras y los contratistas de obras bajo la tutela de Haussmann¹³³, la Comuna habría

132. *La Columna Vendôme*, monumento erigido entre 1806 y 1810 en la plaza Vendôme de París para conmemorar la victoria de Napoleón I en 1805. El monumento fue demolido el 16 de mayo de 1871 por decisión de la Comuna de París.

133. NdE: *Georges-Eugène*, Barón Haussmann (1809-1891) fue un funcionario público, diputado y senador francés. Recibió el título de Barón del emperador Napoleón III, con quien trabajó en la ambiciosa renovación arquitectónica de París. El Barón Haussmann fue el hombre que destruyó el París antiguo, y el que creó el Nuevo París. En primer lugar, logró desplazar a las masas obreras del centro de las ciudades a los barrios de la periferia. La clase que más sufrió en el pasado las condiciones de vida medievales del antiguo París se exilió a los suburbios por la haussmannización, puesto que los barrios bajos fueron limpiados y sustituidos por apartamentos para la burguesía. Y, en segundo lugar, el nuevo plan de la ciudad dificultaba revueltas como las de 1830 y 1848, por la vía de impedir físicamente la colocación de barricadas (fácil en estrechas callejuelas medievales, difícil en anchos bulevares) y facilitar la labor de las fuerzas del orden a través del rápido desplazamiento por las calles y la colocación estratégica de edificios oficiales como los cuarteles.

tenido títulos incomparablemente mejores para confiscar sus bienes que los que Luis Napoleón había tenido para confiscar los de la familia de Orleans. Los Hohenzollern¹³⁴ y los oligarcas ingleses, una buena parte de cuyos bienes provenían del saqueo de la Iglesia, pusieron naturalmente el grito en el cielo cuando la Comuna sacó de la secularización 8.000 míseros francos.

Mientras el Gobierno de Versalles apenas recobró un poco de ánimo y de fuerzas, empleaba contra la Comuna las medidas más violentas; mientras ahogaba la libre expresión del pensamiento en toda Francia, hasta el punto de prohibir las asambleas de delegados de las grandes ciudades; mientras sometía a Versalles y al resto de Francia a un espionaje que dejaba chiquito al del Segundo Imperio; mientras quemaba, por medio de sus inquisidores-gendarmes, todos los periódicos publicados en París y violaba toda la correspondencia que procedía de la capital o iba dirigida a ella; mientras en la Asamblea Nacional, los más tímidos intentos de aventurar una palabra en favor de París eran ahogados con unos aullidos a los que no había llegado ni la *Chambre introuvable* de 1816; con la guerra salvaje de los versalleses fuera de París y sus tentativas de corrupción y conspiración por dentro, ¿podía la Comuna, sin traicionar ignominiosamente su causa, guardar todas las formas y apariencias de liberalismo, como si gobernase en tiempos de serena paz? Si el Gobierno de la Comuna hubiera tenido la misma naturaleza que el de Thiers, no habría habido más motivo para suprimir en París los periódicos del Partido del Orden que para suprimir en Versalles los periódicos de la Comuna.

Era verdaderamente indignante para los «rurales» que, en el mismo momento en que ellos preconizaban como único medio de salvar a Francia la vuelta al seno de la Iglesia, la pagana Comuna descubriera los misterios del convento de monjas de Picpus y de la iglesia de Saint Laurent¹³⁵. Y era una burla para el señor Thiers que, mientras él hacía llover grandes cruces sobre

134. NdE: La dinastía Hohenzollern es una familia de gobernantes alemanes que tuvo su origen en una familia de condes de Suabia, en el siglo XI o XII. Con el fin de la Primera Guerra Mundial termina también el poder de la dinastía con la abdicación de Guillermo II. Actualmente Jorge Federico, Príncipe Real de Prusia, Príncipe Imperial de Alemania, es el Jefe de la Casa Real e Imperial de Prusia y de Alemania desde 1994, si bien no ocupa ningún trono.

135. En el periódico *Le Mot d'Ordre* del 5 de mayo de 1871, se publicaron pruebas de los crímenes cometidos en los monasterios. Por medio de una investigación, en el convento de monjas de Picpus, del distrito suburbano de Saint Antoine, se descubrieron casos como el de monjas que habían permanecido prisioneras en celdas durante muchos años. También fueron hallados instrumentos de tortura. En la iglesia de Saint Laurent se halló un cementerio clandestino que reveló pruebas de varios asesinatos. Estos hechos también fueron dados a la publicidad en un folleto antirreligioso de la Comuna titulado *Los crímenes de las congregaciones religiosas*.

los generales bonapartistas, para premiar su maestría en el arte de perder batallas, firmar capitulaciones y liar cigarrillos en Wilhelmshöhe¹³⁶, la Comuna destituyera y arrestara a sus generales a la menor sospecha de negligencia en el cumplimiento del deber. La expulsión de su seno y la detención por la Comuna de uno de sus miembros, que se había deslizado en ella bajo nombre supuesto y que en Lyon había sufrido un arresto de seis días por simple quiebra, ¿no era un deliberado insulto para el falsificador Jules Favre, todavía a la sazón ministro de Asuntos Exteriores de Francia, y que seguía vendiendo su país a Bismarck y dictando órdenes a aquel incomparable Gobierno de Bélgica? La verdad es que la Comuna no presumía de infalibilidad, don que se atribuían sin excepción todos los gobiernos de viejo cuño. Publicaba sus acciones y sus palabras y daba a conocer al público todas sus imperfecciones.

En todas las revoluciones, al lado de sus verdaderos representantes, figuran hombres de otra naturaleza. Algunos de ellos, supervivientes y devotos de revoluciones pasadas, sin visión del movimiento actual, pero dueños todavía de su influencia sobre el pueblo, por su reconocida honradez y valentía, o simplemente por la fuerza de la tradición; otros, simples charlatanes que, a fuerza de repetir año tras año las mismas declamaciones estereotipadas contra el gobierno del día, se han hecho con una reputación de revolucionarios de pura cepa. Después del 18 de marzo salieron también a la superficie hombres de estos, y en algunos casos lograron desempeñar papeles preeminentes. En la medida en que su poder se lo permitió, entorpecieron la verdadera acción de la clase obrera, lo mismo que otros de su especie entorpecieron el desarrollo completo de todas las revoluciones anteriores. Estos elementos constituyen un mal inevitable; con el tiempo se les quita de en medio; pero a la Comuna no le fue dado disponer de tiempo.

Maravilloso en verdad fue el cambio operado por la Comuna en París. De aquel París prostituido del Segundo Imperio no quedaba ni rastro. París ya no era el lugar de cita de terratenientes ingleses, absentistas irlandeses¹³⁷, exesclavistas

136. El 1 y 2 de septiembre de 1870, se libró una batalla decisiva de la Guerra Franco-prusiana en los alrededores de Sedán, ciudad del Nordeste de Francia; ella terminó con una derrota completa del ejército francés. Desde el 5 de septiembre de 1870 hasta el 19 de marzo de 1871, Napoleón III quedó encarcelado en Wilhelmshöhe, un castillo de Prusia cerca de Kassel. La derrota en Sedán aceleró la caída del Segundo Imperio. A consecuencia de ello, Francia fue proclamada República el 4 de septiembre de 1870.

137. *Absentistas irlandeses* eran grandes terratenientes que vivían en Inglaterra del producto de sus propiedades en Irlanda, que eran administradas por agentes de fincas rurales o arrendadas a los intermediarios especuladores, y estos últimos a su turno las arrendaban a pequeños campesinos sobre la base de exigentes condiciones.

y rastacueros¹³⁸norteamericanos, expropietarios rusos de siervos y boyardos de Valaquia. Ya no había cadáveres en la morgue, ni asaltos nocturnos, y apenas uno que otro robo; por primera vez desde los días de febrero de 1848, se podía transitar seguro por las calles de París, y eso que no había policía de ninguna clase. «Ya no se oye hablar –decía un miembro de la Comuna– de asesinatos, robos y atracos; diríase que la policía se ha llevado consigo a Versalles a todos sus amigos conservadores». Las *cocottes*¹³⁹ habían reencontrado el rastro de sus protectores, fugitivos hombres de la familia, de la religión y, sobre todo, de la propiedad. En su lugar, volvían a salir a la superficie las auténticas mujeres de París, heroicas, nobles y abnegadas como las mujeres de la antigüedad. París trabajaba y pensaba, luchaba y daba su sangre; radiante en el entusiasmo de su iniciativa histórica, dedicado a forjar una sociedad nueva, casi se olvidaba de los caníbales que tenía a las puertas.

Frente a este mundo nuevo de París, se alzaba el mundo viejo de Versalles, aquella asamblea de legitimistas y orleanistas, vampiros de todos los regímenes difuntos, ávidos de nutrirse del cadáver de la nación, con su cola de republicanos antediluvianos, que sancionaban con su presencia en la Asamblea el motín de los esclavistas, confiando el mantenimiento de su República Parlamentaria a la vanidad del senil saltimbanqui que la presidía y caricaturizando la revolución de 1789 con la celebración de sus reuniones de espectros en el *Jeu de Paume*¹⁴⁰. Así era esta Asamblea, representación de todo lo muerto de Francia, solo mantenida en una apariencia de vida por los sables de los generales de Luis Bonaparte. París, todo verdad, y Versalles, todo mentira, una mentira que salía de los labios de Thiers.

«Les doy a ustedes mi palabra, a la que jamás he faltado», dice Thiers a una comisión de alcaldes del departamento de *Seine-et-Oise*. A la Asamblea Nacional le dice que «es la Asamblea más libremente elegida y más liberal que en Francia ha existido»; dice a su abigarrada soldadesca, que es «la admiración del mundo y el mejor ejército que jamás ha tenido Francia»; dice a las provincias que el bombardeo de París llevado a cabo por él es un mito: «Si se han disparado algunos cañonazos, no ha sido por el ejército de Versalles, sino por algunos

138. NdT: vividores adinerados.

139. NdT: damiselas

140. NdE: *El juego de palma* (en francés *jeu de paume*) es un deporte de raqueta practicado desde hace cerca de mil años. Se le relaciona con la pelota vasca y la valenciana, y es el antecesor del tenis y en general de todos los deportes de raqueta. En un principio el juego consistía en golpear con la palma de la mano (*paume* en francés), una pelota confeccionada con piel de oveja.

insurrectos empeñados en hacernos creer que luchan, cuando en realidad no se atreven a asomar sus caras». Poco después, dice a las provincias que «la artillería de Versalles no bombardea a París, sino que simplemente lo cañonea». Dice al arzobispo de París que las pretendidas ejecuciones y represalias(!) atribuidas a las tropas de Versalles son puras invenciones. Dice a París que solo ansía «liberarlo de los horribles tiranos que lo oprimen» y que el París de la Comuna no es, en realidad, «más que un puñado de criminales».

El París del señor Thiers no era el verdadero París de la «vil muchedumbre», sino un París fantasma, el París de los *francs-fileurs*¹⁴¹, el París masculino y femenino de los bulevares, el París rico, capitalista; el París dorado, el París ocioso, que ahora corría en tropel a Versalles, a Saint-Denis, a Rueil y a Saint-Germain, con sus lacayos, sus estafadores, su *bohème* literaria y sus *cocottes*. El París para el que la guerra civil no era más que un agradable pasatiempo, el que veía las batallas por un antejo de larga vista, el que contaba los estampidos de los cañonazos y juraba por su honor y el de sus prostitutas que aquella función era mucho mejor que las que representaban en Porte Saint Martin. Allí, los que caían eran muertos de verdad, los gritos de los heridos eran de verdad también, y además, ¡todo era tan intensamente histórico!

Este es el París del señor Thiers, como el mundo de los emigrados de Coblenza era la Francia del señor de Calonne¹⁴².

IV

La primera tentativa de conspiración de los esclavistas para sojuzgar a París logrando su ocupación por los prusianos fracasó ante la negativa de Bismarck. La segunda tentativa, la del 18 de marzo, terminó con la derrota del ejército y la huida a Versalles del Gobierno, que ordenó a todo el aparato administrativo que abandonase sus puestos y le siguiese en la huida. Mediante la simulación de negociaciones de paz con París, Thiers ganó tiempo para preparar la guerra

141. *Francs-fileurs*, literalmente “franco-fugitivos”, era un apodo irónico utilizado para burlarse de los burgueses de París que huyeron de la ciudad cuando esta se hallaba asediada. El sentido irónico de estas dos palabras radicaba en la semejanza de su pronunciación con la de *francs-tireurs* (francotiradores), nombre que se les daba a los guerrilleros franceses que participaban activamente en la guerra contra Prusia.

142. *Coblence*, ciudad alemana que se convirtió en el centro contrarrevolucionario de los emigrados monárquicos que se prepararon para intervenir en contra de la Francia revolucionaria durante la revolución burguesa de 1789. Coblence era la sede del gobierno en el exilio que recibía el apoyo de los Estados absolutos feudales y a cuya cabeza se encontraba Charles Alexandre de Calonne, el fanático ministro reaccionario en tiempos de Luis XVI.

contra él. Pero, ¿de dónde sacar un ejército? Los restos de los regimientos de línea eran escasos en número e inseguros en cuanto a moral. Su llamamiento apremiante a las provincias para que acudiesen en ayuda de Versalles con sus guardias nacionales y sus voluntarios tropezó con una negativa rotunda. Solo Bretaña mandó a luchar bajo una bandera blanca a un puñado de *chouans*¹⁴³, con un corazón de Jesús en tela blanca sobre el pecho y gritando «*Vive le roi!*» («¡Viva el rey!»). Así, Thiers se vio obligado a reunir a toda prisa una turba abigarrada, compuesta por marineros, soldados de infantería de marina, zuavos pontificios, más los gendarmes de Valentin y los *sergents de ville* y *mouchards*¹⁴⁴ de Pietri. Pero este ejército habría sido ridículamente ineficaz sin la incorporación de los prisioneros de guerra imperiales que Bismarck fue entregando a plazos en cantidad suficiente para mantener viva la guerra civil y para tener al Gobierno de Versalles en abyecta dependencia con respecto a Prusia. Durante la guerra misma, la policía versallesa tenía que vigilar al ejército de Versalles, mientras que los gendarmes tenían que arrastrarlo a la lucha, colocándose ellos siempre en los puestos de peligro. Los fuertes que cayeron no fueron conquistados, sino comprados. El heroísmo de los federales convenció a Thiers de que para vencer la resistencia de París no bastaban su genio estratégico ni las bayonetas de que disponía.

Entretanto, sus relaciones con las provincias se hacían cada vez más difíciles. No llegaba un solo mensaje de adhesión para estimular a Thiers y a sus «rurales». Muy al contrario, llegaban de todas partes diputaciones y mensajes pidiendo, en un tono que tenía de todo menos de respetuoso, la reconciliación con París sobre la base del reconocimiento inequívoco de la República, el reconocimiento de las libertades comunales y la disolución de la Asamblea Nacional, cuyo mandato había expirado ya. Estos mensajes afluían en tal número, que en su circular dirigida el 23 de abril a los fiscales, Dufaure, ministro de Justicia de Thiers, les ordenaba considerar como un crimen «el llamamiento a la conciliación». No obstante, en vista de las perspectivas desesperadas que se abrían ante su campaña militar, Thiers se decidió a cambiar de táctica, ordenando que el 30 de abril se celebrasen elecciones municipales en todo el país, sobre la base de la nueva ley municipal dictada por él mismo a

143. *Chouans* es originalmente el nombre con que se conoció a los participantes en los motines contrarrevolucionarios producidos en el Noroeste de Francia durante la revolución burguesa de Francia. En tiempos de la Comuna de París los comuneros bautizaron con este nombre al ejército de Versalles de mentalidad monárquica que fue reclutado en Bretaña.

144. NdT: confidentes.

la Asamblea Nacional. Utilizando, según los casos, las intrigas de sus prefectos y la intimidación policíaca, estaba completamente seguro de que el resultado de la votación en las provincias le permitiría ungir a la Asamblea Nacional con aquel poder moral que jamás había tenido, y obtener por fin de las provincias la fuerza material que necesitaba para la conquista de París.

Thiers se preocupó desde el primer momento en combinar su guerra de bandidaje contra París –glorificada en sus propios boletines– y las tentativas de sus ministros para instaurar de un extremo a otro de Francia el reinado del terror, con una pequeña comedia de conciliación, que había de servirle para más de un fin. Trataba con ello de engañar a las provincias, de seducir a la clase media de París y, sobre todo, de brindar a los pretendidos republicanos de la Asamblea Nacional la oportunidad de esconder su traición contra París detrás de su fe en Thiers. El 21 de marzo, cuando aún no disponía de un ejército, Thiers declaraba ante la Asamblea: «Pase lo que pase, jamás enviaré tropas contra París». El 27 de marzo, intervino de nuevo para decir: «Me he encontrado con la República como un hecho consumado y estoy firmemente decidido a mantenerla». En realidad, en Lyon y en Marsella¹⁴⁵ aplastó la revolución en nombre de la República, mientras en Versalles los bramidos de sus «rurales» ahogaban la simple mención de su nombre. Después de esta hazaña, rebajó el «hecho consumado» a la categoría de hecho hipotético. A los príncipes de Orleans, que Thiers había alejado de Burdeos por precaución, se les permitía ahora intrigar en Dreux¹⁴⁶, lo cual era una violación flagrante de la ley. Las concesiones prometidas por Thiers, en sus interminables entrevistas con los delegados de París y provincias, aunque variaban constantemente de tono y de color, según el tiempo y las circunstancias, se reducían siempre, en el fondo, a la promesa de que su venganza se limitaría al «puñado de criminales complicados en los asesinatos de Lecomte y Clément Thomas», bien entendido que bajo la condición de que París y Francia aceptasen

145. Bajo la influencia de la revolución proletaria en París, que dio nacimiento a la Comuna de París, comenzaron movimientos revolucionarios de masas en Lyon, Marsella y en muchas otras ciudades de Francia. El 22 de marzo, la Guardia Nacional y el pueblo trabajador de Lyon tomaron el *Hôtel de Ville*. El 26 de marzo, luego de la llegada de una delegación de París, fue proclamada la Comuna en Lyon. Aunque la comisión de la Comuna – nombrada para preparar las elecciones a la comuna – poseía una fuerza armada, renunció finalmente al poder debido a su falta de contacto con el pueblo y con la Guardia Nacional. Un nuevo levantamiento de los obreros de Lyon ocurrido el 30 de abril fue cruelmente reprimido por el ejército y la policía.

En Marsella la población en rebeldía ocupó el *Hôtel de Ville*, arrestó al prefecto, constituyó la “comisión departamental” y decidió realizar elecciones para la comuna el 5 de abril. El estallido revolucionario de Marsella fue aplastado el 4 de abril por tropas gubernamentales que bombardearon la ciudad.

146. Dreux es una comuna (división administrativa de menor nivel en Francia) situada en el departamento de Eure-et-Loir, en la región de Centro, a unos 80 kilómetros de París.

sin reservas al señor Thiers como la mejor de las repúblicas posibles, tal como él había hecho en 1830 con Luis Felipe. Pero hasta estas mismas concesiones, no solo se cuidaba de ponerlas en tela de juicio mediante los comentarios oficiales que hacía a través de sus ministros en la Asamblea, sino que, además, tenía a su Dufaure para actuar. Dufaure, viejo abogado orleanista, había sido juez supremo de todos los estados de sitio, lo mismo ahora, en 1871, bajo Thiers, que en 1839, bajo Luis Felipe, y en 1849, bajo la presidencia de Luis Bonaparte¹⁴⁷. Durante su cesantía de ministro, había reunido una fortuna defendiendo los pleitos de los capitalistas de París y había acumulado un capital político pleiteando contra las leyes elaboradas por él mismo. Ahora, no contento con hacer que la Asamblea Nacional votase a toda prisa una serie de leyes de represión que, después de la caída de París, habían de servir para extirpar los últimos vestigios de las libertades republicanas en Francia¹⁴⁸, trazó de antemano la suerte que había de correr París, al abreviar los trámites de los Tribunales de Guerra¹⁴⁹, que le parecían demasiado lentos, y al presentar una nueva ley draconiana de deportación. La Revolución de 1848, al abolir la pena de muerte para los delitos políticos, la había sustituido por la deportación. Luis Bonaparte no se atrevió, por lo menos en teoría, a restablecer el régimen de la guillotina. Y la Asamblea de los «rurales», que aún no

147. Se refiere a los esfuerzos de Dufaure para consolidar el régimen de la Monarquía de Julio durante el período del levantamiento armado de la *Société des Saisons* (Sociedad de las Estaciones) en el mes de mayo de 1839, así como al papel desempeñado por Dufaure en la lucha contra la oposición pequeñoburguesa de los *Montagnards* en tiempos de la Segunda República, en junio de 1849. Un intento de revolución hecho el 12 de mayo de 1839 por la *Société des Saisons* —una sociedad secreta republicano-socialista— y dirigido por Louis Blanqui y Armand Barbès, no buscó el apoyo de las masas y asumió un carácter conspirativo; este levantamiento fue reprimido por el ejército gubernamental y por la Guardia Nacional. A fin de combatir el peligro de una revolución, se formó un nuevo gabinete, al cual se unió Dufaure.

Durante una aguda crisis política ocurrida en junio de 1849, ocasionada por la oposición de los *Montagnards* al presidente de la República Luis Bonaparte, Dufaure, ministro del Interior de entonces propuso la adopción de una serie de decretos contra el sector revolucionario de la Guardia Nacional, así como contra los demócratas y los socialistas.

148. Se refiere a la ley aprobada por la Asamblea Nacional “Sobre la prosecución contra los agravios de la prensa”, que vino a reforzar las cláusulas de las anteriores leyes de prensa reaccionarias (la de 1819 y la de 1849) y que estableció duras sanciones, incluida la de proscripción, para aquellas publicaciones que acogieran opiniones contrarias al Gobierno. Se refiere asimismo a la rehabilitación de funcionarios del Segundo Imperio que habían sido destituidos de su cargo, a la ley especial sobre el procedimiento para la devolución de las propiedades confiscadas por la Comuna, y a la definición de tales confiscaciones como un atentado criminal.

149. La ley sobre los procedimientos de los tribunales militares que Dufaure sometió a la aprobación de la Asamblea Nacional, abrevió más aún los procesos judiciales estipulados en el “Código de Justicia Militar” de 1857. Ella ratificó el derecho del Comandante del Ejército y del ministro de Guerra a llevar a efecto procesos judiciales a su libre discreción, sin necesidad de averiguaciones previas; en tales circunstancias, los juicios, incluidos los recursos de apelación, tenían que ser resueltos y ejecutados en un término de 48 horas.

se atrevía a insinuar siquiera que los parisinos no eran rebeldes sino asesinos, no tuvo más remedio que limitarse, en la venganza que preparaba contra París, a la nueva ley de deportaciones de Dufaure. Bajo todas estas circunstancias, Thiers no habría podido seguir representando su comedia de conciliación, si esta comedia no hubiese arrancado, como él precisamente quería, gritos de rabia entre los «rurales», cuyas cabezas rumiantes no podían comprender la farsa, ni todo lo que la farsa exigía en cuanto a hipocresía, tergiversación y dilaciones.

Ante la proximidad de las elecciones municipales del 30 de abril, el día 27 Thiers representó una de sus grandes escenas conciliatorias. En medio de un torrente de retórica sentimental, exclamó desde la tribuna de la Asamblea: «La única conspiración que hay contra la República es la de París, que nos obliga a derramar sangre francesa. No me cansaré de repetirlo: ¡que aquellas manos suelten las armas infames que empuñan y el castigo se detendrá inmediatamente mediante un acto de paz del que solo quedará excluido un puñado de criminales!» Y como los «rurales» le interrumpieran violentamente, replicó: «Decidme, señores, os lo suplico, si estoy equivocado. ¿De veras deploráis que yo haya podido declarar aquí que los criminales no son en verdad más que un puñado? ¿No es una suerte, en medio de nuestras desgracias, que quienes fueron capaces de derramar la sangre de Clément Thomas y del general Lecomte solo representan raras excepciones?».

Sin embargo, Francia no prestó oídos a aquellos discursos que Thiers creía que eran cantos de sirena parlamentaria. De los 700.000 concejales elegidos en los 35.000 municipios que aún conservaba Francia, los legitimistas, orleanistas y bonapartistas coaligados no obtuvieron siquiera 8.000. Las diferentes votaciones complementarias arrojaron resultados aún más hostiles. De este modo, en vez de sacar de las provincias la fuerza material que tanto necesitaba, la Asamblea perdía hasta su último título de fuerza moral: el de ser expresión del sufragio universal de la nación. Para remachar la derrota, los ayuntamientos recién elegidos amenazaron a la Asamblea usurpadora de Versalles con convocar una contraasamblea en Burdeos.

Por fin había llegado para Bismarck el tan esperado momento de lanzarse a la acción decisiva. Ordenó perentoriamente a Thiers que mandase a Fráncfort delegados plenipotenciarios para sellar definitivamente la paz. Obedeciendo humildemente a la llamada de su señor, Thiers se apresuró a enviar a su fiel Jules Favre, asistido por Pouyer-Quertier. Pouyer-Quertier, «eminente» hilandero de algodón de Ruán, ferviente y hasta servil partidario del Segundo Imperio, jamás había descubierto en este ninguna falta, fuera de su tratado comercial

con Inglaterra¹⁵⁰, atentatorio para los intereses de su propio negocio. Apenas instalado en Burdeos como ministro de Hacienda de Thiers, denunció este «nefasto» tratado, sugirió su pronta derogación y tuvo incluso el descaro de intentar, aunque en vano (pues echó sus cuentas sin Bismarck), el inmediato restablecimiento de los antiguos aranceles protectores contra Alsacia, donde, según él, no existía el obstáculo de ningún tratado internacional anterior. Este hombre, que veía en la contrarrevolución un medio para rebajar los salarios en Ruán, y en la entrega a Prusia de las provincias francesas un medio para subir los precios de sus artículos en Francia, ¿no era este el hombre predestinado para ser elegido por Thiers, en su última y culminante traición, como digno auxiliar de Jules Favre?

A la llegada a Fráncfort de esta magnífica pareja de delegados plenipotenciarios, el brutal Bismarck los recibió con este dilema categórico: «¡O la restauración del Imperio, o la aceptación sin reservas de mis condiciones de paz!». Entre estas condiciones entraba la de acortar los plazos en que había de pagarse la indemnización de guerra y la prórroga de la ocupación de los fuertes de París por las tropas prusianas mientras Bismarck no estuviese satisfecho con el estado de cosas reinante en Francia. De este modo, Prusia era reconocida como supremo árbitro de la política interior francesa. A cambio de esto, ofrecía soltar, para que exterminase a París, al ejército bonapartista que tenía prisionero y prestarle el apoyo directo de las tropas del emperador Guillermo. Como prenda de su buena fe, se prestaba a que el pago del primer plazo de la indemnización se subordinase a la «pacificación» de París. Huelga decir que Thiers y sus delegados plenipotenciarios se apresuraron a tragar esta sabrosa carnada. El Tratado de Paz fue firmado por ellos el 10 de mayo y ratificado por la Asamblea de Versalles el 18 del mismo mes.

En el intervalo entre la conclusión de la paz y la llegada de los prisioneros bonapartistas, Thiers se creyó tanto más obligado a reanudar su comedia de reconciliación cuanto que los republicanos, sus instrumentos, estaban apremiantemente necesitados de un pretexto que les permitiese cerrar los ojos ante los preparativos para la carnicería de París. Todavía el 8 de mayo

150. Se refiere al Tratado Comercial concluido entre Inglaterra y Francia el 23 de enero de 1860. Se estipuló en dicho tratado la renuncia de Francia a la política de aranceles prohibitivos y se la reemplazó con derechos aduaneros que no debían exceder el 30 por ciento del valor de las mercancías. Este tratado dio a Francia el derecho a exportar, libre de impuestos, la mayor parte de sus mercancías a Inglaterra. Concluido el tratado, el extenso flujo de mercancías inglesas hacia Francia aumentó enormemente la competencia en su mercado interno y despertó el descontento de los fabricantes franceses.

contestaba a una comisión de conciliadores de la clase media: «Tan pronto como los insurrectos se decidan a capitular, las puertas de París se abrirán de par en par durante una semana para todos, con la sola excepción de los asesinos de los generales Clément Thomas y Lecomte».

Pocos días después, interpelado violentamente por los «rurales» acerca de estas promesas, se negó a entrar en ningún género de explicaciones; pero no sin hacer esta alusión significativa: «Os digo que entre vosotros hay hombres impacientes, hombres que tienen demasiada prisa. Que aguarden otros ocho días; al cabo de ellos, el peligro habrá pasado y la tarea estará a la altura de su valentía y capacidad». Tan pronto como Mac-Mahon¹⁵¹ pudo garantizarle que en breve plazo podría entrar en París, Thiers declaró ante la Asamblea que «entraría en París con la ley en la mano y exigiendo una expiación cumplida a los miserables que habían sacrificado vidas de soldados y destruido monumentos públicos». Al acercarse el momento decisivo, dijo a la Asamblea Nacional: «¡Seré implacable!»; a París, que no había salvación para él; y a sus bandidos bonapartistas que se les daba carta blanca para vengarse de París a discreción. Por último, cuando el 21 de mayo la traición abrió las puertas de la ciudad al general Douay¹⁵², Thiers pudo descubrir el día 22 a los «rurales» el «objetivo» de su comedia de reconciliación, que tanto se habían obstinado en no comprender: «Os dije hace pocos días que nos estábamos acercando a nuestro objetivo; hoy vengo a deciros que el objetivo está alcanzado. ¡El triunfo del orden, de la justicia y de la civilización se consiguió por fin!».

Así era. La civilización y la justicia del orden burgués aparecen en todo su siniestro esplendor dondequiera que los esclavos y los parias de este orden osan rebelarse contra sus señores. En tales momentos, esa civilización y esa justicia se muestran como lo que son: salvajismo descarado y venganza sin ley. Cada nueva crisis que se produce en la lucha de clases entre los productores y los apropiadores hace resaltar este hecho con mayor claridad. Hasta las

151. NdE: *Patrice de Mac-Mahon*, conde de Mac Mahon, duque de Magenta y mariscal de Francia (1808-1893). Militar y político francés. Una vez proclamada la Tercera República Francesa, el presidente Adolphe Thiers encarga a Mac-Mahon el mando de las tropas del gobierno llamado "de Versalles" al estallar la Comuna de París en marzo de 1871. Su represión de la sublevación popular será particularmente sangrienta: 30 000 muertos civiles, 38 000 personas encarceladas y 7 000 deportadas.

152. NdE: *Charles Félix Valera* (1816-1879) fue general, en el ejército francés cuya carrera abarcó el reinado del rey Luis Felipe, la Segunda República Francesa, el Segundo Imperio Francés de Napoleón III, y los primeros años de la Tercera República. Douay llevó a su cuarto Cuerpo del Ejército en contra de la Comuna de París. Él fue el primero en entrar en París.

atrocidades cometidas por la burguesía en junio de 1848 palidecen ante la infamia indescriptible de 1871. El heroísmo abnegado con que la población de París –hombres, mujeres y niños– luchó por espacio de ocho días después de la entrada de los versalleses en la ciudad, refleja la grandeza de su causa, como las hazañas infernales de la soldadesca reflejan el espíritu innato de esa civilización, de la que es el brazo vengador y mercenario. ¡Gloriosa civilización esta, cuyo gran problema estriba en saber cómo desprenderse de los montones de cadáveres hechos por ella después de haber cesado la batalla!

Para encontrar un paralelo con la conducta de Thiers y de sus perros de presa hay que remontarse a los tiempos de Sila y de los dos triunviratos romanos¹⁵³. Las mismas matanzas en masa a sangre fría; el mismo desdén, en la matanza, para la edad y el sexo; el mismo sistema de torturas a los prisioneros; las mismas proscripciones pero ahora de toda una clase; la misma batida salvaje contra los jefes escondidos, para que ni uno solo se escape; las mismas delaciones de enemigos políticos y personales; la misma indiferencia ante la carnicería de personas completamente ajenas a la contienda. No hay más que una diferencia, y es que los romanos no disponían de *mitrailleuses* para despachar a los proscritos en masa y que no actuaban «con la ley en la mano» ni con el grito de «civilización» en los labios.

Y tras estos horrores, volvamos la vista a otro aspecto, todavía más repugnante, de esa civilización burguesa, tal como su propia prensa lo describe.

«Mientras a lo lejos –escribe el corresponsal parisino de un periódico conservador de Londres– se oyen todavía disparos sueltos y entre las tumbas

153. Se refiere a la situación de terror y de sangrienta represión durante el período de aguda lucha político-social en la antigua Roma, y a diferentes etapas de la crisis dentro de la República Romana esclavista en el siglo I a. C.

La Dictadura de Sila (82-79 a.n.e.) –Sila, lacayo de la nobleza esclavista– estuvo acompañado por el genocidio cometido contra los representantes de los grupos hostiles a los esclavistas. Fue bajo su dominio cuando se establecieron por primera vez las proscripciones, es decir, listas de personas a las que cualquier romano tenía el derecho de matar sin fórmula de juicio.

Los dos Triunviratos de Roma (60-53 y 43-36 a.n.e.). Un triunvirato era la dictadura de los tres más influyentes generales romanos que se dividían el Poder entre sí. El primer triunvirato fue el que encabezaron Pompeyo, César y Craso; y el segundo, el de Octavio, Antonio y Lépido. El triunvirato representó una fase en la lucha por la liquidación de la República Romana y por la formación de un régimen de monarquía absoluta. Los dos triunviratos emplearon ampliamente el método de la liquidación física de sus adversarios. A la caída de los dos triunviratos siguió una guerra civil sangrienta en la que se mataban unos con otros.

del cementerio de *Père-Lachaise*¹⁵⁴ agonizan infelices heridos abandonados; mientras 6.000 insurrectos aterrados vagan en una agonía de desesperación en el laberinto de las catacumbas y por las calles se ven todavía infelices llevados a rastras para ser segados en montón por las *mitrailleuses* (armas de fuego), resulta indignante ver los cafés llenos de bebedores de ajeno y de jugadores de billar y de dominó; ver cómo las mujeres del vicio deambulan por los bulevares y oír cómo el estrépito de las orgías en los *cabinets particuliers* (habitaciones privadas) de los restaurantes distinguidos turban el silencio de la noche». El señor Edouard Hervé escribe en el *Journal de Paris*¹⁵⁵, periódico de Versalles suprimido por la Comuna: «El modo cómo la población de París(!) manifestó ayer su satisfacción era más que frívolo, y tememos que se agrave con el tiempo. París presenta ahora un aire de día de fiesta lamentablemente poco apropiado. Si no queremos que nos llamen los parisinos de la decadencia, debemos poner término a tal estado de cosas». Y a continuación cita el pasaje de Tácito: «Y sin embargo, a la mañana siguiente de aquella horrible batalla y aun antes de haberse terminado, Roma, degradada y corrompida, comenzó a revolcarse de nuevo en la charca de voluptuosidad que destruía su cuerpo y encenagaba su alma –*alibi proelia et vulnera, alibi balneapopinaeque* (aquí combates y heridas, allí baños y festines)»¹⁵⁶. El señor Hervé solo se olvida de aclarar que la «población de París» de que él habla es, exclusivamente, la población del París del señor Thiers: los *francs-fileurs* que volvían en tropel de Versalles, de Saint Denis, de Rueil y de Saint Germain, el París de la «decadencia».

En cada uno de sus triunfos sangrientos sobre los abnegados paladines de una sociedad nueva y mejor, esta infame civilización, basada en la esclavización del trabajo, ahoga los gemidos de sus víctimas en un clamor salvaje de calumnias, que encuentran eco en todo el orbe. Los perros de presa del «orden» transforman de pronto en un infierno el sereno París obrero de la Comuna. ¿Y qué es lo que demuestra este tremendo cambio a las mentes burguesas de todos

154. NdE: El cementerio del *Père-Lachaise* es el cementerio más grande de París intramuros y uno de los más conocidos en el mundo. Está situado en el XX Distrito y tiene la peculiaridad de que muchos parisinos lo utilizan como si fuera un parque. Al sur del cementerio se encuentra el muro de los Federados, contra el cual 147 comuneros, dirigentes de la Comuna de París (1871), fueron fusilados el 28 de mayo de 1871 tras la caída del gobierno insurrecto.

155. *Journal de Paris*, semanario que se publicó en París a partir de 1867. Apoyó a los monarquistas orleanistas.

156. Estos dos pasajes han sido citados de un artículo escrito por el publicista francés *Edouard Hervé*, que apareció en el *Journal de Paris*, en su edición 138, el 31 de mayo de 1871. En cuanto a la cita de Tácito, véase *Historias* de Tácito, Libro III, cap. 83.

los países? ¡Demuestra, sencillamente, que la Comuna se ha amotinado contra la civilización! El pueblo de París, lleno de entusiasmo, muere por la Comuna en número no igualado por ninguna batalla de la historia. ¿Qué demuestra esto? ¡Demuestra, sencillamente que la Comuna no era el gobierno propio del pueblo, sino la usurpación del poder por un puñado de criminales! Las mujeres de París dan alegremente sus vidas en las barricadas y ante los pelotones de ejecución. ¿Qué demuestra esto? ¡Demuestra, sencillamente, que el demonio de la Comuna las ha convertido en Megeras¹⁵⁷ y Hécates¹⁵⁸! La moderación de la Comuna durante los dos meses de su dominación indiscutida solo es igualada por el heroísmo de su defensa. ¿Qué demuestra esto? ¡Demuestra, sencillamente, que durante dos meses, la Comuna ocultó cuidadosamente bajo una careta de moderación y de humanidad la sed de sangre de sus instintos satánicos, para darle rienda suelta en la hora de su agonía!

En el momento del heroico holocausto de sí mismo, el París obrero envolvió en llamas edificios y monumentos. Cuando los esclavizadores del proletariado descuartizan su cuerpo vivo, no deben seguir abrigando la esperanza de retornar en triunfo a los muros intactos de sus casas. El Gobierno de Versalles grita: «¡Incendiarlos!», y susurra esta consigna a todos sus agentes, hasta en la aldea más remota, para que acosen a sus enemigos por todas partes como incendiarios profesionales. La burguesía del mundo entero, que mira complacida la matanza en masa después de la lucha, ¡se estremece de horror ante la profanación del ladrillo y la argamasa!

Cuando los gobiernos dan a sus flotas de guerra carta blanca para «matar, quemar y destruir», ¿dan o no dan carta blanca a incendiarios? Cuando las tropas británicas prendieron fuego alegremente al Capitolio de Washington o al Palacio de Verano del Emperador de China¹⁵⁹ ¿eran o no incendiarias? Cuando

157. NdE: *Megera* (idioma griego: Μεγαιρα, significado: «La de los celos» o «La celosa») es un personaje de la mitología griega. Es una de las tres erinias, diosas infernales del castigo y la venganza divina. Se considera que Megera es la más terrible de las tres Erinias, pues es ella la encargada de castigar todas aquellas vejaciones que se cometen contra las mujeres, especialmente los de la infidelidad.

158. NdE: *Hécate* (en griego antiguo *κάτη Hekátē* o *κάτα Hekáta*) fue originalmente una diosa de las tierras salvajes y los partos.

159. En agosto de 1814, durante la Guerra Anglo-estadounidense, las tropas inglesas, al apoderarse de Washington, incendiaron el Capitolio (el edificio del Congreso), la Casa Blanca y otros edificios públicos. En octubre de 1860, durante la guerra colonial librada por Gran Bretaña y Francia contra China, las tropas anglo-francesas saquearon y luego quemaron el Palacio Yuan Ming Yuan, que quedaba cerca de Pekín, y que constituía un gran tesoro artístico y arquitectónico.

los prusianos, no por razones militares, sino por mero espíritu de venganza, hicieron arder con ayuda del petróleo poblaciones enteras como Chateaudun¹⁶⁰ e innumerables aldeas, ¿eran o no incendiarios? Cuando Thiers bombardeó a París durante seis semanas, bajo el pretexto de que solo quería prender fuego a las casas en que había gente, ¿era o no incendiario? En la guerra, el fuego es un arma tan legítima como cualquier otra. Los edificios ocupados por el enemigo son bombardeados para prenderles fuego. Y si sus defensores se ven obligados a evacuarlos, ellos mismos los incendian, para evitar que los atacantes se apoyen en ellos. El ser pasto de las llamas ha sido siempre el destino ineludible de los edificios situados en el frente de combate de todos los ejércitos regulares del mundo. ¡Pero he aquí que en la guerra de los esclavizados contra los esclavizadores –la única guerra justificada de la historia– este argumento ya no es válido en absoluto! La Comuna se sirvió del fuego pura y exclusivamente como de un medio de defensa. Lo empleó para cortar el avance de las tropas de Versalles por aquellas avenidas largas y rectas que Haussmann había abierto expresamente para el fuego de la artillería; lo empleó para cubrir la retirada, del mismo modo que los versalleses, al avanzar, emplearon sus granadas, que destruyeron, por lo menos, tantos edificios como el fuego de la Comuna. Todavía no se sabe a ciencia cierta qué edificios fueron incendiados por los defensores y cuáles por los atacantes. Y los defensores no recurrieron al fuego hasta que las tropas versallesas no habían comenzado su matanza en masa de prisioneros. Además, la Comuna había anunciado públicamente, desde hacía mucho tiempo, que, empujada al extremo, se enterraría entre las ruinas de París y haría de esta capital un segundo Moscú; cosa que el Gobierno de Defensa Nacional había prometido también hacer, claro que solo como disfraz, para encubrir su traición. Trochu había preparado el petróleo necesario para esta eventualidad. La Comuna sabía que a sus enemigos no les importaban las vidas del pueblo de París, pero que en cambio les importaban mucho los edificios parisinos de su propiedad. Por otra parte, Thiers había hecho ya saber que sería implacable en su venganza. Apenas vio, de un lado, a su ejército en orden de batalla y del otro, a los prusianos cerrando la salida, exclamó: «¡Seré inexorable! ¡El castigo será completo y la justicia severa!». Si los actos de los obreros de

160. NdE: *La batalla de Châteaudun* fue un momento culminante de la guerra franco-prusiana de 1870, que enfrentó al ejército alemán frente al ejército francés el 18 de octubre 1870. Después de la toma de la ciudad, el ejército prusiano continúa su camino con el propósito de sitiar París. Una pequeña guarnición de francotiradores y guardias de asalto recupera la ciudad para el ejército francés. Los prusianos vuelven con un destacamento de doce mil hombres, con veinte y cuatro piezas de artillería y ametralladoras, más de seis mil hombres en reserva en caso de necesidad. Incendian la ciudad como represalia. Doscientas sesenta y tres casas cayeron presa de las llamas.

París fueron de vandalismo, era el vandalismo de la defensa desesperada, no un vandalismo de triunfo, como aquel de que los cristianos dieron prueba al destruir los tesoros artísticos, realmente inestimables de la antigüedad pagana. Pero incluso este vandalismo ha sido justificado por los historiadores como un accidente inevitable y relativamente insignificante, en comparación con aquella lucha titánica entre una sociedad nueva que surgía y otra vieja que se derrumbaba. Y aún menos se parecía al vandalismo de un Haussmann, que arrasó el París histórico, para dejar sitio al París de los ociosos.

Pero ¡y la ejecución por la Comuna de los sesenta y cuatro rehenes, con el Arzobispo de París a la cabeza! La burguesía y su ejército restablecieron en junio de 1848 una costumbre que había desaparecido desde hacía largo tiempo de las prácticas guerreras: la de fusilar a sus prisioneros indefensos. Desde entonces, esta costumbre brutal ha encontrado la adhesión más o menos estricta de todos los aplastadores de conmociones populares en Europa y en la India, demostrando con ello que constituye un verdadero «progreso de la civilización». Por otra parte, los prusianos restablecieron en Francia la práctica de tomar rehenes; personas inocentes a quienes se hacía responder con sus vidas de los actos de otros. Cuando Thiers, como hemos visto, puso en práctica desde el primer momento la humana costumbre de fusilar a los comuneros apresados, la Comuna, para proteger sus vidas, se vio obligada a recurrir a la práctica prusiana de tomar rehenes. Las vidas de estos rehenes ya habían sido condenadas repetidas veces por los incesantes fusilamientos de prisioneros a manos de las tropas versallesas. ¿Quién podía seguir guardando sus vidas después de la carnicería con que los pretorianos¹⁶¹ de Mac-Mahon celebraron su entrada en París? ¿Había de convertirse también en una burla la última medida –la toma de rehenes– con que se aspiraba a contener el salvajismo desenfrenado de los gobiernos burgueses? El verdadero asesino del arzobispo Darboy es Thiers. La Comuna propuso repetidas veces el canje del arzobispo y de otro montón de clérigos por un solo prisionero, Blanqui, que Thiers tenía entonces en sus garras. Y Thiers se negó tenazmente. Sabía que entregando a Blanqui daría a la Comuna una cabeza, mientras que el arzobispo serviría

161. *Pretorianos* era el nombre que se daba en la antigua Roma a los privilegiados guardias privados de los generales y del emperador. En tiempos del Imperio Romano, los pretorianos participaban constantemente en rivalidades internas y a menudo colocaban en el trono a sus protegidos. Luego la palabra “pretoriano” se convirtió en sinónimo de mercenario y en apelativo de todos aquellos que cometían ultrajes e imponían el dominio arbitrario de camarillas militares.

mejor a sus fines como cadáver. Thiers seguía aquí las huellas de Cavaignac¹⁶². ¿Acaso en junio de 1848 Cavaignac y sus gentes del Orden no habían lanzado gritos de horror, estigmatizando a los insurrectos como asesinos del arzobispo Affre? Y ellos sabían perfectamente que el arzobispo había sido fusilado por las tropas del Partido del Orden. Jacquemet, vicario general del arzobispo que había asistido a la ejecución, se lo había certificado inmediatamente después de ocurrir esta.

Todo este coro de calumnias, que el Partido del Orden, en sus orgías de sangre, no deja nunca de alzar contra sus víctimas, solo demuestra que el burgués de nuestros días se considera el legítimo heredero del antiguo señor feudal, para quien todas las armas eran buenas contra los plebeyos, mientras que en manos de estos toda arma constituía por sí sola un crimen.

La conspiración de la clase dominante para aplastar la revolución por medio de una guerra civil montada bajo el patronato del invasor extranjero – conspiración que hemos ido siguiendo desde el mismo 4 de septiembre hasta la entrada de los pretorianos de Mac-Mahon por la puerta de Saint-Cloud– culminó en la carnicería de París. Bismarck se deleita ante las ruinas de París, en las que ha visto tal vez el primer paso de aquella destrucción general de las grandes ciudades que había sido su sueño dorado cuando no era más que un simple «rural» en los escaños de la *Chambre introuvable* prusiana de 1849¹⁶³. Se deleita ante los cadáveres del proletariado de París. Para él, esto no es solo el exterminio de la revolución; es además el aniquilamiento de Francia, que ahora queda decapitada de veras, y por obra del propio Gobierno francés. Con la superficialidad que caracteriza a todos los estadistas afortunados, no ve más que el aspecto externo de este formidable acontecimiento histórico. ¿Cuándo había brindado la historia el espectáculo de un conquistador que coronaba su

162. NdE: *Louis-Eugène Cavaignac* (1802-1857) fue un militar y político francés del siglo XIX. Tuvo un papel primordial en la represión de las revueltas obreras de 1848. La Asamblea Nacional decidió que para hacer valer su autoridad había que utilizar la fuerza. El 24 de junio 1848, la Comisión Ejecutiva concedió a Cavaignac plenos poderes para aplastar la revuelta, convirtiéndolo de facto en el Jefe de Estado de Francia, posición que fue confirmada 4 días después, cuando fue nombrado jefe del gobierno. Bajo su mandato, la rebelión obrera fue duramente sofocada y severamente reprimida.

163. Con el término *Chambre introuvable de la Prusse*, semejante a la ultrarreaccionaria *Chambre introuvable* de Francia de 1815 a 1816, Marx se refería al parlamento prusiano elegido entre enero y febrero de 1849 de acuerdo a la Constitución acordada por el rey de Prusia el 5 de diciembre de 1848, día del contrarrevolucionario *coup d'Etat*. De acuerdo con esta Constitución, el parlamento constaba de la privilegiada “Camara de los Señores” aristócratas y la Cámara Baja, cuyos componentes eran elegidos en *dos turnos* únicamente por los llamados “prusianos independientes”; esto aseguró el predominio de los *junkers* burócratas y de los elementos del ala derecha de la burguesía. Bismarck, quien fue elegido para la Cámara Baja, era uno de los líderes del grupo *junker* de la extrema derecha.

victoria convirtiéndose, no solamente en el gendarme, sino también en el sicario del gobierno vencido? Entre Prusia y la Comuna de París no había guerra. Por el contrario, la Comuna había aceptado los preliminares de paz, y Prusia se había declarado neutral. Prusia no era, por tanto, beligerante. Desempeñó el papel de un matón; de un matón cobarde, puesto que no arrastraba ningún peligro; y de un matón a sueldo, porque se había estipulado de antemano que el pago de sus 500 millones teñidos en sangre no sería hecho hasta después de la caída de París. De este modo, se revelaba, por fin, el verdadero carácter de la guerra, de esa guerra ordenada por la Providencia como castigo de la impía y corrompida Francia por la muy moral y piadosa Alemania. Y esta violación sin precedente del derecho de las naciones, incluso en la interpretación de los juristas del viejo mundo, en vez de poner en pie a los gobiernos «civilizados» de Europa para declarar fuera de la ley internacional al felón gobierno prusiano, simple instrumento del gobierno de San Petersburgo, les incita únicamente a preguntarse ¡si las pocas víctimas que consiguen escapar por entre el doble cordón que rodea a París no deberán ser entregadas también al verdugo de Versalles!

El hecho sin precedente de que, después de la guerra más tremenda de los tiempos modernos, el ejército vencedor y el vencido confraternicen en la matanza común del proletariado no representa, como cree Bismarck, el aplastamiento definitivo de la nueva sociedad que avanza, sino el desmoronamiento completo de la sociedad burguesa. La empresa más heroica que aún puede acometer la vieja sociedad es la guerra nacional. Y ahora viene a demostrarse que esto no es más que una añagaza de los gobiernos destinada a aplazar la lucha de clases, y de la que se prescinde tan pronto como esta lucha estalla en forma de guerra civil. La dominación de clase ya no se puede disfrazar bajo el uniforme nacional; todos los gobiernos nacionales son uno solo contra el proletariado.

Después del domingo de Pentecostés de 1871¹⁶⁴, ya no puede haber paz ni tregua posible entre los obreros de Francia y los que se apropian el producto de su trabajo. El puño de hierro de la soldadesca mercenaria podrá tener sujetas, durante

164. NdE: *Pentecostés* (“el quincuagésimo día”) describe la fiesta del quincuagésimo día después de la Pascua (Domingo de Resurrección). La solemnidad de Pentecostés es una fiesta móvil, lo que significa que no se fija en relación al calendario civil, sino que se celebra en fecha variable, según el año y el rito en cuestión. El fondo histórico de tal celebración se basa en la fiesta judía llamada Shavuot (fiesta de las semanas), durante la cual se celebra el quincuagésimo día de la aparición de Dios en el monte Sinaí. Por lo tanto, en el día de Pentecostés también se celebra la entrega de la Ley (*mandamientos*) al pueblo de Israel. Marx, como judío, podría aquí haber utilizado la festividad de Pentecostés a modo de metáfora donde la entrega de los “mandamientos” sería la experiencia histórica de la Comuna de París en su camino al comunismo, y el pueblo elegido sería el proletariado.

cierto tiempo, a estas dos clases, pero la lucha volverá a estallar una y otra vez en proporciones crecientes. No puede haber duda sobre quién será a la postre el vencedor: si los pocos que viven del trabajo ajeno o la inmensa mayoría que trabaja. Y la clase obrera francesa no es más que la vanguardia del proletariado moderno.

Los gobiernos de Europa, mientras atestiguan así, ante París, el carácter internacional de su dominación de clase, braman contra la Asociación Internacional de los Trabajadores —la contraorganización internacional del trabajo frente a la conspiración cosmopolita del capital—, como la fuente principal de todos estos desastres. Thiers la denunció como déspota del trabajo que pretende ser su libertador. Picard ordenó que se cortasen todos los enlaces entre los miembros franceses y extranjeros de la Internacional. El conde de Jaubert, una momia que fue cómplice de Thiers en 1835, declara que el exterminio de la Internacional es el gran problema de todos los gobiernos civilizados. Los «rurales» braman contra ella, y la prensa europea se agrega unánimemente al coro. Un escritor francés honrado, absolutamente ajeno a nuestra Asociación, se expresa en los siguientes términos: «Los miembros del Comité Central de la Guardia Nacional, así como la mayor parte de los miembros de la Comuna, son las cabezas más activas, inteligentes y enérgicas de la Asociación Internacional de los Trabajadores... Hombres absolutamente honrados, sinceros, inteligentes, abnegados, puros y fanáticos en el buen sentido de la palabra». Naturalmente, la mente burguesa, con su contextura policíaca, se figura a la Asociación Internacional de los Trabajadores como una especie de conspiración secreta con un organismo central que ordena de vez en cuando explosiones en diferentes países. En realidad, nuestra Asociación no es más que el lazo internacional que une a los obreros más avanzados de los diversos países del mundo civilizado. Dondequiera que la lucha de clases alcance cierta consistencia, sean cuales fueren la forma y las condiciones en que el hecho se produzca, es lógico que los miembros de nuestra Asociación aparezcan en la vanguardia. El terreno de donde brota nuestra Asociación es la propia sociedad moderna. No es posible exterminarla, por grande que sea la carnicería. Para hacerlo, los gobiernos tendrían que exterminar el despotismo del capital sobre el trabajo, base de su propia existencia parasitaria.

El París de los obreros, con su Comuna, será eternamente ensalzado como heraldo glorioso de una nueva sociedad. Sus mártires tienen su santuario en el gran corazón de la clase obrera. Y a sus exterminadores la historia los ha clavado ya en una picota eterna, de la que no lograrán redimirlos todas las preces de su clérigalla.

MIJAÍL BAKUNIN

LA COMUNA Y LA NOCIÓN DE ESTADO

Esta obra, como todos los escritos que hasta la fecha he publicado, nació de los acontecimientos. Es la continuación natural de las Cartas a un francés, publicadas en septiembre de 1870, y en las cuales tuve el fácil y triste honor de prever y predecir las horribles desgracias que hieren hoy a Francia, y con ella, a todo el mundo civilizado; desgracias contra las que no había ni queda ahora más que un remedio: la revolución social.

Probar esta verdad, de aquí en adelante incontestable, por el desenvolvimiento histórico de la sociedad, y por los hechos mismos que se desarrollan bajo nuestros ojos en Europa, de modo que sea aceptada por todos los hombres de buena fe, por todos los investigadores sinceros de la verdad, y luego exponer francamente, sin reticencia, sin equívocos, los principios filosóficos tanto como los fines prácticos que constituyen, por decirlo así, el alma activa, la base y el fin de lo que llamamos la revolución social, es el objeto del presente trabajo.

La tarea que me impuse no es fácil, lo sé, y se me podría acusar de presunción si aportase a este trabajo una pretensión personal. Pero no hay tal cosa, puedo asegurarlo al lector. No soy ni un sabio ni un filósofo, ni siquiera un escritor de oficio. Escribí muy poco en mi vida y no lo hice nunca sino en caso de necesidad, y solamente cuando una convicción apasionada me forzaba a vencer mi repugnancia instintiva a manifestarme mediante mis escritos.

¿Qué soy yo, y qué me impulsa ahora a publicar este trabajo? Soy un buscador apasionado de la verdad y un enemigo no menos encarnizado de las ficciones perjudiciales de que el partido del orden, ese representante oficial, privilegiado e interesado de todas las ignominias religiosas, metafísicas, políticas, jurídicas, económicas y sociales, presentes y pasadas, pretende servirse hoy todavía para embrutecer y esclavizar al mundo. Soy un amante fanático de la libertad,

considerándola como el único medio en el seno de la cual pueden desarrollarse y crecer la inteligencia, la dignidad y la dicha de los hombres; no de esa libertad formal, otorgada, medida y reglamentada por el Estado, mentira eterna y que en realidad no representa nunca nada más que el privilegio de unos pocos fundado sobre la esclavitud de todo el mundo; no de esa libertad individualista, egoísta, mezquina y ficticia, pregonada por la escuela de J. J. Rousseau, así como todas las demás escuelas del liberalismo burgués, que consideran el llamado derecho de todos, representado por el Estado, como el límite del derecho de cada uno, lo cual lleva necesariamente y siempre a la reducción del derecho de cada uno a cero. No, yo entiendo que la única libertad verdaderamente digna de este nombre es la que consiste en el pleno desenvolvimiento de todas las facultades materiales, intelectuales y morales de cada individuo. Y es que la libertad, la auténtica, no reconoce otras restricciones que las propias de las leyes de nuestra propia naturaleza. Por lo que, hablando propiamente, la libertad no tiene restricciones, puesto que esas leyes no nos son impuestas por un legislador, sino que nos son inmanentes, inherentes, y constituyen la base misma de todo nuestro ser, y no pueden ser vistas como una limitante, sino que más bien debemos considerarlas como las condiciones reales y la razón efectiva de nuestra libertad.

Yo me refiero a la libertad de cada uno que, lejos de agotarse frente a la libertad del otro, encuentra en ella su confirmación y su extensión hasta el infinito; la libertad ilimitada de cada uno por la libertad de todos, la libertad en la solidaridad, la libertad en la igualdad; la libertad triunfante sobre el principio de la fuerza bruta y el principio de autoridad que nunca ha sido otra cosa que la expresión ideal de esa fuerza; la libertad que, después de haber derribado todos los ídolos celestes y terrestres, fundará y organizará un mundo nuevo: el de la humanidad solidaria, sobre la ruina de todas la Iglesias y de todos los Estados.

Soy un partidario convencido de la igualdad económica y social, porque sé que fuera de esa igualdad, la libertad, la justicia, la dignidad humana, la moralidad y el bienestar de los individuos, lo mismo que la prosperidad de las naciones, no serán más que otras tantas mentiras. Pero, partidario incondicional de la libertad, esa condición primordial de la humanidad, pienso que la igualdad debe establecerse en el mundo por la organización espontánea del trabajo y de la propiedad colectiva de las asociaciones productoras libremente organizadas y federadas en las comunas, mas no por la acción suprema y tutelar del Estado.

Este es el punto que nos divide a los socialistas revolucionarios de los comunistas autoritarios que defienden la iniciativa absoluta del Estado. El fin

es el mismo, ya que ambos deseamos por igual la creación de un orden social nuevo, fundado únicamente sobre la organización del trabajo colectivo en condiciones económicas de irrestricta igualdad para todos, teniendo como base la posesión colectiva de los instrumentos de trabajo.

Ahora bien, los comunistas se imaginan que podrían llegar a eso por el desenvolvimiento y por la organización de la potencia política de las clases obreras, y principalmente del proletariado de las ciudades, con ayuda del radicalismo burgués, mientras que los socialistas revolucionarios, enemigos de toda ligazón y de toda alianza equívoca, pensamos que no se puede llegar a ese fin más que por el desenvolvimiento y la organización de la potencia no política sino social de las masas obreras, tanto de las ciudades como de los campos, comprendidos en ellas los hombres de buena voluntad de las clases superiores que, rompiendo con todo su pasado, quieran unirse francamente a ellas y acepten íntegramente su programa.

He ahí dos métodos diferentes. Los comunistas creen deber el organizar a las fuerzas obreras para posesionarse de la potencia política de los Estados. Los socialistas revolucionarios nos organizamos teniendo en cuenta su inevitable destrucción, o, si se quiere una palabra más cortés, teniendo en cuenta la liquidación de los Estados. Los comunistas son partidarios del principio y de la práctica de la autoridad, los socialistas revolucionarios no tenemos confianza más que en la libertad. Partidarios unos y otros de la ciencia que debe liquidar a la fe, los primeros quisieran imponerla y nosotros nos esforzamos en propagarla, a fin de que los grupos humanos se convenzan por ellos mismos, se organicen y se federen de manera espontánea, libre; de abajo hacia arriba conforme a sus intereses reales, pero nunca siguiendo un plan trazado de antemano e impuesto a las masas ignorantes por algunas inteligencias superiores.

Los socialistas revolucionarios pensamos que hay mucha más razón práctica y espíritu en las aspiraciones instintivas y en las necesidades reales de las masas populares, que en la inteligencia profunda de todos esos doctores y tutores de la humanidad que, a tantas tentativas frustradas para hacerla feliz, pretenden añadir otro fracaso más. Los socialistas revolucionarios pensamos, al contrario, que la humanidad ya se ha dejado gobernar bastante tiempo, demasiado tiempo, y se ha convencido de que la fuente de sus desgracias no reside en tal o cual forma de gobierno, sino en el principio y en el hecho mismo del gobierno, cualquiera que este sea.

Esta es, en fin, la contradicción que existe entre el comunismo científicamente desarrollado por la escuela alemana y aceptado en parte por los socialistas

americanos e ingleses, y el socialismo revolucionario ampliamente desenvuelto y llevado hasta sus últimas consecuencias por el proletariado de los países latinos.

El socialismo revolucionario llevó a cabo un intento práctico en la Comuna de París.

Soy un partidario de la Comuna de París, la que no obstante haber sido masacrada y sofocada en sangre por los verdugos de la reacción monárquica y clerical, no por eso ha dejado de hacerse más vivaz, más poderosa en la imaginación y en el corazón del proletariado de Europa; soy partidario de ella sobre todo porque ha sido una audaz negativa del Estado.

Es un hecho histórico el que esa negación del Estado se haya manifestado precisamente en Francia, que ha sido hasta ahora el país más proclive a la centralización política; y que haya sido precisamente París, la cabeza y el creador histórico de esa gran civilización francesa, el que haya tomado la iniciativa. París, abdicando de su corona y proclamando con entusiasmo su propia decadencia para dar la libertad y la vida a Francia, a Europa, al mundo entero; París, afirmando nuevamente su potencia histórica de iniciativa al mostrar a todos los pueblos esclavos el único camino de emancipación y de salvación; París, que da un golpe mortal a las tradiciones políticas del radicalismo burgués y una base real al socialismo revolucionario; París, que merece de nuevo las maldiciones de todas las gentes reaccionarias de Francia y de Europa; París, que se envuelve en sus ruinas para dar un solemne desmentido a la reacción triunfante; que salva, con su desastre, el honor y el porvenir de Francia y demuestra a la humanidad que si bien la vida, la inteligencia y la fuerza moral se han retirado de las clases superiores, se conservaron enérgicas y llenas de porvenir en el proletariado; París, que inaugura la era nueva, la de la emancipación definitiva y completa de las masas populares y de su real solidaridad a través y a pesar de las fronteras de los Estados; París, que mata la propiedad y funda sobre sus ruinas la religión de la humanidad; París, que se proclama humanitario y ateo y reemplaza las funciones divinas por las grandes realidades de la vida social y la fe por la ciencia; las mentiras y las iniquidades de la moral religiosa, política y jurídica por los principios de la libertad, de la justicia, de la igualdad y de la fraternidad, fundamentos eternos de toda moral humana; París heroico y racional confirmando con su caída el inevitable destino de la humanidad, transmitiéndolo mucho más enérgico y viviente a las generaciones venideras; París, inundado en la sangre de sus hijos más generosos. París, representación de la humanidad crucificada por la reacción internacional bajo la inspiración

inmediata de todas las iglesias cristianas y del gran sacerdote de la iniquidad, el Papa. Pero la próxima revolución internacional y solidaria de los pueblos será la resurrección de París.

Tal es el verdadero sentido y tales las consecuencias bienhechoras e inmensas de los dos meses memorables de la existencia y de la caída imperecedera de la Comuna de París.

La Comuna de París ha durado demasiado poco tiempo y ha sido demasiado obstaculizada en su desenvolvimiento interior por la lucha mortal que debió sostener contra la reacción de Versalles, para que haya podido, no digo aplicar, sino elaborar teóricamente su programa socialista. Por lo demás, es preciso reconocerlo, la mayoría de los miembros de la Comuna no eran socialistas propiamente y, si se mostraron tales, es que fueron arrastrados invisiblemente por la fuerza irresistible de las cosas, por la naturaleza de su ambiente, por las necesidades de su posición y no por su convicción íntima. Los socialistas, a la cabeza de los cuales se coloca naturalmente nuestro amigo Varlin, no formaban en la Comuna más que una minoría ínfima; a lo sumo no eran más que unos catorce o quince miembros. El resto estaba compuesto por jacobinos. Pero entendámonos, hay jacobinos y jacobinos. Existen los jacobinos abogados y doctrinarios, como el señor Gambetta, cuyo republicanismo positivista, presuntuoso, despótico y formalista, habiendo repudiado la antigua fe revolucionaria y no habiendo conservado del jacobinismo más que el culto de la unidad y de la autoridad, entregó la Francia popular a los prusianos y más tarde a la reacción interior; y existen los jacobinos francamente revolucionarios, los héroes, los últimos representantes sinceros de la fe democrática de 1793, capaces de sacrificar su unidad y su autoridad bien amadas, a las necesidades de la revolución, ante todo; y como no hay revolución sin masas populares, y como esas masas tienen eminentemente hoy el instinto socialista y no pueden ya hacer otra revolución que una revolución económica y social, los jacobinos de buena fe, dejándose arrastrar más y más por la lógica del movimiento revolucionario, acabaron convirtiéndose en socialistas a su pesar.

Tal fue precisamente la situación de los jacobinos que formaron parte de la Comuna de París. Delescluze y muchos otros firmaron proclamas y programas cuyo espíritu general y cuyas promesas eran positivamente socialistas. Pero como a pesar de toda su buena fe y de toda su buena voluntad no eran más que individuos arrastrados al campo socialista por la fuerza de las circunstancias, como no tuvieron tiempo ni capacidad para vencer y suprimir en ellos el

cúmulo de prejuicios burgueses que estaban en contradicción con el socialismo, hubieron de paralizarse y no pudieron salir de las generalidades, ni tomar medidas decisivas que hubiesen roto para siempre todas sus relaciones con el mundo burgués.

Fue una gran desgracia para la Comuna y para ellos; fueron paralizados y paralizaron la Comuna; pero no se les puede reprochar como una falta. Los hombres no se transforman de un día a otro y no cambian de naturaleza ni de hábitos a voluntad. Han probado su sinceridad haciéndose matar por la Comuna. ¿Quién se atreverá a pedirles más?

Son tanto más excusables cuanto que el pueblo de París mismo, bajo la influencia del cual han pensado y obrado, era mucho más socialista por instinto que por idea o convicción reflexiva. Todas sus aspiraciones son en el más alto grado y exclusivamente socialistas; pero sus ideas o más bien sus representaciones tradicionales están todavía bien lejos de haber llegado a esta altura. Hay todavía muchos prejuicios jacobinos, muchas imaginaciones dictatoriales y gubernamentales en el proletariado de las grandes ciudades de Francia y aun en el de París. El culto a la autoridad religiosa, esa fuente histórica de todas las desgracias, de todas las depravaciones y de todas las servidumbres populares no ha sido desarraigado aún completamente de su seno. Esto es tan cierto que hasta los hijos más inteligentes del pueblo, los socialistas más convencidos, no llegaron aún a libertarse de una manera completa de ella. Mirad su conciencia y encontraréis al jacobino, al gubernamentalista, rechazado hacia algún rincón muy oscuro y vuelto muy modesto, es verdad, pero no enteramente muerto.

Por otra parte, la situación del pequeño número de los socialistas convencidos que han constituido parte de la Comuna era excesivamente difícil. No sintiéndose suficientemente sostenidos por la gran masa de la población parisiense, influenciando apenas sobre unos millares de individuos, la organización de la Asociación Internacional, por lo demás muy imperfecta, han debido sostener una lucha diaria contra la mayoría jacobina. ¡Y en medio de qué circunstancias! Les ha sido necesario dar trabajo y pan a algunos centenares de millares de obreros, organizarlos y armarlos combatiendo al mismo tiempo las maquinaciones reaccionarias en una ciudad inmensa como París, asediada, amenazada por el hambre, y entregada a todas las sucias empresas de la reacción que había podido establecerse y que se mantenía en Versalles, con el permiso y por la gracia de los prusianos. Les ha sido necesario oponer un gobierno y un ejército revolucionarios al gobierno y al ejército de Versalles, es decir, que para

combatir la reacción monárquica y clerical, han debido, olvidando y sacrificando ellos mismos las primeras condiciones del socialismo revolucionario, organizarse en reacción jacobina.

¿No es natural que en medio de circunstancias semejantes, los jacobinos, que eran los más fuertes, puesto que constituían la mayoría en la Comuna y que además poseían en un grado infinitamente superior el instinto político, la tradición y la práctica de la organización gubernamental, hayan tenido inmensas ventajas sobre los socialistas? De lo que hay que asombrarse es de que no se hayan aprovechado mucho más de lo que lo hicieron, de que no hayan dado a la sublevación de París un carácter exclusivamente jacobino y de que se hayan dejado arrastrar, al contrario, a una revolución social.

Sé que muchos socialistas, muy consecuentes en su teoría, reprochan a nuestros amigos de París el no haberse mostrado suficientemente socialistas en su práctica revolucionaria, mientras que todos los ladrones de la prensa burguesa los acusan, al contrario, de no haber seguido más que demasiado fielmente el programa del socialismo. Dejemos por el momento a un lado a los innobles denunciadores de esa prensa, y observemos que los severos teóricos de la emancipación del proletariado son injustos hacia nuestros hermanos de París porque, entre las teorías más justas y su práctica, hay una distancia inmensa que no se franquea en algunos días. El que ha tenido la dicha de conocer a Varlin, por ejemplo, para no nombrar sino a aquel cuya muerte es cierta, sabe cómo han sido apasionadas, reflexivas y profundas en él y en sus amigos las convicciones socialistas. Eran hombres cuyo celo ardiente, cuya abnegación y buena fe no han podido ser nunca puestas en duda por nadie de los que se les hayan acercado. Pero precisamente porque eran hombres de buena fe, estaban llenos de desconfianza en sí mismos al tener que poner en práctica la obra inmensa a que habían dedicado su pensamiento y su vida. Tenían por lo demás la convicción de que en la revolución social, diametralmente opuesta a la revolución política, la acción de los individuos es casi nula y, por el contrario, la acción espontánea de las masas lo es todo. Todo lo que los individuos pueden hacer es elaborar, aclarar y propagar las ideas que corresponden al instinto popular y además contribuir con sus esfuerzos incesantes a la organización revolucionaria del potencial natural de las masas, pero nada más, siendo el pueblo trabajador al que corresponde hacerlo todo. Ya que actuando de otro modo se llegaría a la dictadura política, es decir, a la reconstitución del Estado, de los privilegios, de las desigualdades, llegándose al restablecimiento de la esclavitud política, social, económica de las masas populares.

Varlin y sus amigos, como todos los socialistas sinceros, y en general como todos los trabajadores nacidos y educados en el pueblo, compartían en el más alto grado esa prevención perfectamente legítima contra la iniciativa continua de los mismos individuos, contra la dominación ejercida por las individualidades superiores; y como ante todo eran justos, dirigían también esa prevención, esa desconfianza, contra sí mismos más que contra todas las otras personas. Contrariamente a ese pensamiento de los comunistas autoritarios, según mi opinión, completamente erróneo, de que una revolución social puede ser decretada y organizada sea por una dictadura, sea por una asamblea constituyente salida de una revolución política, nuestros amigos, los socialistas de París, han pensado que no podía ser hecha y llevada a su pleno desenvolvimiento más que por la acción espontánea y continua de las masas, de los grupos y de las asociaciones populares.

Nuestros amigos de París han tenido mil veces razón. Porque, en efecto, por general que sea, ¿cuál es la cabeza, o si se quiere hablar de una dictadura colectiva, aunque estuviese formada por varios centenares de individuos dotados de facultades superiores, cuáles son los cerebros capaces de abarcar la infinita multiplicidad y diversidad de los intereses reales, de las aspiraciones, de las voluntades, de las necesidades cuya suma constituye la voluntad colectiva de un pueblo, y capaces de inventar una organización social susceptible de satisfacer a todo el mundo? Esa organización no será nunca más que un lecho de Procusto¹⁶⁵ sobre el cual, la violencia más o menos marcada del Estado forzaría a la desgraciada sociedad a extenderse. Esto es lo que sucedió siempre hasta ahora, y es precisamente a este sistema antiguo de la organización por la fuerza a lo que la revolución social debe poner un término, dando a las masas su plena libertad, a los grupos, a las comunas, a las asociaciones, a los individuos mismos, y destruyendo de una vez por todas la causa histórica de todas las violencias, el poder y la existencia misma del Estado, que debe arrastrar en su

165. NdE: De la mitología griega (literalmente «estirador»). Se le consideraba hijo de Poseidón. Procusto tenía su casa en las colinas, donde ofrecía posada al viajero solitario. Allí lo invitaba a tumbarse en una cama de hierro donde, mientras el viajero dormía, lo amordazaba y ataba a las cuatro esquinas del lecho. Si la víctima era alta, Procusto la acostaba en una cama corta y procedía a serrar las partes de su cuerpo que sobresalían: los pies y las manos o la cabeza. Si por el contrario era más baja, la invitaba a acostarse en una cama larga, donde también la maniataba y descoyuntaba a martillazos hasta estirla (de aquí viene su nombre).

Procusto se ha convertido en un símbolo de conformismo y uniformización. Una cama de Procusto es un estándar arbitrario para el que se fuerza una conformidad exacta. Se aplica también a aquella falacia seudocientífica en la que se tratan de deformar los datos de la realidad para que se adapten a la hipótesis previa.

caída todas las iniquidades del derecho jurídico con todas las mentiras de los cultos diversos, pues ese derecho y esos cultos no han sido nunca nada más que la consagración obligada, tanto ideal como real, de todas las violencias representadas, garantizadas y privilegiadas por el Estado.

Es evidente que la libertad no será dada al género humano, y que los intereses reales de la sociedad, de todos los grupos, de todas las organizaciones locales así como de todos los individuos que la forman, no podrán encontrar satisfacción real más que cuando no haya Estados. Es evidente que todos los intereses llamados generales de la sociedad, que el Estado pretende representar y que en realidad no son otra cosa que la negación general y consciente de los intereses positivos de las regiones, de las comunas, de las asociaciones y del mayor número de individuos a él sometidos, constituyen una ficción, una obstrucción, una mentira, y que el Estado es como una carnicería y como un inmenso cementerio donde, a su sombra, acuden generosa y beatamente, a dejarse inmolar y enterrar, todas las aspiraciones reales, todas las fuerzas vivas de un país; y como ninguna abstracción existe por sí misma, ya que no tiene ni piernas para caminar, ni brazos para crear, ni estómago para digerir esa masa de víctimas que se le da para devorar, es claro que también la abstracción religiosa o celeste de Dios representa en realidad los intereses positivos, reales, de una casta privilegiada: el clero, y su complemento terrestre, la abstracción política, el Estado, representa los intereses no menos positivos y reales de la clase explotadora que tiende a englobar todas las demás: la burguesía. Y como el clero está siempre dividido y hoy tiende a dividirse todavía más en una minoría muy poderosa y muy rica, y una mayoría muy subordinada y hasta cierto punto miserable. Por su parte, la burguesía y sus diversas organizaciones políticas y sociales, en la industria, en la agricultura, en la banca y en el comercio, al igual que en todos los órganos administrativos, financieros, judiciales, universitarios, policiales y militares del Estado, tiende a escindirse cada día más en una oligarquía realmente dominadora y en una masa innumerable de seres más o menos vanidosos y más o menos decaídos que viven en una perpetua ilusión, rechazados inevitablemente y empujados, cada vez más, hacia el proletariado por una fuerza irresistible: la del desenvolvimiento económico actual, quedando reducidos a servir de instrumentos ciegos de esa oligarquía omnipotente.

La abolición de la Iglesia y del Estado debe ser la condición primaria e indispensable de la liberación real de la sociedad; después de eso, ella sola puede y debe organizarse de otro modo, pero no de arriba a abajo y según un plan

ideal, soñado por algunos sabios, o bien a golpes de decretos lanzados por alguna fuerza dictatorial o hasta por una asamblea nacional elegida por el sufragio universal. Tal sistema, como lo he dicho ya, llevaría inevitablemente a la creación de un nuevo Estado, y, por consiguiente, a la formación de una aristocracia gubernamental, es decir, de una clase entera de gentes que no tienen nada en común con la masa del pueblo y, ciertamente, esa clase volvería a explotar y a someter bajo el pretexto de la felicidad común, o para salvar al Estado.

La futura organización social debe ser estructurada solamente de abajo a arriba, por la libre asociación y federación de los trabajadores, en las asociaciones primero, después en las comunas, en las regiones, en las naciones y finalmente en una gran federación internacional y universal. Es únicamente entonces cuando se realizará el orden verdadero y vivificador de la libertad y de la dicha general, ese orden que, lejos de renegar, afirma y pone de acuerdo los intereses de los trabajadores y los de la sociedad.

Se dice que el acuerdo y la solidaridad universal de los individuos y de la sociedad no podrá realizarse nunca porque esos intereses, siendo contradictorios, no están en condición de contrapesarse ellos mismos o bien de llegar a un acuerdo cualquiera. A una objeción semejante responderé que si hasta el presente los intereses no han estado nunca ni en ninguna parte en acuerdo mutuo, ello tuvo su causa en el Estado, que sacrificó los intereses de la mayoría en beneficio de una minoría privilegiada. He ahí por qué esa famosa incompatibilidad y esa lucha de intereses personales con los de la sociedad, no es más que otro engaño y una mentira política, nacida de la mentira teológica que imaginó la doctrina del pecado original para deshonar al hombre y destruir en él la conciencia de su propio valor. Esa misma idea falsa del antagonismo de los intereses fue creada también por los sueños de la metafísica que, como se sabe, es próxima pariente de la teología. Desconociendo la sociabilidad de la naturaleza humana, la metafísica consideraba la sociedad como un agregado mecánico y puramente artificial de individuos asociados repentinamente en nombre de un tratado cualquiera, formal o secreto, concluido libremente, o bien bajo la influencia de una fuerza superior. Antes de unirse en sociedad, esos individuos, dotados de una especie de alma inmortal, gozaban de una absoluta libertad.

Pero si los metafísicos, sobre todo los que creen en la inmortalidad del alma, afirman que los hombres fuera de la sociedad son seres libres, nosotros llegamos entonces inevitablemente a una conclusión: que los hombres no pueden unirse en sociedad más que a condición de renegar de su libertad,

de su independencia natural y de sacrificar sus intereses, personales primero y grupales después. Tal renunciamiento y tal sacrificio de sí mismos debe ser por eso tanto más imperioso cuanto que la sociedad es más numerosa y su organización más compleja. En tal caso, el Estado es la expresión de todos los sacrificios individuales. Existiendo bajo una semejante forma abstracta, y al mismo tiempo violenta, continúa perjudicando más y más la libertad individual en nombre de esa mentira que se llama felicidad pública, aunque es evidente que esta no representa más que los intereses de la clase dominante. El Estado, de ese modo, se nos aparece como una negación inevitable y como una aniquilación de toda libertad, de todo interés individual y general.

Se ve aquí que en los sistemas metafísicos y teológicos, todo se asocia y se explica por sí mismo. He ahí por qué los defensores lógicos de esos sistemas pueden y deben, con la conciencia tranquila, continuar explotando las masas populares por medio de la Iglesia y del Estado. Llenándose los bolsillos y sacando todos sus sucios deseos, pueden al mismo tiempo consolarse con el pensamiento de que penan por la gloria de Dios, por la victoria de la civilización y por la felicidad eterna del proletariado.

Pero nosotros, que no creemos ni en Dios ni en la inmortalidad del alma, ni en la propia libertad de la voluntad, afirmamos que la libertad debe ser comprendida, en su acepción más completa y más amplia, como fin del progreso histórico de la humanidad. Por un extraño aunque lógico contraste, nuestros adversarios idealistas, de la teología y de la metafísica, toman el principio de la libertad como fundamento y base de sus teorías, para concluir buenamente en la indispensabilidad de la esclavitud de los hombres. Nosotros, materialistas en teoría, tendemos en la práctica a crear y hacer duradero un idealismo racional y noble. Nuestros enemigos, idealistas divinos y trascendentes, caen hasta el materialismo práctico, sanguinario y vil, en nombre de la misma lógica, según la cual todo desenvolvimiento es la negación del principio fundamental. Estamos convencidos de que toda la riqueza del desenvolvimiento intelectual, moral y material del hombre, lo mismo que su aparente independencia, son el producto de la vida en sociedad. Fuera de la sociedad, el hombre no solamente no será libre, sino que no será hombre verdadero, es decir, un ser que tiene conciencia de sí mismo, que siente, piensa y habla. El concurso de la inteligencia y del trabajo colectivo ha podido forzar al hombre a salir del estado de salvaje y de bruto que constituía su naturaleza primaria. Estamos profundamente convencidos de la siguiente verdad: que toda la vida de los hombres, es decir, sus intereses, tendencias, necesidades, ilusiones, e incluso sus tonterías, tanto

como las violencias, y las injusticias que en carne propia sufren, no representa más que la consecuencia de las fuerzas fatales de la vida en sociedad. Las gentes no pueden admitir la idea de independencia mutua, sin renegar de la influencia recíproca de la correlación de las manifestaciones de la naturaleza exterior.

En la naturaleza misma, esa maravillosa correlación y filiación de los fenómenos no se ha conseguido sin lucha. Al contrario, la armonía de las fuerzas de la naturaleza no aparece más que como resultado verdadero de esa lucha constante que es la condición misma de la vida y el movimiento. En la naturaleza y en la sociedad el orden sin lucha es la muerte.

Si en el universo el orden natural es posible, es únicamente porque ese universo no es gobernado según algún sistema imaginado de antemano e impuesto por una voluntad suprema. La hipótesis teológica de una legislación divina conduce a un absurdo evidente y a la negación, no sólo de todo orden, sino de la naturaleza misma. Las leyes naturales no son reales más que en tanto son inherentes a la naturaleza, es decir, en tanto que no son fijadas por ninguna autoridad. Estas leyes no son más que simples manifestaciones, o bien continuas modalidades de hechos muy variados, pasajeros, pero reales. El conjunto constituye lo que llamamos naturaleza. La inteligencia humana y la ciencia observaron estos hechos, los controlaron experimentalmente, después los reunieron en un sistema y los llamaron leyes. Pero la naturaleza misma no conoce leyes; obra inconscientemente, representando por sí misma la variedad infinita de los fenómenos que aparecen y se repiten de una manera fatal. He ahí por qué, gracias a esa inevitabilidad de la acción, el orden universal puede existir y existe de hecho.

Un orden semejante aparece también en la sociedad humana que evoluciona en apariencia de un modo llamado antinatural, pero en realidad se somete a la marcha natural e inevitable de las cosas. Solo que la superioridad del hombre sobre los otros animales y la facultad de pensar unieron a su desenvolvimiento un elemento particular que, como todo lo que existe, representa el producto material de la unión y de la acción de las fuerzas naturales. Este elemento particular es el razonamiento, o bien esa facultad de generalización y de abstracción gracias a la cual el hombre puede proyectarse por el pensamiento, examinándose y observándose como un objeto exterior extraño. Elevándose, por las ideas, por sobre sí mismo, así como por sobre el mundo circundante, logra arribar a la representación de la abstracción perfecta: a la nada absoluta. Este límite último de la más alta abstracción del pensamiento, esa nada absoluta, es Dios.

He ahí el sentido y el fundamento histórico de toda doctrina teológica. No comprendiendo la naturaleza y las causas materiales de sus propios pensamientos, no dándose cuenta tampoco de las condiciones o leyes naturales que le son especiales, los hombres de la Iglesia y del Estado no pueden imaginar a los primeros hombres en sociedad, puesto que sus nociones absolutas no son más que el resultado de la facultad de concebir ideas abstractas. He ahí por qué consideraron esas ideas, sacadas de la naturaleza, como objetos reales ante los cuales la naturaleza misma cesaba de ser algo. Luego se dedicaron a adorar a sus ficciones, sus imposibles nociones de absoluto, y a prodigarles todos los honores. Pero era preciso, de una manera cualquiera, figurar y hacer sensible la idea abstracta de la nada o de Dios. Con este fin inflaron la concepción de la divinidad y la dotaron de todas las cualidades, buenas y malas, que encontraban sólo en la naturaleza y en la sociedad.

Tal fue el origen y el desenvolvimiento histórico de todas las religiones, comenzando por el fetichismo y acabando por el cristianismo.

No tenemos la intención de lanzarnos en la historia de los absurdos religiosos, teológicos y metafísicos, y menos aún de hablar del despliegue sucesivo de todas las encarnaciones y visiones divinas creadas por siglos de barbarie. Todo el mundo sabe que la superstición dio siempre origen a espantosas desgracias y obligó a derramar ríos de sangre y lágrimas. Diremos solo que todos esos repulsivos extravíos de la pobre humanidad fueron hechos históricos inevitables en su desarrollo y en la evolución de los organismos sociales. Tales extravíos engendraron en la sociedad esta idea fatal que domina la imaginación de los hombres: la idea de que el universo es gobernado por una fuerza y por una voluntad sobrenaturales. Los siglos sucedieron a los siglos, y las sociedades se habituaron hasta tal punto a esta idea que finalmente mataron en ellas toda tendencia hacia un progreso más lejano y toda capacidad para llegar a él.

La ambición de algunos individuos y de algunas clases sociales erigió en principio la esclavitud y la conquista, y enraizaron la terrible idea de la divinidad. Desde entonces, toda sociedad fue imposible sin tener como base éstas dos instituciones: la Iglesia y el Estado. Estas dos plagas sociales son defendidas por todos los doctrinarios.

Apenas aparecieron estas dos instituciones en el mundo, se organizaron repentinamente dos castas sociales: la de los sacerdotes y la de los aristócratas, que sin perder tiempo se preocuparon en inculcar profundamente al pueblo subyugado la indispensabilidad, la utilidad y la santidad de la Iglesia y del Estado.

Todo eso tenía por fin transformar la esclavitud brutal en una esclavitud legal, prevista, consagrada por la voluntad del Ser Supremo.

Pero ¿creían sinceramente los sacerdotes y los aristócratas en esas instituciones que sostenían con todas sus fuerzas en su interés particular?, ¿o acaso no eran más que mistificadores y embusteros? No, respondo; creo que al mismo tiempo eran creyentes e impostores.

Ellos creían, también, porque compartían natural e inevitablemente los extravíos de la masa y es solo después, en la época de la decadencia del mundo antiguo, cuando se hicieron escépticos y embusteros. Existe otra razón que permite considerar a los fundadores de los Estados como gentes sinceras: el hombre cree fácilmente en lo que desea y en lo que no contradice a sus intereses; no importa que sea inteligente e instruido, ya que por su amor propio y por su deseo de convivir con sus semejantes y de aprovecharse de su respeto creará siempre en lo que le es agradable y útil. Estoy convencido de que, por ejemplo, Thiers y el gobierno versallés se esforzaron a toda costa por convencerse de que matando en París a algunos millares de hombres, de mujeres y de niños, salvaban a Francia.

Pero si los sacerdotes, los augures, los aristócratas y los burgueses, de los viejos y de los nuevos tiempos, pudieron creer sinceramente, no por eso dejaron de ser siempre mistificadores. No se puede, en efecto, admitir que hayan creído en cada una de las ideas absurdas que constituyen la fe y la política. No hablo siquiera de la época en que, según Cicerón, los augures no podían mirarse sin reír. Aun en los tiempos de la ignorancia y de la superstición general es difícil suponer que los inventores de milagros cotidianos hayan sido convencidos de la realidad de esos milagros. Igual se puede decir de la política, según la cual es preciso subyugar y explotar al pueblo de tal modo, que no se queje demasiado de su destino, que no se olvide someterse y no tenga el tiempo para pensar en la resistencia y en la rebelión.

¿Cómo, pues, imaginar después de eso que las gentes que han transformado la política en un oficio y conocen su objeto —es decir, la injusticia, la violencia, la mentira, la traición, el asesinato en masa y aislado— puedan creer sinceramente en el arte político y en la sabiduría de un Estado generador de la felicidad social? No pueden haber llegado a ese grado de estupidez, a pesar de toda su crueldad. La Iglesia y el Estado han sido en todos los tiempos grandes escuelas de vicios. La historia está ahí para atestiguar sus crímenes; en todas partes y siempre el sacerdote y el estadista han sido los enemigos y los verdugos conscientes, sistemáticos, implacables y sanguinarios de los pueblos.

Pero, ¿cómo conciliar dos cosas en apariencia tan incompatibles: los embusteros y los engañados, los mentirosos y los creyentes? Lógicamente eso

parece difícil; sin embargo, en la realidad, es decir, en la vida práctica, esas cualidades se asocian muy a menudo.

Son mayoría las gentes que viven en contradicción consigo mismas. No lo advierten hasta que algún acontecimiento extraordinario las saca de la somnolencia habitual y las obliga a echar un vistazo sobre ellos y sobre su derredor.

En política como en religión, los hombres no son más que máquinas en manos de los explotadores. Pero tanto los ladrones como sus víctimas, los opresores como los oprimidos, viven unos al lado de otros, gobernados por un puñado de individuos a los que conviene considerar como verdaderos explotadores. Así, son esas gentes que ejercen las funciones de gobierno, las que maltratan y oprimen. Desde los siglos XVII y XVIII, hasta la explosión de la Gran Revolución, al igual que en nuestros días, mandan en Europa y obran casi a su capricho. Y ya es necesario pensar que su dominación no se prolongará largo tiempo. En tanto que los jefes principales engañan y pierden a los pueblos, sus servidores, o las hechuras de la Iglesia y del Estado, se aplican con celo a sostener la santidad y la integridad de esas odiosas instituciones. Si la Iglesia, según dicen los sacerdotes y la mayor parte de los estadistas, es necesaria a la salvación del alma, el Estado, a su vez, es también necesario para la conservación de la paz, del orden y de la justicia; y los doctrinarios de todas las escuelas gritan: ¡sin iglesia y sin gobierno no hay civilización ni progreso!

No tenemos que discutir el problema de la salvación eterna, porque no creemos en la inmortalidad del alma. Estamos convencidos de que la más perjudicial de las cosas, tanto para la humanidad, para la libertad y para el progreso, lo es la Iglesia. ¿No es acaso a la iglesia a quien incumbe la tarea de pervertir las jóvenes generaciones, comenzando por las mujeres? ¿No es ella la que por sus dogmas, sus mentiras, su estupidez y su ignominia tiende a matar el razonamiento lógico y la ciencia? ¿Acaso no afecta a la dignidad del hombre al pervertir en él la noción de sus derechos y de la justicia que le asiste? ¿No transforma en cadáver lo que es vivo, no pierde la libertad, no es ella la que predica la esclavitud eterna de las masas en beneficio de los tiranos y de los explotadores? ¿No es ella, esa Iglesia implacable, la que tiende a perpetuar el reinado de las tinieblas, de la ignorancia, de la miseria y del crimen?

Si el progreso de nuestro siglo no es un sueño engañoso, debe conducir al fin de la Iglesia.

(A partir de aquí el manuscrito original es ilegible)



PIOTR KROPOTKIN, 1881

LA COMUNA DE PARÍS

I

El 18 de marzo de 1871, el pueblo de París se sublevó contra un poder detestado y despreciado por todos y declaró la ciudad de París independiente, libre, dueña de sí misma.

Este derribo del poder central se hizo incluso sin la puesta en escena ordinaria de una revolución: ese día no hubo disparos de fusil, ni charcos de sangre vertida tras las barricadas. Los gobernantes se eclipsaron ante el pueblo armado, que se echó a la calle: la tropa evacuó la ciudad, los funcionarios se apresuraron a huir hacia Versalles llevándose todo lo que pudieron llevarse. El gobierno se evaporó, como una charca de agua pútrida con el soplo de un viento de primavera, y el 19, París, sin haber vertido apenas una gota de la sangre de sus hijos, se encontró libre de la contaminación que apestaba la gran ciudad.

Y, sin embargo, la revolución que acababa de realizarse de este modo abría una nueva era en la serie de revoluciones, por las que los pueblos marchan de la esclavitud a la libertad. Bajo el nombre de Comuna de París, nació una idea nueva, llamada a convertirse en el punto de partida de las revoluciones futuras.

Como ocurre siempre con la grandes ideas, no fue el producto de la concepción de un filósofo, de un individuo: nació en el espíritu colectivo, salió del corazón de un pueblo entero; pero al principio fue vaga y muchos entre los mismos que la realizaron y que dieron la vida por ella no la imaginaron entonces tal como la concebimos hoy en día; no se dieron cuenta de la revolución que

inauguraban, de la fecundidad del nuevo principio que intentaban poner en práctica. Fue solo en su aplicación práctica cuando se empezó a entrever su importancia futura; fue solo en el trabajo del pensamiento que ocurrió más tarde cuando este nuevo principio se precisó más y más, se determinó y apareció con toda su lucidez, toda su belleza, su justicia y la importancia de sus resultados.

Desde que el socialismo tomó nuevo impulso en los cinco o seis años que precedieron a la Comuna, una cuestión sobre todo preocupaba a los teóricos de la próxima revolución social. Era la cuestión de saber cuál sería el modo de agrupación política de las sociedades más favorable a esta gran revolución económica que el desarrollo actual de la industria impone a nuestra generación y que debe ser la abolición de la propiedad individual y la puesta en común de todo el capital acumulado por las generaciones precedentes.

La Asociación Internacional de Trabajadores dio esta respuesta. La agrupación, dijo, no debe limitarse a una sola nación: debe extenderse por encima de las fronteras artificiales. Inmediatamente esta gran idea penetró el corazón de los pueblos, se apoderó de los espíritus. Perseguida después por la liga de todas las reacciones, ha sobrevivido sin embargo, y, cuando los obstáculos puestos a su desarrollo sean destruidos a la voz de los pueblos insurgentes, renacerá más fuerte que nunca.

Pero quedaba por saber cuáles iban a ser las partes integrantes de esta vasta Asociación. Entonces dos grandes corrientes de ideas se enfrentaron para responder esta pregunta: el *estado popular*, de una parte; de la otra, la *anarquía*.

Según los socialistas alemanes, el estado debería tomar posesión de todas las riquezas acumuladas y darlas a las asociaciones obreras, organizar la producción y el intercambio, velar por la vida y el funcionamiento de la sociedad.

A esto, la mayor parte de los socialistas de raza latina, a partir de su experiencia, respondían que semejante estado, aun admitiendo que pudiera existir, sería la peor de las tiranías y oponían a este ideal, tomado del pasado, un nuevo ideal, la *anarquía*, es decir, la completa abolición de los estados y la organización de lo simple a lo compuesto por la libre federación de las fuerzas populares, de los productores y los consumidores.

Pronto se admitió, incluso por algunos “estatalistas”, los menos imbuidos de prejuicios gubernamentalistas, que ciertamente la anarquía representa una organización con mucho superior a la apuntada por el estado popular, pero, dicen, el ideal anarquista está tan lejos de nosotros que no hace falta preocuparnos

por él de momento. Por otra parte, falta a la anarquía una fórmula concreta y simple a la vez para precisar su punto de partida, para dar cuerpo a sus ideas, para demostrar que estas se apoyan en una tendencia con existencia real en el pueblo. La federación de las corporaciones de oficio y de grupos de consumidores por encima de las fronteras y al margen de los estados actuales parece todavía muy vaga y es fácil ver al mismo tiempo que no puede comprender toda la diversidad de las manifestaciones humanas. Hacía falta encontrar una fórmula más neta, más aprehensible, con sus elementos primarios en la realidad de las cosas.

Si se hubiera tratado simplemente de elaborar una teoría, habríamos dicho: ¡Qué importan las teorías! Pero, en tanto que una idea nueva no encuentra su enunciado neto, preciso y derivado de las cosas existentes, no se apodera de los espíritus, no los inspira hasta el punto de lanzarlos en una lucha decisiva. El pueblo no se lanza a lo desconocido sin apoyarse en una idea cierta y netamente formulada que le sirva, por así decirlo, de trampolín en su punto de partida.

Fue la vida misma quien se encargó de mostrar este punto de partida.

Durante cinco meses, París, aislado por el sitio, había vivido su propia vida y había aprendido a conocer los inmensos recursos económicos, intelectuales y morales de que disponía; había entrevisto y comprendido su fuerza de iniciativa. Al mismo tiempo, había visto que la banda de bribones que se había hecho con el poder no sabían organizar nada, ni la defensa de Francia ni el desarrollo del interior. Había visto a este gobierno central ponerse en contra de todo aquello que la inteligencia de una gran ciudad podía dar a luz. Había comprendido más que eso: la impotencia de un gobierno, sea el que sea, para detener los grandes desastres, para facilitar la evolución a punto de ocurrir. Sufrió durante un sitio una miseria horrorosa, la miseria de los trabajadores y de los defensores de la ciudad, al lado del lujo insolente de los zánganos, y había visto fracasar, gracias al poder central, todas sus tentativas por poner fin a este régimen escandaloso. Cada vez que el pueblo quería tomar un impulso libre, el gobierno acudía a engrosar las cadenas, a fijar su bola, y la idea nació con toda naturalidad: ¡París debía constituirse en comuna independiente, pudiendo realizar entre sus muros lo que le dictara el pensamiento del pueblo!

Esta palabra: LA COMUNA, se escapó entonces de todas las gargantas.

La Comuna de 1871 no podía ser más que un primer esbozo. Nacida al final de una guerra, rodeada por dos ejércitos dispuestos a darse la mano para aplastar al pueblo, no osó lanzarse completamente a la vía de la revolución económica,

no se declaró francamente socialista, no procedió ni a la expropiación de los capitales ni a la organización del trabajo, ni siquiera al censo general de todos los recursos de la ciudad. Tampoco rompió con la tradición del estado, del gobierno representativo, y no intentó realizar en la Comuna esa organización de lo simple a lo complejo que inauguró proclamando la independencia y la libre federación de las Comunas. Pero es seguro que, si la Comuna de París hubiese vivido algunos meses más, habría sido empujada inevitablemente, por la fuerza de las cosas, hacia estas dos revoluciones. No olvidemos que la burguesía ha precisado de cuatro años de período revolucionario para llegar de la monarquía moderada a la república burguesa y no nos asombraremos de ver que el pueblo de París no haya franqueado de un solo salto el espacio que separa la comuna anarquista del gobierno de los granujas. Y sabremos también que la próxima revolución, en Francia y ciertamente también en España, será comunalista, retomará la obra de la Comuna de París allí donde la han detenido los asesinatos de los versalleses.

La Comuna sucumbió y la burguesía se vengó —sabemos cómo— del miedo que el pueblo le hizo sentir al sacudir el yugo de sus gobernantes. Demostró que realmente hay dos clases en la sociedad moderna: de una parte, el hombre que trabaja, que da al burgués más de la mitad de lo que produce y que, sin embargo, consiente con excesiva facilidad los crímenes de sus amos; por otra parte, el ocioso, el glotón, animado con los instintos de la bestia salvaje, odiando a su esclavo, dispuesto a descuartizarlo como una pieza de caza.

Después de encerrar al pueblo de París y de taponar todas las salidas, lanzaron a los soldados, embrutecidos por el cuartel y el vino, diciéndoles en plena Asamblea: “Matad a esos lobos, a esas lobas y a esos lobeznos!” Y al pueblo le dijeron¹⁶⁶:

Hagas lo que hagas, perecerás. Si te cogemos con las armas en la mano, la muerte; si depones las armas, la muerte; si golpeas, la muerte. Si suplicas, ¡la muerte! Hacia donde gires los ojos: a la derecha, a la izquierda, hacia adelante, hacia atrás, hacia arriba, hacia abajo, ¡la muerte! Tú no sólo estás fuera de la ley, sino fuera de la humanidad. Ni la edad, ni el sexo te salvarán, ni a ti ni a los tuyos. Vas a morir, pero antes conocerás la agonía de tu mujer, de tu hermana, de tu madre, de tus hijas, de tus hijos, ¡incluso en la cuna! Se irá, bajo su mirada, a tomar al herido de la ambulancia para despedazarlo a golpe de bayoneta, para aplastarlo a golpe de

166. Tomamos estas líneas de la *Historia popular y parlamentaria de la Comuna de París* de ARTHUR ARNAULD, obra sobre la que tenemos la satisfacción de llamar la atención de los lectores.

culata. Se lo tomará, vivo aún, por su pierna rota o por su brazo ensangrentado y se lo arrojará al río como a un paquete de basura que grita y sufre.

¡La muerte! ¡La muerte! ¡La muerte!

Y luego, tras la orgía desenfadada sobre los montones de cadáveres, tras el exterminio masivo, la venganza mezquina, y sin embargo atroz, que todavía dura: el gato de siete colas, los grilletes, los raspadores, los latigazos y la porra de los funcionarios de prisiones, los insultos, el hambre, todos los refinamientos de la crueldad.

¿Olvidará el pueblo estas elevadas obras?

“Derribada, pero no vencida”, la Comuna renace hoy. No se trata solo de un sueño de vencidos que acarician en su imaginación un bello espejismo de esperanza; ¡no! “La Comuna” se convierte hoy en el objetivo preciso y visible de la revolución que crece ya junto a nosotros. La idea penetra las masas, les da una bandera y contamos firmemente con la presente generación para realizar la *revolución social en la Comuna, para poner fin a la innoble explotación burguesa, liberar a los pueblos de la tutela del estado, inaugurar en la evolución de la especie humana una nueva era de libertad, de igualdad, de solidaridad.*

II

Diez años nos separan ya del día en que el pueblo de París, derrocando el gobierno de los traidores que se hicieron con el poder a la caída del Imperio, se constituyó en Comuna y proclamó su independencia absoluta¹⁶⁷. Y, sin embargo, es todavía hacia esa fecha del 18 de marzo de 1871, hacia donde se dirigen nuestras miradas, es a ella donde están ligados nuestros mejores recuerdos; es el aniversario de esa jornada memorable lo que el proletariado de dos mundos se propone festejar solemnemente, y, mañana por la tarde, centenares de miles de corazones obreros latirán al unísono, hermanándose a través de fronteras y océanos, en Europa, en los Estados Unidos, en América del Sur, al recuerdo de la revuelta del proletariado parisino.

Porque la idea por la que el proletariado francés vertió su sangre en París y por la que ha sufrido las plagas de Nueva Caledonia es una de esas ideas que, por sí mismas, contienen toda una revolución, una idea amplia que puede acoger bajo los pliegues de su bandera todas las tendencias revolucionarias de los pueblos que marchan hacia su liberación.

167. Escrito en marzo de 1881

Ciertamente, si nos limitamos a observar solo los logros reales y tangibles alcanzados por la Comuna de París, deberemos decir que esta idea no fue suficientemente amplia, que solo abarcó una parte mínima del programa revolucionario. Pero, si observamos, por el contrario, el espíritu que inspiró a las masas del pueblo en el movimiento del 18 de marzo, las tendencias que intentaron salir a la luz y que no tuvieron tiempo para pasar al campo de la realidad porque, antes de florecer, fueron asfixiadas bajo montones de cadáveres, entonces comprenderemos toda la importancia del movimiento y las simpatías que inspira en el seno de las clases obreras de los dos mundos. La Comuna entusiasma los corazones, no por lo que hizo, sino por lo que promete hacer un día.

¿De dónde viene esa fuerza irresistible que atrae hacia el movimiento de 1871 las simpatías de todas las masas oprimidas? ¿Qué idea representa la Comuna de París? Y ¿por qué esa idea es tan atractiva para los proletarios de todos los países, de toda nacionalidad?

La respuesta es fácil. La revolución de 1871 fue un movimiento eminentemente popular. Hecho por el pueblo mismo, nacido espontáneamente en el seno de las masas. Es en la gran masa popular donde encontró sus defensores, sus héroes, sus mártires y sobre todo ese carácter “canalla” que la burguesía no le perdonará jamás. Y, al mismo tiempo, la idea generatriz de esa revolución, vaga, es verdad; inconsciente, quizá, pero, no obstante, bien enunciada a través de todos sus actos, es la idea de la revolución social que intenta establecer al fin, después de tantos siglos de lucha, la verdadera libertad y la verdadera igualdad para todos.

Fue la revolución de la “canalla” yendo a la conquista de sus derechos.

Se ha intentado, es cierto, se intenta aún desnaturalizar el verdadero sentido de esta revolución y presentarla como una simple tentativa de reconquistar la independencia de París y de constituir un pequeño estado dentro de Francia. Pero nada de esto es cierto. París no buscaba aislarse de Francia, como no buscaba conquistarla por las armas; no pretendía encerrarse entre sus muros, como un benedictino en su claustro; no se inspiró en un espíritu estrecho de sacristía. Si reclamó su independencia, si quiso impedir la intrusión en sus asuntos de todo poder central, fue porque veía en esa independencia un medio para elaborar tranquilamente las bases de la organización futura y de realizar en su seno la revolución social, una revolución que habría transformado completamente el régimen de producción y de intercambio, basándolo en la justicia, que habría modificado completamente las relaciones humanas, basándolas en la igualdad, y

que habría rehecho la moral de nuestra sociedad, basándola en los principios de la equidad y de la solidaridad.

La independencia comunal no era, pues, para el pueblo de París más que el medio y la revolución social era el fin.

Este fin se habría alcanzado, ciertamente, si la revolución del 18 de marzo hubiese podido seguir su curso libremente, si el pueblo de París no hubiese sido despedazado, sableado, ametrallado, destripado por los asesinos de Versalles. Encontrar una idea neta, precisa, comprensible para todo el mundo y que resumiera en pocas palabras lo que había que hacer para realizar la revolución, ésa fue, en efecto, la preocupación del pueblo de París desde los primeros días de su independencia. Pero una gran idea no germina en un día, por muy rápida que sea la elaboración y la propagación de las ideas en los períodos revolucionarios. Necesita siempre un cierto tiempo para desarrollarse, para penetrar en las masas y para traducirse en actos, y este tiempo le faltó a la Comuna de París.

Tanto más le faltó, cuanto que, hace diez años, las ideas mismas del socialismo moderno pasaban por un período transitorio. La Comuna nació, por decirlo así, entre dos etapas de desarrollo del socialismo moderno. En 1871, el comunismo autoritario, gubernamental y más o menos religioso de 1848 ya no tenía gancho para los espíritus prácticos y libertarios de nuestra época. ¿Dónde encontrar hoy un parisino que consienta encerrarse en un falansterio¹⁶⁸? Por otra parte, el colectivismo, que quiere atar al mismo carro el trabajo asalariado y la propiedad colectiva, era incomprensible, poco atractivo, erizado de dificultades en su aplicación práctica. Y el comunismo libre, el comunismo anarquista, apenas nacía, apenas osaba afrontar los ataques de los adoradores del gubernamentalismo.

La indecisión reinaba en los espíritus y los mismos socialistas no se sentían capaces de lanzarse a la demolición de la propiedad privada al no tener ante ellos un objetivo bien determinado. Entonces uno se dejaba engañar por este razonamiento que los embaucadores repiten desde hace siglos: “Asegurémonos primero la victoria, después ya se verá lo que puede hacerse”.

168. NdE: *Falansterios*, o *falanges*, es como se denominaba a las comunidades teorizadas por el socialista utópico francés Charles Fourier. Se fundaban en la idea de que cada individuo trabajaría de acuerdo con sus pasiones y no existiría un concepto abstracto y artificial de propiedad, privada o común. Los falansterios son comunidades rurales autosuficientes, que serían la base de la transformación social. Se crearían por acción voluntaria de sus miembros y nunca deberían estar compuestos por más de 1.600 personas, que vivirían juntas en un edificio con todos los servicios colectivos. Las personas trabajarían en función de su capacidad y recibirían en función de sus necesidades.

¡Asegurarse primero la victoria! ¡Como si hubiese manera de constituirse en comuna libre sin tocar la propiedad! ¡Como si hubiese manera de vencer a los enemigos, sin que la gran masa del pueblo esté interesada directamente en el triunfo de la revolución, viendo llegar el bienestar material, intelectual y moral para todos! ¡Se buscaba consolidar primero la Comuna dejando para más tarde la revolución social, mientras que la única manera de proceder era *consolidar la Comuna por medio de la revolución social!*

Ocurrió lo mismo con el principio gubernamental. Proclamando la Comuna libre, el pueblo de París proclamó un principio esencialmente anarquista; pero, como en esa época la idea anarquista había penetrado poco en los espíritus, se detuvo a medio camino y, en el seno de la Comuna, todavía se pronunció por el viejo principio autoritario dándose un Consejo de la Comuna copiado de los consejos municipales.

Si, efectivamente, admitimos que un gobierno central es absolutamente inútil para regir las relaciones de las comunas entre ellas, ¿por qué deberíamos admitir su necesidad para regir las relaciones mutuas de los grupos que constituyen la Comuna? Y, si confiamos a la libre iniciativa de las comunas la tarea de entenderse entre ellas para las empresas que conciernen a varias ciudades al mismo tiempo, ¿por qué rehusar esta misma iniciativa a los grupos de que se compone una comuna? Un gobierno en la Comuna no tiene más razón de ser que un gobierno por encima de la Comuna.

Pero, en 1871, el pueblo de París, que ha derribado tantos gobiernos, sólo estaba en su primer ensayo de rebelión contra el sistema gubernamental en sí mismo: se dejó llevar, pues, por el fetichismo gubernamentalista y se dotó de un gobierno. Se conocen las consecuencias. Envío a sus más abnegados hijos al *Hôtel-de-Ville*. Allí, inmovilizados en medio del papeleo, forzados a gobernar cuando sus instintos les mandaban estar y marchar con el pueblo; forzados a discutir, cuando se precisaba actuar, y perdiendo la inspiración que procede del contacto continuo con las masas, se vieron reducidos a la impotencia. Paralizados por su alejamiento del foco de las revoluciones, el pueblo, paralizaron a su vez la iniciativa popular.

Nacida durante un período de transición, en que las ideas de socialismo y de autoridad sufrían una profunda modificación; nacida al final de una guerra, en un foco aislado, bajo los cañones de los prusianos, la Comuna de París debía sucumbir.

Pero, por su carácter eminentemente popular, comenzó una era nueva en la serie de las revoluciones y, por sus ideas, fue la precursora de la gran revolución

social. Las masacres inauditas, cobardes y feroces con las que la burguesía celebró su caída, la venganza innoble que los verdugos han ejercido durante nueve años en sus prisioneros, estas orgías de caníbales han abierto un abismo entre la burguesía y el proletariado que jamás será rellenado. En la próxima revolución, el pueblo sabrá qué debe hacer; sabrá lo que le espera si no logra una victoria decisiva y actuará en consecuencia.

En efecto, ahora sabemos que el día en que Francia se llene de comunas insurgentes, el pueblo no deberá volver a darse un gobierno y esperar de ese gobierno la iniciativa de medidas revolucionarias. Después de haber barrido los parásitos que lo roen, se apoderará de toda la riqueza social para ponerla en común, según los principios del comunismo anarquista. Y, cuando haya abolido completamente la propiedad, el gobierno y el estado, se constituirá libremente según las necesidades que le serán dictadas por la vida misma. Rompiendo sus cadenas y derribando sus ídolos, la humanidad avanzará entonces hacia un futuro mejor, sin conocer ya ni amos ni esclavos, no guardando veneración más que por los nobles mártires que han pagado con su sangre y sus sufrimientos estos primeros intentos de emancipación que nos han iluminado en nuestra marcha hacia la conquista de la libertad.

III

Las celebraciones y reuniones públicas organizadas el 18 de marzo en todas las ciudades donde hay grupos socialistas constituidos merecen toda nuestra atención, no sólo como una manifestación del ejército de los proletarios, sino más aún como expresión de los sentimientos que animan a los socialistas de los dos mundos. Uno “se cuenta” así mejor que por todos los boletines imaginables y uno formula sus aspiraciones en total libertad, sin dejarse influenciar por consideraciones de táctica electoral.

En efecto, los proletarios reunidos ese día en los mítines ya no se limitan a elogiar el heroísmo del proletariado parisiense, ni a clamar venganza contra las masacres de mayo. Reafirmando en el recuerdo de la lucha heroica de París, van más lejos. Discuten las enseñanzas que hay que extraer de la Comuna de 1871 para la próxima revolución; se preguntan cuáles fueron los errores de la Comuna, y ello no por criticar a los hombres, sino para hacer resaltar cómo los prejuicios sobre la propiedad y la autoridad, que reinaban en ese momento, impidieron a la idea revolucionaria florecer, desarrollarse e iluminar el mundo entero con sus luces vivificadoras.

La enseñanza de 1871 ha aprovechado al proletariado del mundo entero y, rompiendo con los viejos prejuicios, los proletarios han dicho clara y simplemente cómo entienden *su* revolución.

A partir de ahora es seguro que la próxima sublevación de las comunas ya no será simplemente un movimiento *comunalista*. Los que aún piensan que hay que establecer la comuna independiente y después, en esa comuna, ensayar reformas económicas, han sido sobrepasados por el desarrollo del espíritu popular. Es por actos revolucionarios socialistas, aboliendo la propiedad individual, como las comunas de la próxima revolución afirmarán y constituirán su independencia.

El día en que, como consecuencia del desarrollo de la situación revolucionaria, los gobiernos sean barridos por el pueblo y la desorganización arrojada a los campos de la burguesía, que no se mantienen más que por la protección del estado, ese día—y no está lejos— el pueblo insurgente no esperará a que un gobierno cualquiera decreta en su sabiduría inaudita unas reformas económicas. Él mismo abolirá la propiedad individual por medio de la expropiación violenta, tomando posesión, en nombre del pueblo entero, de toda la riqueza social acumulada por el trabajo de las generaciones precedentes. No se limitará a expropiar a los detentadores del capital social por un decreto que sería letra muerta: tomará posesión de él sobre la marcha y establecerá sus derechos utilizándolo sin demora. Se organizará él mismo en el taller para hacerlo funcionar; cambiará su cuchitril por un alojamiento saludable en la casa de un burgués; se organizará para utilizar inmediatamente toda la riqueza acumulada en las ciudades; tomará posesión de esta riqueza como si nunca le hubiese sido robada por la burguesía. Una vez desposeído el barón industrial que extrae su botín del obrero, la producción continuará, desembarazándose de las trabas que la dificultan, aboliendo las especulaciones que la matan y los enredos que la desorganizan y transformándose conforme a las necesidades del momento bajo el impulso que le proporcionará el trabajo libre. “Jamás volverá a cultivarse en Francia como en 1783, después de que la tierra fuese arrebatada de manos de los señores”, escribió Michelet. Jamás se ha trabajado como se trabajará el día en que el trabajo sea libre, en que cada progreso del trabajador sea una fuente de bienestar para toda la Comuna.

Respecto a la riqueza social, se ha intentado establecer una distinción y se ha llegado incluso a dividir al partido socialista a propósito de esta distinción. La escuela que hoy en día se llama *colectivista*, sustituyendo el colectivismo de la antigua Internacional (que no era sino el comunismo antiautoritario), por una especie de colectivismo doctrinario, ha intentado distinguir entre el

capital que sirve a la producción y la riqueza que sirve a las necesidades de la vida. La máquina, la fábrica, la materia prima, las vías de comunicación y el suelo, de una parte; las viviendas, los productos manufacturados, los vestidos, los artículos, de otra. Los unos se convierten en propiedad colectiva; los otros están destinados, según los doctos representantes de esta escuela, a permanecer propiedad individual.

Se ha intentado establecer esta distinción. Pero el buen sentido popular ha dado cuenta de ella rápidamente. Errónea en teoría, ha sucumbido ante la práctica de la vida. Los trabajadores han comprendido que la casa que nos refugia, el carbón y el gas que quemamos, los alimentos que quema la máquina humana para mantener la vida, los vestidos con que el hombre se cubre para preservar su existencia, el libro que lee para instruirse, incluso el adorno que se procura son partes integrantes de su existencia, tan necesarias para el éxito de la producción y para el desarrollo progresivo de la humanidad como las máquinas, las manufacturas, las materias primas y los otros agentes de la producción. Han comprendido que mantener la propiedad individual para estas riquezas sería mantener la desigualdad, la opresión, la explotación, paralizar por adelantado los resultados de la expropiación parcial. Pasando sobre las alambradas puestas en su camino por el colectivismo de los teóricos, marchan directamente a la forma más simple y más práctica del comunismo antiautoritario.

En efecto, en sus reuniones los proletarios revolucionarios afirman claramente su derecho a toda la riqueza social y la necesidad de abolir la propiedad individual tanto sobre los medios de consumo como sobre los de producción. “El día de la revolución, nos apoderaremos de *toda* la riqueza, de *todos* los valores acumulados en las ciudades y los pondremos en común”, dicen los portavoces de la masa obrera y los oyentes lo confirman asintiendo unánimemente.

“Que cada cual coja del montón lo que necesite y estemos seguros de que en los graneros de nuestras ciudades haya alimentos suficientes para alimentar a todo el mundo hasta el día en que la producción libre emprenderá su nueva marcha. En los almacenes de nuestras ciudades, hay suficientes vestidos para vestir a todo el mundo, acumulados allí, sin encontrar salida, al lado de la miseria general. Hay incluso suficientes objetos de lujo para que todo el mundo elija a su gusto”.

He aquí cómo, a juzgar por lo que dice en las reuniones, la masa proletaria afronta la revolución: introducción inmediata del comunismo anarquista y libre organización de la producción. Son dos puntos fijados y, a este respecto,

las comunas de la revolución que ruge a nuestras puertas no repetirán los errores de sus predecesores que, vertiendo generosamente su sangre, han despejado el camino para el futuro.

Un tal acuerdo no se ha establecido todavía, sin estar no obstante lejos de establecerse, sobre otro punto, no menos importante: sobre la cuestión del *gobierno*.

Es sabido que, respecto a esta cuestión, se enfrentan dos escuelas. “Es necesario –dicen los unos– constituir el mismo día de la revolución un gobierno que se apodere del poder. Este gobierno, fuerte, poderoso y resuelto, hará la revolución decretando aquí y allá y obligando a obedecer sus decretos”.

“¡Triste ilusión!”, dicen los otros. “Todo gobierno central, encargándose de gobernar una nación, estando formado necesariamente por elementos dispares y siendo conservador, por su esencia gubernamental, no será más que un obstáculo para la revolución. No hará más que frenar la revolución en las comunas dispuestas a avanzar, sin ser capaz de aportar aliento revolucionario a las comunas atrasadas. Igualmente en el seno de una comuna insurgente. O bien el gobierno comunal no hará más que sancionar los hechos consumados, y entonces será un elemento inútil y peligroso, o bien querrá ponerse a su cabeza: reglamentará lo que debe ser elaborado libremente por el pueblo mismo para que resulte viable, aplicará teorías donde es preciso que toda la sociedad elabore nuevas formas de vida comunitaria, con esa fuerza creativa que surge en el organismo social cuando rompe las cadenas y ve abrirse ante sí nuevos y amplios horizontes. Los hombres en el poder generarán este impulso, sin producir nada ellos mismos, si permanecen en el seno del pueblo para elaborar con él la nueva organización, en lugar de encerrarse en las cancillerías y agotarse en debates ociosos. Será un estorbo y un peligro, impotente para el bien, formidable para el mal, así, pues, no tiene razón de ser”.

Por muy natural y justo que sea este razonamiento, se enfrenta aún, no obstante, a los prejuicios seculares acumulados, acreditados por aquellos que tienen interés en mantener la religión del gobierno junto a la religión de la propiedad y la religión divina.

Este prejuicio, el último de la serie: Dios, Propiedad, Gobierno, existe aún y es un peligro para la próxima revolución. Pero puede constatarse que ya se está socavando. “Haremos nosotros mismos nuestros asuntos, sin esperar las órdenes de ningún gobierno y pasaremos por encima de aquellos que vengan a imponérsenos sea bajo la forma de sacerdote, de propietario o de gobernante”.

dicen ya los proletarios. Hay que esperar, pues, que, si el partido anarquista sigue combatiendo vigorosamente la religión del gubernamentalismo y si no se desvía él mismo de su camino dejándose enredar en las luchas por el poder, hay que esperar, decimos, que, en los años que nos quedan aún hasta la revolución, el prejuicio gubernamental será suficientemente socavado como para que ya no sea capaz de llevar a las masas proletarias por un camino falso.

Hay, sin embargo, una laguna lamentable en las reuniones populares que debemos señalar. Esta es que nada, o casi nada, se ha hecho por el campo. Todo gira en torno a las ciudades. El campo parece no existir para los trabajadores de la ciudad. Incluso los oradores que hablan del carácter de la próxima revolución evitan mencionar el campo y el suelo. No conocen al campesino ni sus deseos y no se atreven a hablar en su nombre. ¿Es preciso insistir mucho en el peligro que resulta de esto? La emancipación del proletariado no será posible mientras el movimiento revolucionario no abarque las aldeas. Las comunas insurgentes no lograrán mantenerse siquiera un año, si la insurrección no se propaga al mismo tiempo por la campiña. Cuando los impuestos, la hipoteca y la renta sean abolidos, cuando las instituciones que los recaudan sean disueltas, es seguro que el campo comprenderá las ventajas de esta revolución. Pero, en cualquier caso, sería imprudente contar con la difusión de las ideas revolucionarias en el campo sin preparar previamente las ideas. Es preciso saber desde ya qué es lo que quiere el campesino, cómo se entiende la revolución en las aldeas, cómo se piensa resolver la cuestión tan espinosa de la propiedad agraria. Es preciso decirle al campesino qué es lo que se propone hacer el proletario del campo y de su aliado, que no debe temer de aquellas medidas perjudiciales para el agricultor. Es preciso que, por su parte, el obrero de las ciudades se acostumbre a respetar al campesino y a marchar de común acuerdo con él.

Pero, para esto, los trabajadores deben imponerse *el deber de extender la propaganda en las aldeas*. Es importante que en cada ciudad haya una pequeña organización especial, una rama de la Liga Agraria, para la propaganda entre los campesinos. Es preciso que este tipo de propaganda sea considerado como un deber, con el mismo rango que la propaganda en los centros industriales.

Los inicios serán difíciles, pero recordemos que de ello depende el éxito de la revolución. Esta no será victoriosa hasta el día en que el trabajador de las fábricas y el cultivador de los campos marchen juntos a la conquista de la igualdad para todos, llevando la felicidad tanto a la cabaña como a los edificios de las grandes aglomeraciones industriales.



LA COMUNA: PARÍS 1871

1. La Comuna... De Marx a Trotsky

«Cada vez que volvemos a estudiar la historia de la Comuna, descubrimos un nuevo matiz gracias a la experiencia que nos han proporcionado las luchas revolucionarias posteriores...». Así se expresaba Trotsky en 1921, en su prefacio a un libro de Talés¹⁶⁹ que se convertiría en una lectura básica para toda una generación de revolucionarios franceses.

Las *trampas de la historia*, como las llamaba Marx, han confirmado con creces la afirmación de Trotsky. Ahora es posible examinar la Comuna de París bajo una nueva luz, precisamente a la luz de la rica experiencia del bolchevismo y el trotskismo; más concretamente, a la luz de su fracaso. Para ser más exactos, la revolución proletaria de 1871 debe valorarse de nuevo teniendo en cuenta la degeneración de la revolución rusa y las lecciones de la lucha revolucionaria de los consejos obreros húngaros, en 1956, contra una sociedad burocrática en la que los medios de producción estaban completamente «nacionalizados».

Difícilmente podía haber previsto Trotsky estos acontecimientos cuando escribió esas proféticas palabras allá por los días heroicos de 1921, lo que de ninguna forma le resta valor a su absoluta exactitud.

Tanto para Trotsky como para Talés, el gran defecto de la Comuna de París es la ausencia de liderazgo revolucionario. «La Comuna», afirma Trotsky, «nos muestra la incapacidad de las masas para encontrar su camino, su indecisión para dirigir el movimiento, su fatal inclinación a detenerse tras los primeros éxitos...» ¿Cómo puede superarse esto? ¡Trotsky lo tiene bastante claro! «Sólo con la ayuda del partido, que se apoya en toda su historia pasada, que prevé teóricamente la dirección que tomarán los acontecimientos y sus etapas, y define las líneas de actuación precisas, puede el proletariado liberarse de la necesidad de

169. "La Commune de 1871" C. Talés. Librairie de Travail, París. 1924.

recomenzar constantemente su historia...». Y resume sus posiciones con su lógica habitual: «Podemos hojear página por página toda la historia de la Comuna y encontraremos una sola lección: es necesaria la enérgica dirección de un partido».

La generación actual de revolucionarios ha vivido o estudiado la historia de los últimos cuarenta años y ha experimentado todos los males que han surgido de la hipertrofia y subsiguiente degeneración de tales «direcciones», incluso cuando han triunfado en su lucha contra la burguesía. Han sido testigos de su gradual separación de las masas y de su firme conversión en un nuevo grupo dominante, opuesto a los deseos de las propias masas de administrar la sociedad, como cualquier otro grupo dominante anterior en la historia. Para los revolucionarios de 1961, la Comuna de París de 1871 debe ser vista como un precursor histórico de los movimientos de masas esencialmente antiburocráticos que barrieron Hungría en 1956. Aquel año, los obreros de Budapest hicieron suyas las medidas que en su momento habían tomado los *communards* para evitar que surgiera una burocracia de entre sus propias filas. Ambas revoluciones plantearon, en términos muy claros, la cuestión de quién iba a gestionar en realidad tanto la producción como la sociedad.

Es interesante contrastar la apreciación que de la Comuna hicieron los bolcheviques con la que hicieron sus grandes contemporáneos, Marx y Engels. En su libro *«La Guerra Civil en Francia»*, Marx no atribuye la derrota a la ausencia de una “enérgica dirección de un partido”; de hecho, se muestra bastante impresionado por sus grandes logros positivos. Describe a la Comuna como «en esencia, un gobierno de la clase trabajadora, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta que permitía realizar la emancipación económica del trabajo». No dice que fuese el partido quien descubriera esta forma particular, una forma que ni él ni ningún otro miembro de la Primera Internacional habían previsto o planeado. Las propias masas en lucha crearon esta forma de organización, al igual que en 1905 fueron ellas mismas las que crearon los soviets, denunciadas al principio por los bolcheviques como «organizaciones sectarias». No se dice nada sobre el partido, o cualquier otra organización por el estilo, que prevea teóricamente el desarrollo de los acontecimientos y todas sus etapas. Veinte años después, en 1891, Engels escribiría que «lo que es aún más maravilloso es lo que la Comuna hizo correctamente, compuesta como estaba por blanquistas y proudhonianos¹⁷⁰. En otras palabras, la experiencia cotidiana de las masas las empujó a tomar medidas con un carácter de clase. Generaron su propia conciencia socialista, ayudada, pero no dictada, por diferentes tipos de revolucionarios conscientes.

170. *Introducción a La Guerra Civil de Francia* de Karl Marx. Obra recogida en esta misma edición.

La Comuna fue aplastada militarmente, habiéndose mantenido en el poder durante solo dos meses. Su derrota fue extremadamente sangrienta. No sorprende que Trotsky, presidente en octubre de 1917 del Comité Militar Revolucionario en Petrogrado, brillante estrategia militar y creador del Ejército Rojo, se haya exasperado por la falta de éxitos militares de la Comuna, por sus vacilaciones, por la «ineficacia» de un gran número de sus líderes y por su total falta de ideas claras sobre política militar al enfrentarse a una cínica burguesía dispuesta a destruirla sin piedad y “a restaurar el orden durante una generación”. Lo que es menos permisible es que el mismo Trotsky haya prestado su autoridad militar al esfuerzo de Talés por denigrar sistemáticamente los aspectos más creativos y positivos de la Comuna de París. Pero la verdadera culpa no es de Talés, sino del bolchevismo y el trotskismo. Si, como ellos dicen, “la crisis de la sociedad es la crisis del liderazgo revolucionario”, es fácil identificar la historia de la Comuna con la historia de sus líderes. Partiendo de este postulado todo fluye lógicamente... ¡especialmente la derrota de la Comuna! ¡O, al menos, eso nos quieren hacer creer!

Sobre esta base, la historia se convierte en una disciplina muy simple. La composición social y las principales ideologías del Comité Central de la Guardia Nacional¹⁷¹ y de la propia Comuna eran extremadamente diversas. La influencia predominante era la de la pequeña burguesía radical, patriota y anticlerical. Los miembros de la Primera Internacional carecían de claridad ideológica. Los blanquistas, los revolucionarios más determinados y los más preparados para la lucha, no tenían ninguna concepción social positiva. A esto había que añadirle la atrasada estructura del proletariado parisino de la época. La concentración industrial, a la que se había llegado hacía ya muchos años en las fábricas textiles de Manchester y que alcanzaría algunas décadas después al proletariado ruso en las grandes fábricas Putilov de Petrogrado, estaba sólo comenzando en París.¹⁷²

171. Un consejo de representantes de los soldados, elegidos y revocables, que se ocupó de la defensa de París, primero contra los ejércitos de Bismarck y luego contra los de Thiers, el líder con mayor conciencia de clase que ha dado la burguesía en generaciones.

172. Ver P. Jellinek “The Paris Commune of 1871” (Gollancz, 1937). “En 1866, en el apogeo de la expansión del París de la época, la población total era de 1.825.274 habitantes. Había más de 570, 280 talleres (frente a 64.816 en 1847 y 101.171 en 1860), que pertenecían a 65.987 maestros, y que empleaban a sólo 442.310 empleados (además de 34.846 dependientes y 23.251 sirvientes). Esto significa que el número promedio de trabajadores por taller era de 7,7, pasando de 13 en la construcción y el metal a 1,4 en la alimentación. La gran mayoría estaba empleada en el textil: 306.657 (208.675 de ellos mujeres); la construcción, debido a la reconstrucción de la capital que el Barón Haussman estaba llevando a cabo, que empleaba mayoritariamente a hombres: 125.371 (63.675 mujeres); y las diferentes industrias de lujo, de las que dependía la reputación y prosperidad de París, que empleaban a 63.617 trabajadores. En total, los trabajadores (468.337) y sus familias (286.670) sumaban alrededor del 40% de la población de París.

Pero semejante énfasis en el liderazgo de la Comuna lleva inmediatamente a una contradicción irresoluble. Si la historia es un relato de los logros y defectos de los líderes revolucionarios, ¿cómo explicamos que la Comuna, con su liderazgo pequeñoburgués, fuese capaz de presentar al mundo moderno las concepciones más avanzadas de democracia proletaria? ¿Por qué Marx se refirió a ella como “el heraldo glorioso de una nueva sociedad”? ¿Por qué afirmó Engels que las medidas tomadas por los *communards* habrían llevado, en última instancia, a “la abolición del antagonismo de clase entre capitalistas y trabajadores”? ¿Por qué provocó a los filisteos socialdemócratas con su famosa cita “Mirad a la Comuna de París: ¡He ahí la dictadura del proletariado!”?

La Comuna introdujo la elegibilidad y revocabilidad de todos los funcionarios e igualó su paga al salario de un obrero. Se trataba de medidas profundamente revolucionarias. Su aplicación minaría y destruiría inevitablemente cualquier maquinaria estatal burguesa (o burocrática). Estas medidas introducían un dominio popular completo de la administración civil, el ejército y la judicatura. Creaban, desde abajo, un tipo completamente nuevo de organización social. La revolución de octubre, en sus primeros días, trató de implementar estas medidas. La naciente burocracia estalinista intentó destruirlas sin compasión. Casi un siglo después de que los *communards* las pusieran en práctica por primera vez, todavía forman la base de cualquier lucha genuinamente revolucionaria.

Marx afirmó que los *communards* habían “asaltado el cielo”. Talés, por su parte, dijo que la historia de la Comuna ¡es la historia del fracaso de su liderazgo radical-anarquista-pequeño burgués! No es ninguna casualidad que su “explicación” nos la vendan aún hoy los estalinistas más burdos. En marzo de 1961, durante las celebraciones del 90º aniversario en París, Garaudy, senador estalinista por el departamento del Sena y administrativo universitario de la causa del estalinismo (completamente desconocido en Inglaterra... y con razón) declaró que “La gran lección de la Comuna es que la clase obrera sólo puede vencer a sus enemigos bajo el liderazgo de un partido revolucionario. Es esencial comprender esta condición fundamental de las victorias revolucionarias en un tiempo en el que algunos, alegando un desarrollo creativo del marxismo-leninismo, nos están haciendo retroceder a las peores ilusiones del socialismo premarxista, al anarquismo pequeño burgués, al proudhonismo, o al aventurerismo blanquista...”. Los diversos leninistas trotskistas y no-trotskistas estarían de acuerdo con cada palabra de Garaudy.¹⁷³

173. Ver, por ejemplo, cualquier artículo de cualquier número del *Workers News Bulletin*, cualquier semana de los últimos 10 años.

Al hacerlo se muestran como los más dignos sucesores de aquellos a los que Marx fustigó como “simples charlatanes que, a fuerza de repetir año tras año las mismas declamaciones estereotipadas contra el gobierno del día, se han agenciado una reputación de revolucionarios de pura cepa”.

¿Qué ha pasado –les preguntaríamos a estos señores (o al menos a aquellos que se niegan a aceptar que en Rusia hay un sociedad socialista)– para que, en el siglo XX, ningún movimiento revolucionario, a pesar de sus repetidas victorias sobre la burguesía, y a pesar de los drásticos cambios que han introducido en las relaciones de propiedad, haya conseguido alcanzar el socialismo, ese cambio fundamental en las relaciones de producción, en la relación del hombre con el hombre en su trabajo y en su vida social?

Para responder a esta pregunta se necesita tener una concepción de la historia muy diferente a la de Talés o la de los bolcheviques. Un estudio serio de la Comuna, que no podemos llevar a cabo aquí en detalle, sugeriría algunas respuestas. La verdadera historia de la Comuna es la historia de las propias masas en lucha por unas condiciones de vida distintas, y no la historia de su liderazgo. En este sentido, la historia de la Comuna todavía tiene que ser escrita.

2. La Comuna: una creación del pueblo

Los trabajadores, los artesanos y la gente corriente de la época no concebían la vida social, y menos la suya propia, en términos de conceptos universales, sino en términos de acción. Nueve de cada diez trabajadores aún lo hacen hoy en día. Su lenguaje es la acción. De hecho, es el único lenguaje que dominan del todo. Para los intelectuales, las palabras a menudo sustituyen a la acción. Para los trabajadores, la acción es una forma de discurso. Adherirse a la teoría revolucionaria en el curso de la acción revolucionaria es la tarea principal del proletariado revolucionario¹⁷⁴. Esta fue la contribución inmortal de los trabajadores parisinos a la teoría revolucionaria en 1871 y la de sus sucesores, los trabajadores húngaros de 1956. Este fue el lenguaje de la Comuna, que los socialistas deben ahora intentar descifrar.

La fecha decisiva en la historia de la Comuna es el 18 de marzo de 1871. Thiers ve a los trabajadores armados de París como el principal obstáculo para

174. La idea de que la teoría revolucionaria es algo estático, consagrado de una vez por todas en los escritos de cuatro grandes maestros, que se deriva del estudio de los libros, y la idea de que la conciencia socialista debe ser introducida “desde fuera” (Lenin) por la *intelligentsia* burguesa, a que es “el vehículo de la ciencia” (Kautsky), son profundamente reaccionarias y antidialécticas, en el sentido más profundo de la palabra.

firmar un tratado de paz con Bismarck, y como un peligro potencial para toda la burguesía francesa. Decide enviar varios batallones «leales» para llevarse los cañones que la Guardia Nacional tiene en Montmartre, Buttes Chaumont y Belleville. Estos cañones habían sido comprados mediante una suscripción pública durante el asedio. La operación comienza con éxito en las primeras horas de la mañana. Tras unos pocos disparos, los cañones de Montmartre son capturados. Pero el tiempo pasa. La operación ha sido planeada burocrática e ineficientemente. Los transportes necesarios para llevarse los cañones capturados no llegan. La multitud empieza a crecer: mujeres, niños y ancianos se mezclan con las tropas. Llega la Guardia Nacional, reunida a toda prisa. Reina la confusión. Algunos soldados del regimiento 88 comienzan a charlar con los de la Guardia. Cuando el general Lecomte pierde la cabeza y ordena a sus tropas abrir fuego, ya es demasiado tarde. Los soldados se niegan a disparar, se cuelgan los fusiles y se unen al pueblo. El lenguaje de los actos ha sido escuchado. Soldados y civiles confraternizan.

Pero los actos tienen su propia lógica. Los soldados se habían comprometido, así que toman a Lecomte como rehén. Un poco más tarde, el General Thomas, “el carnicero de 1848”, es descubierto entre la multitud. Los ánimos se caldean. Los dos generales son fusilados por sus propios soldados¹⁷⁵.

Thiers ordena la retirada de la guarnición de la ciudad, que se retira precipitadamente, en medio de una confusión total, a Versalles. La mayor parte de la administración civil, los funcionarios del Gobierno, los funcionarios a cargo del aprovisionamiento, de correos, de la luz, del alcantarillado, de la asistencia pública, de la salud pública y de los mil y un otros aspectos de la vida de una gran ciudad, abandonan París apresuradamente los días siguientes. Se produce un tremendo vacío social; todo debe ser creado de nuevo, prácticamente todo, desde abajo. Y, al mismo tiempo, hay que ganar una guerra.

Debemos deshacernos del mito, que ha ganado mucha credibilidad entre los bolcheviques, de que un partido revolucionario, por sí solo, habría tenido las “respuestas correctas” en ese momento. “Si se hubiera dado en París el liderazgo de un partido –escribió Trotsky–, este habría enviado a los ejércitos en retirada unos cientos de devotos trabajadores para darles las siguientes directivas: provocar el descontento entre los soldados contra sus oficiales y aprovechar el

175. Como Marx expresó claramente: “las costumbres inveteradas adquiridas por los soldados bajo la educación militar que les imponen los enemigos de la clase obrera no cambian en el preciso momento en que estos soldados se pasan al campo de los trabajadores”.

primer momento psicológicamente favorable para arrancar a los soldados de sus oficiales y devolverlos a París para que se uniesen al pueblo”.

Trotsky habla aquí con la sabiduría del que lo hace a posteriori y distorsiona un poco la realidad. El propio Talés dice lo siguiente: “El 18 de marzo empezó con la acción colectiva y anónima de las masas y terminó en actos de iniciativa individual: militantes aislados pidiendo el apoyo de comités (locales) de la Guardia Nacional”. El 19 de marzo, los principales militantes blanquistas, como Eudes y Duval, «propusieron marchar inmediatamente sobre Versalles» pero sus propuestas no encontraron eco alguno en el Comité Central”. Una minoría con visión de futuro tenía una idea bastante clara de lo que había que hacer. Que la mayoría no estuviese preparada para seguir su consejo es un hecho lamentable, pero también un elemento objetivo de la situación real. Decir que “si hubiera habido un partido revolucionario, esto o aquello habría pasado” es como decir “si mi tía hubiese tenido... habría sido mi tío”.

¿Y qué hay de la actividad creativa de la Comuna? ¿Cuál era el ánimo general y el nivel de conciencia de los participantes? Están claramente enumerados en la introducción de Engels de 1891 a «La guerra civil en Francia»¹⁷⁶. Reproducimos este relevante pasaje al completo:

“El 30 de marzo, la Comuna abolió la conscripción y el ejército permanente y declaró como única fuerza armada a la Guardia Nacional, en la que debían enrolarse todos los ciudadanos capaces de empuñar las armas. Condonó los pagos de alquiler de viviendas desde octubre de 1870 hasta abril de 1871, abonando a futuros pagos de alquileres las cantidades ya pagadas, y suspendió la venta de objetos empeñados en el Monte de Piedad de la ciudad. Ese mismo día, fueron confirmados en sus cargos los extranjeros elegidos para la Comuna, pues “la bandera de la Comuna es la bandera de la República mundial”. El 1 de abril se acordó que el sueldo máximo que podría percibir un funcionario de la Comuna, y por tanto también sus miembros, no excedería de 6.000 francos (4.800 marcos). Al día siguiente, la Comuna decretó la separación de la Iglesia y el Estado y la supresión de todas las asignaciones estatales para fines religiosos, así como la transformación de todos los bienes de la Iglesia en propiedad nacional. Como consecuencia de esto, el 8 de abril se ordenó la eliminación de las escuelas de todos los símbolos religiosos, imágenes, dogmas, oraciones, en una palabra, “todo lo que pertenece a la órbita

176. NdE: Incluida en esta edición.

de la conciencia individual”. Esta orden se fue aplicando gradualmente. El día 5, en vista de que las tropas de Versalles fusilaban diariamente a los combatientes de la Comuna que capturaban, se dictó un decreto ordenando la detención de rehenes; un decreto que nunca se pondría en práctica. El día 6, el 137º batallón de la Guardia Nacional sacó a la calle la guillotina y la quemó públicamente en medio del clamor popular. El 12, la Comuna acordó que la Columna Triunfal de la plaza Vendôme, fundida con los cañones tomados por Napoleón después de la guerra de 1809, se demoliese por ser un símbolo de chovinismo e incitación al odio entre naciones. Esto se cumplió el 16 de mayo. El 16 de abril, la Comuna ordenó un registro estadístico de las fábricas cerradas por los patronos y la elaboración de planes para ponerlas en funcionamiento con los obreros que antes trabajaban en ellas, organizándolos en sociedades cooperativas, y que se planease también la agrupación de todas estas cooperativas en una gran unión. El 20, la Comuna declaró abolido el trabajo nocturno de los panaderos y suprimió también las bolsas de empleo, que durante el Segundo Imperio eran un monopolio de ciertos sujetos designados por la policía, explotadores de primera fila de los obreros. Esas bolsas fueron transferidas a las alcaldías de los veinte *arrondissements* (distritos) de París. El 30 de abril, la Comuna ordenó el cierre de las casas de empeño, que eran una forma de explotación privada a los obreros, y estaban en contradicción con el derecho de estos a disponer de sus instrumentos de trabajo. El 5 de mayo, ordenó la demolición de la Capilla Expiatoria, que se había erigido para expiar la ejecución de Luis XVI.

Así, el carácter de clase del movimiento de París, que antes se había relegado a segundo plano por la lucha contra los invasores extranjeros, apareció desde el 18 de marzo en adelante con rasgos enérgicos y claros. Como los miembros de la Comuna eran todos, casi sin excepción, obreros o representantes reconocidos de los obreros, sus decisiones se distinguían por tener un carácter marcadamente proletario”.

La Comuna nació de la desesperación provocada por el largo asedio de París y el disgusto que provocó su rendición sin luchar. Los sentimientos nacionalistas, o incluso chovinistas¹⁷⁷, podrían haber sido fuertes en el París

177. NdE: *El chovinismo o chauvinismo* (adaptación del apellido del patriota francés Nicolas Chauvin, un personaje histórico condecorado en las guerras napoleónicas), también conocido coloquialmente como patrioterismo, es la creencia narcisista, próxima a la paranoia y la mitomanía, de que lo propio del país o región al que uno pertenece es lo mejor en cualquier aspecto.

de 1871, y aun así la Comuna “concedió a todos los extranjeros el honor de morir por una causa inmortal”. Nombró ministro de Trabajo a Leo Frankel, un obrero alemán, y “honró a los heroicos hijos de Polonia¹⁷⁸, colocándolos a la cabeza de los defensores de París”. (Marx, *La Guerra Civil en Francia*).

Mucho han hablado los defensores de la “hegemonía del partido” del hecho de que pocas, si acaso alguna, de las medidas sociales tomadas por la Comuna fueran conscientemente socialistas. Aceptar que lo fueron negaría, por supuesto, la exclusividad del partido a la hora de llevar la “conciencia socialista” a la clase trabajadora. ¿Qué pensaban los *communards* de sus propias actividades? La primera proclama del Comité Central de la Guardia Nacional, el 18 de marzo, dice: “Los proletarios de París, en medio de los fracasos y las traiciones de las clases dominantes, se han dado cuenta de que ha llegado la hora de salvar la situación tomando en sus manos la dirección de los asuntos públicos... Han comprendido que es su deber imperioso y su derecho indiscutible hacerse dueños de sus propios destinos, tomando el poder gubernamental”. Se puede decir que esto revela un nivel extremadamente alto de conciencia política, un nivel que alcanzarían de nuevo los obreros húngaros en 1956. Una de las razones esenciales de la degeneración de la revolución rusa fue que las masas rusas fueron incapaces de mantener este nivel de conciencia revolucionaria más allá de unos pocos meses. Siguiendo la idea equivocada de que podrían “dejárselo al partido” que ellos mismos habían creado de su carne y hueso, se retiraron del combate histórico. A partir de ahí se afianzó la degeneración burocrática, con el partido como núcleo.

El propio Marx era consciente de la importancia de la actividad autoconsciente. En *La guerra civil en Francia* habla de “la nueva era histórica que (la Comuna) inauguraba conscientemente”. Los grandes logros de la Comuna no fueron gestos artificiales aislados, sino medidas que reflejaban la voluntad popular y que estaban determinadas por ella. Talés, nuestro historiador “bolchevique”, se burla del *amor* de las masas por lo que él llama “actos simbólicos”, citando en este punto la destrucción de monumentos. Esto es porque nunca ha entendido este lenguaje de actos a través del que la gente corriente se expresa. Cuando derribaron la columna Vendôme, a la que Marx se refirió como un “símbolo gigantesco de la gloria guerrera”, la multitud estaba expresado en actos la idea que completa el internacionalismo, el antimilitarismo.

178. Dombrowski y Wroblewski.

3. El Significado de la Comuna

Casi todas las medidas tomadas por la Comuna se explican a partir las experiencias cotidianas de las masas. Por ejemplo, el decreto que limitaba a 6.000 francos al año el salario máximo que podía recibir cualquier miembro del Gobierno revolucionario (salario que, por cierto, nunca recibió nadie), o el decreto que establecía que había que tomar los talleres abandonados por sus dueños y ponerlos a funcionar por las organizaciones obreras para los propios trabajadores.

De las medidas tomadas por la Comuna, estas son dos de las más características. Los bolcheviques siempre hablan de la cláusula de indemnización¹⁷⁹. Hoy nos damos cuenta de hasta qué punto se trata de un debate puramente académico. Lo que los trabajadores sentían en ese momento era la importancia de gestionar ellos mismos la producción y la distribución. Mientras fuesen ellos los gestores, ¿qué les importaba indemnizar a los anteriores propietarios, teniendo en cuenta que sus efectos serían bastante limitados en el futuro? Noventa años después, la burocracia china descubriría todo esto de nuevo... y para su propio interés. Habiéndose asegurado burocráticamente la gestión efectiva de la industria, se permitió el lujo de compensar —algunas veces incluso contratar— a los anteriores propietarios como ejecutivos asalariados.

Marx era bastante consciente de estos profundos aspectos de la Comuna. “Cuando la Comuna de París tomó en sus propias manos la dirección de la revolución; cuando, por primera vez en la historia, meros obreros se atrevieron a violar el privilegio gubernamental de sus “superiores naturales” y, en circunstancias de una dificultad sin precedentes, realizaron su labor concienzuda, modesta y eficazmente, con unos sueldos de los cuales el más alto apenas representaba una quinta parte de la suma que según una alta autoridad científica es el sueldo mínimo del secretario de un consejo de instrucción pública de Londres, el viejo mundo se retorció en convulsiones de rabia ante el espectáculo de la Bandera Roja, símbolo de la República del Trabajo, ondeando sobre el *Hôtel de Ville*”. Difícilmente podría ser más grande la distancia que separa esta valoración de la Comuna de la de Trotsky, para el que la “única lección” de la Comuna era la necesidad de un “fuerte liderazgo del partido”.

179. Se refiere a las compensaciones económicas que recibían los propietarios de los negocios una vez estos fueran apropiados y puestos en funcionamiento por los trabajadores.

En cuanto a los esfuerzos de la Comuna por la igualdad de salarios, y su reivindicación de elección y revocabilidad de todos sus representantes, reflejan una preocupación fundamental por destruir de raíz la organización jerárquica de la sociedad.

Desde entonces se ha dicho y escrito mucho sobre los “soviets” y los “consejos obreros”. Pero parece que los que admiran sus caricaturas burocráticas han olvidado la verdadera naturaleza de estas nuevas formas de vida social. Marx escribió lo siguiente sobre la Comuna: “En lugar de decidir una vez cada tres o seis años qué miembros de la clase dominante tenían que “representar” al pueblo en el parlamento, el sufragio universal habría de servir al pueblo organizado en comunas, como el sufragio individual sirve a los patronos que buscan obreros y administradores para sus negocios. Y es bien sabido que tanto las compañías como los particulares, cuando se trata de negocios saben generalmente colocar a cada hombre en el puesto que le corresponde y, si alguna vez se equivocan, reparan su error con presteza. Por otra parte, nada podía ser más ajeno al espíritu de la Comuna que sustituir el sufragio universal por una investidura jerárquica”.

¡“Investidura jerárquica”! Aquí está el meollo de la cuestión. ¿Cómo se destruirá y superará la estructura jerárquica de la sociedad? La Comuna respondió a esta pregunta a base de actos. A todos los niveles, todos los oficiales y funcionarios serían elegidos. ¡Y todos ellos serían revocables por aquellos que los habían elegido!

Está claro que la elección directa y la revocabilidad permanente no son la panacea que solucionará todos los problemas. Pero en sí mismas llevan la semilla de la transformación más profunda de la sociedad. Un funcionario o un magistrado que uno elige y controla todo el tiempo deja de ser un verdadero funcionario o magistrado. Esta es la vara con la que medir la “extinción del Estado”. El verdadero contenido de esta extinción es precisamente la eliminación progresiva de la investidura jerárquica y de las instituciones jerárquicas.

Engels fue mucho más enfático en esta cuestión. Refiriéndose de nuevo a la Comuna, afirmó que “la clase trabajadora debe salvaguardarse de sus propios delegados y funcionarios, declarándolos **sin excepción** revocables en todo momento”. (El énfasis es nuestro).

Ha habido muchos malentendidos sobre el significado del régimen “comunal”, algunos de ellos realmente deshonestos. Así, Trotsky, al criticar correctamente a algunos de los líderes de la Comuna, podía dar rienda suelta a su

sarcasmo: “París, como podéis comprobar, no es más que una comuna entre otras. París no quiere imponerse a nadie; no lucha por la dictadura, en todo caso sería la «dictadura del ejemplo»”. Pero luego continúa, de manera muy equivocada: “(La Comuna) no fue más que una tentativa para reemplazar la revolución proletaria que se estaba desarrollando por una reforma pequeñoburguesa: la autonomía comunal. [...] Este parloteo idealista –una especie de anarquismo mundano– cubría en realidad la cobardía ante una acción revolucionaria que era preciso llevar hasta sus últimas consecuencias...”¹⁸⁰. Lo que había dicho Marx era mucho más profundo: en su momento, señaló que la Comuna había sido sometida (¡ya en mayo de 1871!) a “múltiples interpretaciones”, pero que entre sus características esenciales estaban la de ser “un gobierno de la clase obrera” y “una forma política perfectamente flexible, a diferencia de las formas anteriores de gobierno, que habían sido todas fundamentalmente represivas”.

Sin embargo, el aspecto más significativo de la Comuna de París es que creó formas sociales que en cierto sentido definen al propio socialismo, formas sociales que sirven como varas de medir para las revoluciones proletarias pasadas, presentes y futuras. Estas formas nos proporcionan criterios para analizar la naturaleza social de cualquier régimen particular. Casi un siglo después, las sociedades pueden clasificarse según las categorías establecidas por la Comuna de París. Y es muy revelador lo fácil que se ven las cosas desde la perspectiva adecuada cuando se comparan la realidad china o la rusa actuales con la primera experiencia, corta y dubitativa, de una revolución genuinamente proletaria y un poder auténtico de la clase obrera.

4. París 1871 - Hungría 1956

La revolución húngara de 1956 adquiere una apariencia completamente distinta si se tiene en mente la experiencia proletaria de 1871.

Hay analogías tanto superficiales como profundas. Los hechos centrales de la revolución húngara fueron, en primer lugar, la participación activa de las masas y, en segundo lugar, el carácter antiburocrático y antijerárquico de la mayoría de las profundas y espontáneas reivindicaciones de la clase trabajadora, que fueron quedando cada vez más claras al convertirse los consejos obreros en la única fuerza revolucionaria, en los últimos estadios de la lucha.

En los primeros estadios de ambas revoluciones uno ve multitudes de civiles, mujeres, niños, viejos que irrumpen masivamente en escena. Su participación total

180. L. Trotsky. Las lecciones de la Comuna. www.marxists.org/espanol/trotsky/1920s/1921_0204_1.htm

paraliza durante un tiempo la intervención del enemigo. En ambas revoluciones se dan unas condiciones temporales para una confraternización genuina.

Los trabajadores húngaros en 1956 reivindican de forma inmediata la gestión obrera de las fábricas, la reducción drástica de la diferencia de salarios y la abolición del salario por pieza. Como sus homólogos parisinos, van directos a lo esencial. Los gestores son elegidos y sometidos a un control directo y continuo. Importa poco, en este sentido, que cierto número de los anteriores gestores fuesen reelegidos. Lo esencial es la transformación radical de las relaciones existentes entre las personas.

En un plano mucho más trágico, los destinos de ambas revoluciones se parecen mucho entre sí. En ambos casos se trata de una lucha desesperada, amarga, un combate casa por casa hasta la última gota de sangre, sin cuartel, sin sumisión, como sólo pueden luchar quienes saben por lo que están luchando y han establecido por su cuenta los objetivos de su lucha. A pesar de la derrota militar, que en ambas circunstancias los revolucionarios llegaron a ver como más o menos inevitable, era un ideal eterno por el que luchaban, un ideal que defender sin condiciones, en una lucha en que la muerte inevitable es bienvenida como una liberación.

En ambas revoluciones las clases amenazadas recurrieron a una represión sangrienta, puesta en práctica con la calculada ferocidad a la que las clases dominantes sólo recurren cuando su prerrogativa más fundamental es amenazada: su derecho a dominar. El puño de hierro emerge del guante de terciopelo. La sociedad de clases revela su verdadera cara, como la organización sistemática y perpetua de la violencia de una minoría sobre la inmensa mayoría. Que Thiers fuese “más liberal” que Napoleón III es tan relevante a este respecto como el hecho de que Kruschév fuese “más liberal” que Stalin.

Durante las dos guerras civiles, los *mirones* permanecieron cínicamente al margen (Bismarck y Eisenhower), protestando por el uso de tanta violencia, y olvidando que esta violencia de clase sólo era un reflejo de la suya.

Las trágicas derrotas de la revolución húngara y de la Comuna inducen a la reflexión. Sus lecciones son innumerables. La necesidad de una coordinación eficiente y una organización capaz de asegurarla deberían ser obvias para todos. Pero ¿qué tipo de organización? ¿Cómo va a surgir? ¿Cuáles son sus relaciones con las masas? Ese es el problema. Cuando hablamos de organización, nos referimos a la que surge de la lucha de las comunas, de los soviets, de los propios consejos obreros.

En su prefacio al libro de Talés, mencionado al principio de este artículo, Trotsky escribe lo siguiente: “Antes de que la gran masa de soldados pueda adquirir la suficiente experiencia para seleccionar a sus mandos, la revolución será aplastada por el enemigo, que ha aprendido a escoger sus mandos durante siglos. Los métodos de democracia informal (la simple elegibilidad) deben ser completados, y en cierta medida reemplazados, por medidas de cooptación. La revolución debe crear una estructura compuesta de organizadores experimentados, seguros, merecedores de una confianza absoluta¹⁸¹, dotada de plenos poderes para escoger, designar y educar a los mandos”.

En esta última cita de Trotsky una pequeña palabra resume, en cierto sentido, toda la subsiguiente degeneración de la gran revolución proletaria de 1917: la palabra “cooptación”. Nadie niega la necesidad de la selección, particularmente en un terreno tan crucial como es la lucha armada, a la cual se encuentra unido todo el destino de la revolución. Obviamente los mandos deben ser elegidos. El entrenamiento, las aptitudes y la experiencia varían enormemente de unas personas a otras. La herencia proletaria es extremadamente heterogénea. Pero siempre será una cuestión de elegir desde abajo.

La cooptación, la elección desde arriba, tiene una marcada tendencia a convertirse de excepción en regla. No se queda en el tiempo de guerra sino que, por su propio impulso, se mantiene llegada la paz. Se extiende del regimiento a la fábrica. De los barracones invade las fábricas implicadas en el esfuerzo de guerra y los propios consejos obreros. Del “Alto Mando” del ejército hay un paso muy pequeño al “Alto Mando” del partido. Se sistematiza, se convierte en la “investidura jerárquica” de la que hablaba Marx y que es uno de los rasgos esenciales de toda sociedad de clases. Y en cuanto este principio sigue su camino, las masas pronto se retiran de la arena histórica, dejando que otros que son “más eficientes”, que “saben mejor cómo actuar”, las representen. La degeneración ha comenzado. Se siembran las semillas del régimen estalinista: la cooptación de la burocracia por la burocracia misma. Engels fue casi profético cuando insistió en que “todos los funcionarios, sin excepción, deben estar sujetos a revocación en todo momento”.

La nueva generación de revolucionarios debe tomar en serio las lecciones de la Comuna de París y las de su gran análoga contemporánea, la revolución

181. ¿Quién va a otorgar “confianza absoluta” en el órgano revolucionario y en éstos organizadores revolucionarios? ¿Son las masas? ¿Es el partido “actuando” en interés de las masas? ¿Son los cargos del partido “actuando” en interés de todo el partido? ¿Es la ambigüedad de Trotsky en este punto completamente fortuita?

húngara de 1956. Aisladas, malinterpretadas, deliberadamente empleadas de mala manera para fines que no son los de la revolución, los documentos fundamentales de ambas experiencias serán encontrados por aquellos que deseen encontrarlos.¹⁸² Hay que estudiarlas. Ambas revoluciones son de una importancia fundamental para el movimiento socialista, y para la comprensión de la lucha de clases de nuestra época.

5. La Comuna de París de 1871

Undercurrent #6 (corriente subyacente)

Recientemente, la biblioteca de la Universidad de Sussex dedicó parte de su espacio a una pequeña exhibición sobre la Comuna de París. Al principio fue un poco sorpresa: ¿cómo era posible que, en medio del aburrimiento de la vida académica y de la absoluta falta de interés por cualquier asunto de importancia, la biblioteca estuviera dispuesta a conmemorar una de las revoluciones proletarias más cruciales del siglo XIX? Pero nuestra sorpresa rápidamente se desvaneció cuando nos fijamos un poco más en la exposición: no sólo era de una naturaleza puramente académica (mirando los eventos históricos como espectáculos y, por tanto, de manera ahistórica), sino que sacaba a la Comuna de su contexto, describiéndola utilizando algunas de las ilusiones más comunes que se pueden encontrar en el mundo burgués. Este artículo viene a ser una respuesta a la exposición. Nuestro objetivo no es convencer a los responsables de tener en cuenta otra perspectiva, cayendo así en la ideología liberal de “todas las posturas deben ser escuchadas”, más bien, nuestra intención es recordarles que, incluso en la Disneylandia que construyen, la distorsión de la historia no pasa desapercibida.

La Comuna de París surge al final de la guerra franco-prusiana. La derrota de Francia en el campo de batalla llevó a los ejércitos prusianos a las afueras de París, lo que tiene como resultado la formación de la Guardia Nacional. “París no podía ser defendido sin armar a su clase obrera, organizándola como una fuerza efectiva y adiestrando a sus hombres en la guerra misma. Pero París en armas era la revolución en armas”.¹⁸³ Cuando el primer ministro de Francia, Thiers, decide rendirse ante Prusia, el pueblo en armas de París se niega a devolver sus armas y declara la Comuna de París.

182. Ver *Revolution from 1739 a 1906* de R. W. Postgate y *Socialisme ou Barbarie* vol. IV, Nº 20 y 21.

183. K. Marx *La Guerra civil en Francia*. Incluida en esta edición.

La exposición afirma que esto fue el resultado de las ideas nacionalistas de las masas y del hecho de que “...muchos parisinos que se habían llevado la peor parte de la reciente ofensiva alemana sólo para ser forzados a rendirse, se sintieron airados y traicionados” (cita de la exposición). Esta presuposición ignora claramente varios hechos visibles para cualquiera que conozca la Comuna de París: en primer lugar, el 30 de marzo, la Comuna declaró que cualquier extranjero podría ser elegido en la Comuna ya que “...la bandera de la Comuna era la bandera de la democracia internacional”. En segundo lugar, esta afirmación no puede explicar, o comprender, el hecho de que los *communards* destruyeran, el 12 de abril, el monumento a la victoria de la plaza de la Vendôme por ser un símbolo del nacionalismo y del odio entre los pueblos. El papel crucial que jugaron los extranjeros en la Comuna, y cómo fueron tratados por ella, simplemente impide alegar que el alzamiento fuese el resultado de un orgullo nacional.

Contrariamente a la verborrea ideológica de la exposición, la Comuna sirvió de palanca para arrancar de raíz los fundamentos económicos sobre los que descansa la existencia de las clases, y lo hizo estableciendo su dominio sobre la organización de la vida social, basándose en el rechazo a las relaciones sociales capitalistas y el aparato del Estado.

El establecimiento de la Comuna comenzó con la formación de las concejalías municipales elegidas por sufragio universal, responsables y revocables en todo momento, la mayoría de las cuales fueron ocupadas por trabajadores. Por vez primera desde 1848, las calles de París eran seguras, y eso sin policías: “Ya no se oye hablar –decía un miembro de la Comuna– de asesinatos, robos y atracos; diríase que la policía se ha llevado consigo a Versalles a todos sus amigos conservadores”¹⁸⁴.

En cierto punto, la exposición afirma que, aunque “...desde la opinión pública identificó a la Comuna con el marxismo, [...], más allá de la similitud de su nombre, la Comuna no tenía nada que ver con el comunismo”. Pero ¿qué es el comunismo sino la decisión consciente de los propios trabajadores de tomar el control de sus vidas a través de una revolución armada? ¿Cómo se puede aceptar esta afirmación cuando todos los actos de la Comuna (abolición de la propiedad privada, del servicio militar, de las rentas que se debían a los ricos, creación de consejos obreros al dar todo el poder sobre los talleres a los que trabajaban en ellos, igualación de todos los salarios de los funcionarios

184. *Íbid.*

de la Comuna a los de los trabajadores, etc.) apuntan en la dirección de la destrucción de la sociedad de clases y su dominación de clase?

Tan pronto como Thiers se dio cuenta de lo que estaba pasando, imploró a los prusianos que le ayudasen a liberar París. La negativa de los alemanes implicó que Thiers tuviera que hacerlo por sí mismo. El ejército comenzó a reunirse en Versalles, y las batallas con los *communards* empezaron. Aunque los *communards* consiguieron mantener sus posiciones algún tiempo, el constante bombardeo de París y la falta de coordinación llevaron finalmente a la caída de la Comuna. Tras su caída, más de 20.000 personas fueron ejecutadas, y otros miles fueron encarcelados o exiliados.

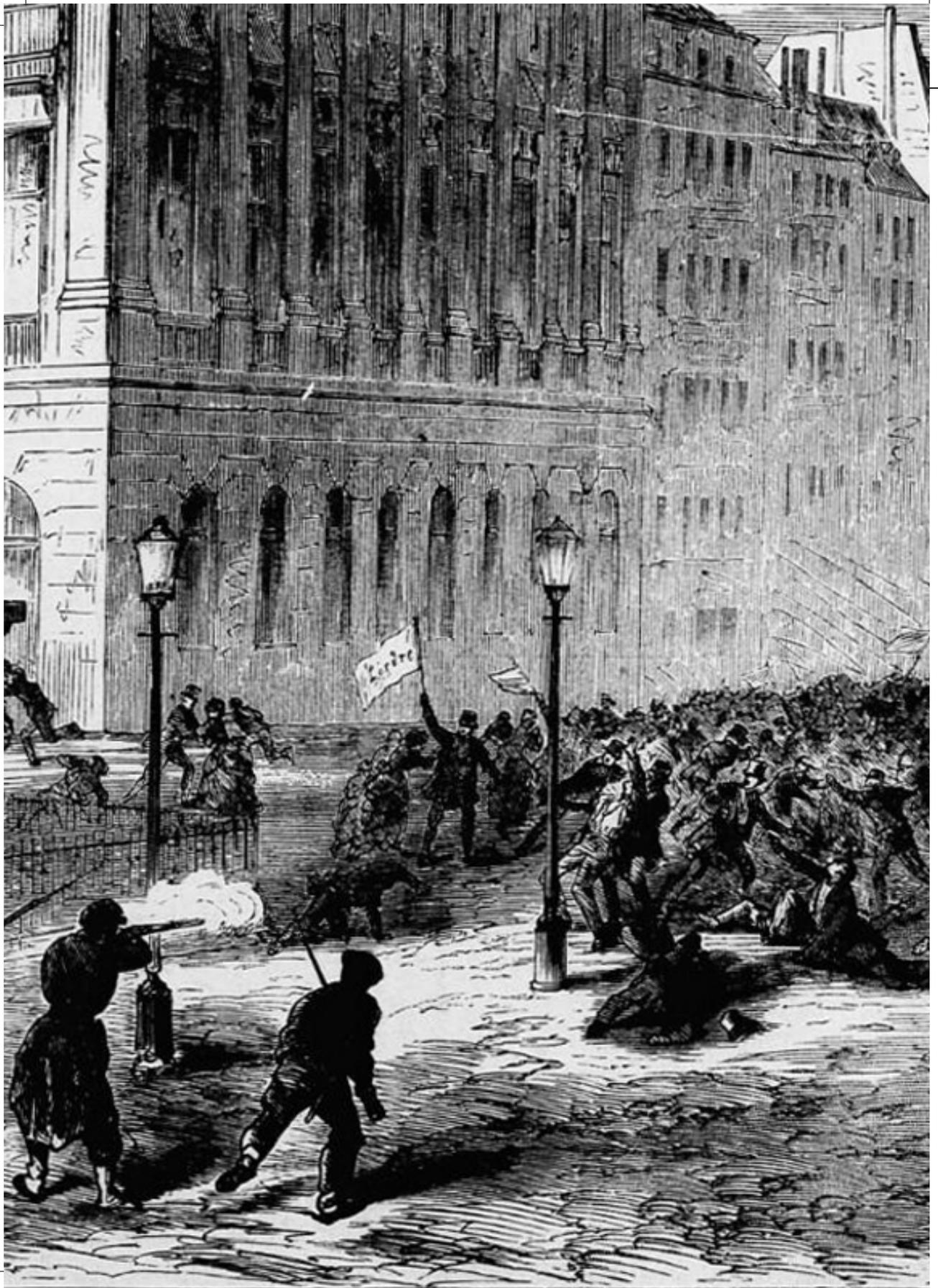
Seguramente, se cometieron muchos errores. El rechazo, por ejemplo, a tomar el Banco Nacional de Francia en un momento en el que se necesitaba dinero desesperadamente, fue de una importancia vital. O, peor aún, la existencia de artistas armadas que defendieron Notre Dame de los incendiarios en nombre de un valor estético eterno, muestra que los *communards* no tenían del todo claro sus objetivos y fines.

El problema interno de la coherencia cae sobre el fantasma de la Comuna pero "...es hora de considerar la Comuna no solamente como un primitivismo revolucionario del que se han superado todos los errores, sino como una experiencia positiva en la que todavía no se ha encontrado ni realizado toda la verdad"¹⁸⁵.

El intento de presentar la Comuna de París como una revuelta nacionalista, caracterizada fundamentalmente por una masa¹⁸⁶ inconsciente, incapaz incluso de comprender sus propios poderes, da cuenta del deseo de erradicar la memoria histórica de cualquier lucha por la liberación humana. Aun así, lo que a primera vista parece haber sido uno de los fracasos del movimiento obrero sigue siendo hasta hora uno de sus éxitos más importantes.

185. *Internacional Situacionista. Tesis sobre la Comuna de París.*

186. En algún momento del texto que acompaña la exposición se afirma que "...los generales fueron apresados por sus propios hombres y torpemente fusilados frente a la masa". Seguramente, los genios que escribieron esto podían haber investigado un poco más antes de decir semejante tontería. Lo que realmente pasó fue que estos dos generales (Lecomte y Thomas) ordenaron a sus tropas abrir fuego sobre una manifestación de trabajadores desarmados. Cuando los soldados se negaron, los generales comenzaron a insultarles con toda su rabia, algo que acabó provocando que los soldados volvieran sus fusiles contra ellos y les fusilaran. Claramente, fue más un acto de furia proletaria justificada y no el de una masa despiadada como nos lo quieren presentar.



APÉNDICE

I

La columna de prisioneros se detuvo en la avenida Urich y fue formada, de cuatro o cinco en fondo, en la acera, de frente a la calle. El general marqués de Galliffet y su Estado Mayor bajaron de los caballos y empezaron a pasar revista de izquierda a derecha. El general andaba lentamente, observando las filas; de vez en cuando, se detenía y tocaba a un prisionero en el hombro o le llamaba con un movimiento de cabeza si estaba en las filas de atrás. En la mayoría de los casos, los seleccionados por este procedimiento, sin más trámites, eran colocados en medio de la calle, donde formaron en seguida una pequeña columna aparte... La posibilidad de error era, evidentemente, considerable. Un oficial montado señaló al general Galliffet a un hombre y a una mujer como culpables de algún crimen. La mujer salió corriendo de la fila, se puso de rodillas, y, con los brazos abiertos, protestó de su inocencia en términos de gran emoción. El general aguardó unos instantes y luego con rostro impasible, y sin moverse, dijo: «Madame, conozco todos los teatros de París: no se moleste usted en hacer comedias» (*ce n'est pas la peine de jouer la comédie*)... Ese día para nadie era una buena cosa destacarse por ser más alto, más sucio, más limpio, más viejo o más feo que sus vecinos. Me llamó la atención en particular un hombre con la nariz partida que seguramente a causa de este detalle se vio rápidamente liberado de los males de este mundo... De este modo fueron seleccionados más de cien; se destacó un pelotón de fusilamiento y la columna siguió su marcha dejándoles atrás. A los pocos minutos, comenzó a nuestra espalda un fuego intermitente, que duró más de un cuarto de hora. Estaban ejecutando a aquellos desgraciados, condenados tan sumarísimamente”.

Corresponsal del *Daily News* en París, 8 de junio.

II

A este Galliffet, “el chulo de su mujer, tan famosa por las desvergonzadas exhibiciones de su cuerpo en las orgías de Segundo Imperio”, se le conocía durante la guerra con el nombre del francés “Alférez Pistola”.

“*Le Temps*¹⁸⁷, que es un periódico prudente y poco dado al sensacionalismo, relata una historia escalofriante de gentes a medio fusilar y enterradas todavía con vida. En la plaza de Saint-Jacques-la-Bouchiere fue enterrado un gran número de personas; algunas de ellas muy superficialmente. Durante el día, el ruido de la calle no permitía oír nada, pero en el silencio de la noche los vecinos de las casas circundantes se despertaron al oír gemidos lejanos, y por la mañana se vio saliendo del suelo una mano crispada. A consecuencia de esto se ordenó que se desenterrasen los cadáveres ... Que muchos heridos fueron enterrados con vida es cosa que no me ofrece la menor duda. Hay un caso del que puedo responder personalmente. El 24 de mayo fue fusilado Brunel con su amante en el patio de una casa de la plaza Vendôme, donde estuvieron tirados sus cuerpos hasta la tarde del 27. Cuando por fin vinieron a retirar los cadáveres, vieron que la mujer aún tenía vida y la llevaron a un hospitalillo. Aunque había recibido cuatro balazos, está ya fuera de peligro”.

Corresponsal del *Evening Standard*¹⁸⁸ en París, 8 de junio.

187. *Le Temps*, influyente diario francés de tendencia liberal. Se publicó en París de 1861 a 1943.

188. *The Evening Standard*, publicado en Londres entre 1857 y 1905 como edición vespertina de *The Standard*, diario de los conservadores británicos. Fundado en Londres en 1827.

CRONOLOGÍA DE LA GUERRA CIVIL EN FRANCIA

1870

- **10 de enero:** Después de la muerte de Víctor Noir (un periodista republicano asesinado por el primo del emperador, Pierre Bonaparte), unas 100.000 personas se manifiestan contra el segundo imperio de Bonaparte.
- **8 de mayo:** Se vota en un plebiscito¹⁸⁹ la confianza en el Imperio, con el 84% de los votos a favor. En la víspera del referéndum son arrestados miembros de la Federación de París de la A.I.T acusados de conspirar contra Napoleón III. El Gobierno utiliza este pretexto para emprender una campaña de persecución por toda Francia contra los miembros de la Internacional.
- **19 de julio:** Luis Bonaparte declara la guerra a Prusia después de una lucha diplomática con este país por el poder del trono español¹⁹⁰.

189. Un plebiscito es una votación directa por parte del electorado de una nación para decidir acerca de un asunto de importancia nacional, como la política gubernamental. Convocado por Napoleón III en mayo de 1870, este plebiscito contenía unas preguntas formuladas de tal modo que era imposible expresar desacuerdo a la política del II Imperio sin declararse opuesto a las reformas democráticas que favorecían a la clase trabajadora. Las secciones de la Primera Internacional en Francia recomendaron a sus miembros que no participaran. La víspera del referéndum fueron detenidos miembros de la federación parisina, acusados de conspirar contra Napoleón III. El Gobierno utilizó este pretexto más adelante para lanzar una campaña de persecución de los miembros de la Internacional por toda Francia. En el juicio de los miembros de la federación parisina (del 22 de junio al 5 de julio de 1870), quedó claro que el cargo de conspiración no tenía ninguna base. No obstante, bastantes miembros de la Internacional fueron a la cárcel, solamente por sus ideas socialistas. La clase obrera de Francia respondió a estas persecuciones con protestas masivas.

190. Después de derrotar a Austria en la Guerra de las Siete Semanas (1866), Prusia buscaba la unificación general de Alemania en torno a sí. Francia, por su parte, tenía intenciones de anexar Luxemburgo y otros territorios, pero no contaba con el apoyo de ninguna nación para enfrentarse a Prusia.

Cuando el general español Juan Prim visitó al príncipe Carlos Antonio de Hohenzollern-Sigmaringen para explorar la posibilidad de que su hijo Leopoldo aceptase el trono de España, el canciller prusiano Otto von Bismarck intervino para forzar una aceptación. La cuestión principal era primero lograr una garantía de Prusia sobre la soberanía española en Cuba.

En julio de 1870 fue recibida en París la noticia de la aceptación. La opinión pública exigió una respuesta del Estado francés. Sin embargo, poco después, Carlos Antonio de Hohenzollern-Sigmaringen renunció públicamente a la candidatura de su hijo al trono español. El Estado francés, por su parte, envió un embajador a Bad Ems, donde se encontraba veraneando el rey de Prusia Guillermo I, para lograr una renuncia pública por escrito de Leopoldo a esta candidatura, a lo cual se negó Guillermo I.

El rey Guillermo envió entonces un telegrama a Bismarck narrándole lo acontecido. Ante esta situación, Bismarck optó por modificar el telegrama, de manera que pareciese que el embajador francés había sido despedido de manera humillante por Guillermo I, y lo envió a la prensa para que se hiciese público, soliviantando si cabía más los ánimos franceses, este mensaje falsificado pasó a la historia como el Telegrama de Ems. Otto von Bismarck había conseguido la excusa perfecta para reunir a los Estados alemanes del sur en su enfrentamiento con Francia.

- **23 de julio:** Marx termina lo que se conocerá como “Primer Manifiesto”¹⁹¹.
- **26 de julio:** Se aprueba el “Primer Manifiesto” y se distribuye internacionalmente por el Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores (A.I.T.).
- **4-6 de agosto:** El príncipe Federico, al mando de uno de los tres ejércitos prusianos que invaden Francia, derrota al Mariscal MacMahon en Worth y Weissenburg, lo expulsa de Alsacia (Noreste de Francia), rodea Estrasburgo y se dirige hacia Nancy. Los otros dos ejércitos prusianos aíslan a las fuerzas del mariscal Bazaine en Metz.
- **16-18 de agosto:** Los esfuerzos del comandante francés Bazaine por atravesar las líneas alemanas con sus soldados son sangrientamente derrotados en Mars-la-Tour y Gravelotte. Los prusianos avanzan hacia Chalons.
- **1 de septiembre:** Batalla de Sedan¹⁹². Mac-Mahon y Bonaparte tratan de aliviar la posición de Bazaine en Metz, pero se encuentran el camino cortado. Entran en combate y son derrotados en Sedan.
- **2 de septiembre:** El emperador Napoleón III y el mariscal Mac-Mahon se rinden en Sedan con unos 83.000 soldados.
- **4 de septiembre:** Con las noticias de Sedan, los trabajadores de París invaden el palacio Borbón y fuerzan a la Asamblea Legislativa a anunciar la caída del Imperio. Por la tarde, se proclama la Tercera República en el Hotel de Ville (el Ayuntamiento) en París. Se establece el Gobierno Provisional de Defensa Nacional¹⁹³ (GPDN) para seguir intentando echar a los Alemanes de Francia.

191. Puede leerse este manifiesto en :

www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/gcfran/manif1.htm Corriente derivada del pensamiento de François

192. La Batalla de Sedán se libró entre el 1 y 2 de septiembre de 1870. El resultado fue la captura del emperador Napoleón III junto con su ejército y decidió en la práctica la guerra en favor de Prusia y sus aliados, si bien la lucha continuó bajo un nuevo gobierno francés republicano.

193. Después de la aplastante derrota del II Imperio Francés en la batalla de Sedán, se formó un nuevo Gobierno el 4 de septiembre de 1870 para continuar la guerra. El nuevo Gobierno estaba liderado por:

Presidente: General Louis Jules Trochu - Ministro de Interior: Leon Gambetta -
Ministro de Asuntos Exteriores: Jules Favre

El nuevo Gobierno proclamó el establecimiento de la Tercera República y continuó recibiendo una paliza por parte de los ejércitos alemanes. El 19 de septiembre, París estaba bajo asedio. El Gobierno francés intentó negociar, pero al ver que Bismarck exigía el pago de impuestos, decidieron continuar la guerra. Un mes más tarde, el 27 de octubre, el ejército de Bazaine, de 140.000 hombres, fue derrotado y se rindió en Metz.

París se rindió el 28 de enero de 1871. Favre, en nombre del Gobierno de Defensa Nacional, y Bismarck firmaron un Tratado para el Armisticio y la Rendición de París. Bajo este tratado, Favre aceptaba unos términos humillantes exigidos por los prusianos; entre otras cosas, pagar 200 millones de francos en

- **5 de septiembre:** En Londres y otras grandes ciudades comienza una serie de mítines y manifestaciones, en los que se pide al Gobierno británico que reconozca inmediatamente la República Francesa. El Consejo General de la Primera Internacional toma parte directa en la organización de este movimiento.
- **6 de septiembre:** Declaración del GPDN: “Culpamos de la guerra al Imperio. Ahora quiere la paz, pero no cederemos ni un solo milímetro de nuestro suelo, ni una piedra de nuestras fortalezas”. Con Prusia ocupando Alsacia y Lorena, la guerra continúa.
- **19 de septiembre:** Dos ejércitos alemanes comienzan el largo asedio a París. Bismarck¹⁹⁴ cree que los “blandos y decadentes” trabajadores franceses se rendirán rápidamente. El Gobierno de Defensa Nacional manda pronto una delegación a Tours para unirse a Gambetta (que escapa en globo de París) y organizar la resistencia en las provincias.
- **27 de octubre:** El ejército francés, guiado por Bazaine hacia Metz con 140.000-180.000 hombres, se rinde.
- **30 de octubre:** La Guardia Nacional Francesa es derrotada en Le Bourget.
- **31 de octubre:** Con la llegada de la noticia de que el Gobierno de Defensa Nacional había decidido comenzar negociaciones con los prusianos, los trabajadores de París y las secciones revolucionarias de la Guardia Nacional, liderados por Blanqui¹⁹⁵, se rebelan. Toman el Hôtel de Ville y establecen su Gobierno Revolucionario (el Comité de la Seguridad Pública, encabezado por Blanqui). El 31 de octubre, Flourens impide que se fusile a miembros del Gobierno de Defensa Nacional, tal y como había sido exigido por uno de los insurrectos.

concepto de indemnización en menos de dos semanas, más de 5 billones de francos por reparaciones de guerra, la rendición de la mayor parte de los fuertes de París y la entrega de la artillería de tierra y las municiones del ejército de París al prusiano. Adolphe Thiers negoció con el ejército prusiano una disposición del armisticio para la elección de una Asamblea Nacional de Francia.

194. *Otto von Bismarck*. Estadista prusiano y alemán. Dominó la escena política alemana y europea entre 1862 y 1890 como canciller. Canciller de Prusia y del Reich alemán. Unificó Alemania bajo la dominación de Prusia y de la dinastía de los Hohenzollerns. Autor de leyes antisocialistas que prohibieron el Partido Social Demócrata, organizaciones obreras de masas y la prensa obrera. Retirado por el emperador Wilhelm II en marzo de 1890

195. *Louis Auguste Blanqui* (1805-1881), fue un activista político revolucionario y socialista francés que organizó el movimiento estudiantil parisino, y luchó en primer lugar por la instauración de la república contra la monarquía y en favor del socialismo. Su entrega absoluta a los movimientos revolucionarios, su ejemplo personal, sus ideales defendidos con “las armas en la mano” y su activo liderazgo inspiraron el blanquismo, la corriente revolucionaria que fue uno de los referentes ideológicos y militantes de la Francia del siglo XIX.

- **1 de noviembre:** Bajo la presión de los trabajadores, el Gobierno de Defensa Nacional promete dimitir y planea elecciones nacionales para la Comuna (promesa que no tenía intención de cumplir). Estando los trabajadores ya calmados por su farsa “legal”, el Gobierno toma violentamente el Hôtel de Ville y reinstaura su control sobre la ciudad asediada. El oficial de París Blanqui es detenido por traición.

1871

- **22 de enero:** El proletariado de París y la Guardia Nacional llevan a cabo una manifestación revolucionaria iniciada por los blanquistas. Piden el derrocamiento del Gobierno y el establecimiento de la Comuna. Por orden del Gobierno de Defensa Nacional, la Guardia Móvil Bretona, que había defendido el Hôtel de Ville, abre fuego contra la manifestación. Después de la masacre de los trabajadores desarmados, el Gobierno comienza con los preparativos para la rendición de París a los alemanes.
- **28 de enero:** Después de cuatro largos meses de lucha de los trabajadores, París se rinde a los prusianos. Mientras que las tropas regulares son desarmadas, a la Guardia Nacional se le permite mantener sus armas. El pueblo de París permanece armado y deja en manos del ejército ocupante solamente una pequeña parte de la ciudad.
- **8 de febrero:** Se celebran elecciones en Francia, sin el conocimiento de la mayoría de la población.
- **12 de febrero:** Se abre una nueva Asamblea Nacional en Burdeos; dos tercios de los miembros son conservadores y quieren el fin de la guerra.
- **16 de febrero:** La Asamblea elige a Adolphe Thiers¹⁹⁶ como presidente.
- **26 de febrero:** Thiers y Jules Favre, por parte de Francia, y Bismarck, por parte de Alemania, firman en Versalles los preliminares para el tratado de paz. Francia entrega Alsacia y Lorena oriental a los alemanes y paga una indemnización de 5 mil millones de francos. El ejército de ocupación alemán se retira lentamente en cuanto se paga la indemnización. El final del tratado de paz se firma en Fráncfort el 10 de mayo de 1871.

196. *Thiers, Louis Adolphe* (1797-1877). Político, periodista y revisionista histórico francés. Primer presidente de la III República (1871-73). Fue particularmente conocido por su brutalidad al aplastar todas las revueltas populares contra la monarquía, en especial la de Duchesse de Berry en 1832 y la de los republicanos en 1834.

- **1-3 de marzo:** Después de meses de lucha y sufrimiento, los trabajadores de París reaccionan con rabia ante la entrada de las tropas alemanas en la ciudad y las incesantes capitulaciones del Gobierno. La Guardia Nacional huye y organiza un Comité Central.
- **10 de marzo:** La Asamblea Nacional aprueba una ley sobre el pago a plazos de las facturas vencidas; bajo esta ley la obligación del pago de la deuda terminaba entre el 13 de agosto y el 12 de noviembre de 1870. Podría ser pagado a plazos. De este modo, la ley deja en bancarrota a muchos pequeñoburgueses.
- **11 de marzo:** La Asamblea Nacional se suspende. Con los problemas de París, establece su Gobierno en Versalles el 20 de marzo.
- **18 de marzo:** Adolphe Thiers intenta desarmar París y manda a las tropas francesas (el ejército regular), pero, gracias a la confraternización con los trabajadores parisinos, se niegan a seguir sus órdenes. Los generales Claude Martin Lecomte y Jacques Leonard Clement Thomas son fusilados por sus propios soldados. Muchas tropas se retiran pacíficamente y algunas permanecen en París. Thiers entra en cólera. Comienza la guerra civil.
- **26 de marzo:** Los ciudadanos de París eligen un Consejo Municipal: la Comuna de París. Está formada por trabajadores, entre ellos miembros de la Primera Internacional y seguidores de Proudhon y Blanqui.
- **28 de marzo:** El Comité Central de la Guardia Nacional, que hasta entonces había tenido el control del Gobierno, dimite después de decretar la abolición permanente de la “policía de la moral”.
- **30 de marzo:** La Comuna elimina el reclutamiento y el prestigio del ejército; los miembros de la Guardia Nacional, que podían portar armas en todas las ciudades, tuvieron que alistarse, quedándose como única fuerza armada. La Comuna perdona todas las deudas de alquiler desde octubre de 1870 hasta abril de 1871. El mismo día se confirma en su puesto a los extranjeros elegidos para La Comuna, porque “la bandera de La Comuna es la bandera de la República Mundial”.
- **1 de abril:** La Comuna declara que el salario más alto recibido por cualquiera de sus miembros no excederá de 6.000 francos.
- **2 de abril:** Para suprimir La Comuna de París, Thiers le pide a Bismarck completar el ejército de Versalles con los prisioneros franceses de la guerra, la mayoría de los cuales habían servido en el ejército durante la

rendición de Sedan y Metz. Bismarck accede en compensación al pago de la indemnización de los 5 mil millones de francos. El ejército francés comienza el asedio a París. París es continuamente bombardeada, curiosamente, por los mismos que tacharon de sacrilegio su bombardeo por los prusianos.

La Comuna decreta la separación de Iglesia y Estado, y la abolición de todos los pagos por motivos religiosos, así como la transformación de toda propiedad de la Iglesia en propiedad estatal. La religión se declara un asunto exclusivamente privado.

- **5 de abril:** La Comuna adopta el decreto de los rehenes para intentar evitar que los *communards* sean fusilados por el Gobierno francés. Bajo este decreto, todo aquel encontrado culpable de estar en contacto con el Gobierno francés será declarado rehén. Esto nunca se llevaría a cabo.
- **6 de abril:** El batallón 137 de la Guardia Nacional saca la guillotina y la quema públicamente en medio de un gran júbilo popular.
- **7 de abril:** El ejército francés captura la zona del Sena que cruza en Neuilly, en el oeste de París.

Como reacción a los fusilamientos de los *communards* capturados por el Gobierno francés, la Comuna emite un comunicado amenazando con el “ojo por ojo”. Se descubre rápidamente que era un farol; los trabajadores parisinos nunca lo cumplieron.

- **8 de abril:** Un decreto excluye de las escuelas todos los símbolos, cuadros, oraciones y dogmas religiosos. En una palabra, “todo lo que pertenezca a la esfera de la conciencia del individuo”. El decreto se aplica gradualmente.
- **11 de abril:** En un ataque en el sur de París el ejército francés es derrotado, con grandes pérdidas, por el general Eudes.
- **12 de abril:** La Comuna decide que la columna de la victoria en la plaza Vendôme, que había sido forjada a partir de cañones capturados por Napoleón después de la guerra de 1809, debe ser derribada como símbolo del chovinismo e incitación al odio nacional. Este decreto se lleva a cabo el 16 de mayo.
- **16 de abril:** La Comuna anuncia el aplazamiento de todas las deudas hasta tres años después y elimina los intereses.

La Comuna ordena hacer una estadística de las fábricas que habían sido

cerradas por sus dueños, para decidir cómo hacerlas funcionar por la gente que trabajaba antes en ellas, organizadas en cooperativas, y cómo organizar estas cooperativas en una federación.

- **20 de abril:** La Comuna elimina el trabajo nocturno de los panaderos, y también el censo de los trabajadores, que desde el segundo Imperio había sido monopolio de los candidatos a la policía, que se aprovechaban de su rango; la emisión de estas tarjetas de registro fue transferida a los alcaldes de los 20 distritos de París.
- **23 de abril:** Thiers rompe las negociaciones para el intercambio, propuesto por La Comuna, del arzobispo de París (Georges Darboy) y todos los curas retenidos como rehenes en París, por un solo hombre, Blanqui, que había sido elegido un par de veces como miembro de La Comuna pero que cayó prisionero en Clairvaux.
- **27 de abril:** A la vista de los impedimentos para las elecciones municipales del 30 de abril, Thiers representa una de sus grandes escenas de reconciliación. Grita desde la tribuna de la asamblea: “No existe ninguna conspiración contra la república excepto la de París, que nos obliga a derramar sangre francesa. Lo repito una y otra vez...”. De los 700.000 concejales municipales, los Legitimistas, los Orleanistas y los Bonapartistas (Partido del Orden¹⁹⁷) no llegan a 8.000.
- **30 de abril:** La Comuna ordena cerrar las casas de empeño, en base que era una explotación privada del trabajo y que estaba en contradicción con los derechos de los trabajadores en cuanto a sus instrumentos de trabajo y al crédito.
- **5 de mayo:** El 5 de mayo se ordena la demolición de la capilla de Atonement, que se había construido como expiación por la ejecución de Luis XVI.
- **9 de mayo:** El ejército francés toma la fortaleza de Issy, que los constantes bombardeos franceses habían reducido a ruinas.
- **10 de mayo:** Se firma el tratado de paz concluido en febrero, ahora como Tratado de Fráncfort (aprobado por la Asamblea Nacional el 18 de mayo).

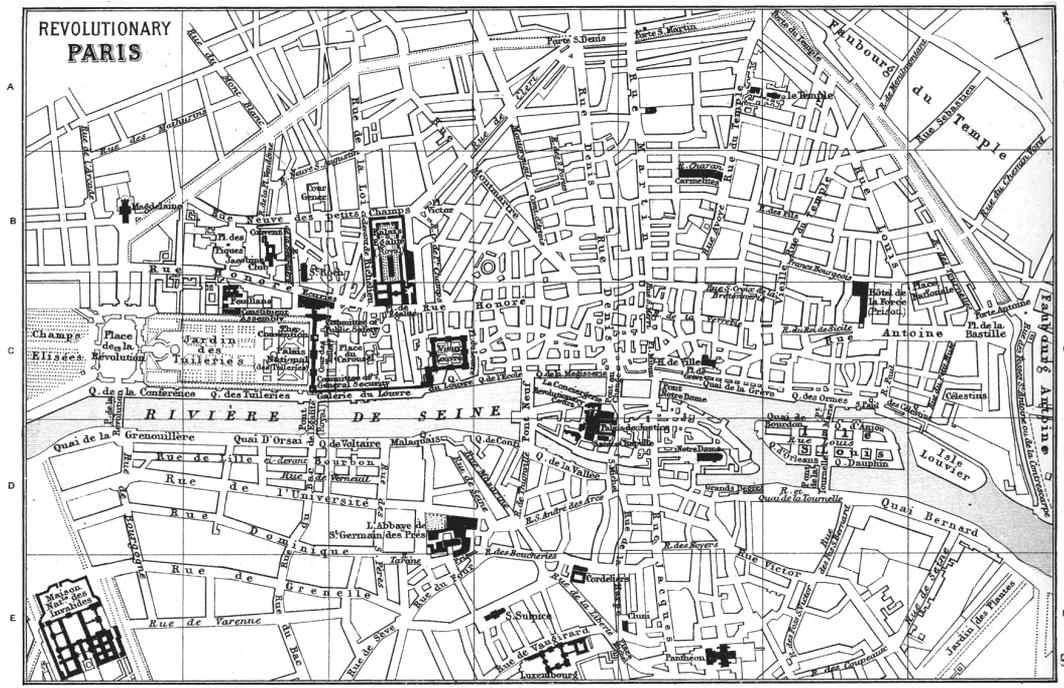
197. Un partido de la burguesía reaccionaria fundado en respuesta a los movimientos revolucionarios de 1848. El partido era una coalición de las dos facciones monárquicas francesas –la Legitimista y la Orleanista–, y duró desde el golpe de Estado de 1849 hasta el 2 de diciembre de 1851. Fue la mayor fuerza política en la Asamblea Legislativa de la II República.



Trabajadores de la Comuna de París

- **16 de mayo:** Se derriba la columna Vendôme. Había sido levantada entre 1806 y 1810 en París en honor a las victorias de la Francia napoleónica; se hizo con el bronce de los cañones capturados al enemigo y estaba coronada por una estatua de Napoleón.
- **21-28 de mayo:** Las tropas de Versalles entran en París el 21 de mayo. Los prusianos, que ocupaban los fuertes del norte y del este, permiten que las tropas de Versalles avancen por el norte de la ciudad, siendo una zona prohibida para ellos antes del armisticio –los trabajadores parisinos ocupaban esa zona con fuerzas débiles. Como resultado de esto, sólo se ofrece resistencia durante una semana en la mitad oeste de París, en la zona lujosa de la ciudad; mientras las tropas de Versalles se acercan a la mitad este, aumentando su fuerza y tenacidad, la zona obrera de la ciudad.

El ejército francés masacró trabajadores durante ocho días, disparando a cualquier civil que se les ponía a tiro. La operación fue dirigida por Marshal Mac-Mahon, que más tarde fue presidente de Francia. Decenas de miles de *communards* y trabajadores fueron ejecutados (más o menos 30.000); otros 3.000 hechos prisioneros y 7.000 deportados.



Longmans, Green, & Co., London, New York & Bombay



ÍNDICE

RESUMEN GRÁFICO	9
LA COMUNA.....	23
LAS MUJERES DE LA COMUNA. (<i>L. Michel</i>)	49
Apuntes biográficos	49
Con armas en la mano	51
Carta abierta en defensa de la toma de las armas en Montmartre	52
Vida durante la Comuna	53
Carta al intendente de Montmartre, Georges Clemenceau.....	58
Sobre los derechos de las mujeres	58
Llamamiento a las mujeres ciudadanas de París.....	60
INTRODUCCIÓN A LA GUERRA CIVIL EN FRANCIA DE KARL MARX. (<i>F. Engels</i>).....	61
LA GUERRA CIVIL EN FRANCIA. (<i>K. Marx</i>)	75
LA COMUNA Y LA NOCIÓN DE ESTADO. (<i>M. Bakunin</i>)	127
LA COMUNA DE PARÍS. (<i>P. Kropotkin</i>).....	143
LA COMUNA: PARÍS 1871. (<i>Solidarity</i>)	157
1. La Comuna... De Marx a Trotsky	157
2. La Comuna: una creación del pueblo.....	161
3. El Significado de la Comuna.....	166
4. París 1871 - Hungría 1956	168
5. La Comuna de París de 1871	171
APÉNDICE.....	175
Cronología de la guerra civil en Francia	177

Otras publicaciones editadas

Abajo los restaurantes

Para que no me olvides

El timón y los remos

Ormai è fatta!

Redes de Solidaridad de Seattle

Decimocuarto asalto

Guerra, capital y petróleo

Maderos, cerdos, asesinos

Comunización

Crítica de la Internacional Situacionista

Materiales para una crítica de la democracia

Todavía suspiro

Por la memoria anticapitalista

Bienvenidos a la máquina

Del Tiempo En Que Los Violentos Tenían Razón

Diario e ideario de un delincuente

No podréis pararnos

Historia de 10 años

Los Incontrolados

PUEDES DESCARGAR O COMPRAR TODAS NUESTRAS PUBLICACIONES EN:

www.editorialklinamen.net



